

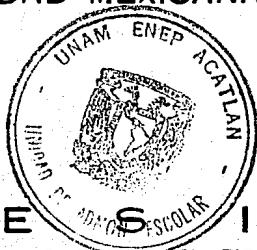
7  
2007



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES  
ACATLAN

## NICETO DE ZAMACOIS Y LA BUSQUEDA DE LA RECONCILIACION DE LA SOCIEDAD MEXICANA



**T E S I S**  
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE  
LICENCIADO EN HISTORIA  
P R E S E N T A  
JUDITH DE LA TORRE RENDON

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

MEXICO, D. F.

1990





Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

AGRADECIMIENTOS .....	3	
INTRODUCCION .....	6	
CAPITULO I.- ENTRE LOS IRES Y VENIRES. VIDA, TIEMPO Y OBRA DE NICETO DE ZAMACOIS.		
1.1. Los años formativos en el contexto histórico espa-- ñol .....	27	
1.2. Los efectos de la sociedad fluctuante.....	50	
1.3. Regreso a la España "Unionista".....	75	
1.4. Niceto de Zamacois y la última querrela entre el Me dio México que negaba al otro medio .....	83	
1.5. Niceto de Zamacois, testigo de la síntesis de dos - procesos históricos.....	93	
CAPITULO II.- NICETO DE ZAMACOIS Y LA PRIMERA HISTORIA GENE-- RAL DE MEXICO.		
2.1. La obra. Consideraciones generales.		
2.1.1. Preparación, edición y título .....	98	
2.1.2. Plan de la obra .....	105	
2.2. Las motivaciones y las finalidades .....	109	
2.3. El concepto de la historia de Niceto de Zamacois...	118	
2.4. Niceto de Zamacois y su método histórico .....	130	
CAPITULO III.- NICETO DE ZAMACOIS Y LA BUSQUEDA DE LA RECONCI LIACION DE LA SOCIEDAD MEXICANA .....		145
3.1. Niceto de Zamacois al rescate de las naciones indí- genas del Anáhuac .....	148	
3.2. El descubrimiento de América y la conquista españo- la .....	189	
3.3. La trascendencia de Hidalgo e Iturbide en la visión conciliadora de Niceto de Zamacois .....	234	
3.4. La trascendencia de republicanos y monarquistas en la visión conciliadora de Niceto de Zamacois.....	243	
CONCLUSIONES .....	255	

APENDICE I.- FOTOGRAFIA DE NICETO DE ZAMACOIS Y DE SU TUMBA..	264
APENDICE II.- ARTICULOS DE NICETO DE ZAMACOIS PUBLICADOS EN <u>EL MUSEO UNIVERSAL</u> (julio, agosto y septiembre)	270
APENDICE III.- POEMA <u>LA GOLONDRINA</u> .....	353
BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA.....	356
1. Artículos periodísticos y obras literarias, histo-- riográficas y traducciones de Niceto de Zamacois...	356
2. Obras consultadas .....	359

## AGRADECIMIENTOS

El proceso de elaboración de este trabajo, desde su inicio hasta el final, no hubiera podido realizarse ni concluirse -- sin el apoyo y empuje de un sinnúmero de maestros y amigos. Primeramente agradezco a mi asesora, la Maestra Antonia Pi-Suñer Llorens, el interés y la dedicación prestados a lo largo del desarrollo de esta tesis; agradecimiento que se acentúa todavía más al -- recordar el infatigable impulso que me transmite a diario. Asimismo deseo externar mi profunda gratitud a la Lic. Celina Verduzco Vázquez, Coordinadora del Programa de Investigación de la ENEP-Acatlán por su afectuoso apoyo, así como al Lic. Manuel Suárez Muñoz, antiguo Coordinador de esta misma dependencia. A mis maestros la Lic. Aurora Flores Oléa, la Mtra. Cristina González Ortiz y el Lic. Julio Morán García-Robes también extendiendo mi reconocimiento por sus orientaciones académicas.

Gracias al préstamo de varios de los tomos, que integran a la Historia general de Méjico de Niceto de Zamacois, por parte del Arquitecto Juan Luis Rodríguez Parga, pudimos revisar -- su contenido sin presiones de horario. A él igualmente debemos -- las fotografías que se incluyen en este estudio. Los artículos periodísticos que Zamacois publicó en El Museo Universal de Madrid hubieran quedado excluidos de nuestro trabajo sin la entusiasta -- transcripción efectuada por los alumnos de la carrera de Historia Ana María Thelma Camacho, Antonio Campuzano, Rosa Ma. Penagos y -- Claudia Tellez y sin el valioso apoyo mecanográfico de las señoras Consuelo Chávez y Luz Ma. Mijares, secretarias del Programa -- de Investigación.

Muchísimas gracias por sus sinceros alientos y desinteresado apoyo a mis amigos Yolanda Aquino de Cabrera, Luis Fernando Galván, Ma. Francisca Caballero, Carmen León, Ma. de Jesús Solís, Linda Elizondo, Rodrigo Zenteno, Beatriz Martínez, Felipe Ortega, Alfonso Hernández, Raymundo Fernández, Refugio Naranjo, Anastacio Rodríguez, Montserrat Gali, Patricia Montoya, Manuel González, Guadalupe Ramírez y Carlos Eduardo Mora. Gracias también a todos aquellos que de alguna manera se interesaron y preocuparon por el desarrollo de esta tesis.

Mi particular reconocimiento a la Dra. Eliane Casanave y a Silvia González Quintero, quienes, a pesar de sus múltiples responsabilidades, siempre tienen tiempo para tender una mano amiga e impulsar a los demás.

Por último quiero agradecer a mi tía, la Srita. Sofia Casarín su desinteresada ayuda y a mi madre, la Sra. Judith Rendón, su paciencia y su ejemplar lucha cotidiana.

## INTRODUCCION

Como expresión del movimiento nacionalista-romántico -- que invadió a Europa y América durante el siglo XIX se elaboraron historias generales con el objetivo de perfilar la identidad de cada nación. México no estuvo al margen de esta motivación, nada más que la confección de su primera historia integral sufrió un considerable retraso. Esta magna obra tenía que registrar cada -- uno de los sucesos de la vida nacional desde los tiempos más remotos de la antigüedad indígena, atravesando los acontecimientos de la conquista y la colonia hasta concluir con las luchas independentistas y la formación del nuevo país. Es innegable que este -- trabajo era laborioso, y por consiguiente pausado, pero es bastante conocida la razón que originó su atraso: los enfrentamientos -- partidistas entre liberales y conservadores. Con fundamento en la idea de que el hombre en función de las necesidades de su presente recurre a la indagación, la valoración y la recuperación de -- los hechos humanos en el pasado podemos asentar que los historiadores mexicanos de hace un siglo cumplieron con ello. En efecto, al estar adscritos al partido liberal o al conservador utilizaron a la historiografía como propaganda política de su proyecto de nación al par que justificaba sus acciones, esto último explica su interés en referir los sucesos inmediatos. Inclusive en los contados casos en que la literatura histórica decidió remontarse o a la época prehispánica o a la colonial lo hizo con propósitos partidistas, puesto que al rescatar a una de las dos etapas definía su identidad y cimentaba así la validez de su plan nacional. En --

suma, el pasado se recuperó parcialmente y la síntesis de las fases del devenir de nuestro país, comprendidas en un sólo proceso, quedó excluida de cualquier planteamiento historiográfico durante más de la primera mitad de la centuria anterior.

La dificultad para valorar, recuperar e integrar equitativamente en una sola obra tanto al mundo indígena como al de la dominación española no fue un problema decimonónico. Es indudable que desde que se produjo el choque de las culturas prehispánica y española en el siglo XVI hicieron acto de aparición, por primera vez, los apasionados debates y las aferradas posturas asumidas en torno a dos particularidades históricas: una la indígena, otra la hispana. Se perfilaron, por tanto, un par de tendencias historiográficas que en varios momentos de la historia de México se nos muestran irreconciliables.

Desde luego, en las crónicas e historias, surgidas inmediatamente después de los sucesos de la conquista podemos encontrar una primera escisión en cuanto a la manera de concebir a la cultura indígena y a la propia empresa conquistadora. La mayor parte de estas obras tendieron, por un lado, a exaltar las acciones de los españoles aventureros y, por otro, a redimir de toda crítica el sometimiento político y religioso de los pueblos indígenas. Para cimentar bien estos objetivos se cuestionó sobre la naturaleza de los habitantes del Nuevo Mundo. Los juicios emitidos resultaron, en su mayoría, despectivos y condenaron a los indios y sus formas culturales. Sin embargo, se dieron también fallos de admiración y defensa, ya que en la medida que se reprochó el modo en que se había realizado la sumisión de los pobladores -



americanos se enaltecieron sus cualidades. Fieles exponentes de esta posición fueron los escritos del controvertido fraile dominico Bartolomé de las Casas. El alcance del discurso de este personaje fue tal que se convirtió en fuente de inspiración para los diseñadores de la Leyenda Negra contra España y para todos aquellos que sólo han querido mirar una cara de la historia de México, es decir que sólo reconocen a las culturas mesoamericanas como integrantes de su ser y rechazan toda la influencia cultural de corte hispano. Así, pues, se sentaron los precedentes de dos visiones sobre el devenir mexicano: la indigenista y la hispanista.

Bajo otras circunstancias tuvieron que ser los descendientes tanto de conquistadores y conquistados como los de colonizadores los que expresaron, en el discurso histórico, la inquietud por conjugar a ambas entidades en una sola. Al respecto destacan entre otros documentos las distintas obras históricas del mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en la primera mitad del siglo XVII, y a finales de éste el Teatro de virtudes políticas que --- constituyen a un príncipe; advertidas en los monarcas antiguos -- del Mexicano imperio... del criollo Carlos de Sigüenza y Góngora. En general una de las razones que llevó a mestizos y criollos a valorar y recuperar el pasado fue el sentimiento de rechazo que experimentaron al impedirles los españoles peninsulares participar en las principales actividades políticas, económicas y religiosas de la Nueva España.<sup>1</sup> Cabe destacar que en el caso particu

---

1 Para una mayor profundidad sobre la historiografía mestiza y criolla pueden verse los trabajos de David Brading: Los orígenes del nacionalismo mexicano. México, Ediciones Era, 1980./ -

lar de los criollos se consideró que adueñándose de una imagen -- del pasado confirmaban su existencia para poder reclamar el derecho sobre tierra americana. En realidad, aún tuvieron que esperar más de una centuria para que el reclamo fuese efectivo.

Mientras tanto dos circunstancias dieron a los criollos los argumentos históricos convincentes para alcanzar el fin propuesto: una, la nostalgia de los jesuitas originada a raíz de su expulsión de tierras americanas en 1767, otra, el amplio interés de los ilustrados europeos por lo americano. En efecto, al refutar particularmente aquellas exposiciones de tono despreciativo -- hacia México y sus habitantes por parte de Pauw, Buffon, Raynal y Robertson, la compañía en el exilio terminó de delinear lo que se ha dado en llamar patriotismo criollo novohispano, el cual se --- cuenta entre los antecedentes del movimiento de independencia. De manera muy especial, al jesuita Francisco Javier Clavijero se le considera como el principal defensor e ideólogo del criollismo. -- Es bien sabido que en la Historia antigua de México salió a la de fensa de su patria y sus compatriotas, aplicando los mismos enunciados racionalistas que aquellos filósofos del viejo continente

---

Enrique Florescano: Memoria Mexicana, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1987./ Gloria Grajales: Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales, México, UNAM, 1961. El tipo de información que estas obras ofrecen sobre este tema es muy desigual. Así por ejemplo, en la primera, únicamente encontramos referencia al grupo -- criollo. Por su parte el trabajo de Grajales se limita al análisis de cuatro historiadores: Hernán Cortés, del que aún no acabamos de entender su "nacionalismo incipiente", Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Carlos de Sigüenza y Góngora, quien del cuarteto es el mejor estudiado, y Francisco Javier Clavijero. Es sin duda, el reciente libro de Florescano el más completo, pues sintetiza cómo y para qué la historiografía mexicana ha recuperado el pasado.

habían manejado en su contra. A lo largo de la obra y en diversas ocasiones teniendo como modelo a las culturas grecorromanas, Clavijero comprobó el nivel de evolución alcanzado por los pueblos indígenas. En esta forma, sin haber llegado en ningún momento a sentirse descendiente de ellos, el autor jesuita consiguió adueñarse del pasado precortesiano como expresión del arraigo a la tierra. Además su discurso histórico no quebró las raíces hispánicas, a pesar de las críticas a la empresa conquistadora. Su visión de la historia de México se encaminó, pues, hacia la síntesis, perfilando, desde su perspectiva, la identidad mexicana. Sin embargo, el sentido que se le ha atribuido es totalmente anti-hispánico, debido a las exigencias emancipadoras de aquel momento.<sup>2</sup> Con este rótulo, Francisco Javier Clavijero pasó a engrosar las filas de la corriente indigenista de la historia.

Sin lugar a dudas esta corriente se encuentra mejor definida a partir de los primeros años de la insurrección independentista de nuestro país e inmediatamente después del triunfo

---

2 Es idea muy difundida que el objetivo de la obra de Clavijero se centró en el rompimiento con la cultura española. La importancia de la conquista espiritual como impulsora de la educación de los indios que debería mantenerse vigente, la trascendencia del mestizaje y la cristianización y, por último, la distinción entre "su patria América y su nacionalidad española" demuestran todo lo contrario. Cfr. Giovanni Marchetti: Cultura indígena e integración nacional, Alberto Guaraldo (prol.) Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1986. Además es indudable que Clavijero al refutar las difamaciones europeas contra el continente americano y que alcanzaban a España, emprendió también la defensa de esta misma.

emancipador en 1821. Los primeros intentos, seguidos del rompi-  
miento definitivo con España, exigieron a personajes como Fray --  
Servando Teresa de Mier y Carlos Ma. de Bustamante demostrar que  
el único legado cultural que pertenecía a los mexicanos era de --  
origen indígena, ya que pensaban que la fase colonial no tenía --  
más significado que la destrucción y la opresión. Con la idea de  
ser más convincentes en sus planteamientos decidieron utilizar --  
los textos del Padre Las Casas, ello avivó la Leyenda Negra y ---  
creó un ambiente de antiespañolismo, que trascendió más allá del  
tiempo en que vivieron.

La negativa a reconocer algún nexo con la cultura hispa  
na y la nación que se formaba puede observarse en que, estimando  
a la religión católica como lazo esencial de unificación nacional,  
Mier y Bustamante no quisieron aceptar que fue España su trasmis  
ora, sino que consignaron que el cristianismo ya era conocido por  
los indígenas desde antes de la llegada de los conquistadores, de  
bido a que había sido difundido por Santo Tomás, a quien identifi  
caron con Quetzalcoatl.<sup>3</sup>

El indigenismo histórico sustentado por ambos autores -  
podemos considerarlo como la posición más radical del reclamo ---  
criollo, manifiesto casi dos siglos atrás, para obtener todos los  
derechos sobre tierras americanas. De esta forma se cerraba la po  
sibilidad de elaborar la síntesis de la historia de México.

A simple vista podría suponerse que, en la medida que -  
se fueron enfriando las acaloradas pasiones de los años de emanci

---

3 Véase sobre el pensamiento de estos autores la obra de D. Bra-  
dring: op. cit., pp. 40-82.

pación y que México se fue consolidando como nación independiente, pudo dotarse al joven país de una real conciencia nacional a través de una obra historiográfica. Pero no fue así. Como hemos visto en las primeras líneas de esta introducción, México se fragmentó, básicamente, en dos posiciones políticas que se consideraron entre ellas mismas totalmente antagónicas; cada grupo presentó -- distintos epítetos en el transcurrir decimonónico. En un primer momento fueron identificados como federalistas y centralistas, -- más tarde como liberales y conservadores y finalmente como republicanos y monarquistas. Cada uno de ellos trató de imponer su -- programa de nación sobre el otro, lo que suscitó enfrentamientos militares y el desequilibrio en todos los órdenes de la vida de -- nuestro país. Fue entonces que la historiografía estuvo al servicio de intereses partidistas, ocupándose en exaltar acciones o -- condenar participaciones; asimismo fungió como mero reflejo de luchas intestinas, de golpes de estado, de endeudamiento, de intervenciones extranjeras, en fin, de búsqueda de culpables por el -- sastrero nacional. En otras palabras, la historiografía sólo estuvo concentrada en referir los acontecimientos inmediatos como el movimiento de independencia, las múltiples administraciones que se sucedieron, la separación de Texas y la guerra con los Estados -- Unidos, por citar algunos.

Además en el caso de los liberales despreciaron el pasado mexicano, colonial o indígena, porque tenían "los ojos puestos firmemente en el futuro y en los Estados Unidos".<sup>4</sup> En efecto, --

---

4 Ibidem, p. 106

los también llamados progresistas vieron en las instituciones de la nación vecina un modelo a imitar para alcanzar la prosperidad y el bienestar. Llegaron, inclusive, a sentirse identificados con ella, por lo que desconocieron sus nexos ancestrales y sostuvieron que la historia de México principiaba con la guerra de independencia. Cabe insistir que si bien el antihispanismo pervivió - en las conciencias liberales, el indigenismo histórico, tan defendido por Fray Servando y el polémico don Carlos, no alcanzó resonancia. Tenemos, por ejemplo, a Lorenzo de Zavala que lo mismo hizo manifiesto su antihispanismo cuando criticó el fanatismo religioso y los privilegios del régimen colonial que su antiindigenismo cuando se refirió a los aztecas como simples salvajes. No obstante que la historiografía liberal de la primera mitad del siglo XIX tendió al rescate de los hechos inmediatos, hubo excepciones como la de José María Luis Mora que tomaron en cuenta a la con---quistista y la colonia como partes integrantes del devenir mexicano.

Por el lado de la literatura histórica de carácter conservador también fueron muy copiosas las producciones abocadas al momento; empero el ideólogo del conservadurismo, Lucas Alamán, al escribir sus Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana recuperó el acontecer de la dominación española. Convencido de que los únicos valores culturales de México eran de procedencia hispana, refutó la tesis indigenista de Mier y Bustamante, -- sin que ello implicase un desconocimiento del alto grado de civilización que habían alcanzado los mexicanos.<sup>5</sup> Debemos aclarar que -

---

5 También podemos encontrar ejemplos sobre la importancia que para Alamán tuvo el pasado colonial en su obra: Historia de Méjico

no censuró todo el discurso histórico de Fray Servando, pues apoyándose en él, creyó probable que los pueblos indígenas "recibieron nociones del cristianismo"<sup>6</sup> antes del encuentro conquistador. Es innegable la importancia que la religión católica tuvo, durante el siglo XIX, como valor que definía a los mexicanos; en realidad fueron los conservadores los que sostuvieron este concepto y los que le dieron un sentido distinto al que le habían imprimido Mier y Bustamante. No olvidemos que ambos autores al referirse a aquel conocimiento religioso pretendieron restarle a España el mérito de su labor evangelizadora, mientras que hispanistas como -- Alamán lo hicieron con el propósito de demostrar que los indígenas se encontraban en buenas condiciones para comprender la doctrina cristiana, pero que ante la práctica de sacrificios humanos fue necesaria la empresa conquistadora que se encargó de difundir correctamente el cristianismo.

El divorcio entre indigenistas e hispanistas no fue el único caso existente de visiones polarizadas sobre determinados hechos del devenir mexicano, lo que no es nada extraño en un México en el que eran ejercicios cotidianos el polemizar y el disparar el fusil en contra del adversario. De este modo comprendemos porque aquella historiografía que tan sólo registró la historia -- inmediata también se escindió en opiniones al ocuparse del movimiento de independencia. Desde que culminó la lucha emancipadora

---

co desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente. Tomo I. México, Ed. -- Jus, 1942. p. 13.

6 Ibidem, p. 14

en 1821, dio inicio el enfrentamiento discursivo entre los historiadores que reconocían como la etapa más importante de la guerra de independencia a la insurrección encabezada por el cura Miguel Hidalgo y Costilla debido a su carácter de movilización popular y los que exaltaban a Agustín de Iturbide como el héroe que logró consumar el movimiento libertario porque este suceso representaba el triunfo y afianzamiento político de la elite criolla. Es así que una perspectiva negaba la trascendencia histórica de la otra. Resulta muy difícil identificar a cada una de estas interpretaciones como representativa del ideario liberal o del conservador, -- puesto que tanto liberales como Zavala y Mora así como el tradicionalista Alamán coincidieron en el desprecio hacia la insurgencia de 1810 a causa de haberla caracterizado "el fanatismo religioso, el salvaje antiespañolismo y el exagerado pillaje a la propiedad".<sup>7</sup> Por consiguiente, para estos personajes, la verdadera lucha por consolidar a la nueva nación no se había iniciado sino hasta después de 1821. Así se perfilaron otras dos tendencias historiográficas que imposibilitaron, a su vez, unificar todo el proceso histórico mexicano. A partir del surgimiento de esta controversia, una historia general de México al par que tenía que integrar al México indígena y al colonial como uno sólo también tendría que equiparar la trascendencia de las distintas fases por -- las que atravesó el movimiento independentista.

Un estudio equilibrado sobre la historia de México era poco probable que procediera de las plumas de hombres adscritos y

---

7 D. Brading: op. cit. p. 107.



comprometidos con un partido. Era más factible que los historiadores José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, templados en un liberalismo de corte moderado y no tan preocupados por cuestiones públicas, se entregaran a la investigación histórica de los tiempos más remotos de la historia mexicana. Influidos por la historiografía alemana erudita y científica rescataron y recopilaron, en la década decimonónica de los cincuenta, una serie de documentos y testimonios tanto indígenas como coloniales; su móvil fue la convicción de que "era indispensable exhibir con orgullo y vigorosamente la doble ascendencia".<sup>8</sup> Estaban conscientes de que esta recopilación de documentos serviría para que en un futuro no muy lejano se escribiese una historia general de México. Es incuestionable que con bastante tardanza empezó a surgir la necesidad de recuperar todo el pasado de México, y de este modo dotar al país de una verdadera conciencia nacional.

Para que los anhelos de Ramírez, Icazbalceta y Orozco y Berra se hicieran una realidad aún tuvieron que correr varios años. Por lo pronto, en el año de 1865, cuando Maximiliano trataba de afianzar su poder en territorio mexicano, otro liberal moderado y colaborador del Imperio, Manuel Larrainzar, como miembro de número de la Sociedad de Geografía y Estadística, dictó una serie de conferencias tituladas: Algunas ideas sobre la Historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea

---

8 Ernesto de la Torre Villar: "Prólogo", José Fernando Ramírez: Relatos históricos. México, UNAM, 1987. (Biblioteca del Estudiante universitario, 107).

nea, desde la declaración de independencia en 1821 hasta nuestros días. (1864).<sup>9</sup> El objetivo del texto fue presentar un proyecto - que señalase las bases teóricas y metodológicas para escribir una historia patria. A primera vista el título nos haría pensar que a Larrainzar sólo le preocupaba la historia de México a partir de - la independencia, pero cuando profundiza en su estudio explica -- que esta historia debe de dividirse en tres etapas: la antigua, - la de la conquista y la del México independiente; siendo esta última la que necesita mayor aplicación, pues según él, ha sido poco y mal estudiada a causa de los intereses de partido. Una sólida formación erudita permitió a Larrainzar criticar las fuentes -- existentes sobre la historia de nuestro país y llegar a la conclu sión de que estaban repletas de errores y olvidaban registrar muchos acontecimientos. De ahí que apuntara que en la redacción de la historia general de México debía de prevalecer la unidad de -- pensamiento, es decir, que debería aceptarse como pasado la etapa indígena y colonial, las distintas fases del movimiento de inde-- pendencia y cada uno de los sucesos acaecidos en la vida de la na ción independiente. Agregaba, además, que esta obra no sólo debía elaborarse en base a la literatura histórica, sino que también de bían buscarse y depurarse todos los documentos existentes en ar--

---

9 Este trabajo se difundió a través del Boletín de la Sociedad - Mexicana de Geografía y Estadística publicado en 1865 por Ignacio Cumplido. Seguramente por haberse confeccionado este valioso documento en la época imperial no volvió a editarse ni a tomarse en cuenta durante casi un siglo. En 1970 lo rescató el Seminario de Historiografía Moderna Mexicana que dirigía el Dr. Juan Ortega y Medina y se incluyó en el libro intitulado: Polemias y ensayos mexicanos en torno a la historia. México, -- UNAM-IIH, 1970.

chivos públicos y privados.

El móvil de este plan fue, sin lugar a dudas, el reconciliar a los republicanos y monarquistas en pie de lucha por el dominio territorial, mostrándoles que compartían un único origen, las mismas costumbres y los mismos valores y que ambos estaban -- comprometidos con la prosperidad nacional. De hecho si con su exposición justificó la importancia de hacer una síntesis de la historia mexicana fue porque vio gran "utilidad práctica" en el conocimiento histórico. Para él, la historia es útil, primordialmente, en los planos científico, artístico, moral y político. Así por -- ejemplo nos dice en relación a los dos primeros que "las ciencias y las artes sin la noticia y memoria de lo que se ha practicado, no habrían podido dar un paso adelante, y se encontrarían tan --- atrasadas e imperfectas, como en los días en que comenzaron a hacerse los primeros ensayos y tentativas".<sup>10</sup> Por el lado moral, Larrainzar apuntó con tono magisterial que la historia expone las -- buenas y malas acciones de los hombres del pasado para saber como actuar en el presente. Este sentido se enlaza con el plano político, porque siendo los gobernantes los que hacen la historia, según don Manuel, el conocimiento histórico tiene mayor significancia para ellos al enseñarles a proceder correctamente en la vida pública; asimismo les permite aprender "a conocer la marcha de -- los cuerpos políticos presentes y futuros, los síntomas de sus en

---

10 Manuel Larrainzar: Algunas ideas sobre la Historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia en 1821 hasta nuestros días, en J. Ortega y Medina: op. cit., p. 144.

fermedades, las indicaciones de su salud, los pronósticos de sus agitaciones y de sus crisis, y los remedios que pueden aplicarse".<sup>11</sup>

La exposición del proyecto de Manuel Larrainzar se encuentra tan bien fundamentada y sistematizada que apoyándose en el carácter de utilidad de la historia pasó a definir los objetos de estudio que tenían que inscribirse en una síntesis integral -- del devenir mexicano. Al pensar de don Manuel esta historia debería de trazar la vida nacional en sus diferentes épocas y

lo que constituye su genio y fisonomía particulares, tales como su religión, sus leyes, sus instituciones, sus usos y costumbres y sus hombres notables en todos sus ramos, especialmente los que hayan gobernado, su talento, su carácter, sus opiniones y principios, sus buenas y malas cualidades, - sus virtudes y sus vicios, y el grado de influencia que hayan tenido en la marcha del país, en los acontecimientos y fases diversas por las que ha pasado, en su desgracia o prosperidad; ....<sup>12</sup>

De igual forma debería de tomarse en cuenta la marcha de las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y el comercio. En suma, una historia general implicaba registrar hechos biográficos, políticos, económicos, sociales y culturales. A pesar de estas recomendaciones, es notorio como para Larrainzar tenían más peso -- los acontecimientos de índole política.

Es muy común el que se considere al México a través de los siglos,<sup>13</sup> publicada entre 1887-1889, como la primera historia

---

11 Ibidem, p. 149.

12 Loc. cit.

13 México a través de los siglos. Historia general y completa -- del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, ar

general de México, y tal atributo le viene por ser producto del partido liberal triunfante. Es en esta obra donde se dota al país de una real conciencia nacional al fusionar el México prehispánico con el de la conquista. Pero, precisamente, por la carga ideológica que caracteriza a esta producción, las acciones del partido conservador son ignoradas y cuando hacen acto de aparición son manejadas como meras traiciones o sólo sirven para exaltar en gran medida la victoria del liberalismo. También es común en los estudios sobre la historiografía mexicana el destacar La evolución política del pueblo mexicano<sup>14</sup> (1900) de Justo Sierra como otra realización historiográfica que sintetizó y definió al ser nacional, llegando incluso a equiparar las acciones tanto de liberales como de conservadores. De esta forma, la obra de Sierra, al reproducir el discurso justificatorio del régimen porfirista, logró conjugar el proceso histórico mexicano y, por consiguiente, reconciliar a los mexicanos que habían estado escindidos en facciones políticas y en visiones del pasado.

Sin embargo, no se ha tomado en cuenta que casi diez años antes de la publicación de estas obras y no mucho tiempo después de las conferencias dictadas por Manuel Larrainzar, Niceto de Zamacois, español radicado en México, escribió desde su parti-

---

tístico, científico y literario de México, desde la antigüedad más remota hasta la época actual. México-Barcelona, Ballezá-España, 1887-1889. 5 vols.

14 Justo Sierra: Evolución política del pueblo mexicano. México, Ed. J. Ballezá, 1900.

cular perspectiva hispana, una historia general de México.<sup>15</sup> No es casual este descuido, la procedencia del autor y su afiliación al partido conservador-monarquista condujeron a la omisión. Creemos que es de suma importancia volver a revisar la historiografía liberal, utilizada en nuestros días como discurso oficialista y - al mismo tiempo empezar a rescatar a la historiografía conservadora del olvido, del polvo de las bibliotecas, de la evasión de mu-

- 
- 15 No debemos olvidar dos intentos que precedieron a la obra de Niceto de Zamacois. El primero es de Francisco Carbajal Espinosa que en 1862, siendo socio de la Sociedad de Geografía y Estadística, pretendió redactar una Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del siglo XIX, pero al parecer no la concluyó, pues sólo hemos localizado dos volúmenes en que se toca el proceso histórico del México precolombino y todo lo concerniente a la conquista española hasta 1521. Si hubiese terminado la obra, tal vez sería considerada como la primera síntesis de la historia mexicana. A simple vista podemos ver que procuró equilibrar su estudio, dando igual tratamiento a ambos pasados y reconociendo la doble ascendencia. El segundo caso es el de Ignacio Alvarez que en 1867 publicó en Zacatecas sus Estudios sobre la historia general de México. En esta obra, compuesta por seis pequeños volúmenes, también se identifica a los mexicanos como descendientes y receptores culturales del mundo indígena y del español. Empero a Alvarez le fue difícil medir con la misma escala las fases independentistas que les tocó dirigir a Hidalgo y a Iturbide. Todas sus simpatías se derramaron sobre este último. Además criticó y rechazó la línea política seguida por los liberales. Debido a ello su texto historiográfico podemos sumarlo a la cuantiosa propaganda política de aquellos conservadores que por sistema niegan la existencia y trascendencia de sus opositores. Esta postura del autor, aunada a lo corto del trabajo y a la mínima revisión de las fuentes existentes sobre el pasado mexicano impiden a los Estudios de Ignacio Alvarez ser clasificada como la primera historia integral de nuestro país.

chos, pues pareciera hoy en día, así como sucedió a liberales y conservadores, que el pasado gira única y exclusivamente en torno a una entidad histórica, la cual se centra, de acuerdo a la tendencia política predominante en nuestra circunstancia, en el proceso histórico seguido por el liberalismo mexicano. En este sentido, apunta Edmundo O'Gorman, "... a fuerza de negar la existencia misma de los vencidos... la grandiosa gesta [republicana] queda reducida a una victoria contra unas sombras, con grave olvido, -- por otra parte, de que en ella le iba nada menos que la índole -- del ser mismo de la nación".<sup>16</sup>

El objetivo central de la tesis intitulada Niceto de Zamacois y la búsqueda de la reconciliación de la sociedad mexicana radica, por tanto, en establecer cómo en el discurso historiográfico de este personaje se recuperó y sintetizó toda la historia de México con el fin de delinear una identidad del pueblo mexicano que lo mismo pudiese ser aceptada por indigenistas, liberales y conservadores-hispanistas.

Bajo estos lineamientos nuestra hipótesis partió de la siguiente proposición: Si la Historia de Méjico de Niceto de Zamacois fue un intento por reconciliar a las distintas posturas históricas en que se fragmentó la sociedad decimonónica de México, -- luego entonces Zamacois tuvo que conjugar, al par que la suma del acontecer de nuestro país, las diversas tesis antagónicas que definieron al ser mexicano.

---

16 Edmundo O'Gorman: La supervivencia política novo-hispana (Monarquía o República). México, Universidad Iberoamericana, --- 1986. p. 6

Para comprobar la hipótesis se estructuraron tres capítulos. Si partimos de que toda conciencia histórica se conforma en su circunstancia, creemos fundamental, en un primer capítulo, detenernos en los dos contextos en que se desenvolvió la vida de nuestro autor, es decir, el español y el mexicano. En esta forma podremos esclarecer, por un lado, el origen de las inquietudes -- que lo llevaron a escribir su monumental obra, y por otro, la --- perspectiva en que la misma fue abordada. Asimismo creemos necesario subrayar los contactos de Zamacois con el turbulento siglo -- XIX mexicano, las relaciones amistosas y familiares que estable-- ció tanto con la elite intelectual como con la sociedad de nues-- tro país y la copiosa producción literaria y periodística que redactó en tierras mexicanas; todo ello nos permitirá registrar a -- su Historia de Méjico en la historiografía elaborada "desde den-- tro" a pesar del origen ibérico del autor. Doble fin tiene en --- nuestro trabajo el breve recorrido por la historia de España y Méjico, pues, aparte de situar al personaje en su circunstancia, po-- drems constatar la similitud del proceso histórico que siguieron ambas naciones debido a su pasado común. La elaboración de este -- capítulo exigió emplear el método comparativo. Utilizamos para -- tal efecto fuentes secundarias en su mayor parte, sin embargo, al momento de trazar la biografía de Niceto de Zamacois tuvimos que basarnos en documentos primarios como novelas históricas y artícu-- los periodísticos escritos por el propio personaje.

En un segundo capítulo nos proponemos destacar la signi-- ficación que la obra de Zamacois tiene en la historia de la histo-- riografía a través de un análisis referente a: las consideracio--



nes formales de la obra, los motivos y objetivos que impulsaron - al autor a emprender tan ardua tarea, su concepto de la historia y el método empleado. Asimismo el análisis nos permitirá explicar la posición que el autor asumió en torno al quehacer historiográfico y cómo su idea de la historia lo llevó a interpretar de determinada manera cada uno de los hechos que aborda. Como el objetivo de Zamacois se centró en la reconciliación de la sociedad mexicana tuvo que buscar un conjunto de valores eternos que definirán y, por tanto, unieran a los mexicanos.

En un tercer capítulo nos ocuparemos del constante empleo que don Niceto hizo de estos valores, principalmente de la religión católica, que se convirtió en la expresión más convincente de la tesis conciliadora. De este modo, únicamente nos abocaremos al análisis de la visión que tuvo sobre cuatro momentos de la historia de México, ya que debido a que su producción historiográfica consta de 18 tomos en 20 volúmenes consideramos necesario de limitar nuestro estudio. La elección no se hizo al azar, sino que escogimos aquellas etapas que han originado fuertes e insistentes polémicas en el ámbito historiográfico. Nos referimos a los siguientes períodos: el México antiguo, el descubrimiento y la conquista española, el movimiento de independencia y el imperio de Maximiliano. Al término de este capítulo expondremos nuestras conclusiones, tratando de confirmar la hipótesis de trabajo que nos hemos planteado.

Hemos creído interesante incluir tres apéndices. El primero se compone de cuatro fotografías. Dos de ellas corresponden a retratos de nuestro personaje, realizados en diferentes momen-

tos de su estancia en México, el otro par reproduce dos vistas de la tumba de Niceto de Zamacois en el panteón español de la ciudad de México. Estas fotografías, sacadas hace poco tiempo, demuestran el olvido y el abandono en que se ha mantenido al último recinto de don Niceto, y son asimismo prueba de los caprichos de la naturaleza, pues al monumento le han crecido un árbol en la cabecera y un arbusto a la mitad de la losa sepulcral. El segundo se encuentra integrado por todos los artículos costumbristas que Niceto de Zamacois escribió sobre México en las primeras páginas -- del periódico madrileño El Museo Universal durante julio, agosto y septiembre de 1857. La transcripción íntegra de estos documentos responde a que se suman a los testimonios que expresan, por un lado, la inseparable inquietud por reconciliar no sólo a los mexicanos entre sí, sino también a estos con los españoles y, por otro, el gran conocimiento que el autor adquirió sobre nuestro país. Además consideramos importante el rescate de tan valiosos escritos que forman parte de la Colección Lafragua, porque el paso del tiempo los está destruyendo y sería muy lamentable que se perdiera lo que José Ma. Lafragua recopiló con tanto cuidado y esmero, convencido de que servirían a las futuras generaciones en la indagación de su pasado. Como tercero y último incluimos los versos completos de la famosa canción "La Golondrina", cuya letra fue escrita por Niceto de Zamacois. Esta conocida pieza musical nos parece otro indicador más de la fusión que hizo su autor entre México y España, pues si bien canta la añoranza por la patria querida, que para él era España, se ha convertido también para nosotros, los mexicanos, en el símbolo del apego a la patria nuestra.

CAPITULO I  
ENTRE IRES Y VENIRES  
VIDA, TIEMPO Y OBRA DE NICETO DE ZAMACOIS

"La historia elaborada por los vivos,  
tiende a reconstruir la existencia -  
de los muertos".

RAYMOND ARON

1.1. Los años formativos en el contexto histórico español.

La península ibérica, atractivo para el exterior en el -  
correr de los siglos por ser punto intermedio entre Europa y Africa,  
y paso entre las aguas del Mediterráneo y del Atlántico, con--  
forma una unidad histórica. Pero su misma fisonomía geográfica, ca  
racterizada por una extensa meseta, sierras, valles y ríos, han he  
cho de ella, una y varia a la vez:<sup>1</sup> un mosaico de regiones com--  
puestas por pueblos con lenguas y costumbres muy diferentes, -como  
se dan entre Portugal y España-, e igualmente, en la situación par  
ticular de ésta última, con zonas dedicadas a distintas activida--  
des económicas que ahondan la brecha existente entre un centro ---  
agricultor y una periferia comercial e industrial. Así por ejemplo,  
mientras que en la meseta ha predominado la explotación agrícola y  
ganadera, las provincias vascongadas,<sup>2</sup> situadas en el litoral nor-

---

1 Así lo dice Anselmo Garretero y Jiménez: Los pueblos de España,  
México, ENEP-ACATLAN-UNAM, 1980.

2 Las provincias vascongadas son Vizcaya, Alava y Guipúzcoa. Ac--  
tualmente estas tres provincias conforman -junto con Navarra, -  
según algunos- el País Vasco o Vasconia.

te, deben su desarrollo económico a la metalurgia, los astilleros y las armerías. En esas provincias, el puerto de Bilbao, capital de Vizcaya, se ha considerado como una de las principales ciudades españolas por su explotación mineral de hierro y por su contacto comercial con otros puertos europeos. Fue precisamente en esta importante ciudad portuaria, en la calle de Jardines, a dos pasos de la Plaza Nueva, donde uno de tantos días de 1820 nació Niceto de Zamacois Urrutia.

Los contornos familiar e histórico en que se desarrolló el niño Niceto fueron, en verdad, decisivos en su formación intelectual y en la definición de su carácter. Empecemos por el ambiente familiar. La ascendencia de Niceto puede remontarse hasta el pueblo rebelde de los magatos que, después de vagabundear por un largo tiempo, se asentó en Baztán, Navarra;<sup>3</sup> sin embargo, su padre, Miguel Zamacois, nació en Bilbao. Desde joven, don Miguel se dedicó a la enseñanza de la gramática, la geografía y la historia, esta vocación no significó una vida apacible. Por el contrario, había heredado la sangre rebelde de los magatos, y fue esta herencia la que lo llevó a combatir en las guerrillas de la Libertad contra el reinado ominoso de Fernando VII. Su entusiasta participación le costó el exilio en Francia por algunos años.

El legado de los antepasados lo transmitió fielmente a cada uno de sus dieciocho hijos nacidos de dos matrimonios. Con doña Ramona de Urrutia, su primera esposa, procreó a Niceto, uno

---

3 Eduardo Zamacois: Un hombre que se va: Memorias. Buenos Aires, Rueda, 1969. p.18. Este autor se basa en Pío Baroja, sin indicar la fuente completa, para registrar los orígenes más remotos de su ascendencia.

de los mayores de la prole y también de los primeros en sublevarse en contra de los mandatos del patriarca, cuyo máximo anhelo -- era que sus vástagos aprendieran algún oficio para ganarse la vida. Más tardó don Miguel en sortearle al joven Niceto el aprendizaje de la carpintería que éste en colgar las herramientas. La de serción fue repetida por cada uno de los hermanos. De la faena ma nual ninguno de los componentes del hermanazgo pasó a ejercer ni la abogacía, ni la medicina, ni el sacerdocio, sino que prefirieron especializarse en el cultivo de las artes, las maromas cirque ras y la educación de tigres. Incluso las dos únicas mujeres si-- guieron caminos poco comunes en aquel entonces: Elisa alcanzó la fama como cantante de Zarzuela y Urzula "a los siete años se ahor có, por celos, colgándose del picaporte de una puerta".<sup>4</sup> Se hace evidente que por todos estos derroteros, los Zamacois fueron una familia española fuera de serie. La influencia de un ambiente fa miliar tan peculiar nos explica al Niceto de Zamacois poeta, nove lista, dramaturgo y publicista en que se convirtió a su llegada a México en 1840.<sup>5</sup>

---

4 E. Zamacois: Confesiones de un niño decente. Autobiografía. Ma drid, Renacimiento, s.f. . (Obras completas, X). p. 20.

5 Pocas fueron las fuentes en las que pudimos encontrar datos so bre la vida de don Niceto. Revisamos cerca de diez obras de ca rácter Diccionario-enciclopédico-biográfico, y sólo en cinco - de ellas logramos pobremente nuestro objetivo, ya que en cada obra se decía casi lo mismo. Estas obras son: Diccionario de - Escriptores Mexicanos. México, UNAM-Centro de Estudios Litera rios, 1967./ Enciclopedia de México. México, Instituto de la - Enciclopedia de México, 1966./ Enciclopedia Universal Ilustra da Europeo-Americana. Vol. 70. Bilbao, Espasa-Calpe, 1930./ En rique Cárdenas de la Peña: Mil personajes en el México del si-

Si bien este contorno nos ayuda a explicar con mayor -- profundidad el por qué de las acciones de este personaje, no debe -- moldear. En efecto, Zamacois nació, creció y vivió los veinte pri -- meros años de su existencia, años de formación, en la España siem -- pre dual, cuyos reflejos más sobresalientes eran: tradición frente -- a revolución y unitarismo frente a particularismo,<sup>6</sup> -esto debi

---

glo XIX (1840-1870). Tomo III. México, Banco Mexicano Somex, 1979. Juan López de Escalera: Diccionario biográfico y de historia de -- México III. México, Magisterio, 1964. También pudimos obtener da -- tos sobre su vida en Daniel Muñoz y Pérez: "Datos biográficos pa -- ra nomenclatura. Don Niceto de Zamacois" en El Universal, 14 de -- junio de 1956. Afortunadamente logramos conseguir dos obras del -- escritor cubano Eduardo Zamacois, sobrino de don Niceto, que nos -- informaron sobre el clan vizcaíno. Ya las citamos anteriormente. Con el objeto de conocer más a fondo la vida de Niceto de Zama -- cois y su familia se podría, en futuras investigaciones, acudir -- al Archivo Histórico Provincial de Vizcaya en Bilbao y revisar -- ahí el censo de policía de 1825, en el que consta "por calles y -- portales los habitantes con sus nombres, edades, profesión, lugar -- de origen, tiempo de residencia, y en unos pocos casos su filia -- ción política". Emiliano Fernández de Pinedo: Crecimiento económi -- co y transformaciones sociales del País Vasco. 1100/1850. Madrid, -- Siglo Veintiuno Editores, 1974. p. 88.

6 Entendemos estos conceptos de la siguiente manera: el unitari -- mo es la tendencia de la monarquía, a lo largo de la historia -- de España, a unificar y centralizar la vida política, económi -- ca y cultural de la península ibérica; por su parte, el parti -- cularismo, también denominado localismo o regionalismo, es la -- defensa de la autonomía de pueblos como Cataluña, Galicia y -- Vasconia. Para mayor profundidad al respecto veáanse: Carlos -- Bosch Gimpera: El problema de las Españas. México, UNAM, 1981. A. Carretero: op. cit./ Ramón Menéndez Pidal: España y su hie -- toria I. Los españoles en la historia. Madrid, Ediciones Mino -- tauro, 1957.

bido en gran parte a su condición geográfica-; una nación, en suma, -como diría Menéndez Pidal- donde "media España negaba a la otra media".<sup>7</sup> Zamacois aprendió a leer y a escribir en esa España católica en permanente defensiva frente al mundo protestante anglosajón. En una tierra en que el hecho religioso matiza el devenir, hecho que late "en la conciencia de los hombres y en sus relaciones mutuas, en la estructura social y en las instituciones políticas, en las ideologías que son trasfondo de estados sociales....".<sup>8</sup>

Esboceemos los acontecimientos. El año en que nació Niceto de Zamacois, 1820, coincidió con el pronunciamiento del Teniente Coronel Rafael Riego en Cabezas de San Juan. El significado de tal acontecimiento es el triunfo de los liberales frente al absolutismo de Fernando VII, y por ende la prueba de fuego para llevar a la práctica los principios del liberalismo español, cuyo perfil innovador se delinea en las Cortes de Cádiz (1810-1812) como respuesta y propuesta a la caducidad del régimen absolutista monárquico. Ya desde el motín popular de Aranjuez se anunció un cambio en la sociedad española, al provocar este suceso la caída de Manuel Godoy y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII; en este sentido, apunta Vicens Vives, "un monarca había sido destronado a causa de una acción popular".<sup>9</sup> No obstante, la invasión francesa a España fue la que hizo aflorar la necesidad de --

---

7 R. Menéndez Pidal: op. cit. p. 117.

8 Manuel Tuñón de Lara: El hecho religioso en España. París, Editione de la Librairie du Globe, 1968. p. 7.

9 J. Vicens Vives: Aproximación a la historia de España. Barcelona, Ed. Vicens-Vives, 1983. (Vicens Bolsillo, 6). p. 131.

una transformación. La cesión de la Corona española a Napoleón -- produjo un vacío del poder, que llevó al pueblo español a un levantamiento espontáneo contra el intruso, y a la organización de Juntas provinciales, que convergieron en una Junta Central.

Este órgano tuvo entre sus funciones la de convocar a Cortes para hacer frente a la coyuntura. La situación en general, y la forma en que se estructuraron las Cortes en particular, mostraron claramente la presencia de varias actitudes; descollando, en el segundo caso, la de los liberales. Mismos que inmediatamente se bifurcaron en jovellanistas, y en un grupo de tendencia más radical.

Los primeros, influidos por la Constitución inglesa y -- partiendo de la realidad histórica española, consideraron la ya -- existencia de una "constitución" en las leyes y costumbres de los reinos españoles que limitaban el poder de los monarcas, pero que el absolutismo de austrias y borbones había dejado inexistente. -- Para estos constitucionalistas la soberanía residía en dos instituciones latentes en la historia del pueblo español: el Rey y las Cortes, conformadas éstas por tres estamentos (nobleza, clero y -- estado llano) que se integrarían bicameralmente.<sup>10</sup> No atacaban, -- pues, a la nobleza, pero sí a sus privilegios. Es así, que la tradición perfilaba su pensamiento, y por lo tanto a su liberalismo como moderado. En el caso del grupo más radical, se planteó también la necesidad de una constitución, sin embargo ésta debería -- de ser como la francesa. La directriz fue un Estado nuevo que rom

---

10 José María Jover Zamora: "Edad Contemporánea" en Introducción a la historia de España. Barcelona, Ed. Teide, 1966. pp.440-441.



piese totalmente con la vieja "estructura jurídica absolutista -- feudal".<sup>11</sup> La soberanía residía en la nación, y a través de asambleas representativas se frenaría el despotismo del Rey. De tal modo defendían, con la tónica de la igualdad de derechos, una sola cámara. Esta postura fue la que se siguió en la forma en que se desarrollaron las deliberaciones, y en cuanto a la tendencia -- jovellanista sirvió de pauta para declarar que la soberanía recaía tanto en la persona del Rey como en las Cortes.

A finales de 1810, ya en pleno ejercicio de las sesiones, estas tendencias liberales, que representaban los intereses de las clases medias, de los intelectuales, de algunos propietarios y clérigos, al proponer su programa encontraron fuerte oposición por parte de altos nobles y clérigos, denominados por aquellos como serviles, que añoraban los tiempos anteriores a la llegada del invasor francés. Estos fueron conocidos como absolutistas o tradicionalistas. De esta manera se delineaban dos tendencias antagónicas que protagonizaron los sucesos del siglo XIX: liberales y absolutistas, que tomarían distintos matices en el transcurrir del tiempo. En suma, España se había escindido.

Con la promulgación de la Constitución de Cádiz en 1812 triunfan los lineamientos liberales tales como: soberanía nacional, división de poderes, potestad legislativa compartida por las Cortes y el Rey,<sup>12</sup> cámara elegida por dos años por sufragio indi-

---

11 Manuel Tuñón de Lara: La España del siglo XIX. París, Librería Española, 1968. p. 24.

12 Aunque es considerado este artículo como parte del programa -- liberal revolucionario, desde nuestra perspectiva y de acuerdo a lo planteado en líneas anteriores, no corresponde a su -- cuño, sino al jovellanista.

recto, organización uniforme de municipios y provincias, aboli---  
ción de señoríos jurisdiccionales y toda clase de privilegios ex-  
clusivos, privativos y prohibitivos. Estas últimas medidas se ex-  
plican por el meollo del liberalismo que sostiene la propiedad --  
privada y la supremacía de la libertad individual frente a los --  
privilegios corporativos característicos del sistema feudal. Debi-  
do a ello, el foralismo se vería afectado, pero aún tardarían va-  
rios años para que se produjese un estallido de fuerte resonancia.

Asimismo debemos hacer hincapié que en la mencionada --  
Carta Magna se atacó el poder material eclesiástico, se suprimió  
la Inquisición y se impulsó la desamortización de los bienes de -  
la Iglesia. A pesar de este matiz anticlerical, no fue tan fácil  
desprenderse de la tradición católica española. Y es así que el -  
Código gaditano respira religiosidad cuando en su preámbulo se in-  
voca "el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu San-  
to, autor y supremo legislador de la sociedad". Además, en el ar-  
tículo doceavo se consigna que la única religión de la nación es-  
pañola sería la católica. Bajo este rubro, los admiradores de la  
Constitución ultrapirenaica rompían con su modelo. De acuerdo con  
Josep Fontana, la Constitución de Cádiz "da testimonio de la ambi-  
güedad y la moderación de esta política reformista";<sup>13</sup> es claro -  
que con algunos pasos hacia adelante y otros hacia atrás, prevale-  
ció la necesidad de un cambio, apoyado en las ideas de la época,  
pero sin que el contexto histórico español dejara de ejercer su -  
influencia, garantizándose así un orden nuevo, pero orden al fin.

---

13 J. Fontana: La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833. Barcelo-  
na, Ed. Crítica-Grijalbo, 1979. p. 16.

Muy poco les duró el gusto a los constitucionalistas liberales. La que pretendió ser el acta de defunción del antiguo régimen fue abolida en su totalidad en 1814, al regreso del deseado, pero muy pronto indeseado, Fernando VII. Tal hecho conlleva a la restauración del absolutismo, al compás de "Vivan las cadenas" --- clara expresión del tradicionalismo de las masas campesinas y -- del beneplácito de las instituciones y grupos sociales afectados por las nuevas reformas, es decir, la Iglesia, el ejército tradicional y la nobleza, que en su conjunto constituían la base del Antiguo Régimen. Tan radical fue la postura del monarca, que aparte de las persecuciones que sufrieron los progresistas, desoyó "las demandas de los persas, realistas de cuño tradicionalizante, pero partidarios de algunas reformas en la monarquía que evitarán el -- despotismo".<sup>14</sup> A pesar de que el programa de la burguesía liberal no fuera aplicable en ese momento, era obvia la necesidad de algunas transformaciones, sin que esto afectase la estructura social -- del viejo edificio. Ni el rey ni sus consejeros lo alcanzaron a -- captar.

El período comprendido entre los años de 1814 a 1820 fue difícil para la España de la Restauración. La inepta política seguida no logró detener la grave crisis económica producida por la guerra de la independencia; crisis que se vio además acelerada por el resquebrajamiento del imperio, al suscitarse los movimientos independentistas de las colonias españolas, como parte de la dinámica nacionalista y revolucionaria que también prendía en América.

---

14 J. Vicens Vives: op. cit. p. 133

Esa misma dinámica, incesante en España y localizada --- principalmente en los centros urbanos, llevó a los desilusionados - liberales españoles -sobre todo a los jóvenes oficiales de la milicia- a fraguar dentro de sociedades secretas la caída del régimen absolutista fernandino. Tras fallidos intentos, finalmente cuando tropas del ejército esperaban en Cabezas de San Juan partir hacia América para dar término a los levantamientos de las colonias, se produjo el ya nombrado pronunciamiento de Riego, que fue apoyado - por otras guarniciones de la periferia española. A Fernando VII no le quedó otro camino que aceptar la Constitución de 1812. Se inició así el Trienio Liberal, y -como ya señalamos en líneas anteriores- se presentó la prueba de fuego para llevar a la práctica los lineamientos del liberalismo español. Pero la realidad fue que durante el tiempo que duró el período constitucional a los liberales los quemó su propia escisión, su falta de poder y organización administrativa, el flujo de las fuerzas tradicionalistas y la intervención de la Santa Alianza.

Efectivamente, de 1820 a 1823 se hicieron de nueva cuenta manifiestas las diferencias entre los liberales moderados y los radicales. Los primeros conocidos como "doceañistas" eran los viejos constituyentes de Cádiz, que volvían a plantear la soberanía - compartida entre las Cortes y la Corona, y todo cambio bajo la legalidad constitucional. Por su parte, los segundos llamados "exaltados" unidos en sociedades patrióticas creían necesario un cambio total de la estructura del viejo régimen por la vía revolucionaria. Para estos, la soberanía recaía en el pueblo, de ahí se explica su vinculación con elementos populares: artesanos y comerciantes mo--

deestos, militares de origen popular, hidalgos arruinados.<sup>15</sup> Su postura fue tan extrema que espantó a la misma burguesía, que vio peligrosa toda participación política del pueblo.

Una vez más se impuso la moderación en el programa liberal. Se empezó por estimular el crecimiento económico y aumentar la producción en base a "un modelo de desarrollo capitalista a la inglesa que, respetando los derechos de las viejas clases dominantes, convirtiera a los latifundistas feudales en grandes empresarios agrarios capitalistas".<sup>16</sup> No había, pues, rompimiento con la estructura social del Antiguo Régimen, sino coalición con la incipiente burguesía agro-industrial. Bajo el matiz constitucional se abrieron las Cortes para dar cauce a las prerrogativas liberales. De tal modo que aparte del restablecimiento de las leyes del 31 de agosto gaditano, se legislaron algunas otras más avanzadas que permitirían resolver el marasmo económico del momento. Estas fueron: reducción del diezmo a la mitad; extinción de todo convento que no llegase a veinticuatro individuos, declarando que sus bienes pasasen a ser propiedad de la nación para amortizar la deuda pública; supresión de todos los mayorazgos y abolición de señoríos territoriales.

La llamada de atención que con estas leyes se hizo a la nobleza no siguió la vertiente esperada, -a pesar de que ésta pudo con ellas obtener beneficios como la revalorización de sus propiedades agrarias-, ya que lo único que vio aquel estamento fue el --

---

15 M. Tuñón de Lara: La España del siglo XIX. p. 51

16 J. Fontana: op. cit. p. 32

ataque a sus privilegios. Se mantuvo así coaligado con las fuerzas tradicionalistas y absolutistas, sobre todo con las masas campesinas del Norte de España -Cataluña, Navarra y El País Vasco- que como resultado de la reforma se les afectó, principalmente por el aumento de la carga fiscal.

Asimismo de nada sirvieron a los moderados las simpatías que algunos núcleos liberales de las principales ciudades profesaron a la Constitución, tal como aconteció en Bilbao, en donde el Ayuntamiento manifestó que aquella no era otra sino "el resumen de nuestras franquezas y libertades restituidas a nueva vida y reducidas a mejor sistema".<sup>17</sup>

En suma, el influjo del tradicionalismo, a cuya cabeza se encontraba el Rey Fernando VII, demostró mayor vigor frente a los liberales carentes de todo poder, de una organización para la aplicación de las leyes, de un ejército que les sostuviese, combinado todo ello con su temor a toda acción radical y revolucionaria.<sup>18</sup> Y fue precisamente otra fuerza del tradicionalismo, pero externa -como lo era la Santa Alianza- la que dio jaque mate al Trienio Constitucional en 1823, al penetrar en territorio español el Duque de Angulema comandando el ejército francés de los "Cien mil hijos de San Luis", cuando se encontraban en el gobierno liberales de tendencia radical. De un borron y cuenta nueva se restauraba el Antiguo Régimen.

---

17 Cit. pos. Fernando García de Cortazar y Manuel Montero: Historia de Vizcaya II. San Sebastián, Ed. Txertoa, 1980. p. 21

18 M. Tuñón de Lara: La España del siglo XIX. p. 47

Durante diez años más, de 1823 a 1833, Fernando VII se mantuvo en el poder.<sup>19</sup> En este período se pasó de las posturas más recalcitrantes al acercamiento a grupos moderados por medio de --- ciertas reformas económicas. Las circunstancias internas y externas indujeron a ello. Una vez clausurado el período constitucional, el monarca no tardó en perseguir y ejecutar a los liberales, obligándolos a emigrar, en primer lugar a Inglaterra y posteriormente a Francia.<sup>20</sup> Sin embargo, por presiones de la misma Santa Alianza se obligó al Rey a aminorar la represión. Por otra parte, el grado de tensión política, económica y social que se vivía en España propendía al despotismo "ministerial", es decir, a implantar reformas de estilo ilustrado dieciochesco, que en absoluto afectaban la vieja estructura. Además el empuje de la burguesía liberal española no podía ser detenido, y tarde o temprano la Corte estableció contacto con aquella, primordialmente cuando el problema de la sucesión se convirtió en el tema de todos los días. En otras palabras, la tendencia hacia la moderación siguió matizando el proceso de la historia de la España decimonónica.

Como ya se ha vislumbrado, ciertamente las ideas libera-

- 
- 19 Este período es denominado como la "década ominosa" por la historiografía liberal que vio únicamente el más puro absolutismo.
- 20 No podemos pasar por alto la importancia que esta emigración tuvo en las ideas políticas de estos hombres en el exilio, y que a su regreso difundieron en España, adoptando un cariz peculiar como fue el caso del romanticismo liberal. Ver al respecto M. Tuñón de Lara: La España del siglo XIX. pp. 67-68 y --- para una mayor especificidad sobre el tema se encuentra la --- obra de Vicente Liórens Castillo: Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra. (1823-1834). México, El Colegio de México, 1954.

les expresan los intereses de la burguesía española, cuya base social estaba constituida por comerciantes e industriales, y de una parte de la nobleza terrateniente,<sup>21</sup> siendo su objetivo esencial el desarrollo agrícola e industrial. Para los años correspondientes al último gobierno de Fernando VII, esta fracción de la sociedad se había definido principalmente en centros urbanos periféricos, tales como Cádiz, Barcelona y Bilbao, ciudad natal de Zamacois. En el caso particular de ésta última esta definición provino de la comercialización y el crédito, la inversión en actividades transformadoras, sin dejar de lado la vinculación con la explotación de la tierra.<sup>22</sup> De igual forma, en Cataluña se experimentó una aceleración económica, sobretodo en la industria textil. Era lógico que para el mantenimiento de este dinamismo se siguiese promoviendo como se hizo en la experiencia constitucional próxima pasada un liberalismo moderado, equivalente a la libertad bien entendida,<sup>23</sup> y que invalidase todo extremismo. Este mismo sentir se dejó ver en las actitudes de la aristocracia feudal, que paulatinamente comenzó a pactar con la burguesía, prefiriendo echar a un lado sus privilegios, que perder sus dominios territoriales, y en consecuencia su hegemonía política y económica.

No hay duda entonces del por qué núcleos realistas y absolutistas, insertos en el aparato burocrático, tendieron también hacia la moderación, reflejándose ésto en la implementación de re-

---

21 E. Fernández Pinedo: op. cit. p. 382

22 Ibidem, p. 384

23 J. Vicens Vives: op. cit. p. 136



formas; tales como fue el caso de las medidas económicas promovidas por el Ministro de Hacienda, López Ballesteros, y que entre otras se pueden citar: la restricción impuesta al volumen de la deuda y la instauración de un arancel proteccionista.

Esta política económica seguida por la monarquía, y el no restablecimiento del Santo Oficio causaron el descontento del alto clero y de algunos nobles; que se agruparon en un partido realista conocido como "apostólico", y cuya característica fue -con palabras de Vicens Vives- "la defensa tanto del ideal católico español como de una forma absoluta de gobierno compatible con la tradición foral del país".<sup>24</sup> Su respuesta llevó implícita la firmeza en proteger el statu quo privilegiado de una fracción de la nobleza territorial. También se autonombraron carlistas, porque consideraron que al morir Fernando VII sin sucesor, su hermano don Carlos María Isidro lo sustituiría, y volvería sin miramientos de ninguna clase al Antiguo Régimen. Don Carlos, absolutismo y religión católica conformaron, pues, la mezcla de la unión tradicionalista, la cual le produjo a Fernando VII fuertes dolores de cabeza.

El alzamiento de los "agraviats" catalanes<sup>25</sup> en 1827 mostró con mayor claridad el viraje de la Corona, y el rompimiento de la sociedad absolutista con el Estado. Y si bien no fue casual la política reformista de un López Ballesteros, mucho menos lo fue la presencia de Fernando VII en Cataluña para aplacar la sublevación.

---

24 Ibidem, pp. 135-136

25 Movimiento del campesinado tradicionalista católico de Cataluña, y al cual podemos considerar la primera llamada de lo que será la guerra civil en la década de los treinta.

A toda costa el Rey tenía que preservar el poder contra toda radicalización, fuese ésta de corte tradicional o liberal revolucionaria.

Bajo el mismo móvil, el año de 1830 tuvo que ser clave en el rumbo que siguió la Corona. Debido a que por un lado la instauración por la vía revolucionaria de una monarquía liberal en Francia, y por otro el nacimiento de la infanta Isabel, hija de Fernando VII vinieron a marcar una mayor inclinación del Rey hacia los liberales moderados; quienes se convirtieron de ahora en adelante en los defensores de los derechos sucesorios. No olvidemos que la llegada al mundo de esta niña trajo consigo la puesta en funcionamiento de la Pragmática Sanción que permitía a las mujeres el acceso al trono; y por ende, hizo escapar de don Carlos y sus seguidores la obtención del poder monárquico. Su reacción se manifestó con reclamos intransigentes, ya por medio de la intriga, ya por el camino de una guerra civil. Es incuestionable que media España negaba a la otra media, y no era precisamente una negación de tradición frente a revolución, sino más bien de tradición frente a renovación.

Pero no fue hasta después de la muerte del Rey en septiembre de 1833 cuando se dio la explosión de la guerra y la transición al Nuevo Régimen Liberal. Por testamento Fernando VII dejó la Regencia a su esposa Ma. Cristina, mientras que Isabel cumplía la mayoría de edad. Ante la oposición carlista, la Reina-Regente inmediatamente se respaldó en los liberales moderados, quienes siguiendo por la senda constitucional, aseguradora de la estabilidad y del progreso de España, promulgaron en 1834 el Estatuto Real, de

claro corte jovellanista y por lo tanto tradicionalista. Al lado de la reafirmación en este documento de la soberanía compartida, las Cortes sesionaron divididas en dos cámaras distintas.<sup>26</sup> Cabe insistir que este Estatuto trajo un cambio gubernamental importante, ya que a partir de aquel momento la Monarquía española sería siempre parlamentaria. Asimismo debemos hacer énfasis en que este documento fue muy conservador; y por ello debió ser muy probable que se intentase atraer a los insurrectos carlistas, que se habían levantado en armas tras proclamar Rey a don Carlos en Bilbao el 3 de octubre de 1833. Zamacois tendría entonces trece años de edad.

El movimiento prendió rápidamente por el País Vasco, Navarra, Cataluña, Aragón y Valencia. No hubo mera coincidencia en que estos puntos se convirtiesen en sus protagonistas: por un lado eran tradicionalmente regiones forales, y por otro se distinguían por un crecimiento económico industrial y comercial a nivel regional. Recordemos que el régimen liberal, bajo la bandera de una modernidad uniformista y centralizadora y en su afán de consolidar un Estado fuerte, estaba sacrificando las peculiaridades que definían a estas regiones carlistas. Los momentos constitucionales (1812, 1820, 1834 y 1837) son prueba indiscutible de ello.

En este sentido, no podemos pasar por alto el problema del foralismo, ya que las actitudes asumidas respecto a él por todos los grupos involucrados en la guerra carlista (1833-40) fueron bastante contradictorias, tanto por parte de los liberales -- del gobierno central como por la burguesía rural y urbana, la no-

---

26 J.M. Jover Zamora: op. cit. p. 462.

bleza territorial y los campesinos de las distintas regiones. En el caso del País Vasco, que es el que nos interesa, recordemos -- que si bien su estructura política, social y económica descansaba en la inmunidad jurisdiccional y en los privilegios de tipo económico, también existía el ejercicio político por parte de cada uno de los miembros de la comunidad, claro ejemplo de la igualdad jurídica de la que gozaba la población, independientemente del estamento al que perteneciese. Así es como se votaba democráticamente las peticiones u órdenes del Rey, y cuando éstas afectaban los -- fueros las rechazaban, limitando el poder centralizador y absoluto de la Corona.<sup>27</sup> A pesar de que esto último tenía conexión con el ideario del constitucionalismo, los liberales españoles atacaron en su totalidad el sistema foral por considerarlo parte del - Antiguo Régimen. Contradicción entonces porque dicha organización ¿no representaba a la constitución histórica y tradicional de España por la que tanto pugnaban los liberales de corte jovellanista?

A primera vista también resulta contradictoria la postura de la burguesía rural y urbana, concentrada principalmente en las ciudades, ya que se alineó al nuevo orden constitucional, muy a pesar de los ataques de éste al régimen foral. Es posible que - sus intereses económicos, como la valorización y extensión de tierras y el acabar con las trabas arancelarias -aspectos que contemplaba el programa liberal español- tuviesen mucho mayor peso que

---

27 Gfr. A. Carretero y Jiménez: op. cit. pp. 106 y ss.

toda una tradición que les daba autonomía e independencia. Participe la capital del Nervión de este proceso fue lógico que el sentimiento carlista no prendiese, y por lo tanto que no fuesen "los --burgueses bilbaínos quienes se opusiesen a la toma del poder urbano por parte de los liberales".<sup>28</sup> Prueba de ello es que defendieron su ciudad a capa y espada, y con éxito, en las dos ocasiones -- en que estuvo asediada: primero en 1835 por el general Tomás Zumalacárregui, y luego en 1836. Entre los liberales que participaron en estos acontecimientos tan importantes estuvo presente el clan -- Zamacois comandado por el patriarca. Durante el segundo sitio, Miguel, el primogénito de los hijos, perdió la vida.<sup>29</sup> Cabe aclarar que, en 1837, una vez terminados los ataques a este importante -- puerto, los bilbaínos, con un claro discurso de modernidad, trataron de hacer compatible su ideología con el mantenimiento de las -- libertades forales.

En cuanto a los campesinos y la nobleza rural, de igual forma se muestra contradictoria su adhesión al movimiento carlista sustentador del más puro absolutismo, y por ende antiforal. Ante -- el programa de la burguesía liberal, buscaron en el statu quo el -- preservar sus fueros<sup>30</sup> y el mantenimiento de su estructura produc-

---

28 P. García de Gortázar y M. Montero: op. cit. p. 26

29 E. Zamacois: op. cit. p. 19

30 En la obra ya citada de Fernández Pinedo se pone en tela de -- juicio la tesis de una guerra en defensa de los fueros, pues -- según él, eran tan sólo un apartado más en la lucha a favor -- del Antiguo Régimen. El autor para sostener su interpretación presenta como prueba principal, el que si hubiese sido el mó--vil dicha defensa de los fueros, don Carlos los hubiese confir

tiva. Recordemos que tanto la nobleza territorial - sin excluir al alto clero- como el campesinado no sólo se vieron afectados por el ataque a sus privilegios y por el aumento de la carga fiscal, sino también por la política del despojo de las tierras comunales, en beneficio de la burguesía agro-industrial, política que por cierto se hizo una realidad con la desamortización de 1836. Fue así que - en contra de todo lo que representaba el nuevo régimen, gran parte de la población rural vasca pasó a engrosar las filas del carlismo tradicionalista. Sin duda, el enfrentamiento entre particularismo y unitarismo durante la guerra, indicó un punto de contacto entre los carlistas y los republicanos federalistas de décadas posteriores. <sup>31</sup>

---

mado al estallar la guerra, y no hasta septiembre de 1834 los de - Vizcaya, y los de Alava en 1836. (pp. 465-466). Consideramos que, a pesar de esta tardía ratificación, la defensa de la legislación foral, fue el punto fundamental que llevó a la población rural vasca a la lucha armada. En torno a Don Carlos se unifica el movimiento "en favor del Antiguo Régimen", pero él no era el movimiento. - Además, los intereses de clase y económicos debieron jugar un papel muy importante, sobre todo cuando estos intereses se sostenían dentro de un régimen foral, atacado por el nuevo orden liberal. -- Tal vez esto salva la contradicción a la que hacemos referencia, y queda como interrogante para futuras investigaciones. Cabe señalar que de las obras consultadas sobre el País Vasco poco se ocupan en explicar el problema del foralismo durante la primer guerra carlista. Los estudios al respecto, y desde la perspectiva mexicana, serían de sumo interés.

31 Ver al respecto la obra de Ma. Victoria López Gordón: El pensamiento político-internacional del federalismo español. Barcelona, Ed. Planeta, 1975. (Ensayo, Planeta/ Historia y Humanidades, 14).

La importancia que la religión tiene en el proceso histórico español nos lleva a tocar un aspecto más en la explicación de la guerra carlista, ya que ésta revistió un carácter religioso, -- mismo que la convirtió en una cruzada en contra del liberalismo. Cuando éste abolió los privilegios, lógicamente atacó los privilegios materiales de la Iglesia, pero nunca atentó en contra de la propia religión. Sin embargo, el clero manipuló la situación, y al grito de "Religión y Fueros" levantó a la mayoría de la población, seguramente no con muchos esfuerzos, pues las regiones carlistas se caracterizaban por un gran espíritu de religiosidad. En suma, -- el lema "Dios, Patria, Rey, Fueros" expresó todo el sentir del carlismo, con todas sus coincidencias y contradicciones.

Sin la venia de don Carlos, se firmó el Convenio de Vergara en 1839 que dio fin a la guerra, su negociación estuvo en manos de los generales que dirigían a los dos bandos en contienda: -- por el lado carlista Rafael Maroto y por el liberal Baldomero Espartero, quien después de firmar prometió la defensa y mantenimiento de los fueros.<sup>32</sup> Por su parte, en ese mismo año, los liberales, con mucha habilidad para seguir sosteniendo una política centralizadora, pero que a la vez aplacara el furor de la guerra, proclamaron, rigiendo ya la Constitución de 1837, una ley que confirmó la unidad jurídica y constitucional vasesa, pero con la apostilla: --- "sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía".<sup>33</sup>

---

32 Actitud que nos comprueba que los vascos rurales se adhirieron al movimiento carlista para defender sus fueros.

33 F. García de Cortázar y M. Montero: op. cit. p. 32

Cabría anotar que los hechos correspondientes a la guerra civil no se traducen simplemente al choque entre liberales --- cristinos y absolutistas-carlistas; ya que la Reina-Regente y los liberales moderados en el ejercicio del poder tuvieron que hacer frente a los liberales radicales, ahora llamados progresistas. Su presión sobre la política gubernamental, por medio de la quema y asaltos a conventos e iglesias y de juntas provinciales, produjo la radicalización del gobierno. Lo cual se comprueba con la política desamortizadora de Mendizábal en 1836, y con la promulgación de la Constitución del 37, que sin embargo, no resultó tan radical como se esperaba, seguramente debido a la intervención de los moderados. Entre sus artículos se contó: la soberanía nacional, los derechos individuales y la división de las Cortes en dos Cámaras.

No obstante el objetivo de los moderados por mantener la estabilidad, en 1840 el grado de tensión llegó a tal extremo que obligó a la Regente María Cristina a renunciar y expatriarse. Los progresistas se hicieron cargo del gobierno, a cuya cabeza se encontró el general Espartero. La lucha por la quiebra del Antiguo Régimen había concluido. Hay que insistir que el modo en que se efectuó la transición a un nuevo orden político, económico y social, es decir, a través de un pacto entre aristocracia y burguesía, no podía permitir una política radical. Tres años después de asumido el poder por los progresistas, la España que se enganchaba al dinamismo del siglo del progreso, volvió a encauzar su rumbo -- por el camino de la moderación.

Esta era la España que dejaba Niceto de Zamacois al em--



barcarse hacia México entre los años de 1839 y 1840. A sus veinte años ¿qué motivos pudieron llevarlo a cruzar el Atlántico? Es innegable que, al igual que todos sus hermanos, prefirió la aventura - en tierras lejanas a pasar su vida en los gajes de la carpintería. La mayor parte de los Zamacois se dedicó a viajar por Europa y radicarse en Francia y sólo tres de ellos brincaron las fronteras continentales: Francisco emigró a la India, donde terminó sus días en las fauces de un tigre; Pantaleón sentó cabeza en Cuba, dedicándose a la música y Niceto vivió en México, identificado con la vida intelectual y cultural. De entre todo el hermanazgo, quizá fue este trío el que tuvo más acentuado el espíritu aventurero que caracterizó a la familia. Cabe preguntar ¿por qué el joven Niceto escogió como residencia a nuestro país? Tal vez porque lo consideró como una de las naciones hispanoamericanas más parecida a su muy querida y nunca olvidada España. Además debió creer que las recién establecidas relaciones diplomáticas entre México y España ofrecían buenas perspectivas para la colonia española. Su arribo a tierras mexicanas en 1840 coincidió con la llegada del primer Ministro Plenipotenciario español, Angel Calderón de la Barca.

Por su parte, en cuanto al influjo de ideas que lo acompañaron, es claro que -debido a las características del proceso - histórico de Bilbao y a la participación de la familia Zamacois en los sucesos de este mismo proceso- tendiese a un liberalismo moderado. Además debemos tomar en cuenta que el haber transcurrido sus años de adolescencia en medio de un clima de intranquilidad y caos debieron dejarle una profunda huella, y un afán enorme de paz y estabilidad, o lo que es lo mismo, un afán por conservar. En suma, -

Niceto de Zamacois trajo consigo a México, el influjo de las ---- ideas, progresistas y tradicionalistas, que en su conjunto le imprimían un sentido propio a la historia del pueblo español.

## 1.2. Los efectos de la sociedad fluctuante.

Recordemos que en 1840, Niceto de Zamacois pisaba por -- primera vez tierras mexicanas y serían, sin tenerlo previsto, casi diecisiete años ininterrumpidos los que permanecería en ella. Durante esta primera estancia del vizcaíno en nuestro país, es -- palpable que le tocó vivir en una circunstancia similar a la que había dejado en España; es decir, vivió en un país en donde medio México negaba al otro medio. En efecto, así como acontecía allende el atlántico, la nación recién independizada se debatía, a veces con la pluma, a veces con el fusil, por la elección del camino para definirse, consolidarse y así poder alcanzar la prosperidad que proclamaban los tiempos modernos.

A lo largo de más de cuatro décadas, básicamente dos -- programas nacionales pugnaron por imponerse uno sobre el otro y -- dirigir el destino de México. Uno de los proyectos fue sustentado por un grupo político que se autodenominó "partido del progreso" y en la medida que fue perfilando sus preceptos se le conoció con los apelativos de yorkino, federalista, liberal y republicano. -- Por su parte el otro proyecto fue presentado por un grupo que tam- bién cambió de nombre al par que formulaba nuevas propuestas; de tal forma que se le identificó como escocés, centralista, conservador y monarquista, a los que se sumó la denominación de "parti-

do del retroceso", surgida en el campo opositor. Cada uno de los idearios de estos partidos, que inspiró la elaboración de los planes nacionales, se nutrió en el pensamiento filosófico y político procedente de Europa, en la experiencia histórica inmediata o lejana y en los distintos intereses económicos y sociales de los mexicanos de aquella época. A continuación mencionaremos brevemente algunos de los tópicos más sobresalientes de la tesis liberal y conservadora en México y algunos de los varios momentos en que se pretendió ponerlas en práctica.

En el caso de los liberales tenemos que su ideal de nación partió de considerar como caducos al sistema monárquico español, a sus instituciones e inclusive a sus valores y tradiciones, pues pensaron que para constituir a México como una nación moderna y encauzarla hacia la prosperidad era necesario imitar el proceso histórico seguido por los Estados Unidos. Estuvieron convenidos, por tanto, de que al erigir una república federal se crearían las condiciones favorables para alcanzar los objetivos fijados. Según la facción liberal, este régimen político reconocería la igualdad entre los hombres y salvaguardaría las libertades individuales, de expresión y comerciales que eran fundamento del desarrollo económico. Además la base de la economía la centraron en el impulso que se daría al comercio, la industria y la agricultura, siendo este último sector al que darían mayor dedicación; de ahí su interés en promocionar los derechos de propiedad privada. Nada fácil les fue a los reformadores mexicanos del siglo pasado llevar a la práctica los principios del liberalismo, debido a que tuvieron que enfrentarse con dos instituciones coloniales, una --

más antigua que la otra: la Iglesia católica y el ejército. Ambas contravenían la nueva estructura liberal por encontrarse constituidas como corporaciones que gozaban de privilegios, como la inmunidad jurídica y, en el caso particular de la Iglesia, porque, además, poseía una gran cantidad de bienes materiales, entre los que se contaban extensas fincas sin explotar, lo que estancaba la productividad agrícola, y por ende, el crecimiento de la riqueza nacional. Charles A. Hale sintetiza claramente los motivos que tuvieron las administraciones liberales cuando implementaron reformas enfocadas a acabar con las corporaciones mencionadas y con -- otras instituciones más:

Una nación moderna y progresiva debe ser jurídicamente uniforme bajo el régimen de un Estado secular fiscalmente poderoso. La fidelidad de sus ciudadanos a un estado civil no debe compartirse con la Iglesia, el ejército o cualquier otra corporación, como la Universidad o la comunidad indígena. Este objetivo incluía la reforma educativa, el ata que a los fueros, la secularización, la colonización y aun la reforma agraria.<sup>34</sup>

Es así que de estos planteamientos surgió el duradero y desgastante enfrentamiento decimonónico entre los liberales y los cuerpos sociales de origen colonial. Recordemos que fue a partir de 1833,<sup>35</sup> durante la efímera administración de Gómez Farías, ---

---

34 Charles A. Hale: El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853). México, Siglo Veintiuno editores, 1978. p. 42. - Apud. Felipe Tena Ramírez: El constituyente de 1856 y el pensamiento liberal mexicano. México, Ed. Porrúa, 1960.

35 No podemos considerar al Congreso Constituyente de 1823-24 co mo la primera propuesta reformista liberal, porque la preocu-

cuando se hicieron evidentes los ataques al poder temporal de la Iglesia, a sus propiedades y a sus privilegios, así como también los dirigidos al ejército. Nada más que el ensayo fracasó al interceder Santa Anna en combinación con el grupo adversario a las medidas. De nueva cuenta, en los años sucesivos al triunfo de la Revolución de Ayutla en 1855, se volvieron a emitir un conjunto de leyes que afectaron no sólo a los eclesiásticos y a la milicia, sino también a las comunidades indígenas. La Ley Juárez, por ejemplo, del 22 de noviembre de 1855 "repercutió duramente en los fueros del ejército al mismo tiempo que en las exenciones de que gozaban la Iglesia, restando a sus respectivos tribunales lo esencial de las causas civiles que les competían".<sup>36</sup> Unos meses más tarde, la Ley Lerdo del 25 de junio de 1856 -precedente a la Constitución de 1857 y a las leyes de 1859- desamortizó los bienes de la Iglesia y por una enmienda se ordenó repartir las tierras comunales de los indígenas, "pues se pensaba que con el acceso a la propiedad individual, los indios se convertirían en propietarios".<sup>37</sup> Empero, tal parece que los verdaderos intereses se encontraron en

---

pación primordial en aquel entonces fue definir política y jurídicamente al país recién independizado como república federal o centralista. Aunque encontramos plasmado el triunfo del federalismo en la Constitución de 1824, postulado inherente al ideario liberal, no existieron planteamientos que resolvieran los problemas de orden económico y social, inclusive ni siquiera las garantías individuales alcanzaron rango constitucional.

36 Francois Chevalier: "Conservadores y liberales en México" en Secuencia. Revista americana de ciencias sociales. No. 1. México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, marzo de 1985. p. 143.

37 Loc. cit.

que los seguidores del liberalismo se repartirían esas tierras e inmediatamente las explotarían con la mano de obra indígena. Algún tiempo después, los latifundios porfiristas demostrarían la existencia de esos planes.

En el caso de los conservadores también fue manifiesta la necesidad de definir a la nación mexicana. En contraposición a los liberales que sólo miraron hacia lo que querían ser, negando lo que habían sido, el grupo de los conservadores sustentó la proyección de la nueva entidad en el conocimiento histórico. De tal forma que para ellos México se tenía que constituir "de acuerdo con el modo de ser tradicional, aceptando como vigente el legado de la colonia; pero no como mera prolongación estática, sino logrando un progreso social y material que rivalizara con el de Estados Unidos...".<sup>38</sup> Había, pues, que preservar las instituciones, las creencias y los valores de procedencia española porque, ante todo, servirían como lazo de unión de los mexicanos y evitarían las escisiones sociales que tanto perjudican a la marcha progresiva de las naciones. El discurso conservador fue la expresión de un amplio número de criollos que durante el régimen colonial fueron desplazados por los españoles peninsulares de los principales cargos civiles y eclesiásticos, así como también de las actividades económicas más importantes; mas, una vez triunfante el movimiento que los separaba de España y les daba la dirección política del país, decidieron mantener la estructura del viejo edificio y clausurar cualquier posibilidad revolucionaria que afectara sus beneficios.

---

38 Edmundo O'Gorman: México el trauma de su historia. México, -- UNAM, 1977. p. 25.

Con base en esta necesidad, cabría suponer que el programa de los criollos adscritos al conservadurismo proclamaba una forma de gobierno monárquica. Si bien esta tendencia estuvo presente en el Plan de Iguala, en el efímero Imperio de Iturbide y seguramente después se mantuvo en la mente de muchos, no fue hasta que la constituida República mexicana sufrió la pérdida de Texas y se vio afectada por los fracasados intentos separatistas de Yucatán cuando volvió a cobrar vigencia. José María Gutiérrez Estrada canalizó la inquietud provocada por los movimientos separatistas en una carta que escribió en 1840 al entonces Presidente Anastasio Bustamante; en ella justificó la instauración de una monarquía. A consideración de Gutiérrez Estrada --señala O'Gorman-- "la historia misma se ha encargado de demostrar la inadecuación del federalismo en México, y la consecuencia es obvia: como 'desde su fundación' el pueblo mexicano no ha conocido más régimen -- que el monárquico, ese y no otro es el que le conviene".<sup>39</sup> Aunada a las consideraciones sobre las malas condiciones en que se encontraba el país, Gutiérrez Estrada agregó una externa: el peligro que representaban los Estados Unidos para la integridad nacional, mientras subsistiera el sistema político federal. Aunque el documento fue difundido no obtuvo alguna resonancia inmediata. Igualmente en 1846, el general Paredes fracasó cuando quiso imponer una monarquía. No obstante la falta de alcance, siguió latente la convicción de que una forma de gobierno monárquica era lo mejor para el país. En aquel mismo año, Lucas Alamán, el teórico del --

---

39 E. O'Gorman: La supervivencia política... p. 29.

conservadurismo, expusó en un artículo publicado en El Tiempo, un alegato en favor del monarquismo mexicano, tampoco alcanzó éxito alguno.<sup>40</sup> No fue hasta principios de la década de los sesenta que los conservadores creyeron ver realizados sus sueños monárquicos cuando Maximiliano de Habsburgo pisó suelo mexicano; pero de nueva cuenta y para siempre, el proyecto abortó.

El ideal por parte de los conservadores de un gobierno autocrático conllevaba al mantenimiento de una sociedad jerarquizada, en la que ellos ocuparían el primer nivel tanto en la escala social como en la administración pública. Tal postulado se contraponía al baluarte democrático de las doctrinas liberales, lo que supondría una preocupación por solucionar los problemas que aquejaban a las clases inferiores o a los grupos indígenas. En la práctica no fue así, no olvidemos que gran parte de los ideólogos del liberalismo mexicano omitieron el tratamiento a seguir en la resolución de este tipo de asuntos sociales; es más, como señalamos líneas atrás, las políticas reformistas atentaron contra la estructura comunal de las tierras indígenas. Paradójicamente, en el campo conservador surgieron las defensas. Así por ejemplo, nos ilustra François Chevalier que curas rurales, adscritos a esta corriente, aparecieron implicados en los levantamientos campesinos del siglo XIX e incluso "llegaron a formular las reivindicaciones agrarias". Según el propio Chevalier la razón de esta actitud cle

---

40 Un interesante estudio sobre las pretensiones monarquistas en México lo encontramos en: Miguel Soto: La conspiración monárquica en México (1845-1846). México, EOSA, 1988. (Colección - Historia, 60).



rical "se vinculaba con las ideas tradicionales respecto al papel tutelar de las autoridades en la materia".<sup>41</sup> En suma, la intervención de determinados núcleos conservadores no respondía a principios innovadores, sino más bien a fundamentos inalterables.

Hemos hablado de la importancia que tuvieron para el conservadurismo las instituciones, las creencias y los valores coloniales como delineadores de la identidad mexicana. Es innegable que la religión católica se convirtió en el valor cultural más trascendental, debido a que fue considerada como un lazo inquebrantable de unión. Muy elocuentes son las palabras de Alamán al respecto:

La población general conserva fuerte adhesión a las doctrinas que recibió de sus antepasados y, es te profundo sentimiento religioso que no sólo no se ha debilitado, sino que, por el contrario, se ha corroborado ilustrándose, es el lazo de unión que queda a los mexicanos cuando todos los demás han sido rotos.<sup>42</sup>

Esta firme convicción explica el papel que los conservadores asumieron como abogados de la Iglesia católica ante las políticas liberales encaminadas a derrumbar, única y exclusivamente, el poder temporal de la institución, pero que a causa de lo caldeado del ambiente fueron tomadas como agresiones al dogma cristiano.

No podemos pasar por alto en el recuento de los fundamentos de la tesis conservadora su perspectiva de desarrollo económico. Si bien integraron al partido conservador algunos terrate

---

41 F. Chevalier: op. cit. p. 138.

42 L. Alamán: Historia de Méjico... T. V p. 856.

nientes laicos que fincaban su riqueza en la explotación agrícola, la modalidad económica se concentró en el apoyo a la industria. - La fábrica de textiles de algodón de Esteban de Antuñano en Puebla y el Banco de Avío fundado por Alamán en 1830 con el propósito de promocionar el crecimiento manufacturero así lo demuestran.

La fluctuación de los acontecimientos decimonónicos durante más de cinco décadas se caracterizó por un sinnúmero de asonadas, golpes de estado, movilizaciones sociales y pretensiones separatistas, causantes de la acelerada sucesión de regímenes ya de una tendencia, ya de la otra. Específicamente en los años correspondientes a la primera estancia de Zamacois en nuestro país -1840-1857-, la oscilación de políticas partidistas estuvo paralizada, por un corto tiempo, a causa de la implantación de un gobierno dictatorial. De la forma republicana federal, inaugurada en 1824 y en la que afloró, con las reformas de 1833, la necesidad de hacer cambios a nivel económico y social, se pasó al sistema centralista en 1836. Las Siete Leyes Constitucionales, reflejo de un creciente espíritu conservador, lo cimentaron. A pesar de que aún no se formalizaba la existencia de este partido ya empezaban a manifestarse sus inclinaciones; de tal manera no es casual la creación del Supremo Poder Conservador,<sup>43</sup> encargado de la vigilancia de los otros tres poderes. Después del conflicto interna-

---

43 Cabe aclarar que no obstante estar sembrada la simiente del conservadurismo, todavía no adquiría su matiz definitivo. --- Bien lo ejemplifica la constitución de este cuerpo político, pues los cinco funcionarios que lo conformarían tenían que ser elegidos por el Congreso y por los departamentos y no por el ejecutivo, lo que implicaba un mecanismo democrático de elección.

cional con Francia en el 38, de los asomos monarquistas de Gutiérrez Estrada, Paredes y Alamán, de algunos brotes liberales como los del 43 y de la intervención norteamericana en 47, varios de los antiguos defensores del centralismo y otros más, ahora desilusionados por la anarquía y la vulnerabilidad nacional ante el exterior, decidieron, encabezados por Alamán, apoyar a Antonio López de Santa Anna y rechazar la federación y el sistema de elección democrática. Personajes como el propio Alamán, Antonio Haro y Tamariz, José Ma. Tornel, entre otros, creyeron que bajo el gobierno santannista se podría concretizar su programa de nación, - sin embargo no contaron con el sueño dorado de Santa Anna: ejercer el poder absoluto proclamando la dictadura. En esta forma llegaba al proceso histórico de México a un radicalismo. Pero el mismo empuje de los acontecimientos volvió a la realidad a su Alteza Serenísima. Una revolución, en 1854, terminaría con la dictadura y brindaría a los liberales la oportunidad de transformar el antiguo orden.

Recordemos, en efecto, que los próceres de Ayutla emitieron un conjunto de Leyes con la idea de darle legitimidad y ejecución a su proyecto, nada más que subestimaron la fuerza opositora con que contaba su principal foco de ataque, porque la Iglesia promovió, no conforme con las protestas verbales y las amenazas de excomunión, los levantamientos armados de Puebla y San Luis Potosí. En el caso de Puebla, el 19 de diciembre de 1856 estalló la rebelión de Zacapoaxtla al grito de "Religión y Fueros", arenga que debió recordar a Niceto de Zamacois las experiencias vividas en su natal Bilbao, cuando el movimiento carlista mo

vilizó a las fuerzas tradicionalistas de España, proclamando la misma demanda. A diferencia de la duración de este acontecimiento -siete años- las rebeliones tradicionalistas mexicanas fueron sofocadas en cuestión de meses, no obstante el malestar continuó, -sobre todo "al promulgarse la Constitución de 1857, los ánimos se exaltarían aún más".<sup>44</sup>

Antes de dedicar algunas líneas al Congreso Constituyente y a la Carta Magna del 57 conviene hacer una que otra consideración respecto a los puntos tocados líneas arriba. Debido a las difíciles y candentes condiciones en que vivieron aquellos hombres del XIX, es natural que consideraran irreconciliables y diametralmente opuestas a sus respectivas doctrinas políticas. Empero, a la lejanía del tiempo podemos constatar que el liberalismo y el conservadurismo tuvieron puntos de contacto en cuanto a sus planteamientos. Muy representativa de esta situación es la similitud del pensamiento de los dos teóricos más importantes de ambas tendencias, José Ma. Luis Mora y Lucas Alamán, que tan claramente ha destacado Charles A. Hale en su estudio intitulado: El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853).<sup>45</sup> Como este no es el espacio para detenernos en ellas, sólo mencionaremos algunas características a manera de ejemplo. Mora y Alamán coincidieron en algunas lecturas de los textos filosóficos y políticos más importantes en aquel entonces. En particular, Montesquieu y Jovella

---

44 Martín Quirarte: Visión panorámica de la historia de México. México, Porrúa, 1976. p. 138.

45 Charles A. Hale: op. cit.

nos pueden contarse entre los autores que mayor influencia ejercieron sobre ellos. Cabe recordar que tanto el filósofo francés como el español delinearon en sus escritos un liberalismo de corte moderado, que se nutría en la convicción de que los cambios de la sociedad se hacían de acuerdo a la constitución histórica de las naciones. De este influjo se explica el por qué Mora y Alamán partieron de un conocimiento del pasado colonial para diseñar su proyecto de nación. Asimismo, como expresión del criollismo que profesaban por razones de origen, fue semejante la interpretación que hicieron respecto a reprobar el movimiento del cura Hidalgo por su carácter popular y desenfrenado.

A pesar de sus afinidades fue evidente el enfrentamiento ideológico entre liberales y conservadores. Su causa no debemos buscarla únicamente en el debate sobre la elección del sistema político que regiría al país, porque en realidad se concentró en torno a la Iglesia católica. Es innegable, por tanto, la polaridad de la sociedad mexicana, aunque tampoco debemos negar que los puntos coincidentes entre Mora y Alamán reproducen el proceso histórico mexicano durante el siglo XIX, es decir una tendencia hacia la moderación, tal y como se estaba dando en el contexto español. En los años anteriores a la llegada de Niceto de Zamacois podemos localizar esta inclinación en dos hechos concretos. El primero se refiere a la promulgación de la Constitución de 1824. Es bien sabido que los Constituyentes de este período se inspiraron tanto en la Constitución de los Estados Unidos como en la de Cadiz de 1812. Debido a esta última influencia, el Código federal de México presentó rasgos del pensamiento jovellanista español, -

defensor del tradicionalismo, que había predominado en las cortes gaditanas una década atrás. Asimismo la propia tradición mexicana ejerció un peso decisivo en la redacción de la Carta Magna. Bajo estos influjos no fueron casuales ni el decreto que estipulaba como religión de Estado a la católica ni el que establecía la división bicameral del poder legislativo; estas leyes son indicadores de ciertos asomos de posiciones moderadas. El segundo caso lo encontramos en las Leyes de Reforma del 33, ya que en ellas se desamortizaron los bienes eclesiásticos, en vez de nacionalizarlos, lo que hubiera sido equivalente a una medida sumamente radical. A finales de los cuarenta y principios de los cincuenta -ya cuando Zamacois estaba en México- igualmente nos encontramos con el moderantismo en el poder en los gobiernos de José Joaquín Herrera y Mariano Arista, quienes pretendieron, sin lograrlo, unificar a los partidos y restablecer la tranquilidad nacional.

En cuanto a la tibieza del liberalismo mexicano durante la primera mitad del siglo XIX bien podrían exponerse dos argumentos. El primero nos diría que las manifestaciones moderadas pertenecían a una generación de hombres formados intelectualmente en una etapa de transición entre el régimen colonial y el México independentista, por lo que la gravedad tradicionalista los volvía mesurados al enfrentarse a los cambios estructurales que exigía nuestro país. Ligado a este argumento, el segundo declarararía que sólo una nueva generación de hombres con ideas más progresistas -forjadas en las luchas emancipadoras y de consolidación, sería capaz de asumir posturas revolucionarias. Sin lugar a dudas fueron los liberales de Ayutla, quienes más seguros estuvieron de su pa-

pel de conductores de la nación por el camino de la libertad y -- del progreso. Vivieron, pues, con el compromiso de ejecutar los - preceptos de la doctrina liberal. Hubo, en efecto, acciones consideradas como sumamente radicales, entre las que se encontraron la Ley electoral para el Congreso Constituyente o la Ley Juárez que suprimió los fueros militar y eclesiástico. Sin embargo estas políticas representativas, entre algunas otras más, del liberalismo puro fueron la excepción en un mar de tibiezas y titubeos. Los de bates en la Asamblea Constituyente de 1856 y el texto, emanado de su seno, de la Carta Magna del 57 son una prueba contundente. Des de la misma conformación del Congreso representaron una mayoría - los liberales del ala moderada, por lo que les fue fácil bloquear o suavizar cualquier proposición exaltada del minoritario grupo - de los llamados liberales rojos. Como Antonia Pi-Suñer ha observado, en su artículo intitulado "Los liberales de Ayutla y la Revolución Francesa", la explicación del preponderante moderantismo - en las sesiones legislativas se encuentra en el conocimiento que tuvieron los constituyentes sobre la violencia que prevaleció en varios momentos del proceso revolucionario francés, de ahí que -- prefirieran actuar conforme al "aún no es tiempo" de algunas medidas transformadoras antes que provocar al clero y desencadenar -- nuevos rompimientos entre los mexicanos:

Los liberales de Ayutla, conscientes de la ardua - tarea que tenían en sus manos, trataron de hacer - primero las reformas en las mentes y luego en las estructuras, procurando siempre evitar un enfrentamiento con el clero y la opinión pública que éste dominaba. En este sentido creían como el español - José Mariano Larra que "la revolución que se veri-

fica por medio de la palabra es la mejor... la que se hace por sí sola, porque es la estable la indestructible'.<sup>46</sup>

Aunada a la preocupación de los próceres reformistas por instaurar y mantener la paz que los conduciría al progreso, Pi-Suñer también considera que el peso de "la tradición hispánica y católica que habían heredado les impedía un radicalismo",<sup>47</sup> a pesar --- -agregamos- de pertenecer a una nueva generación. Debido a este carácter no son sorprendentes ni las acaloradas y largas discusiones en torno a la libertad de conciencia ni tampoco las profesiones de fe emitidas en pleno recinto parlamentario. No obstante lo avanzado de varios de los artículos promulgados en la Constitución de 1857, fue imposible que el pasado colonial dejara de ejercer su influencia.

La administración de Ignacio Comonfort, encargada de vigilar el cumplimiento de la Carta Magna, también se caracterizó por una tendencia moderada. Tal vez debido a ello este gobierno hubiera podido impulsar el desarrollo del país. Sin embargo el Presidente, receloso de las crecientes protestas del medio eclesiástico, prefirió derogar el documento constitucional, pronunciándose un día de diciembre de 1857 en aceptación del Plan de Tacubaya. Es innegable que el arrastre tradicionalista de instituciones como la Iglesia bloqueó el paso hacia el progreso al sentirse agredida en el dogma que difundía y en sus privilegios cor-

---

46 Antonia Pi-Suñer Llorens: "Los liberales de Ayutla y la Revolución Francesa" en Examen 2. México, 15 de julio de 1989. -- p. 26. Cita de José Mariano Larra: Artículos. México, Ed. Porrúa, 1975. p. 232.

47 Loc. cit.



porativos, sin alcanzar a ver que la desamortización de 1856 le brindaba "la oportunidad, a pesar de todo, de franquear de una economía rentista, precapitalista otra, consistente en convertirse en accionista de empresas particulares, ingresar a la economía capitalista, y, en fin a la modernidad".<sup>48</sup> Al clero mexicano le sucedió lo mismo que a la nobleza territorial española, es decir, no percibieron los beneficios que podrían obtener con la reformas liberales. En fin, las condiciones resultantes del período reformista retrasaron el despegue decisivo hacia la modernización del país, conduciendo, inclusive, al proceso histórico mexicano a la guerra de tres años, estimada como uno de los enfrentamientos más drásticos y difíciles que se suscitaron entre las dos tendencias antagónicas. Más aún a los pocos años de decidirse el triunfo liberal, México tuvo que enfrentarse a una experiencia monarquista antes de definir, para siempre, "el ser republicano que extrañaba su condición de pueblo del Nuevo Mundo".<sup>49</sup>

Seguramente este contexto que le tocó vivir a Niceto de Zamacois en nuestro país terminó de perfilar su carácter y su pensamiento, convenciéndolo en su afán por conservar. Nada afecto a los cargos públicos, cualidad, recordemos, que le venía de familia, prefirió ocupar la mayor parte de su tiempo en la creación -

---

48 Silvestre Villegas Revueltas: Ignacio Comonfort y su tiempo, un relevo de generaciones. México, Tesis profesional de Licenciatura/Facultad de Filosofía y Letras, 1986. p. 116.

49 E. O'Gorman: La supervivencia política... p. 6

de trabajos literarios y en estrechar los lazos de amistad con la elite intelectual mexicana de aquel entonces, sin que olvidemos - las horas dedicadas al galanteo de señoras y señoritas mexicanas. No en balde pasaron las horas, un 31 de julio de 1843 contrajo -- nupcias con Francisca Rubio y con ella procreó a Loreto y a Mi--- guel.

Los ratos de soledad, don Niceto los ocupó en escribir, escribir y escribir por lo que su producción literaria fue bastante copiosa.<sup>50</sup> Convencido de que el que mucho redacta todo abarca, este personaje decidió incursionar en todos los géneros, a los -- que casi siempre imprimió un toque romántico traído consigo de Es paña. Unos años después de su llegada a México comenzó a escribir poemas, muchos de los cuales quedaron impresos en libros como Los entretenimientos poéticos, La guerra de los carlistas,<sup>51</sup> y Ecos -- de mi lira (1849). A sus versos siguió un incontable número de -- obras para teatro y zarzuela, traducciones del francés al español, ensayos, artículos costumbristas, novelas satíricas e históricas y artículos periodísticos.<sup>52</sup> Si el romanticismo descolló a tra--

---

50 La mayor parte de sus trabajos literarios se conservan en las principales bibliotecas de la ciudad de México.

51 Al parecer estas dos obras están perdidas; es una verdadera lástima por ambas, pero sobre todo por La guerra de los carlistas, pues sería un excelente indicador de la posición que Niceto de Zamacois asumió en España frente a este aconteci--- miento.

52 Para conocer los títulos completos y en algunos casos otros -- datos de edición ver la bibliografía en la última parte de -- nuestro trabajo.

vés de las líneas de cada trabajo, también la creencia religiosa y la formación moral adquiridas en su tierra natal se hicieron manifiestas en la redacción de La educación de la juventud, Salud del alma, devocionario en verso (1851), y El libro de la educación religiosa y moral.

Como expresiones de la forma de ser del vizcaíno -difícil de conocer por la escasez de informes al respecto- es muy común el que dedique cada publicación a algún personaje importante de aquella época, de este modo encontramos dedicatorias a José Gómez, mejor conocido como Conde de la Cortina, y a José Zorrilla, entre otros. Además en la mayoría de los casos asentó en las introducciones frases como: "el escaso mérito de la obra", "en literatura me considero un pigmeo" o "creo que es lo menos malo que ha producido mi limitado talento",<sup>53</sup> repitiéndolas tantas veces que lo que pareciera un rasgo de modestia se convierte en uno presuntuoso, al par que hacen imaginar a un Niceto de Zamacois muy creído de sí mismo. Es probable que la seguridad que tuvo sobre la calidad de sus creaciones literarias fuera alimentándose con los reconocimientos recibidos, ya cuando las representaciones de sus obras tanto teatrales como de zarzuela eran ovacionadas por el público y la crítica; ya cuando al publicarse sus libros fueran bien acogidos, como fue el caso del Almanaque cómico, crítico, satírico y burlesco para todas las épocas, hombres y países, para

---

53 Niceto de Zamacois: Los misterios de Méjico. Poema escrito en variedad de metros. Méjico, Imprenta de Vicente G. Torres, -- 1850- 1851. 2 tomos en un volumen. pp. 8-12.

el año de 1857,<sup>54</sup> al que Rene Masson, editor y redactor de Le --- Trait d'Union, valoró como útil y agradable;<sup>55</sup> ya cuando sus versos eran reproducidos por otro autor.<sup>56</sup>

La producción literaria dio, pues, a conocer a don Niceto; su fama rebasó los límites de la capital mexicana y se extendió hacia el interior del país. Al parecer el reconocimiento al autor español se hacía palpable en sus visitas a las principales ciudades de la república, pues él mismo nos ilustra que:

En mi viaje de la capital al interior, hallé en la sociedad de la pintoresca villa de León, la más -- cordial acogida. En Guadalajara alcancé de su ilustrada y fina sociedad favores que nunca olvidaré, distinguiéndose entre las personas a quienes soy -- deudor de atenciones muy señaladas el honrado comerciante D. Simón Araujo y el sabio abogado y excelente literato D. Pablo Villaseñor.<sup>57</sup>

- 
- 54 N. de Zamacois: Almanaque cómico, crítico, satírico y burlesco para todas las épocas, hombres y países, para el año de -- 1857. Méjico, Imprenta de Vicente Segura, 1856.
- 55 Le Trait d' Union, 13 de octubre de 1856.
- 56 Zacarías Uñate y Guzmán: El testamento de don Año de 1852. Es crito por d. Cualquiera de la verdad. Albeitar y sangrador de SS.MM., el Rey de Trampaviva y bolsallena, desfacedor de sinrazones y enderazador de jorobados. Méjico, Imprenta de Juan R. Navarro, 1853. Este documento se encuentra en 160 LAF. de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de Méjico, -- edificio de San Agustín. Los versos son de carácter satírico y hacen alusión a la corrupción del gobierno y a los males públicos del país.
- 57 N. de Zamacois: Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días. Barcelona-Méjico, J.F. Parrés y Cía., editores, 1882. T. XVIII-B p. 1774.

La amplitud de su celebridad fue tal que en Oaxaca quisieron nombrarlo diputado al Congreso General, poco tiempo después de la guerra con los Estados Unidos, siempre y cuando renunciase a la ciudadanía española, pero Zamacois declinó agradecido la distinción y expuso, muchos años después, la razón de su negativa:

... teniendo Oajaca hijos muy dignos, de notable capacidad para representar con más acierto que yo su Estado, no podía aceptar la generosa oferta que se me hacía, percibiendo un sueldo de tres mil duros, que cualquiera de sus ilustrados hijos lo percibiría, prestando más acertados servicios que yo,<sup>58</sup> por grande que fuese, como era, mi buena voluntad.

En igual forma, la escritura cotidiana lo enlazó estrechamente con los intelectuales mexicanos de aquel entonces, no importando el credo liberal o conservador que profesaran, aunque don Niceto se vinculó más con este último grupo en la medida en que la crisis nacional se hacía más aguda. De cualquier manera, a lo largo de los diecisiete años de la primera convivencia con el medio mexicano y en pleno ojo del huracán de las luchas fratricidas, nuestro escritor compartió, con unos y con otros, la ansiedad por crear a través de la literatura, y antes que en la historia, una conciencia nacional. El origen hispano no impidió que naciera en Zamacois este interés, pues, como nos dice Daniel Muñoz y Pérez, "fue un enamorado de nuestro país",<sup>59</sup> a lo que se sumó la estimación de una segunda patria en que tuvo a México. Recorde

---

58 Ibidem, T. XVIII-B p. 1775.

59 Daniel Muñoz y Pérez: "Biografía para nomenclatura. Don Niceto de Zamacois", en El Universal, 14 de junio de 1956.

mos que la preocupación por impulsar una literatura nacional que expresara la identidad mexicana surgió inmediatamente después del triunfo emancipador; sin embargo no fue hasta las décadas cuarta y quinta del siglo XIX cuando obtuvo su verdadero empuje como consecuencia de la creación de dos instituciones culturales: la Academia de San Juan de Letrán, fundada en 1836, y el Liceo Hidalgo de 1850, fecha en la que los mexicanos, tras el trauma sufrido -- por el enfrentamiento militar y la pérdida de territorio nacional a manos de los Estados Unidos, se refugiaron y se cuestionaron sobre el ser mismo. Fueron aquellos momentos en que los hechos del pasado indígena y colonial, las costumbres y decires, en fin, el vivir cotidiano de México se convirtieron en las temáticas más llamativas de los oficiosos de la pluma. Y así en el caso de Zamacois podemos considerar a los años cincuenta entre los más prolíficos de su producción literaria, en la que al lado de la exaltación de la esencia mexicana, honró el patriotismo y emprendió la obsesiva búsqueda por reconciliar a los mexicanos. A partir de la publicación de su libro Los misterios de Méjico, entre 1850 y --- 1851, inspirado en Los misterios de París de Eugenio Sue, ya podemos apreciar la existencia de estos lineamientos literarios, en este sentido plasmó esta inquietud al escribir versos como los de "Los artesanos":

Hemos llegado a los terribles días  
De agitación y de terribles ansias  
En que en Méjico los jóvenes y ancianos  
Vuelan al grito de la madre patria.

En que ambiciosos pérfidos vecinos,  
Que libertad por donde quier proclaman,  
El terror esparciendo y el espanto  
A otra nación hacer quieren su esclava.

Pero no cuando fuertes los sus hijos  
La defienden unidos porque la aman,  
Sino cuando en mil bandos divididos  
Sin compasión el seno la desgarran.<sup>60</sup>

O cuando en el "Himno Guerrero" cantó estrofas como:

Si un tiempo la tierra  
Nos vio divididos,  
A todos unidos  
Nos llegue a mirar;  
Y absorta hoy admire  
Que el débil y el fuerte,  
Se arroja a la muerte,  
La patria a salvar.<sup>61</sup>

En cuanto a los apuntes costumbristas, en 1855 don Niceto colaboró, al lado de un Hilarión Frías y Soto y de un Ignacio Ramírez, liberales de la más arraigada pureza, entre otros no tan "puros", en la redacción de la obra Los mexicanos pintados por sí mismos; en ella destacan los tipos populares de la sociedad mexicana como la casera y el criado que fueron descritos por el escritor español.<sup>62</sup> En ese mismo año escribió "La plaza de San Juan", otro texto sobre las costumbres de nuestro país, que formó parte de México y sus alrededores.<sup>63</sup>

---

60 N. de Zamacois: Los misterios de México... p. 251.

61 Ibidem, p. 280.

62 N. de Zamacois: "La casera" y "El criado" en AAVV: Los mexicanos pintados por sí mismos II. Querétaro, Ediciones del Gobierno del Estado de Querétaro, 1986. (Colección Autores de Querétaro, 3). pp. 109-139. Para otras ediciones sobre esta obra ver la parte correspondiente a la bibliografía en esta tesis.

63 Por desgracia no pudimos localizar la obra ni tampoco nos es

Los propósitos para conformar una cultura nacional y un ambiente de concordia abarcaron también a los artículos periodísticos que Zamacois realizó como editor y redactor de La Espada de Don Simplicio a partir del 1º de enero de 1856 y durante el resto del año. Es por ello que sus editoriales lo mismo incluyeron la descripción de la pintura de la familia Gallardo, realizada por Juan Cordero, que críticas a la Ley Juárez que suprimía los fueros eclesiástico y militar, por considerarla como una de las razones de la escisión partidista. En estos escritos es constante su convicción de que el respeto a la religión católica era el único medio para consolidar la unidad de los mexicanos; no fue este punto el único al que se refirió como causante de los problemas, ya que señaló otros males que aquejaban al país, y no conforme con enunciarlos también expuso soluciones, en las que muchas veces afloró un espíritu liberal, defensor de la igualdad y promotor del progreso:

El día que aparezca un gobierno verdaderamente liberal, esto es, justo, que llame junto a sí a todos los hombres sabios y honrados, terminarán las revoluciones; y los ciudadanos todos, sin excepción de clases ni de fortuna, se reunirán alrededor de ese gobierno para coadyuvar a su engrandecimiento y a que labre la felicidad de la patria.<sup>64</sup>

En suma, los textos de Niceto de Zamacois insertos en La Espada -

---

posible registrar los datos bibliográficos completos. Las referencias que tenemos sobre su existencia se deben a los cuadros biográficos consultados en enciclopedias y diccionarios.

64 La Espada de don Simplicio, 30 de enero de 1856.



de Don Simplicio fueron el reflejo de la compleja circunstancia imperante en el México de 1856. En ellos, la voz tradicionalista salió a la defensa de los valores que consideró atacados por las reformas liberales, a la vez que proclamaba la instauración de la paz para alcanzar la prosperidad. Esta concepción del autor español, es seguro que ya estuvo presente, unos cuantos años atrás, - en las columnas que redactó en El Universal, importante órgano difusor del conservadurismo. A pesar de que no sabemos cuáles fueron las secciones que firmó en el periódico, sí podemos decir que su participación en él, junto con Alamán, Elguero, Tagle y Aguilar y Marocho, considerados como lo "más granado del pensamiento conservador",<sup>65</sup> denota abiertamente su afiliación, o al menos, su inclinación hacia las propuestas del ideario conservador.

Durante la década de los cincuenta, aunado a la búsqueda de la reconciliación de la sociedad mexicana, Niceto de Zamacois promovió el reencuentro entre mexicanos y españoles. De este modo, coincidió con Anselmo de la Portilla, otro español radicado también en México desde 1840, en el anhelo porque se concretizaran el entendimiento y la fraternidad entre estos dos pueblos. Al sobrevenir en 1857 una grave crisis diplomática entre México y España el logro de este ideal se hizo aún más apremiante. El rompimiento de las relaciones hispano-mexicanas gravitó en torno al problema de la deuda que el gobierno mexicano tenía con los acre-

---

65 Ma. del Carmen Ruiz Castañeda et. al.: El periodismo en México. 450 años de historia. Acatlán, Edo. de México, ENEP-ACATLAN-UNAM, 1980. p. 179.

dores españoles, misma que había dejado de pagar por considerar - que un gran porcentaje de las reclamaciones era de origen fraudulento. Sin embargo, aquello que desató el desencuentro entre los dos países fue el asesinato de varios españoles en San Dimas, Durango y en Chiconcuac, Morelos. Estos acontecimientos separaron a México y España como no lo habían estado desde los años precedentes a 1836, fecha en que la antigua metrópoli reconoció a nuestro país como nación independiente. El contexto en general y la ruptura definitiva de relaciones en enero de 1857 en particular desencadenaron una oleada de intranquilidad entre la colonia española residente en México, pues creyó ver por todos lados actitudes antihispanistas y atentados contra sus vidas, de ahí que muchos españoles decidieron abandonar el país a la mayor brevedad posible. Es muy probable que la salida, por aquellas fechas, de Niceto de Zamacois rumbo a España, obedeciera a esta misma causa,<sup>65</sup> pero, igualmente, es innegable, que él, a diferencia de otros coterráneos suyos, partió con la esperanza en que México y España volverían a establecer sus vínculos de fraternidad.

---

65 Esta es la razón más lógica de su viaje, en contraposición a los que aseguran que Zamacois "regresó a España en 1858, cuando la guerra de Reforma, quizás porque participara en contra del partido liberal". Manuel Herrera Castañeda: "Notas bibliográficas" en AAVV: Los mexicanos pintados por sí mismos. T. - II. p. 213. Como veremos unas líneas más adelante este hecho es incorrecto porque nuestro autor ya se encontraba en Madrid en julio de 1857, así lo ratifican los artículos que escribió en El Museo Universal.

### 1.3. Regreso a la España "Unionista".

Ya establecido en la península ibérica, Niceto de Zamacois continuó con el oficio de escritor. Tan sólo al llegar a su inolvidable Bilbao, trabajó para el periódico vasco Irurac-Bat y, más tarde, al trasladarse a Madrid llenó, durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1857, varias de las primeras planas de El Museo Universal. A través de este importante medio de difusión empleó la pluma como bandera de conciliación que acercara -- nuevamente y con lazos más sólidos a México y España, porque consideró que el reencuentro requería un mejor conocimiento por parte de los españoles sobre el México moderno e independiente. Así, pues, en los cinco extensos artículos salidos de su pluma<sup>66</sup> describió: a veces la geografía y la riqueza natural de nuestro país, en tal forma que se antoja como atractivo para promover la colonización extranjera que tanto pregonaban al unísono los conservadores y liberales mexicanos para impulsar el crecimiento nacional; a veces los monumentos y paseos, que le permitieron equiparar a la ciudad de México con las principales urbes europeas; a veces los usos y costumbres de sus habitantes, a quienes estimó "de una índole dulce, de claro y despejado talento, y donde el valor resalta de una manera muy marcada".<sup>67</sup> Además no olvidó dirigir un mensaje a todos aquellos que criticaban la conquista española reg

---

66 Ver el apéndice II, en él reproducimos los textos íntegros de estos valiosos y amenos artículos periodísticos.

67 El Museo Universal, 30 de julio de 1857.

lizada siglos atrás, al par que también le servía como un argumento más en la campaña de reconciliación; este mensaje recordaba -- que los españoles habían levantado las obras monumentales que tanto contribuían en hacer de México una nación tan seductora. Y así escribía que aquellos monumentos:

dan una contestación elocuente y sin réplica a los implacables enemigos de nuestras glorias nacionales, cuando se empeñan en acusarnos de egoístas, tiranos y rapaces, olvidándose que los ingleses en sus posesiones de la India, nada han hecho por el país conquistado, nada por los desgraciados hijos de aquellas regiones a quienes miran mil veces -- peor que a esclavos, y a los cuales tienen sumidos en la mas crasa ignorancia y en la más completa y vergonzosa abyección.<sup>68</sup>

En suma, Niceto de Zamacois lanzaba sus primeras defensivas en -- contra de la Leyenda Negra detractora de España, esta postura muy hispana asumida frente a las críticas de procedencia protestante anglosajona se convirtió en una constante en sus pensamientos, -- mismos que quedaron plasmados unos años más tarde en su Historia general de Méjico. Asimismo podemos constatar en estos documentos su conocimiento en torno a la grandeza del pueblo mexicana, saber -- que le fue de gran utilidad al momento de tocar este tema en la -- obra arriba mencionada.

Ahora bien, respecto al estilo que dominó a los textos periodísticos de Zamacois, cabe compartir con el redactor de El Museo Universal, la apreciación de que, no obstante el origen his

---

68 El Museo Universal, 15 de julio de 1857.

pano del autor, "tenían todo el sabor mejicano",<sup>69</sup> prueba de que ni las insistentes añoranzas por la querida patria española ni -- las negativas a desprenderse de sus raíces, detuvieron al influjo que el contexto cultural mexicano ejerció sobre Niceto de Zama--cois a lo largo de diecisiete años. Si su matrimonio con una mexi--cana, la procreación de un par de hijos y la preocupación por el porvenir de México ya lo habían enlazado a nuestro país, ahora es--tos artículos reflejaban la fusión que se estaba gestando, sin --quererlo, tal vez sin saberlo, entre su ser hispano y el ser mexi--cano. De otra manera no hubiera sido tan pronunciado el interés --en alcanzar la reconciliación entre los mexicanos, y entre estos y los españoles a través de la creación literaria. En particular, la labor que realizó en el importante órgano de difusión madrile--ño, le valió que José Ma. Lafragua, ministro enviado a aquella ca--pital con el fin de resolver las desavenencias diplomáticas, aun--que sin conseguirlo, lo felicitara porque "estaba prestando un --verdadero servicio a México".<sup>70</sup>

Tales propósitos no se concentraron únicamente en el --campo periodístico, sino que también publicó en 1859 El Capitán --Rossi, novela histórica en la que al lado del relato de la famosa expedición de Barradas para reincorporar a México al sistema colo--nial, también describió los sitios más notables de la nación. En esta obra destaca más la convicción en torno a que el conocimien--to sobre nuestro país, facilitaría el reencuentro hispano mexica--

---

69 El Museo Universal, 15 de julio de 1857.

70 N. de Zamacois: Historia de México. T. XVIII-B p. 1775.

no, así es que cuando enunció los planes que tuvo para escribirla expuso:

Pero no solamente me he concretado a escribir -- una novela histórica. He querido también dar a -- conocer a mis compatriotas aquel hermoso país -- donde existen nuestras mismas costumbres, nues-- tro idioma y nuestra misma religión.<sup>71</sup>

Es innegable que en aquellos tiempos de constantes esci-- siones, la producción literaria de Niceto de Zamacois jugó un pa-- pel de suma trascendencia en su afán conciliador, pero no tuvo la exclusiva. Recordemos que en igual forma, Anselmo de la Portilla se ocupó en buscar la reconciliación cuando vivió en México, la-- bor que en absoluto interrumpió cuando se vio obligado a partir -- hacia Nueva York, tras haber apoyado al autogolpista, Ignacio Co-- monfort. Aún más en la propia España existió una publicación pe-- riódica llamada La América dedicada a "estrechar y robustecer los lazos de unas naciones que siendo hasta hace poco hermanas en lo político, lo son y serán siempre hermanas por la lengua, por la -- religión y por las costumbres".<sup>72</sup> Si bien hubo algunas expresio-- nes de denigración hacia México, como el decir que los mexicanos perseguían a los españoles como liebres y venados,<sup>73</sup> en general --

---

71 N. de Zamacois: El Capitán Rossi. Novela histórica de costum-- bres mexicanas. I. 2a. ed. Orizaba, Ver. , Imprenta popular -- de Juan C. Aguilar, 1877. p. IX.

72 Cit. pos. Antonia Pi-Suñer: "La "cuestión mexicana" vista por un periódico liberal español" en Estudios 16. México, Institu-- to Tecnológico Autónomo de México, primavera 1989. p. 36. Apud. La América, 8 de marzo de 1859.

73 Ibidem, p. 46. Apud. La América, 8 de septiembre de 1860.

los editorialistas manifestaron simpatía hacia México, sobre todo a medida que se hizo inminente la intervención armada en nuestro país.

El trasfondo histórico español en que se producen los escritos de Niceto de Zamacois y los artículos de La América se caracterizó -y venía caracterizándose- por un período de moderantismo político. Este era enlace de una continuidad que arrancó -- desde el pronunciamiento militar en contra de Espartero en 1843, -promovido por Ramón María Narvaez, Leopoldo O'Donell, generales adictos al liberalismo moderado y por la Reina madre María Cristina-, para luego definirse claramente en mayo de 1844 al asumir la jefatura del gobierno el general Narvaez.<sup>74</sup> A excepción de la -- etapa conocida como "Bienio Progresista" (1854-1856), desde aquel momento y hasta 1868, España fue dirigida por liberales de corte moderado, convencidos de que el despegue inicial hacia la modernización del país exigía implementar reformas, pero sin dañar muchos de los intereses económicos y sociales del Antiguo Régimen. Nada novedosa era esta posición, pues, recordemos que era el síntoma peculiar del proceso histórico español en el siglo de las -- grandes revoluciones. Ya hemos visto que esto se debía a que los defensores del moderantismo, más que integrar a una burguesía comercial, industrial y financiera, fincaban su capital en la explotación agrícola, por lo que heredaban los intereses de la vieja -

---

74 Juan Sisinio Pérez-Garzón: "Crisis del feudalismo y revolución burguesa" en Historia de España 9. Madrid, Historia 16, 1976. p.p. 59-60.

EST. T. NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

oligarquía en el poder: la nobleza territorial. El orden constitucional que rigió a este período se sustentó en la Carta Magna de 1845, recurrente expresión del ideario jovellanista pronunciada durante la guerra de independencia. En este sentido la legislación estipuló lo siguiente: la soberanía nacional recaía en el Rey y las Cortes y la religión de estado seguiría siendo la católica. Además el principio oligárquico que guió a los moderados -- los llevó a establecer el sufragio directo y censitario. No cabe duda que el sostenimiento del poder requirió una política administrativa centralizadora, pero que también la religión católica, valorada como elemento unificador del pueblo español, fue fundamental en sus propósitos; de esta idea emanaron el artículo constitucional de 1845 y la firma del Concordato de 1851 entre el Estado y la Iglesia. Este documento no implicó una medida reversible en cuanto a las desamortizaciones realizadas con anterioridad, porque la institución eclesiástica reconoció "los hechos consumados", empero si fue reversible el que el Estado admitiese que ésta "podía adquirir y poseer bienes".<sup>75</sup> Tal era el precio por un buen aparato ideológico.

Otra manifestación de la ideología dominante durante estos años radicó en que empezaron a elaborarse historias generales sobre el devenir español cargadas de patriotismo e independentismo, por ser los "valores que se estiman perennes y esenciales a la historia de la Península".<sup>76</sup> En suma, la historiografía españo

---

75 J.M. Jover Zamora: op. cit. p. 537.

76 Juan Sisinio Pérez-Garzón: op. cit. p. 114.



la persiguió "unificar los sentimientos de los ciudadanos en torno a un mismo pasado y bajo el cobijo de una misma patria, el de la España que entonces se fraguaba como una y centralista".<sup>77</sup>

La apremiante urgencia por parte de los liberales moderados para unificar España se tradujo en el plano político al surgimiento de la "Unión Liberal", que aglutinó a progresistas y moderados. Su impulsor fue Leopoldo O'Donnell, quien, en pleno "Bienio Progresista" y compartiendo con el caudillo del progresismo, Baldomero Espartero, la jefatura del gobierno, puso en marcha la iniciativa. La realización de esta política de O'Donnell es un --- buen indicio de que los moderados mantuvieron su presencia en el escenario político, no obstante ser los liberales radicales quienes, a través de la Revolución de 1854, se propusieron como los --- principales conductores hacia el nuevo orden de progresismo.

Al igual que México, España pasó por un movimiento armado en aquel año como embestida a la corrupción reinante en los --- respectivos gobiernos que los regían, al tiempo que los insurrectos propugnaron por un documento constitucional que avalara la --- ejecución de sus proyectos. En consecuencia, España formuló la --- Constitución de 1856, -conocida como la nonata- mientras que un --- año más tarde, México promulgaba la suya. Sin embargo, los planes de los radicales tanto españoles como mexicanos fueron bloqueados a causa del tradicionalismo que venían arrastrando los moderados, al que se sentían autorizados a defender por haber participado en los levantamientos armados. Tampoco debemos olvidar que la salva-

---

77 Loc. cit.

guarda de la tradición conllevaba el clausurar cualquier otra posibilidad revolucionaria, tendiente a derribarlos del poder. Comonfort en México y O'Donnell en España encabezaron a los partidarios del moderantismo. Al menos en nuestro país alcanzó a jurarse la Constitución, empero allende el Atlántico no existió la menor oportunidad para su proclama, debido a que los moderados al retomar el poder reintegraron la vigencia del Acta Constitucional de 1845. En efecto, a dos escasos años de la revolución, en 1856, el moderantismo volvió a dirigir de lleno los destinos del pueblo español bajo el estandarte de la "Unión Liberal".

Salta a la vista la similitud entre los procesos históricos mexicano y español, así como la poca visión política de los dirigentes hispanos al no darse cuenta --o no querer aceptar-- tal paralelismo. En este sentido coincidimos con Pi-Suñer cuando afirma que el gobierno de O'Donnell "mostró muy poca comprensión y simpatía por el México reformista, y sobre todo muy poca sensibilidad para percibir los problemas que afrontaba el nuevo país al --querer afirmar su personalidad histórica".<sup>78</sup> La realidad fue que el gobierno español no tuvo interés en resolver sus diferencias diplomáticas con México, sumamente agrietadas: en 1857, porque más bien la España moderada de mediados de siglo se ocupó en fraguar intervenciones militares en otros países, que le dieran presencia en el concierto europeo, aceleraran el crecimiento económico que venía registrando y recuperaran el viejo espíritu español de aven

---

78 A. Pi-Suñer: "Relaciones diplomáticas entre México y España - en el siglo XIX", conferencia inédita sustentada en el Ateneo Español de la ciudad de México el 28 de agosto de 1988. p. 12.

tura al considerarlo un valor de unificación nacional. Un par de expediciones, la de Conchinchina y la de México (1861-1862), son la prueba irrefutable de sus intereses.

1.4. Niceto de Zamacois y la última querrela entre el medio Méxi-  
co que negaba al otro medio.

No sabemos la fecha exacta pero al parecer en 1860 Niceto de Zamacois retornó a suelo mexicano, cuando la intervención militar aún no se llevaba a cabo sino que tan sólo prevalecía un compás de espera. Desde luego, tanto en Europa como en México se aguardaba la llegada del momento en que se produciría el hecho. En el caso europeo, a los planes españoles intervencionistas se sumaban más pronunciados los intereses de Francia e Inglaterra -- por obtener la hegemonía regional en el continente americano y debilitar, por ende, a los Estados Unidos de Norteamérica. Por su parte en nuestro país, media nación, la conservadora, maquinaba la posibilidad de una intervención extranjera que instaurara una monarquía, ya que según los adscritos a este partido, era la garantía para consolidar la paz nacional. La tesis justificatoria de esta clase de reclamos, salió de plumas como la de José Manuel Hidalgo, quien en 1859 desde París difundió Algunas indicaciones acerca de la intervención europea. En este ensayo propagandístico empezó por señalar los graves males que aquejaban a México, porque al caos interno de la nación agregó el peligro del avance de los Estados Unidos, pues atentaban en contra de la soberanía nacional.<sup>79</sup> En absoluto había, pues, perdido vigencia el alegato --

---

79 E. O'Gorman: La supervivencia política... pp. 62-64.

que Gutiérrez Estrada pronunció casi veinte años atrás. Si este - teórico monarquista manifestó pesimismo al creer difícil que los mexicanos pudieran resolver sus problemas, Hidalgo lo fue más, -- por lo que sostuvo que la última alternativa que tenía México era, paradójicamente, la intervención extranjera. La condición que Hidalgo planteó a la nación interventora radicó en que ésta debería compartir las expresiones culturales que definían a México, es decir, pertenecer a la raza latina, tener las mismas costumbres y - profesar la religión católica. Así, los otrora conservadores, ahora monarquistas mexicanos otorgaron a Francia la titularidad como país interventor, convencidos ingenuamente de la magnanimidad, el altruismo y desinterés de Napoleón III, emperador de los france-- ses.

La suspensión del pago de la deuda externa, ordenada -- por el Presidente Benito Juárez fue la coyuntura esperada para la realización de los sueños imperialistas de Francia y las quimeras monarquistas de una mitad de México. A la intervención tripartita y a la retirada de las tropas hispanas e inglesas, debida a la sa gaz actitud del general Prim, siguió la invasión del ejército --- francés y sus ataques a la integridad nacional y a estos aconteci mientos prosiguieron, en 1864, por un lado, la proclama y llegada de Maximiliano de Habsburgo como representante del nuevo réglmen monárquico que se intentaba erigir, y por otro, la peregrinación de Juárez y su gabinete por el norte del país, como garantía de - que la República permanecía en pie. Ante tan vertiginosa sucesión de hechos, la década de los sesenta, con su antesala preparatoria en la guerra de Reforma, representó la etapa más drástica y más -

extrema de los enfrentamientos que se venían suscitando entre las dos facciones políticas al pretender imponer su proyecto de nación sobre el otro. Pero al mismo tiempo permitió decidir el rumbo republicano que el siglo de la modernidad reclamaba para México.

La intensidad del empuje que arrastraban los tiempos modernos incluso se palpa en las políticas liberales implementadas por Maximiliano. Así es como este personaje:

Tuvo la audacia, porque no merece otro calificativo, de expedir una legislación en esencia idéntica a la reformista: libertad de imprenta, pase imperial a los documentos pontificios, tolerancia de cultos, nacionalización y desamortización de bienes eclesiásticos, enajenación de los que quedaban en manos del Estado, ley de cementerios y ley de registro civil.<sup>80</sup>

Además la osadía abarcó la conmemoración del 15 de septiembre, lo que significó el reconocimiento al carácter revolucionario y popular del movimiento independentista y el desconocimiento a la oligarquía y al monarquismo que simbolizaba el triunfo de Agustín de Iturbide el 27 de septiembre de 1821. En suma, el hombre que medio México creyó redentor se volvió adversario del ideario conservador. Sus medidas no solo fueron criticadas por la Iglesia católica mexicana sino que también deterioraron las relaciones establecidas con el Vaticano. Esta situación combinada con el retiro de tropas francesas y la caída de Querétaro, último reducto imperialista, en manos de los republicanos, llevaron al patíbulo al -

---

80. Ibidem, p. 82.

que un día quiso convertirse en monarca liberal de los mexicanos. En el año de 1867, el republicanismo de medio México había triunfado.

El recibimiento del Archiduque Maximiliano, el inicio y termino de "tertulias, juegos, bailes" y la implementación monárquica de políticas liberales en el Castillo de Chapultepec son hechos de los que Zamacois fue observador y sobre los cuales escribió en las columnas de los periódicos imperialistas: El Cronista de México y La Sociedad Mercantil.<sup>81</sup> Por sus actos y escritos realizados en estos años podemos asegurar que Niceto de Zamacois fue un monarquista de corazón que compartió la esperanza de los Aguilar y Marocho, de los Gutiérrez Estrada y los Hidalgos, en que el personaje austriaco defendería las tradiciones que unificaban al pueblo mexicano. También su confianza coincidió con la de los Lancunza, los Orozco y Berra y los José Fernando Ramírez, liberales moderados que colaboraron con el imperio, en que la instauración de éste era la última carta que se le presentaba a México para erradicar el caos y alcanzar la prosperidad. Este proyecto, sin embargo, no percibió el verdadero sentido que llevaba el proceso histórico mexicano rumbo a la democracia y al republicanismo, -- pues era el camino que correspondía seguir a las naciones jóvenes.

Las inquietudes de Zamacois explican, por tanto, el por qué abrazó la causa imperial, tal y como lo hicieron la mayor parte de los españoles residentes en México. No obstante reprobar mu

---

81 Al parecer este periódico se perdió.

chas de las medidas liberales de Maximiliano, don Niceto permaneció en la ciudad de México. Fue precisamente durante su estancia en esta capital cuando se dedicó a recopilar el material necesario para escribir su Historia de Méjico, motivado, probablemente, por las conferencias que Manuel Larrainzar había dictado en la Sociedad de Geografía y Estadística sobre la necesidad de elaborar una historia integral de México.<sup>82</sup> Recordemos que la confección de tan magna obra tendría el propósito de crear una conciencia nacional que permitiera reconciliar e integrar a la nación como una sola. Debido al carácter vertiginoso y drástico de los sucesos -- acaecidos durante la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, el nacionalismo, latente desde las primeras décadas de la vida independiente, alcanzó mayor intensidad, al grado de convertirse en una constante cotidiana en el hacer, decir y ser de todos los mexicanos, ya monarquistas, ya republicanos. De ahí que -- en la llamada de atención que hizo Larrainzar a los historiadores aflorase una fuerte carga nacionalista, si bien fue la proclama -- de aquel México que vivía convencido de que la unificación implicaba el aceptar al régimen monárquico, encarnado en la figura de Maximiliano, como delineador de la personalidad histórica mexicana. En contraposición, los republicanos o chinacos repudiaron fervorosos a interventores e imperialistas; entre los testimonios -- que demuestran esta actitud se encuentran las canciones que entonaba el pueblo y que han perdurado hasta nuestros días. Por ejemplo, en una de las versiones de "La Chinaca", la mujer mexicana --

---

82 Vid. supra. pp. 16-19.

desprecia burlonamente al francés que la enamora, por considerarlo "un plato desabrido", prefiriendo, desde luego, a su "chinacate querido" de "frente tostada y hermosa con su altivez". La letra de la canción no plasmaba únicamente el rechazo a los franceses sino que además cantaba a la libertad como ideal y a un anti-españolismo como perfil de la identidad:

Yo soy libre como el viento, pero tengo dignidad  
Adoro la libertad con todo mi corazón  
Y de orgullo el alma llena, declaro de buena gana  
Que soy pura mexicana nada tengo de español.<sup>83</sup>

Resulta curioso que la misma población que negaba el origen hispano de una parte de su personalidad y, por ende, todo lo relacionado con los españoles, interpretara, sin saberlo, las piezas musicales que estos escribían. Tal fue el caso de dos famosas canciones identificadas por los nombres de "La Paloma" y "La Golondrina". Al músico vasco, Sebastián Iradier se le atribuye la tutoría de la primera de ellas. Fue el fruto de la inspiración en la danza cubana que este compositor conoció al visitar La Habana en 1864.<sup>84</sup> La soprano mexicana, Conchita Méndez, la estrenó en 1866 en un teatro mexicano. A partir de ese momento los mexicanos cantaron "La Paloma", otorgándole el calificativo de "típica canción mexi-

---

83 "La Chinaca" en el disco Cancionero de la intervención francesa. México. SEP-INAH, 1977.

84 "Iradier fue maestro de música de la emperatriz Eugenia en la corte francesa" Juan S. Garrido, comentarista del programa radiofónico "Cancionero mexicano", ciudad de México, Radio UNAM, febrero de 1986.



cana".<sup>85</sup> Por su parte, "La Golondrina" tuvo -y sigue teniendo- una mayor popularidad. Sus versos originales corresponden a un poema de Niceto de Zamacois que escribió, seguramente, en una oleada de nostalgia por la patria española, provocada por el clima nacionalista que afectaba a todos. En cuanto a la música fue una realización de Narciso Serradell, médico nacido en Alvarado, Veracruz, pero de ascendencia catalana por el lado paterno. Tal parece que la primera vez que Serradell interpretó "La Golondrina" como canción de despedida fue cuando era trasladado a Francia por órdenes del invasor para cumplir una condena como prisionero de guerra.<sup>86</sup> En verdad "La Golondrina" exterioriza el inmenso dolor que produce el tener que separarse de la tierra que nos vio nacer. En las dos últimas estrofas se acentúa más este sentir:

Dejé también mi patria idolatrada  
Esa mansión que me miró nacer  
Mi vida es hoy errante y angustiada  
Y yo no puedo a mi mansión volver.

Ave querida, amada y peregrina  
Mi corazón al tuyo estrecharé  
Oiré tus cantos tierna golondrina  
Recordaré mi patria y lloraré.<sup>87</sup>

Si bien la letra nació de la melancolía de un español que nunca pudo olvidar a España y la música emergió de la aflicción de un mexicano arrancado de la tierra que había defendido, es innegable

---

85 Ibidem.

86 Ibidem.

87 Ibidem. La letra completa de "La Golondrina" la incluimos en el Apéndice III de este trabajo.

que ambos fundieron, sin querer, el sentir patriota de cada uno - para erigir a uno de los símbolos que con mayor firmeza enlaza al pueblo mexicano.

Al triunfo de la República en 1867, cuando ya había pasado la turbulenta querrela, mas todavía permanecían latentes el odio y el rencor entre liberales y conservadores, empezó a imponerse la concepción de la cultura nacional abocada a sintetizar - al ser histórico, lo que, bien sabemos, conllevaba a la unificación nacional. Después de que el último llamado a la concordia había sido hecho por Manuel Larrainzar desde las filas monarquistas casi un lustro atrás, ahora tocó el turno de hacerlo a los republicanos victoriosos. Era obvio que la idea de afirmación nacional estuviera presente en el programa de este partido, debido a - que el nuevo Estado exigía una cimentación suficientemente sólida. Bajo la proyección de conciliar al México decimonónico y consolidar la estabilidad, Ignacio Manuel Altamirano fundó en 1869 la - revista El Renacimiento. En este sentido, la publicación comenzó invitando a "los escritores de 'todas las comuniones políticas', para 'apagar completamente los rencores que dividen todavía por - desgracia a los hijos de la madre común'.<sup>88</sup> La invitación no cayó en saco roto porque a los nombres de publicistas liberales como - Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez se sumaron los de conservadores como Montes de Oca y Roa Bárcenas.

---

88 José Luis Martínez: "México en busca de su expresión. Concordia nacionalista (1867-1889)" en Daniel Gosío Villegas (coordinador): Historia general de México III. México, El Colegio de México, 1981. p. 314.

Por su parte, la política de concertación seguida por el gobierno de Benito Juárez consistió en la rehabilitación paulatina de los miembros adscritos al partido conservador a través de medidas como las siguientes: autorizar el retorno de los exiliados a México, reducir las condenas a los presos políticos y, por el decreto de Amnistía General de 1870, restituir "a los conservadores el goce de sus derechos políticos, aunque con algunas reservas".<sup>89</sup> Además se les permitió organizar en 1868 La Sociedad Católica de México con el fin de promover los intereses religiosos. - Cabe referir los nombres de algunos de los socios que integraron a esta asociación, entre otros: Alejandro Arango y Escandón, Ignacio Aguilar Marocho, Octaviano Muñoz Ledo, Manuel Carmona y Valle y Francisco Díez de Bonilla, relación en la que no pudo faltar Niceto de Zamacois.<sup>90</sup>

Efectivamente, don Niceto siguió viviendo en México después de la caída imperial y, probablemente permaneció en el país hasta 1872.<sup>91</sup> Durante este tiempo, combinó sus labores en La So-

---

89 Jorge Adame Goddard: El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1867-1914). México, UNAM, 1981. pp. 16-17

90 Ibidem, pp. 19-20. Apud. La Sociedad Católica. México, Imprenta de I. Escalante, 1870, año segundo, T. II.

91 La mayor parte de las fuentes que registran datos sobre la vida de Niceto de Zamacois sostienen que abandonó territorio mexicano con destino a Europa entre los años de 1868 y 1869. La información es errónea porque de acuerdo a la fecha en que firmó la introducción a su obra La destrucción de Pompeya tenemos que don Niceto aún se encontraba en la capital de la República por los últimos días de diciembre de 1871.

ciudad Católica de México con la realización de más producciones literarias. Entre ellas destaca notablemente La destrucción de -- Pompeya,<sup>92</sup> obra que lo llevó a incursionar en el quehacer historiográfico sobre un tema clásico, mismo que fue sugerido por la -- novela histórica de Bulwer Lytton Los últimos días de Pompeya y -- que el propio Zamacois había traducido y editado con anterioridad. A la vez que escribió este texto, publicó un considerable número de artículos en la prensa periódica. Aunque nos parezca extraño -- fue un "apreciado colaborador y cronista"<sup>93</sup> del Monitor Republicano, compartiendo plana con Guillermo Prieto y Manuel Payno. Empe-- ro, su participación en este importante órgano de difusión del -- partido liberal no debe sorprendernos, pues hay que recordar que en realidad, no obstante haber apoyado la causa monárquica, no -- fue un enemigo de los liberales, ya que siempre se mantuvo aparta-- do de los altercados políticos, respetando, por tanto, el hacer y ser republicano de nuestra nación. Tampoco debemos olvidar que la labor en conjunto entre ex-imperialistas y republicanos en la --- creación de la cultura nacional durante los días de la República Restaurada fue uno de los primeros indicios de la concordia ideol-- ógica que caracterizaría al cercano régimen porfirista.

---

92 N. de Zamacois: La destrucción de Pompeya. México, Imprenta -- de I. Escalante, 1872.

93 El Monitor Republicano, 16 de febrero de 1869.

1.5. Niceto de Zamacois, testigo de la síntesis de dos procesos históricos.

Los anhelos de Niceto de Zamacois por volver a la tierra natal se cumplieron en 1872. Al salir de nuestro país había dejado a un México definido en su forma de gobierno para ir al encuentro de una España envuelta en el dilema entre monarquía y república. Su llegada a la península coincidió con las vísperas del fallecimiento de la monarquía democrática y parlamentaria articulada por los liberales del sexenio revolucionario y dirigida por Amadeo de Saboya- que daría paso a la erección de la Primera República Española el 11 de febrero de 1873. Durante el corto período que rigió a la nación, la República cambió cuatro veces de presidente. La fragilidad gubernamental aunada a los alzamientos cantonales y carlistas provocaron la fluctuación y finalmente la caída del sistema republicano. Ante el fracaso de esta novedosa forma de gobierno en la historia del pueblo español se volvió la vista atrás y se acabó restaurando, en 1875, a la monarquía y con ella a la dinastía borbónica, personalizada en Alfonso XII, hijo de Isabel II. Dando así comienzo a una nueva etapa del acontecer español conocida con el nombre de "Restauración Borbónica".

Niceto de Zamacois asistió, por tanto, al período en que confluyen una serie de factores característicos y persistentes en el proceso de modernización de la España decimonónica. En suma, la Restauración Borbónica significó una síntesis de las distintas tendencias políticas que habían protagonizado en tal proceso. No debemos pasar por alto que fue decisiva la participación -

de los liberales moderados especialmente la de Antonio Cánovas -- del Castillo, antiguo secretario de la "Unión Liberal" de O'Donnell, en la orquestación del reinstaurado régimen. De este modo, Cánovas elaboró un programa político que "hiciera posible la concordia entre partidos que antaño se combatieron"<sup>94</sup> y que, en consecuencia, garantizara la implementación del proyecto económico de la burguesía, principalmente, agrícola. Es por ello que el nuevo orden constitucional tenía que estar respaldado por una Carta Magna que integrara las propuestas tanto del ideario moderado como la del radical. No cabe duda de que en la Constitución promulgada en 1876 se encuentran plasmados algunos de los principios de ambas posiciones. Así por ejemplo, del moderantismo rescató el -- concepto de que la soberanía recaía en las Cortes con el Rey, importante constante del pensamiento tradicionalista español cuyo perfil se delineó por primera vez en las Cortes gaditanas, mientras que del radicalismo, expresado en el Sexenio Revolucionario, recuperó el sufragio universal y el derecho a las garantías individuales. El Acta Constitutiva de 1876 mostraba, pues, lo avanzado de su posición.

En la práctica, sin embargo, los gobiernos de la Restauración Borbónica rigieron el país al margen de la Constitución e inclusive tendieron hacia el autoritarismo, en aras del orden social y de la prosperidad nacional. A fin de cuentas el conservadurismo español se impuso. Fue natural que en este contexto surgiera una escuela nacionalista que definiese a la cultura española y

---

94 J.M. Jover Zamora: op. cit. p. 618.

sirviese como marco ideológico para consolidar la unificación. El máximo representante de esta escuela fue Marcelino Menéndez y Pelayo, quien identificó al catolicismo como el valor perdurable -- del ser español.<sup>95</sup>

Salta a la vista, de nueva cuenta, la similitud entre los procesos históricos español y mexicano. Así como había sucedido en España, poco más o menos por aquellas fechas, la erección y mantenimiento del régimen de Porfirio Díaz se asentaron sobre una combinación de propuestas procedentes tanto del programa liberal como del conservador. El impulso al crecimiento nacional exigió -- la defensa de la propiedad privada, ya que ésta garantizaba el incremento de la explotación agrícola como base de la economía, y -- de tal modo los liberales hicieron efectivo el proyecto en beneficio de una burguesía eminentemente agraria. Este mismo interés en la producción del campo promovió la colonización extranjera, por lo que se hizo una realidad el propósito que Lucas Alamán había -- planteado medio siglo atrás como parte del discurso conservador. El régimen de Díaz fue así integrando a los dos programas políticos en su plan de acción gubernamental y, cobijado por el lema "orden y progreso", tendió a centralizar cada vez más el poder presidencial, al grado que las funciones del mandatario fueron las de

---

95 Cabe recordar entre las obras de Menéndez y Pelayo a la Historia de los heterodoxos españoles (1880-82) y a la Historia de las ideas estéticas en España (1883-84), las cuales "constituyen la más seria aportación de la época de la Restauración al conocimiento de la historia de España". Ibidem, p. 648.

un Presidente-Monarca sumamente autoritario. En cuanto a la concertación partidista podemos comprobar su existencia y conocer -- sus planteamientos en el periódico La Libertad, cuyo subtítulo liberal-conservador plasmaba la síntesis de un proceso. La base --- ideológica del gobierno porfirista y de la conciliación partidista partió de una visión nacionalista abocada a recuperar la suma integral del devenir mexicano. Al México a través de los siglos y a la Evolución política del pueblo mexicano de Justo Sierra co--- rrespondió esta labor.

Niceto de Zamacois paso sus últimos años de existencia en estos dos contextos. En la circunstancia española escribió y -- empezó a editar su magna obra historiográfica sobre el devenir me-- xicano. Quizá con el propósito de presentarla y difundirla en la sociedad porfirista decidió embarcarse rumbo a México en el año -- de 1883. Llegó para quedarse, porque el 30 de octubre de 1885 falleció en la capital de la República, siendo sepultado en el Panteón del Tepeyac. En noviembre de 1891 sus restos fueron trasladados al Panteón Español y su tumba se encuentra entre las primeras de este cementerio. Tal pareciera que la naturaleza quiso mostrar que efectivamente don Niceto había echado raíces en México, y así de la cabecera de su sepulcro ha surgido un árbol y de su losa se pulcral un arbusto.



CAPITULO II  
NICETO DE ZAMACOIS  
Y LA  
PRIMERA HISTORIA GENERAL DE MEXICO

2.1. La obra. Consideraciones generales.

2.1.1. Preparación, edición y título

Como ya se ha visto en el capítulo anterior, Niceto de Zamacois, imbuido en la corriente del romanticismo dejó testimonio de sus pensamientos y sentimientos en sus trabajos literarios, entre los que se encuentran: los artículos periodísticos, la poesía, el teatro y las novelas de carácter satírico, costumbristas e históricas. También ya se ha dicho que tanto El Capitán Rossi (1859) como El mendigo de San Angel (1864) dan cuenta de la importancia que la historia, principalmente la de México, tuvo para Zamacois. Fueron los años setenta cuando la infatigable pluma del escritor desembocó de lleno en el ejercicio del género historiográfico; así lo ejemplifican La destrucción de Pompeya (1871) en la que destacan los conocimientos del autor sobre el mundo clásico romano, y la Historia de México, tema central de nuestra investigación.

Esta obra histórica se sustentó en la información que el propio autor recopiló en los archivos y bibliotecas mexicanas, labor que realizó durante su segunda estancia en nuestro país, cuando el Segundo Imperio intentaba regir la vida nacional. Sin duda debió facilitar la recopilación de material el hecho de que sus primeros años de permanencia aquí le permitieron reunir un caudal

de conocimientos en torno al pasado lejano e inmediato de México. Así nos lo hace saber en 1859 en la introducción de El Capitán Rossi:

... yo que he estudiado por muchos años las costumbres de ese privilegiado país; yo que conozco el carácter dulce, fino y hospitalario de sus ilustrados hijos; que me he identificado, por decirlo así, con ellos; que conozco la historia de sus vicisitudes,....<sup>1</sup>

Se aunaba a esta facilidad el contacto que nuestro personaje estableció con la prensa de aquel entonces, fuente importante en su obra. Asimismo debemos enfatizar que no sólo de documentos don Niceto conformó su investigación, sino que también tantos años de estancia en nuestro país lo convirtieron en observador directo del devenir decimonónico mexicano; enriqueciendo en gran medida su trabajo historiográfico por las experiencias vividas.

Ya una vez reunido lo necesario, es muy probable que iniciara en México la estructuración de la obra y la redacción de algunas partes de la misma, tiempo antes de su partida a España en 1872, país en donde la concluyó. Entre la constancia impuesta y la laboriosidad decisiva, a don Niceto le llevó más de cinco años escribir su monumental Historia de Méjico, años en los que gracias a una salud completa -como el mismo lo dice- no dejó de "escribir un sólo día, nunca menos de nueve horas en el invierno, y once y mu--

---

1 Niceto de Zamacois: El Capitán Rossi. Novela histórica de costumbres mexicanas. I. 2a. ed. Orizaba, [Ver.], Imprenta popular de Juan C. Aguilar, 1877. pp. VIII-IX.

chas veces doce durante el verano,...".<sup>2</sup> Sin duda, a lo largo de esta difícil empresa realizada por un sólo individuo, nuestro autor estuvo consciente de la necesidad de una historia general de México, y de haber sido el primero en escribirla.

El 30 de marzo de 1876 en la capital española, don Niceto de Zamacois firmó la introducción de la obra. Ese mismo año empezaron a publicarse los dos primeros tomos de los 18 en 20 volúmenes de que consta, y que terminaron de publicarse hasta 1882, por J.F. Parrés y Cía., editores de Barcelona y México. Los años exactos en que aparecieron cada uno de los tomos y volúmenes son los siguientes:

1876: Tomos I-II

1877: Tomos III-IV

1878: Tomos V-VIII

1879: Tomos IX-XI (Incluye un volumen de los tomos X-A y X-B).

1880: Tomos XII-XVI

1881: Tomo XVII

1882: Tomos XVIII-A y XVIII-B (Estos conforman un volumen).

Muy difícil es conocer el tiraje de la obra, pero debió ser alto,<sup>3</sup> pues seguramente los editores estimaron que sería una

---

2 Niceto de Zamacois: Historia de Méjico desde sus tiempos más -remotos hasta nuestros días. Barcelona-Méjico, J.F. Parrés y Cía., editores, 1882. Tomo XVIII-B p. 1773.

3 Buenos indicadores para darnos una idea acerca del número de ejemplares impresos lo son: por un lado, la existencia de uno o hasta cuatro ejemplares en casi todas las Bibliotecas de la ciudad de México especializadas en Historia. La Biblioteca Nacional, por ejemplo, cuenta en su acervo un total aproximado -

innovación historiográfica por su carácter de primera Historia general de México. Debido a la diferencia de pastas podemos deducir que por lo menos hubo dos presentaciones al público de esta edición. Una de ellas se destaca por su fina encuadernación en color rojo y por el escudo nacional en dorado, y es valorada su presentación como de lujo. La otra, por su parte, tiene una pasta más rústica.

El alcance y trascendencia que en su momento tuvo esta Historia de Méjico es posible también determinarlo por nuevas ediciones. Aunque se ha considerado a la edición de 1876-1882 como única, nos hemos encontrado con tomos que, en su modificación del título, en su presentación (calidad de papel e ilustraciones) y en su cambio de pie de imprenta, muestran todo lo contrario. Para resolver estas cuestiones, es necesario referirnos al largo título que la obra lleva, y que nos hace reflexionar sobre la ardua labor realizada, el peso que los documentos tuvieron para el autor<sup>4</sup> y la importancia de las ilustraciones, buscando, quizá, incrementar la distribución por el valor artístico que se le atribuía. Así pues, primeramente en la anteportadilla aparece el epígrafe Historia General de Méjico, y en su portadilla el título que reza de la siguiente manera: Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo

---

de 50 ejemplares; por otro lado, no es raro encontrarnos alguna colección en bibliotecas particulares. De tal modo que si no hubiese sido alta su difusión no sería tan fácil localizar la producción historiográfica de Zamacois.

4 Vid. infra 2.4. Su método. En este apartado hablaremos más al respecto.

lo que de irrecusable han dado a la luz los más caracterizados -- historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publica-- dos todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las Bi-- bliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país. Por d. Nice-- to de Zamacois. La obra va ilustrada con profusión de láminas que representan los personajes principales antiguos y modernos copia-- dos fielmente de los retratos que se hallan en los edificios -- del gobierno: batallas, costumbres, monumentos, paisajes, vistas de ciudades, etc., etc., por reputados artistas.<sup>5</sup>

Este ampuloso título nos sirve como uno de los paráme-- tros para comprobar la existencia de una posible reedición. Es -- así que nos encontramos con colecciones cuyo primer tomo tiene la fecha de publicación de 1888, tres años después del fallecimiento del autor. No obstante que el título y el nombre del editor de és

---

5 Gabría la observación de que el título de la obra de Zamacois es muy semejante al del México a través de los siglos, publicado entre 1887-1889, y tal semejanza estriba en que sus autores también son muy precisos en cuanto a la delimitación temporal y a la sustentación documental, nada más que a diferencia de -- aquella, añaden el tipo de hechos historiados. Para una mejor comparación este es el título completo: México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento so-- cial, político, religioso, militar, artístico, científico y li-- terario de México, desde la antigüedad más remota hasta la épo-- ca actual. Obra única en su género, publicada bajo la direc-- ción del general D. Vicente Riva Palacio, e imparcial y concie-- zudamente escrita en vista de cuanto existe de notable y en -- presencia de preciosos datos y documentos hasta hace poco des-- conocidos por los reputados literatos. Nos preguntamos ¿era -- coincidencia o a pesar de decir obra única en su género los -- autores conocieron bien el trabajo del español Zamacois?

te se mantienen igual al de la edición de 1876-1882, el papel que se utilizó es muy inferior a aquella, y la presentación de las -- ilustraciones es a color a diferencia de la otra que es en blanco y negro. Varios de los subsiguientes tomos se caracterizan por es tas dos últimas atribuciones, y son específicamente los tomos II-III, V-XI y el volumen XVIII-A y XVIII-B, a los que se les alteró el título, pues en lugar de decir "hasta nuestros días" dice "has ta el gobierno de d. Benito Juárez", en esta forma hay una mayor delimitación temporal del periodo historiado. Asimismo después de la frase "por d. Niceto de Zamacois" se le añadió la de "continua da por historiador competente e imparcial hasta nuestros días", - que hace alusión a Francisco G. Cosmes, que como sabemos fue con tinuador de la Historia de nuestro autor. Es importante también - señalar, y que confirma la existencia de una nueva edición, que - el pie de imprenta de estos tomos también sufrió notable modifioa ción debido a que no se especifica año de edición,<sup>6</sup> y en cambio - se presenta al editor como Juan de la Fuente Parrés. Los tomos -- restantes corresponden a la primera edición. De que la nueva edi ción sirvió como preámbulo de los tomos en los que trabajaba el -

---

6 Esta edición se encuentra en el Archivo General de la Nación y en la Biblioteca del Instituto José María Luis Mora. En Condu-mex aparece, aunque con el título de la edición de 1876-1882, el año de 1888 como la fecha en que se publicaron los tomos I, III y IV; a los tomos II y V no se les consignó año, y los res tantes corresponden a la edición anterior. En la Biblioteca Na cional hay un tomo III editado en 1885. No nos explicamos la - razón de esta publicación, pudo ser que este tomo se agotara - rápidamente por tratar de la conquista española, tema candente en esos momentos.

ya mencionado Cosmes es incuestionable, y lo ratifica el tomo -- XVIII-B cuyo editor es el mismo que publicó la obra de este ---- autor entre 1901-1902, es decir Ramón S. N. Araluce, editor de - Barcelona y México.

Es evidente que la reedición de los primeros tomos se debió a la aceptación que tuvieron; pero creemos que hubo una razón más, y esta era que precisamente el año de 1888 coincide con la fecha de publicación del México a través de los siglos, es decir 1887-1889. Si el objetivo era sacar a la luz una Historia integral de México que reuniese los tres pasados: el prehispánico, el colonial y el paso a la consolidación del México independiente como lo pregonaban los autores del México a través de los siglos, había que demostrar que la Historia de Méjico de Zamacois ya también lo había hecho. Una de las presentaciones de los tomos I y II, publicados en 1888,<sup>7</sup> es un buen testimonio de esta - competencia. En la anteportadilla del tomo I aparece a todo color una ilustración representativa del proceso e integración del devenir nacional. En la parte superior se representa a una figura humana con el gorro frigio -símbolo de la República- enarbolando la bandera mexicana con el lema "independencia". Todo ello es observado con gusto por una mujer indígena sentada en una hamaca. En la parte inferior se mezclan armas indígenas y españolas. De igual forma en el tomo II nos encontramos con la misma - idea de la integración nacional. A todo color aparece una ilus--

---

7 Este ejemplar se encuentra en el Recinto de Homenaje a don Benito Juárez en Palacio Nacional

tración en cuyo centro se encuentra el escudo nacional, arriba de esto aparece la leyenda "libertad 16 de septiembre de 1810". En la parte inferior aparecen cruzadas por su asta las banderas de México y España, y en medio de ellas el escudo coronado de Castilla y León. A los lados de estas imágenes dos arboles enlazados por guirnaldas con los colores de la bandera mexicana, el uno con los nombres de los últimos emperadores mexicanos, y el otro con los de los héroes de la independencia, incluyendo a Iturbide. Se infieren de estas dos ilustraciones los elementos que componen al ser nacional, enfatizando además sus nexos con el pasado español.

En cuanto al formato entre una edición y otra no varía. Por si se piensa que cada tomo cuenta con unas 200 o 300 páginas en su haber, cabe aclarar que se está equivocado, ya que el número fluctúa entre 650 y 950, aproximadamente. Sin embargo, en comparación al México a través de los siglos, el tipo de imprenta es más grande, la impresión no es a dos columnas y el formato es mucho más pequeño.

### 2.1.2. Plan de la obra.

Al abocarnos al estudio de la obra de Zamacois, o simplemente al utilizarla como fuente nos damos cuenta del desproporcional tratamiento que recibieron cada una de las etapas de la historia de México, a las que el autor denominó fases. De tal modo que al México prehispánico le dedicó un sólo tomo, tres a la conquista, dos a la colonia, cinco al movimiento de independencia y nueve al México independiente. Muy consciente estuvo el autor de este desequilibrio. Es obvio que la planeación de la obra giró



en torno a la cantidad de documentos conocidos por Zamacois, pero fundamentalmente a los objetivos que se quisieron alcanzar: historiar con mayor profundidad y con toda veracidad aquel periodo, de la "Historia Moderna" de México -como el mismo la llama-, que estuvo envuelto en la agitación de las pasiones políticas, y que -- por lo tanto fue estudiado sin objetividad. Así refiere Zamacois a esta cuarta fase que:

... ha sido trazada, en puntos, por desgracia de - alto interés, con lineamientos y colorido disím-bolos, y no pocas veces diametralmente opuestos, se-gun el punto de preocupación política en que se -- han colocado, para apreciar los hechos, los diver-sos escritores que se han ocupado en darlos a cono-cer.<sup>8</sup>

Casi dieciocho mil páginas ocuparon en la obra de Zama-cois estas cuatro fases de la historia de México. En cuanto a las tres primeras su división es muy congruente con la periodifica-ción conocida en nuestros días. De tal modo que las delimitacion-es temporales de cada una de ellas son las siguientes: la prime-ra, correspondiente al México prehispánico, corre desde que le ri-ge "su ser primero político por sus señores naturales, hasta el - último de sus emperadores aztecas"; la segunda "referente a los - maravillosos hechos de la conquista", la tercera "abarca las tres centurias de la dominación española", y la cuarta va "desde los - primeros sucesos que prepararon el grito de independencia en 1810 por el cura de Dolores D. Miguel Hidalgo y Costilla, y a su exis-

---

8 N. de Zamacois: Historia de México.... T. I p. XI.

tencia como nación independiente desde 1821".<sup>9</sup> A primera vista - la incongruencia de esta última fase radica al dividirla en dos - periodos, el uno de 1810 a 1832, y el otro desde este mismo año - hasta 1867. No olvidemos que toda periodificación debe establecerse por cambios radicales y trascendentales en el acontecer histórico, ya sea de la humanidad en general o de una nación en particular.<sup>10</sup> Sin embargo, para nuestro autor esta demarcación partió de lo que pudo ser y no fue la nación mexicana, ya que pensó que si la administración de Anastasio Bustamante hubiese permanecido más tiempo en el poder, nuestro país hubiese encauzado su rumbo - por el camino de la paz, y por ende, de la prosperidad.<sup>11</sup> Como veremos más adelante ambos conceptos juegan un papel muy importante en la obra, pero por el momento nos explican el por qué Zamacois abarcó solamente hasta el triunfo republicano en 1867. Así, pues, el consideró que a partir de dicho acontecimiento se inició una nueva etapa, en la que el gobierno de Benito Juárez tuvo todo a su favor para instaurar la estabilidad.<sup>12</sup>

A parte del mayor número de tomos referentes a la cuarta fase, la narración tan minuciosa es una prueba más de la -

---

9 Ibidem, T. I p. X

10 Sobre la periodificación o periodización puede verse el texto de J.L. Cassani y A. J. Pérez Amuchastegui: Del epos a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método. Buenos Aires, Ed. Nova, 1961. pp. 179-186.

11 N. de Zamacois: Historia de México... T. XI p. 941

12 Ibidem, T. XVIII-B p. 1751. Cabe apuntar que de hecho la tradición señala a este mismo año como el principio de una nueva etapa de la historia de México.

importancia que para Zamacois tuvo el historiar al México decimonónico. La minuciosidad lo llevó a presentar los acontecimientos en forma de anales, llegando inclusive a detallarlos mes por mes y hasta día por día. Sin que esto quiera decir que en algunas partes correspondientes a etapas anteriores no encontremos el mismo sistema, tal como es el caso del México antiguo. En general la idea central fue siempre destacar aquellos acontecimientos "que vienen a constituir realmente la vida política de México,...".<sup>13</sup>

Bajo este carácter, a pesar de la desproporcional estructura de la obra historiográfica de don Niceto, no se aminora en absoluto su calidad de Historia general de México; por el contrario se confirma al intentar ligar los hechos en una unidad, facilitando la comprensión del ser histórico mexicano. En la introducción de la obra, Zamacois lo manifiesta de la siguiente manera:

No dibujaré línea por línea la fisonomía de cada uno de los tres periodos anteriores a la independencia; pero si trataré exactamente sus contornos, a fin de que, al primer golpe de vista, se deje adivinar los marcados caracteres del original, por la severa exactitud del retrato en su conjunto.<sup>14</sup>

Así pues, con el afán de sintetizar el desarrollo total e integral de México, se hace referencia a hechos de tipo no sólo político -aunque cuantitativamente son los más- sino también social, económico, cultural y religioso, destacando ante todo la actuación de los individuos. Estas características acercan a la Histo-

---

13 Ibidem, T. I p. XI

14 Loc. cit.

ria de México de Niceto de Zamacois al plan propuesto por Manuel Larrainzar, del cual hacíamos alusión en nuestra introducción.

Ahora bien, en cuanto a la estructura de la obra, cabría añadir dos características más. En primer lugar encontramos que para poder sustentar la veracidad de los hechos narrados se hizo uso de apéndices documentales, localizados al final de cada tomo y organizados cronológicamente de acuerdo a los acontecimientos estudiados. En segundo lugar tenemos que cada uno de los tomos cuenta con un índice temático y con indicaciones al margen, haciendo más manejable la obra.

Ya para terminar con este inciso sólo nos resta señalar que Zamacois se sirvió de la introducción para explicar su proyecto, misma que a nuestro parecer es bastante completa, concisa y clara. En suma, a través de ella podemos conocer el concepto que el autor tenía de la historia, la delimitación temporal del devenir mexicano en el que se centró la investigación, algunas obras que componen al estado de la cuestión relativo a cada una de las etapas de la historia de México, el tipo de fuentes empleadas, el método seguido, la importancia del estudio y varios de los motivos que lo impulsaron a escribir tan voluminosa obra.

## 2.2. Las motivaciones y las finalidades

Es innegable que la realidad que circunda a los individuos condiciona sus razones y sus actos. En el caso de Niceto de Zamacois no podía romperse la regla. De manera más detallada, ¿cuáles fueron entonces los factores que lo impulsaron a escribir

su Historia de Méjico? Nada desligados unos de otros mencionaremos varios motivos, con sus respectivas finalidades, que en diversas ocasiones son enfatizados por el propio autor. Empecemos por recordar que al vizcaíno le tocó vivir en dos entidades geográficas en las que se debatió, con las armas en la mano, por un lado, la instauración de la modernidad encauzada hacia el progreso, y por otro, el apego a conservar. En definitiva, a ritmo violento -- tanto España como Méjico pretendieron definirse política y económicamente como naciones. Creemos que en particular la guerra carlista, acaecida durante los años de adolescencia de Zamacois fue lo bastante dramática como para delinear su visión y su actitud -- hacia el mundo, caracterizadas ambas por un anhelo inquebrantable por alcanzar la paz y por la conciliación entre los hombres adscritos ya al partido liberal, ya al partido conservador. Este sentir de don Niceto debió terminar de perfilarse con las experiencias vividas durante tantos años de residencia en la muy parecida y no menos caótica circunstancia mexicana. La observación directa y cotidiana de los acontecimientos, matizada por la agudeza del -- ejercicio periodístico le llevaron a interpretar a su manera las causas del desequilibrio que sufría nuestro país y sus posibles -- soluciones.

Ya desde la década de los cincuenta, ante la propia negativa de permanecer como simple espectador de esta realidad y -- compenetrado por el influjo del patriotismo romántico, Zamacois -- emprendió, al lado de sus muy frecuentados amigos intelectuales, la incansable búsqueda de la reconciliación de la sociedad mexicana; se sirvió para ello tanto de sus novelas de tema mexicano co-

mo de sus artículos periodísticos. No olvidemos que en esos momentos se consideró a la literatura como un instrumento para crear una conciencia nacional, factor determinante de la unidad. Empero, la labor realizada durante este mismo tiempo por los historiadores eruditos, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez y la llamada de atención en 1865 de Manuel Larrainzar para escribir una historia general de México, debieron mostrarle a nuestro personaje que otro instrumento para lograr el objetivo planteado, sería la recuperación del pasado. En suma, el contexto en que se desenvuelve la vida de don Niceto fue una de las primeras y principales razones que le llevó a escribir y difundir la monumental Historia de Méjico.

La propia personalidad del romántico que fue Zamacois nos obliga a tomar en cuenta factores de índole sentimental entre los móviles de su realización historiográfica. Es claro que a nuestro personaje ya no lo rigió exclusivamente el gusto a meter la pluma en el tintero, sino un sentimiento más profundo hacia nuestro país, pues aseveró en varias ocasiones: "Español y vizcaíno, amo Méjico con la franqueza del primero y la firmeza constante del segundo...".<sup>15</sup> Además, el haberse casado con una mexicana y el que sus hijos hubiesen nacido aquí lo movían a ver en México una segunda patria, que lo involucraba en su acontecer y a la que auguraba un gran futuro, debido a su potencial humano y a su riqueza; pero ese futuro sólo llegaría cuando se reconciliaran los mexicanos. Parte de este sentir del hispano se encuentra plasmado

---

15 Ibidem, T. I p. XXVI

con todo el sabor decimonónico en las últimas líneas de la obra:

El hombre debe amar su patria sobre todas las ----  
otras, y despues de su patria, la patria de sus hi  
jos, casi con igual vehemencia que la suya, como -  
los hijos deben amar la patria de sus padres des--  
pues de la suya.

Yo me hallo en el primer caso respecto de Méjico.  
Anhele el engrandecimiento, la prosperidad, la ri-  
queza y el bienestar de aquel país, porque es pa-  
tria de mi esposa, de mis hijos.

El suelo que mas amo, despues de España, es, pues,  
Méjico.<sup>16</sup>

Cabe enfatizar que era, en efecto, apremiante a los ---  
ojos de Zamacois que el orden reinase en la nación mexicana, y --  
que una historia general de México tendría un papel de suma tras-  
cendencia para conseguirlo. Adelantándonos un poco al siguiente -  
subcapítulo, podemos establecer que la importancia que para el --  
autor tuvo la historia giró en torno al sentido de utilidad que -  
le atribuye, pues ella proporciona "lecciones de útil experiencia  
a los que están llamados a regir los destinos de las naciones en  
el proceloso mar de la política,...".<sup>17</sup> Bajo este carácter se ha-  
ce implícito en la obra el servicio que el conocimiento histórico  
prestaría a los gobernantes para consolidar la unión de los mexi-  
canos, y por ende para convertir al país en "una de las potencias  
más poderosas y fuertes de la América".<sup>18</sup> En igual medida, este  
conocimiento conduciría a todos los mexicanos a la comprensión de

---

16 Ibidem, T. XVIII-B p. 1776

17 Ibidem, T. I p. VII

18 Ibidem, T. XVIII-B p. 1753

aquellos valores y de aquellos componentes históricos que los definían como integrantes de una sola nación. Por eso Zamacois afirmó que:

Nada existe de más alto interés que el estudio que puede conducirles al conocimiento de su origen, de los elementos de que se compone su sociedad, de las causas que concurrieron a la alianza de los diversos magnates indígenas a las huestes de Hernán Cortés para derrocar el poderoso imperio de los soberanos aztecas; de donde dimanaban los usos, costumbres, leyes y religión que actualmente ostentan, y los medios a que se han recurrido para encontrarse constituido en nación independiente.<sup>19</sup>

Por ello, y al contrario de la historiografía que le antecede, Zamacois acentuó con su Historia de México la conjunción de cada una de las fases históricas en un sólo proceso, restándole importancia a las muchas visiones parciales del suceder mexicano que únicamente se ocupaban en justificar políticas partidistas.

Ahora bien, una Historia general de México que fuese útil a los fines arriba mencionados tendría que regirse por la imparcialidad, por tanto, el historiador vizcaíno estimó que para el buen cumplimiento de esta exigencia, concurrían en torno a él una tríada de "circunstancias favorables". Esta nueva característica vino a sumarse a la lista de motivaciones. De esas "circunstancias favorables" que le permitirían ser objetivo, en primer lugar destacó el que sus años de permanencia en territorio mexicano le habían dado la oportunidad de presenciar los hechos a los que

---

19 Ibidem, T. I pp. XIV-XV



haría referencia y de conocer a "muchos de los personajes". Su -- "calidad de español", que ocupa un segundo lugar, le parecía ofrecer una mayor equidad en la emisión de juicios sobre los actos de los mexicanos, facilitándolo además, como él mismo apunta, "la -- analogía que existe entre el carácter mejicano y el español".<sup>20</sup> - Por último encontramos en un tercer lugar, que el no haber aceptado cargos públicos lo habían mantenido alejado de los intereses -- de partido, y en consecuencia podría abordar los hechos objetivamente.

Difícilmente separable de lo anterior encontramos a la búsqueda de la verdad como una de las motivaciones que más le impulsó en la ardua faena de historiar el devenir mexicano, búsqueda que es repetida con énfasis una y otra vez a lo largo de la vo luminosa obra. Ya en la primera parte de este capítulo hablabamos de que el tratamiento prestado al México independiente fue más de tallado en comparación con las otras etapas de la historia de México, y que la explicación de ello radicaba en que Zamacois creyó conveniente profundizar --al igual que Larrainzar-- en aquel periodo caracterizado por las "pasiones políticas", que imposibilita--

---

20 Ibidem, T. I p. XXV. Tras subrayar con orgullo su origen, estas líneas nos muestran al acentuado hispanismo de Zamacois -- como punto de partida de su comprensión e interpretaciones -- históricas. Asimismo, la convicción de sentirse el más idóneo para llevar a efecto la recuperación del pasado de México, lo acerca al francés Condorcet, quien en su libro sobre la vida de Voltaire explicó que la historia "nunca es juzgada con imparcialidad más que por los extranjeros", en Apuntes sobre la convención española formados en 1859 y 1868. México, Imprenta de I. Escalante y Cía., 1969. p. 47

ron conocer la veracidad de los acontecimientos. El autor sostenía que este problema se agudizó especialmente a partir de 1832, pues los discursos históricos abocados a analizar el desequilibrio que sucedió a la caída de Anastasio Bustamante<sup>21</sup> fueron, a la par que poco veraces y nada imparciales, muy escasos. Para probar el estado en que se encontró la historiografía de aquel momento, Zamacois menciona, por ejemplo, que la Historia de Méjico de Lucas Alamán no abruzó minuciosamente los acontecimientos posteriores a la administración de Bustamante. Además esta obra, aparte de ser estimada por Zamacois como "la más notable, la que encierra más suma de documentos y de noticias de hechos de una enseñanza altamente provechosa al hombre reflexivo",<sup>22</sup> y de haberla tenido entre sus principales fuentes, también es criticada porque no dio cuenta con suficiente imparcialidad de las acciones de hombres como Miguel Hidalgo y Costilla. Es inevitable reconocerle a don Niceto que, en su empeñoso afán por mostrarse como historiador imparcial y veraz, procuró superar la fascinación que el documento del conservador Alamán pudo haber ejercido sobre él.

Así es como se afirma su confianza de que las "circunstancias favorables" que le rodean le permitirían aventajar no só-

---

21 No olvidemos que el año de 1832 representó para Zamacois la demarcación de lo grande que pudo ser y que no fue la nación mexicana, a raíz de la inestabilidad política y social desde aquella fecha (Vid. supra p. 107) Es importante destacar como el historiador español determinó la periodificación en base a los sucesos y a la limitación del conocimiento sobre ellos.

22 N. de Zamacois: Historia de Méjico... T. I p. XVII

lo a los historiadores sino también a los periodistas que escribieron enfrascados en los debates de los partidos en pugna y que no alcanzaron a conceder "virtud ninguna a los contrarios en opiniones políticas, ni admitían censura en los errores de sus correligionarios".<sup>23</sup> De nueva cuenta, vemos como Zamacois al emprender la búsqueda de la verdad y de la imparcialidad pretendió, al mismo tiempo, reconciliar a la sociedad mexicana, ya que seguramente pensó que en la medida que los mexicanos tuvieran un real conocimiento de sí mismos, su nación podría resistir los embates procedentes del exterior. En esta forma asentó que:

Nada destruirá más eficaz y prontamente ese errado juicio formado de Méjico por los Estados Unidos, - Inglaterra y Francia, ni nada le hará aparecer más respetable ni más respetada por ellos, que la --- unión firme de todos los mexicanos.<sup>24</sup>

Por lo tanto el carácter del historiador, crítico de sus fuentes, al que únicamente le rige el relato veraz y el carácter de un hispano comprometido no sólo con el futuro de México sino también -- con su imagen ante las naciones extranjeras, incitaron al autor a desmentir a los escritores extranjeros "que se han ocupado de los asuntos de Méjico", pero falseando la realidad. En este sentido -- su objetivo sería el demostrar, por ejemplo, que las versiones de los fracasados intervencionistas como el abate Domenech y el Conde de Keratry y las de su compatriota republicano Pedro Pruneda -- surgidas después del derrumbe imperial de Maximiliano, carecen en

---

23 Ibidem, T. I p. XXI

24 Ibidem, T. XVIII-B p. 1769

gran proporción de exactitud y veracidad. Sobre todo a los dos -- primeros les refutaré enérgicamente el haber desvirtuado las cualidades de los mexicanos y hasta el haberse atrevido a llamar a México "país maldito".

Aunque la defensa de México ejecutada por el vizcaíno -- se centró en aquellos hechos de los que fue testigo presencial, -- no por ello dejó de ocuparse en impugnar firmemente las infundadas críticas de escritores europeos del siglo XVIII, entre los -- que nombra a Robertson, a Raynal y a Pauw. No fue casual el interés que don Niceto tuvo para ello. Recordemos que muchos de estos personajes menospreciaron el valor de los pueblos prehispánicos, y otros más, apoyados en los escritos del Padre Las Casas, atacaron la conquista española. Se entiende, entonces, que Zamacois a la par que rescate a las naciones prehispánicas del Anáhuac de la barbarie con que fueron clasificadas, rescate la empresa conquistadora de su natal España. Cobra así sentido una nueva razón para escribir la Historia de Méjico, que a fin de cuentas, como veremos más adelante, le servirá para consolidar la unión de los mexicanos.

Finalmente, un último motivo nos conduce a que tan primordial fue para Zamacois esta consolidación como la preocupación por conseguir un mayor y estrecho acercamiento entre México y España, dos países cuyas relaciones demostraban ser difíciles e inconstantes. Es muy seguro que el vizcaíno pensó que a través de -- una historia general de México también se podría reconciliar y -- fortalecer los lazos de fraternidad entre ambas naciones. Así, -- pues, sería indispensable en ella presentar una visión de la con-

quista que pudiera ser aceptada como componente de todos los mexicanos y distinguir aquellos valores históricos que comparten, definen, y por tanto, unen a los dos países hispanos. Es por ello - que tras dirigir su Historia de Méjico a las naciones extranjeras y particularmente al gobierno y pueblo mexicanos, también llamó - la atención a sus coterráneos para conocer la historia integral - de España, que guarda gran conexión con el pasado de México; en - esta forma se produciría una mayor identificación con este mismo país y se afirmaría la propia identidad española:

El español que desconozca la historia de Méjico no puede lisonjearse de conocer, por completo, la historia de su propia patria. En la historia de España se encuentra un gran vacío por llenar, y este - vacío es el que corresponde a los acontecimientos de Méjico durante los trescientos años que rigieron los monarcas españoles aquel país como colonia. Así como los de su lucha hasta emanciparse de la - metrópoli, y ser reconocido por ésta, como nación independiente.<sup>25</sup>

### 2.3. El concepto de la historia de Niceto de Zamacois.

Definir la corriente historiográfica a la que estuvo -- adscrito Niceto de Zamacois resulta sumamente difícil, debido a - que recibió la influencia de varias escuelas interpretativas a lo largo de su formación autodidacta, lo que no implicó que ésta fue se sistemática y profunda como sucedió con Lucas Alamán y Manuel Larrainzar, entre otros contemporáneos suyos. De tal modo que al

---

25 Ibidem, T. I p. XV.

analizar su visión histórica nos encontramos con elementos ilustrados, providencialistas, románticos y eruditos, todos ellos matizados por un tono conservador. En la medida que exponamos los resultados del análisis de la idea de la historia que rigió a Zamacois en su Historia de Méjico, subrayaremos cada uno de los aspectos arriba mencionados.

En las ocasiones en que hemos escuchado algún comentario sobre Niceto de Zamacois, -expresado la mayoría de los casos en el gremio de los historiadores-, ha sido muy común el que al nombre del autor se anteponga la calificación de conservador. Nada casual ha sido el empleo del adjetivo ya que se formuló a partir del conocimiento de un sinnúmero de expresiones tradicionalistas plasmadas en su texto historiográfico, a las que se han sumado los muy conocidos contactos amistosos e intelectuales que estableció con personajes pertenecientes a aquel partido. Estamos de acuerdo con este atributo siempre y cuando se sustente, por un lado, en el análisis de las circunstancias que inclinaron a don Niceto hacia tal tendencia y, por otro, aclarando las particularidades de la misma.

Como hemos visto en el capítulo anterior la explicación del acercamiento de Zamacois a esta posición ideológica se encuentra en las experiencias vividas en los marcos históricos, español y mexicano, cuya principal característica fue la cadena sucesiva de guerras nacionales provocadas en cada país por los respectivos partidos políticos en pugna por el poder. En este contexto nació su afán por conservar. Además el tradicionalismo del autor en cuestión se nutrió en el coincidente proceso histórico de ambas -

naciones, en el que, no obstante las pretensiones radicales, la - tendencia generalizada fue implementar reformas de corte moderado como consecuencia del peso que la tradición ejercía sobre españoles y mexicanos. Es indiscutible, por tanto, que debemos comprender a la visión de la historia que tuvo Zamacois como fiel reflejo de su circunstancia.

En contraposición a la difundida imagen sobre los tradicionalistas, para quienes, según muchos, el suceder se convierte en mera regresión sin probabilidades de progresar, el concepto de don Niceto respecto al proceso que mantiene el acaecer partió del principio: conservar es progreso, de ahí que hiciese tanto hincapié en lo importante que son los períodos de paz para el florecimiento de las naciones. El ideal del progreso tan pregonado en -- los tiempos decimonónicos y adjudicado en exclusiva a los liberales, lo hizo propio Zamacois como lo habían hecho otros muchos -- conservadores, pero desde una perspectiva en que se excluyen los cambios violentos o revolucionarios, ya que -- a su parecer -- el --- transcurrir se desenvuelve evolutivamente.<sup>26</sup> Siendo la prosperidad de los pueblos una proclama del movimiento ilustrado, recayó sobre don Niceto el influjo del "espíritu del siglo", aunque también podríamos decir que coincidió con los postulados del positivismo que empezaba a germinar en México por las mismas fechas en que el historiador vizcaíno trabajaba en su Historia de Méjico. -- Empero, la irradiación que recibió el autor español de esta actitud decimonónica procedió más bien de la filosofía ilustrada e in

---

26 Vid. supra. p. 54.

clusivo fue ella misma la que influyó en la filosofía positiva, no obstante haber aparecido ésta como reacción a la primera.

Como prueba de lo sobresaliente que fue para Zanacois la idea del proceso progresivo, recordemos su insistencia en que en la historia se enlazan "unas épocas con otras, prestándose sucesivamente sus luces y sus progresivos adelantos; luces y adelantos eslabonándose a cada signo que nos suceda, hasta que vaya a terminar en el último día del último de los siglos".<sup>27</sup> De hecho a través de su magna obra nos presenta cada fase de la historia de México como superior a la que la precede, por lo tanto el suceder mexicano se convierte en un proceso lineal ascendente y por ende progresivo. Además esta convicción en la óptima marcha histórica de México pareciera que se sustenta en un determinismo, pues, nada dudoso del gran porvenir que le esperaba a México, sostiene, con resabios providencialistas, que este país podía considerarse "como el más favorecido por el Ser Supremo" al haberlo dotado con "inagotables y abundantes minas de oro y plata, con un terreno -- vastísimo y exuberante".<sup>28</sup> A todo ello se debe el que enfatice -- con suma insistencia las condiciones que impedían a México llegar a consolidarse política, económica y socialmente como nación independiente y así constantemente pinta la situación como caótica:

Las revoluciones promovidas por ambiciosos generales por espacio de veintiseis años; los cambios -- continuos de gobierno; los continuos empréstitos, las multiplicadas contribuciones y gabelas impuestas por cada nuevo gobernante; la falta de orden -- en la administración; el infinito número de emplea

---

27 Ibidem, T. I p. VII.

28 Ibidem, T. XII p. 568.



dos para cada oficina; la arbitrariedad de cada jefe de pronunciamiento para apoderarse de las semillas y ganado de las haciendas por donde pasaba, - arbitrariedad que cometía a su vez el jefe del gobierno que marchaba a batirlo, sin que ni el continuo en la hacienda pública y la precaria y corta existencia de los gobiernos, habían conducido a la nación al afflictivo estado en que se encontraba, - paralizado el comercio, sin vida la agricultura, y muertas las artes y la industria.<sup>29</sup>

Cabe aclarar que el espontáneo asomo providencialista - del autor, en el que concibe al Ser Supremo como motor de la historia, no excluye a la fortuna como otro factor decisivo en el transcurrir de los hechos pasados. La integración de este elemento a la concepción sobre el sentido que guarda el devenir, responde al peso que el romanticismo ejerció sobre don Niceto, y que, - sin lugar a dudas, se convirtió en la corriente historiográfica - que se acentúa mucho más al correr las hojas de su monumental obra. Si su conservadurismo lo llevó a preservar y pregonar los valores surgidos en el pasado, el influjo romántico, además, le indicó el camino para lograrlo a través de la elaboración de una historia integral de la nación mexicana, tal y como el movimiento romántico europeo lo venía haciendo desde el momento en que se ocupó en indagar el origen de los pueblos en la Edad Media. En este sentido, Zamacois registró en su obra un conjunto de valores - que, según él, identificaban a los mexicanos, a la vez que fortalecían sus lazos de unión. Estos valores fueron el amor y entrega a la patria, el respeto a la monarquía, o lo que es lo mismo a la

---

29 Loc. cit.

autoridad, pero ante todo la religión católica se convirtió en el punto medular de su discurso histórico. La inquebrantable fe religiosa que lo acompañó durante toda su vida le hizo creer, como lo creyeron también otros conservadores, que el principal motivo de la escisión de la sociedad mexicana y de sus desgastantes guerras, radicaba en la política anticlerical del partido liberal, misma que percibieron como una agresión al dogma cristiano. Ello nos explica el por qué Zamacois criticó a todas aquellas etapas en las que se pretendió o en las que sí se lograron implementar la desamortización de los bienes eclesiásticos y la supresión de los privilegios corporativos. Tenemos, por ejemplo, que la administración de Gómez Farías en 1833, la promulgación de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma del 59 fueron refutadas por Zamacois. Asimismo enjuició las medidas dictadas por Gómez Farías en enero de 1847, exigiendo al clero la entrega de 15 millones de pesos para seguir sosteniendo la guerra contra los Estados Unidos, ya que tales exigencias habían provocado fricciones en el pueblo mexicano y provocado la rebelión de los polkos. Muy elocuentes son los comentarios que hizo el autor en cuestión al respecto, -- los cuales vuelven a repetirse cada vez que le tocó referir los momentos históricos arriba mencionados:

Los gobiernos deben respetar hasta las preocupaciones del país que gobiernan, siempre que estas no se opongan a la moral, y muy especialmente las creencias religiosas. En las circunstancias, por que atravesaba Méjico, la obligación del gobierno era unir a todos los mejicanos, y no introducir la desunión, provocando la discordia religiosa, que es la más terrible, la más funesta de las discordias. Separados por ideas políticas, el único vín-

culo que se conservaba firme entre los mejicanos, el único en que estaban de acuerdo, era el de la religión: el peligro de la patria había hecho olvidar los odios políticos para defender la independencia: querer romper el lazo de unión que les daba que armonizaba todos los intereses, era destruir lo único que aún habían dejado en pie las disensiones domésticas.<sup>30</sup>

Tanta era la firmeza del vizcaíno en la trascendencia que la religión católica guardaba para el pueblo mexicano que, en contra de su costumbre consistente en la promulgación de la paz y la conciliación social, llegó al extremo de justificar la rebelión de los polkos, a la que el propio autor designó con el atributo de "revolución". De esta forma señala que "para los que no veían en el gobierno más que un cuerpo hostil a las creencias de la generalidad, la revolución de los polkos era la más noble y la más santa de las que hasta entonces se habían operado".<sup>31</sup> La posición asumida por Zamacois frente a este acontecimiento bien puede encontrar una explicación con Alfonso Noriega, ya que él indica cuál es el incentivo que propicia los brotes revolucionarios de los conservadores:

Es, pues, la mentalidad conservadora, la que se define y adquiere personalidad en su actitud contrarrevolucionaria que la impulsa a luchar con todos los medios a su alcance, para evitar mutaciones o cambios políticos y sociales violentos o simplemente acelerados. En esta lucha el conservador está dispuesto a llegar a la violencia, si es preciso, para evitar cambios, aunque no en nombre de la nor

---

30 Ibidem, T. XII pp. 636-637.

31 Ibidem, T. XII p. 636.

malidad del proceso político, sino en nombre de --- una concepción del mundo contraria, por principio, a la idea de "revolución". Es más, puede el conservador realizar una revolución de hecho, para oponerse a una revolución de hecho.<sup>32</sup>

Es innegable, por tanto, que Zamacois aprobó, en su escrito historiográfico, movimientos sociales como el de los polkos, no obstante ser causantes de la intranquilidad del país, debido a que los creyó el posible recurso para preservar la tradición, además porque el hecho era la mejor demostración de que el fortalecimiento de la paz nacional se edificaba en el respeto a la religión católica.

Debemos insistir en que el inseparable conservadurismo de don Niceto se mantuvo apartado de una concepción estática del suceder; por el contrario, desde su perspectiva, la nación mexicana marcharía progresivamente a partir de que reinase el orden. De esta forma su idea de la historia entró en contacto con planteamientos del partido liberal, sobre todo cuando éste, bajo el manto de la filosofía positiva, repitió insistentemente que tal fórmula era fundamental para el buen desarrollo del México de la modernidad, lo cual se convirtió en el discurso justificatorio de la dictadura porfirista. Igualmente Zamacois se acercó a los liberales cuando dejó entrever que la libertad de los hombres era --- trascendental en el desarrollo de la sociedad mexicana. En varias partes de la obra es latente tan decimonónico sentir, nada más --

---

32 Alfonso Noriega: El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano. México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 1972. T. I p. 42. (Serie estudios históricos, 3).

que don Niceto debió darle otro viraje al criticar con tanta insistencia las políticas anticlericales. Es decir, al confundirlas con ataques al dogma, seguramente creyó ver que atentaban en contra de la libertad que los individuos tenían para profesar la fe cristiana. Otra aproximación más a los planteamientos liberales - aflora en el tenue enjuiciamiento a la Ley Juárez, de la que tan solo rechazó el momento en que se dictó, pues, según él, lo más adecuado era:

trabajar con todo empeño por la conciliación de to dos los partidos. Las cosas deben hacerse en tiempo oportuno y no era aquel ciertamente el que se debía haber escogido para expedir una ley a que no estaba aun preparada la mayoría.<sup>33</sup>

En las últimas líneas de este párrafo, salta a la vista el reconocimiento del historiador vizcaíno a este tipo de medidas al par que su conocimiento respecto a las condiciones que prevalecían en la nación mexicana. Tal posición lo enlaza, principalmente, con el grupo de liberales moderados, para quienes la implementación de reformas estuvo en concordancia con la realidad del país; de ahí su mesura. En una pequeña frase de José María Lafragua, uno de los políticos moderados más connotados, se trasluce la diferencia entre el sentido histórico que para un moderado y un puro debe regir al suceder mexicano: "el primero quiere las reformas poco a poco: el segundo lo quiere todo en un día".<sup>34</sup> Sin -

---

33 N. de Zamacois: op. cit. T. XIV pp. 128-129.

34 José María Lafragua: Memorandum de los negocios pendientes entre México y España. París, Poissy, 1857. p. 33.

lugar a dudas, Niceto de Zamacois compartió el plan de la primera propuesta. A nuestro parecer, la presencia de los ideales de libertad y de progreso en textos tanto de tendencia liberal como en los de autores conservadores de la talla de Zamacois ejemplifica lo arbitrario y difícil que es definir y encuadrar a un personaje en una posición ideológica determinada y considerada como radicalmente antagónica a su opositora. Ello prueba, por consiguiente, - que el conjunto de ideas dominantes en una circunstancia irradia por igual, aunque con diferente intensidad, a los hombres que la protagonizan. Además la concurrencia de ambos ideales en los dos proyectos políticos debemos identificarla como el síntoma de que el proceso histórico mexicano tendió a sintetizar proposiciones - de los dos idearios, tal y como aconteció en el régimen de Porfirio Díaz.

En cuanto al motor de la historia nos falta agregar que si bien la providencia y la fortuna son concebidas por nuestro -- autor como impulsoras del acontecer nacional, considera todavía -- más decisivas a las acciones humanas, sobre todo aquellas que habían sido realizadas por los personajes más destacados. En efecto, sumándose a los innumerables brotes conservadores que le perfilaron, Zamacois consideró que solo unos cuantos hombres eran los hacedores de la historia de una nación, y en particular este atributo recayó sobre los gobernantes y dirigentes políticos. Tal característica aflora en toda la obra, sin embargo destaca en mayor medida cuando don Niceto aborda los acontecimientos del México decimonónico. Al ser estimada como la etapa que exigía mayor tratamiento por su carácter conflictivo, es lógico, por lo tanto, que

Zamacois señalara a los hombres públicos como los principales pro motores de las luchas partidistas y, por consiguiente, como los - causantes del malestar nacional; a la vez que insinuaba que a --- ellos correspondía aplicar la soluciones necesarias apoyados en - el conocimiento del pasado nacional. La mejor prueba de la tras-- cendencia histórica que tienen los políticos para nuestro persona je, recordemos, que se plasma al momento de dirigir la obra a los gobernantes de México.<sup>35</sup> Es innegable que Niceto de Zamacois coin cide con Manuel Larrainzar, el principal portavoz de la necesidad de escribir una síntesis histórica de México, pues éste último -- también creyó que eran los hombres públicos los que hacían la his toria. Ello explica el por qué don Manuel al definir los objetos de estudio que tenían que asentarse en una historia general del - devenir mexicano, le dio mayor peso a los acontecimientos de índo le política.<sup>36</sup> Asimismo tal convicción trasluce la razón de que - don Niceto se abocara, más que nada, al registro de este mismo ti po de hechos, relegando y hasta omitiendo datos económicos, aspec tos sociales y culturales. Estas semejanzas son buenos indicado-- res de la posible influencia que el primer personaje ejerció so-- bre el segundo. Además a estas similitudes se suma la certeza que tuvieron ambos respecto a que la historia guarda un fin pragmáti co y didáctico al enseñar a los hombres las malas y las buenas -- acciones que realizaron aquellos que les precedieron en el ejerci cio del poder, todo ello con el propósito de que les sirvan de --

---

35 Vid. supra. p. 112.

36 Vid. supra. p. 18.

ejemplo. En el caso de Zamacois, la siguiente cita nos muestra algunos de los puntos arriba tratados:

Si la historia es el espejo donde deben reflejar - los hechos de los individuos que han figurado y figuran en el gran cuadro político de las sociedades; si ella ha de ser un libro de enseñanza provechosa para los pueblos, a quienes se debe poner en estado de apreciar lo que han sido y son las personas que, por su elevada posición y su respetable carácter han influido de una manera marcada en la marcha de los países; si la historia ha de ser un correctivo para el malo y un beneficio estímulo para el bueno, preciso es que el historiador, haciendo absoluta abstracción de su afecto por los individuos, presente a estos obrando de la manera que obraron.<sup>37</sup>

En las últimas líneas del párrafo citado descolla la importancia que para don Niceto tiene el historiador en la recuperación de -- las acciones humanas pasadas, subrayando que la imparcialidad es fundamental en los objetivos moralizantes que deben regir a una -- obra histórica. Aún más en el siguiente texto podemos apreciar -- que la función del historiador se centra en rescatar el conoci-- miento del pasado con el fin de modificar el presente y proyectar el futuro. Así, pues, justifica, a la vez que exalta, a los historiográficos:

Cada página de esa historia nos deja percibir, con lineamientos de matemática exactitud, las huellas que los diversos actores que han figurado en el -- vasto escenario del mundo dejaron impresas en su -- peregrinación sobre la tierra; huellas que el helado soplo de los tiempos las hubiera borrado para --

---

37 N. de Zamacois: op. cit. T. XIV p. 241.



siempre sin dejarnos percibir la ruta que siguen, si no se hubiesen ocupado de sorprenderlas y de trazarlas, los hombres laboriosos, dedicados a la investigación de los hechos, con el noble objeto de que sirvan de provechosa enseñanza a la humanidad, para que, con el estudio de lo pasado, <sup>38</sup> arreglisen el presente y preparasen el futuro.

Debido a esta convicción, Zamacois reitera constantemente las atribuciones de imparcial y veraz que deben caracterizar a cualquier estudioso del acaecer. Para él, los hombres involucrados en los sucesos están impregnados de pasiones que les impiden poseer tales cualidades; sin embargo, recordemos, que don Niceto se sintió el historiador al que concurrían las circunstancias favorables para escribir con objetividad y veracidad la primera historia general de México. Bajo este pensamiento, Niceto de Zamacois inició aquella empresa que desde los tiempos de la antigüedad clásica había inquietado a los historiográficos: la búsqueda de la verdad; nada más que explotando, hasta cierto límite, los lineamientos metodológicos del quehacer histórico que los eruditos-positivistas de su época habían implementado una cuantas décadas antes a la realización de su voluminosa obra.

#### 2.4. Niceto de Zamacois y su método histórico.

Para los años en que Niceto de Zamacois confeccionó su Historia de Méjico, en Alemania un grupo de eruditos, preocupados por obtener la certidumbre en el conocimiento del acaecer humano,

---

38 Ibidem, T. I pp. V-VI.

habían sistematizado y constituido los pasos a seguir en el método histórico. Los lineamientos metodológicos estipulados alcanzaron tal difusión en los continentes europeo y americano que impulsaron y facilitaron la realización de grandes empresas historiográficas. Debido a esta trascendencia es muy factible que nuestro personaje recibiera informes sobre las novedosas aportaciones de la escuela alemana y que ellos influyeran, de alguna manera, en el proceso seguido a lo largo de su propia investigación, lo que no quiere decir que los efectos recibidos lo incitaran a profundas y sólidas reflexiones en torno a cuestiones teóricas y metodológicas de la historia, tal y como se manifestaron en Manuel Larraínzar. En otras palabras, aunque Zamacois repitió varias de las indicaciones señaladas por el ámbito erudito de su momento, en realidad, se encuentra bastante apartado de ser un historiador consistente, riguroso y sistemático en la aplicación de un método histórico.

Gabría preguntar ¿cuál fue, entonces, la peculiaridad del método seguido? Empecemos por hablar del manejo que hizo de las fuentes, es decir, de la etapa heurística de su investigación. Como ya hemos expuesto en este mismo capítulo,<sup>39</sup> don Niceto recurrió, principalmente, a los archivos y bibliotecas mexicanos con el plan de reunir el material indispensable en la confección de su Historia de Méjico. En varias partes de la obra aparece una inquietud por agotar el estado de la cuestión, el cual se componía por aquellas fuentes primarias y secundarias especializadas en --

---

39 Vid. supra. p. 98.

cada una de las cuatro fases en que el autor dividió el suceder de nuestro país. Inclusive al tratar la guerra entre México y los Estados Unidos o la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, cito obras de autores extranjeros, tales como la Historia de los Estados Unidos del norteamericano Horacio Greeley y los testimonios de Domenech y Keratry, entre otros. La utilización de estas fuentes denota que el historiador en estudio poseía conocimientos de las lenguas francesa e inglesa, requisito imprescindible en el oficio de historiar. No obstante el interés por explorar toda la literatura histórica existente sobre nuestro pasado, en la obra de Zamacois afloran limitaciones. Tenemos, por ejemplo, que ni del México prehispánico ni de la conquista española y la etapa colonial revisó todo lo que hasta su época se había hecho. Asimismo en el caso de varios de los autores mexicanos y extranjeros que menciona, es claro que no los leyó y que únicamente tuvo noticias de sus interpretaciones gracias al registro que hicieron otros historiadores. En esta situación se encuentra Robertson, quien debió ser conocido por Zamacois a través de Francisco Javier Clavijero y de Lucas Alamán.

En la medida que Niceto de Zamacois avanzó en el estudio del México decimonónico, requirió de un mayor número de fuentes historiográficas primarias y secundarias. Siendo además para el autor la etapa que exigía más dedicación, revisó, primordialmente, fuentes primarias comprendidas no solo por libros impresos sino también por documentos privados y oficiales, entre los que se encuentran reales ordenes, circulares, cartas, actas, etcetera. A pesar de ser considerable el apoyo que estos testimonios brinda

ron al historiador español a lo largo de su obra, hay varios en los que un vasto manantial hemerográfico se antepone a cualquier otra aportación documental. El empleo de periódicos se debió a -- que don Niceto estuvo convencido de que las polémicas plasmadas en ellos "conducen al lector al conocimiento exacto de las ideas que animaban a la sociedad, tan interesantes para la historia".<sup>40</sup> Sin lugar a dudas, la fuente hemerográfica fue sustancial en la producción de Zamacois, sobre todo cuando abordó los hechos acaecidos durante el Imperio de Maximiliano. Quizás la causa de haber sustentado, en mayor proporción, el conocimiento de este período en las informaciones periodísticas se originó a raíz del estrecho contacto que el vizcaíno estableció con el medio publicista, al grado de participar en la redacción de dos importantes periódicos imperialistas: El Cronista de Méjico y La Sociedad Mercantil.

Tal participación nos lleva a otro aspecto muy importante, el cual se refiere al carácter que Zamacois adquirió, a partir de los años cuarenta, como testigo ocular de los acontecimientos que narra. De este modo, podemos valorar a la observación directa como una de las fuentes que más enriquecieron a su Historia de Méjico. Es lógico que en ella detectemos limitaciones en torno a la capacidad y facilidad para percibir los hechos, ya que era imposible a don Niceto asistir a cada uno de los sucesos. En particular, durante la guerra con los Estados Unidos no presenció de cerca las batallas suscitadas en la capital del país, ni mucho menos observó los enfrentamientos, en los años sesenta, entre los -

---

40 N. de Zamacois: op. cit. T. XVI p. 432.

ejércitos imperialista y republicano. A esta limitante se suma el que en la mayoría de las ocasiones recurrió al recuerdo, que si bien, en el momento de redactar, no estuvo a la distancia de tiempo en que un Bernal Díaz de Castillo describió las proezas conquistadoras, en definitiva, sí alteraron a su memoria toda una serie de fantasías procesadas en una mente romántica.<sup>41</sup>

Ya hemos insistido en el prurito de Niceto de Zamacois por llegar al conocimiento veraz de la historia de México. De ahí que en el momento de enumerar sus fuentes se presente, de vez en vez, como un historiador que critica a cada una de ellas con suma severidad. Empezando con los primeros requerimientos metodológicos, identificó la autoría de los documentos, ubicó a los autores en el tiempo y en el espacio al par que especificaba su afiliación ideológica. Comúnmente hizo alusión al nombre completo de los autores y, en general, los designó de acuerdo a su nacionalidad o al credo político que profesaban. Así encontramos que se refirió al "norteamericano William Prescott", al "imperialista Ignacio Alvarez" o al "republicano Manuel Payno". Es probable que esta identificación le sirviera para valorar y fijar la autenticidad documental. Cabe añadir que entre las operaciones valorativas surgieron dudas respecto a la existencia de escritores como Pedro

---

41 Para todos aquellos buscadores de la veracidad y exactitud en los documentos, les resultaría muy atractivo realizar un análisis de crítica interna a la producción historiográfica de Niceto de Zamacois. Fundamentalmente los libros correspondientes al Segundo Imperio Mexicano pueden ser sometidos a este proceso, debido a que son estimados por los historiadores entre los testimonios más valiosos que existen sobre este tema.

Pruneda y, en consecuencia, sobre la tutoría de su Historia de la guerra de Méjico desde 1861 hasta 1867. Esto no significa que don Niceto restara o anulara la autenticidad de la obra, pues nos dice que en realidad "quien la escribió era una persona de las más adictas a d. Benito Juárez".<sup>42</sup>

El examen que Zamacois aplicó para criticar la autenticidad del documento fue esporádico y poco riguroso. Más bien lo que a él le preocupó fue someter sus fuentes a lo que hoy llamamos crítica de credibilidad, porque con su auxilio podía determinar si el hecho histórico era falso o verdadero. En contraposición a la mayoría de los eruditos positivistas que desconfiaban de todos sus informantes a causa de un vicio hipercrítico,<sup>43</sup> nuestro personaje revisó sus documentos con ecuanimidad. Supo de los múltiples factores que alteran o impiden el conocimiento real. -- Comprendió, por ejemplo, que reseñar los sucesos después de algún tiempo era una de esas limitantes. Su opinión sobre Bernal Díaz del Castillo sirva como botón de muestra:

Bernal Díaz dice que sólo se quedó con dos mil, de diez mil que eran todos. Pero el veraz soldado que escribió muchos años después de los sucesos, puede haberse olvidado del número, mientras que Hernán -

---

42 Ibidem, T. XVII p. 256.

43 Dice Luis González y González, con su peculiar estilo humorístico y ameno, que "en los positivistas sobresale la actitud desconfiada, el síndrome paranoico, la preocupación de la tomada de pelo y otros temores que los conducen muchas veces al escepticismo histórico y la esterilidad" en El oficio de historiador. Zamora, Michoacán, 1988. p. 117.

Cortés escribió la relación al año de los acontecimientos.<sup>44</sup>

Tampoco desconoció que las posibilidades de una observación completa de los fenómenos históricos eran escasas. Para ilustrar este caso resulta muy representativa la conclusión emitida sobre la Historia de Méjico de Lucas Alamán. Después de exponer que es una producción de inapreciable mérito por su seriedad y cuidadoso trabajo concluye:

... como es imposible que un escritor se encuentre en todas partes a la vez para presenciar los hechos que simultáneamente se verifican en diversos puntos, y tiene que valerse de ajenos informes para presentar los sucesos que no presenció, es evidente que en algunos pasajes, no se encuentre en su obra la exactitud que el desea.<sup>45</sup>

Por último tomo en cuenta el lugar en que se había encontrado el declarante. Esta consideración fue el trasfondo de las censuras pronunciadas en contra de Francisco de Paula y Arrangoiz, quien, según Zamacois, no era una fuente muy confiable porque se hallaba en Europa cuando se suscitaron las pretensiones monárquicas de Maximiliano de Habsburgo, mismas que aquel personaje refiere con minucioso detalle.

Otro de los recursos empleados con el propósito de esclarecer la verdad histórica consistió en la verificación de testimonios comparando la información registrada por dos o más fuentes. Una vez realizado el cotejo, el historiador vizcaíno reprodu

---

44 N. de Zamacois: op. cit. T. II p. 681.

45 Ibidem, T. VI p. 189.

cía aquella que ofrecía las mejores condiciones de observación -- del hecho, tal y como vimos, unas líneas atrás, en la cita referente al cronista español. A esta selección se sumó aquel acto o empresa que sonara más lógico o más factible. Un buen ejemplo lo tenemos cuando describe una de las tantas batallas del pueblo mexicana:

Pruneda dice que presentaron sacos llenos de narices y orejas. Ningún historiador habla más que de haber presentado orejas. Ni es verosímil que los mejicanos por economizar tiempo no quisieron amarrar a los prisioneros, ocupasen mucho más cortándoles las narices, operación difícil.<sup>46</sup>

En suma, Niceto de Zamacois estuvo consciente de las limitaciones que enfrentan los estudiosos del acontecer humano. Debido a ello es erróneo imaginar que el siguió, al pie de la letra, a los historiadores de más alta reputación. Sin lugar a dudas logró librar el influjo que el método de autoridades ejerce, el cual obliga a creer y, por consiguiente, a afirmar un dato, sin siquiera hacer alguna reflexión sobre las probabilidades de su exactitud y tan sólo porque así lo aseveró un autor muy reconocido. Con el mismo sentido refutó, sin miramientos de ninguna especie a escritores conservadores como Alamán o como Arrangoiz, no obstante compartir con ellos el mismo ideario político. Aún más llegó a apoyarse en historiográficos que no eran santos de su devoción como fue don Carlos Ma. de Bustamante e inclusive, respecto a este mismo, en un arranque de extrema objetividad, llegó al gra

---

46 Ibidem, T. I p. 134.



do de amonestar a don Lucas por haberse atrevido a criticar, sin fundamentos, al controvertido personaje.

Si el estudio de las operaciones que Zamacois realizó - al analizar sus fuentes resulta interesante, más aún lo son los exámenes de credibilidad que se aplicó a sí mismo al instante de referir los sucesos que presenció. Desde luego, los fundamentos de su posición de historiador imparcial fueron las "circunstancias favorables" que le rodearon y que como hemos apuntado se circunscribieron a las siguientes: su permanencia en el país durante tantos años le dio un exacto conocimiento de las costumbres y personajes mexicanos, su calidad de español y finalmente el haber rechazado cargos públicos lo habían mantenido alejado de los intereses de partido. En particular al enfatizar, una y otra vez, que fue un buen conocedor de nuestro país tuvo el propósito de mostrarse más fidedigno que autores como el abate Domenech, el doctor Basch y el Conde de Keratry, entre otros, quienes, según afirma el propio don Niceto "no frecuentaron jamás la sociedad mejicana, ni llegaron siquiera a hablar el idioma español".<sup>47</sup> Inclusive al mencionar determinados hechos subraya que el recorrió "todos los puntos como uno de tantos individuos del pueblo".<sup>48</sup> Y para que no hubiera lugar a dudas, en algunas ocasiones, expone su información junto con la de otro historiador con el objeto de que el lector formule sus propias conclusiones y selecciones el dato más exacto, mas sin que olvide recordarle que él se encontró en -

---

47 Ibidem, T. XVIII-A p. 509.

48 Ibidem, T. XVII p. 332.

Las condiciones más óptimas de observación:

Aunque mi carácter de español me colocaba en actitud independiente para juzgar desapasionadamente de los hechos que presenciaba pues no podía aspirar a puesto público ni empleo ninguno en uno ni otro partido, lo que no sucedía a los escritores mejicanos así imperialistas como republicanos, --- quiero demostrar que al afirmar una cosa, he tenido presente lo que otros han dicho en contrario, y que lo he colocado al haberme convencido por las reflexiones que he hecho, que mi vista y mis oídos no me han sido infieles, al menos con relación a mi conciencia.<sup>49</sup>

Ahora bien, por más que Niceto de Zamacois puso su mejor esfuerzo, nunca llegó ni a una profundidad ni a una agudeza en el análisis e interpretación de los hechos. En general, las explicaciones que localizamos se distinguen por su simpleza al tiempo que se repiten constantemente. Más bien en su Historia de Méjico se abocó a enlazar cronológicamente, describir y narrar una cadena de acontecimientos. Es evidente, entonces, que Zamacois se convirtió, más que nada, en un recopilador y narrador, no obstante haberse pronunciado en alguna parte del texto como un historiador que se adentra en la explicación de las acciones humanas, sus citadas al correr de los tiempos. De tal modo expone que el historiógrafo se:

aproxima a ellos (a los hombres), les anatomiza, lee sus pensamientos y la intención que les guió en el mundo a obrar de la manera que lo hicieron, inquiere, analiza, estudia los elementos que les -

---

49 Ibidem, T. XVII p. 256.

rodearon en sus resoluciones se coloca en la época en que los hechos se operaron, estudia sus costumbres, sus preocupaciones, sus exigencias, sorprende sus secretos, descubre las causas que impulsaron sus actos, las circunstancias que caracterizaron sus empresas, que crearon sus gustos, que formaron sus inclinaciones, los motivos que influyeron en sus actos religiosos, políticos y sociales.<sup>50</sup>

Cabe aclarar que la narración no estuvo exenta de citas textuales que apoyaran alguna esporádica explicación o que ilustraran detalladamente algún acontecimiento. Sin embargo, hubo una falta de sistematización en su manejo, pues a veces notificaba el nombre del propietario y de la obra de donde procedía el párrafo copiado y, en otras, aparecen textos muy extensos y entre comillas, pero sin ninguna anotación bibliográfica. En contraste a este descuido metodológico, no cabe duda que Zamacois supo darle un uso adecuado al aparato crítico de su Historia de Méjico. En él es común encontrar al lado de las referencias bibliográficas, comentarios y críticas a las fuentes, razonamientos deductivos para negar o --- afirmar los hechos, explicaciones de conceptos y términos nahuas, ampliación de ideas, señalamientos de referencia cruzada, tal como "ver el apéndice al final de este tomo", en fin todas aquellas notas a pie de página que, en nuestros días, son consideradas como sustanciales en toda obra historiográfica moderna.

Al estudio del manejo de las citas textuales y del aparato crítico, faltaría añadir un breve análisis sobre el estilo en que se expresó Niceto de Zamacois, pues cada uno de estos ele-

---

50 Ibidem, T. I. p. VII.

mentos conforman lo que se conoce como la fase expositiva de la investigación. Destaca en primer lugar, un discurso fácilmente -- comprensible por su sencillez y claridad y porque la estructura de las oraciones es muy simple, lo que no significa que estuviera exenta de graves errores de sintaxis. Como resultado de la vocación literaria aflora su placer por describir paisajes y la fisonomía de los que considera los principales protagonistas de la -- historia de México. Es evidente que las descripciones de la naturaleza le sirvieron para ambientar el escenario en que se desarrollaron los hechos. Cabe señalar que en muchas de ellas se palpa -- la enorme simpatía y el profundo cariño que sintió por el suelo -- mexicano. Por ejemplo, tras enumerar las características del valle de México exclamó lo siguiente:

... la vista de aquel sorprendente valle, que no se puede ver sin amar, y que se llega a amar desde el instante mismo en que el viajero lo mira.<sup>51</sup>

Por su parte los retratos que hizo sobre los personajes están cargados de adjetivos que proyectan no sólo los rasgos físicos sino también las virtudes y los defectos, pretendiendo despertar en el lector sentimientos de simpatía o de desprecio hacia ellos. Recordemos que este recurso descriptivo obedecía a aquel interés del -- vizcaíno por moralizar a los hombres a través del conocimiento de las acciones realizadas por sus antepasados. Una de tantas descripciones fue la que realizó sobre la figura de Moctezuma:

Tenía Moctezuma entonces cuarenta y tres años de

---

51. Ibidem, T. I pp. 75-76.

edad. Era de cuerpo esbelto, delgado, bien formado y de buena estatura. En sus modales se veía al hombre distinguido y afable, a la vez que digno y noble. En su rostro aguileño, expresivo y simpático, así como en la melancólica mirada de sus grandes - ojos negros, se retrataban la bondad y la dulzura. Su color era suavemente moreno y algo pálido, escasa la barba; negro el cabello y con esmero peinado; pero no muy largo, como era distintivo de las personas de elevado rango, sino hasta cubrirles las - orejas, despejada su frente, y llenos de dignidad todos sus movimientos.<sup>52</sup>

Igualmente el quehacer literario influyó en los relatos que Zamacois hizo de los episodios históricos, a los que ordenó, como ya señalamos, de forma cronológica y en algunos casos también recreó la atmósfera para impactar al lector. En este sentido los cuadros dramáticos fueron los más explotados. Entre los diversos pasajes climáticos, descolla el fusilamiento de Maximiliano, ya que fue narrado con tal lujo de detalle y con tal emotividad - que, sin lugar a dudas, pretendió conmoverle el corazón al republicano más convencido. Otro recurso literario que utilizó con el propósito de causar profundas impresiones fue el dejar en suspenso, al final de un capítulo o un tomo, el desenlace de los sucesos. Al respecto son frecuentes párrafos como:

La marcha hacia la capital del imperio mejicano se haría sin obstáculo, puesto que Moctezuma se manifestaba obsequioso y atento. Estos eran los ensueños que acariciaban la mente de los soldados españoles. Veremos si se realizaron.<sup>53</sup>

---

52 Ibidem, T. II p. 781.

53 Ibidem, T. II p. 644.

Finalmente diremos que cuando a Zamacois le tocó referir acontecimientos que presencié siempre habló en primera persona del singular, clara expresión del espíritu individualista del siglo pasado. En general, el estilo en que Niceto de Zamacois redactó su magna obra da cuenta de su formación de novelista y dramaturgo, y róz -- aún, ello viene a confirmar que la corriente romántica encauzó -- los haceres y decires de su fructífera existencia.

### CAPITULO III

#### NICETO DE ZAMACOIS Y LA BUSQUEDA DE LA RECONCILIACION DE LA SOCIEDAD MEXICANA

Si comparamos las secciones del México prehispánico y de la conquista española que forman parte de la Historia general de Méjico del hispano Niceto de Zamacois con otras obras contemporáneas que versan sobre lo mismo, tal como fueron la Historia antigua y de las culturas aborígenes de Méjico de Manuel Orozco y Berra y el Méjico a través de los siglos en las etapas correspondientes, corroboramos que nuestro autor se sustentó en gran proporción en obras históricas de los siglos XVI, XVII y XVIII, dejando sin explotar el rico acervo de documentos depurados y organizados a mediados del siglo XIX por los eruditos José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y el ya citado Orozco y Berra. Estos documentos vinieron a enriquecer el conocimiento sobre estos temas. Se hace evidente, por lo tanto, que los tomos de la obra de Zamacois concernientes a ellos no debemos recomendarlos como fuente importante de consulta. Sin embargo, la recuperación que este mismo autor hizo de ambos periodos para definir al ser mexicano, y por ende, alcanzar la reconciliación de la sociedad mexicana, le dan a la obra otra significación para emprender su estudio.

Cabe recordar que durante más de la primera mitad del siglo XIX, el recuento del pasado lejano con el plan de inventar una identidad nacional, fue aprovechado, exclusivamente, por personajes como Fray Servando Teresa de Mier, Carlos Ma. de Bustaman

te, Lucas Alamán y los eruditos arriba mencionados. En general, - la faena histórica se concentró en la confección de discursos justificadorios de partido y en referir los acontecimientos recientes, estimados como los únicos componentes históricos formadores del recién independizado país. En esencia, de acuerdo a esta función, la historiografía sólo reflejó la inestabilidad provocada - por las disputas irreconciliables entre liberales y conservadores.

Tantos años de observación directa de esta realidad, -- llevaron a Zamacois a la conclusión de que la razón última de la división nacional, era el fundar el derecho a la independencia en la conquista y no en la emancipación. Por ello creyó fundamental que en base a la recuperación de un México prehispánico debía elaborar toda una teoría de la conquista que fuese lo bastante convincente para todos los mexicanos, independientemente de su afiliación liberal o conservadora. Muy ligada esta edificación teórica a un enfoque interpretativo más que a una profunda exploración del acaecer indígena y de la conquista española y sus repercusiones, se explica que a Zamacois le bastaron las fuentes empleadas. Sobre todo la Historia antigua de México de Francisco Javier Clavijero y las Disertaciones sobre la República Mexicana de Lucas Alamán se convirtieron en sus principales textos que le inspiraron y le guiaron en la recreación del pasado nacional mexicano.

Ambas fuentes llevaron a nuestro autor a replantear y - darle un nuevo cauce a un par de cuestiones relegadas, evadidas o clausuradas por el predominante carácter que asumió la historiografía durante el inestable siglo XIX. Por el lado del jesuita ve racruzano revivió las difamaciones suscitadas en el ambiente ilus



trado del siglo XVIII sobre la naturaleza e historia de México y sus habitantes -principalmente indígenas-, que dieron pie al discurso defensor sostenido por Clavijero y que derivó en la síntesis e integración de la cultura mexicana. Por el lado del conservador guanajuatense, desenterró las incisivas críticas que éste -hiciera, en los cuarenta, "a los indigenistas históricos, como Mier y Bustamante, que habían identificado a los aztecas como los ancestros nacionales de los mexicanos modernos".<sup>1</sup> Así, respondiendo a su ancestral convicción española, Alamán definió parcialmente la identidad nacional de México. No hay duda, pues, que bajo la orientación de ambos autores, Zamacois intentó conjugar el proceso histórico mexicano en uno sólo. Pero su mérito no se concretiza a tal función, sino que, consciente o inconscientemente, fundió, a su vez, la tesis indigenista de Clavijero, no divorciada del bagaje colonial español, con la tesis hispanista de Alamán no desconocedora del grado de civilización alcanzado por los aztecas.

En síntesis, con ayuda de dos de los más importantes creadores de una conciencia nacional y con la plena obsesión por reconciliar a la sociedad mexicana, y de paso a ésta con la española, Zamacois rescató, al conjuro de su hispanidad romántica, el desarrollo cultural de las naciones indígenas del Anáhuac y, en función de ello, la empresa conquistadora y colonizadora de su país natal. Cabría añadir, que a todo este plan se sumó un gran interés por aniquilar la Leyenda Negra, gran benefactora del mun-

---

1 D. Brading: op. cit. p. lll.

do anglosajón, prurito que también había afectado, una centuria atrás, a ilustrados españoles como Benito Peijoo.

3.1. Niceto de Zamacois al rescate de las naciones indígenas del Anahuac.<sup>2</sup>

Los sucesos acaecidos desde el origen de los primeros habitantes del continente americano hasta la llegada de Hernán Cortés a costas mexicanas corren a lo largo de los 21 capítulos en los que se divide el primer tomo de la Historia general de México. El plano geográfico al que Zamacois circunscribe dicho estudio es el relativo a la zona del Valle de México, o del Anáhuac, ocupada por tribus provenientes del Norte y que se consolidaron en ella como "naciones" en diferentes etapas históricas y en diferentes puntos. Estas tribus fueron los toltecas, los chichimecas, las siete tribus nahuatlacas identificadas cada una de ellas como xochimilcos, tepanecas, chalqueños, colhuas, tlahuicas, tlaxcaltecas y aztecas o "mejicanos". Por otra parte, sin relacionarlos con ninguna de las incursiones de estos grupos, hace breve referencia a los otomites, tarascos, mazahuas, olmecas, xicollanques, matlatzincas, mixtecos, zapotecos, chiapanecos, popolocas, totónacos y, al enfocar la aparición de los buques españoles en pla-

---

2 Es importante señalar como por copiar a Clavijero, Zamacois de nominó a las culturas indígenas como naciones del Anáhuac y no pueblos prehispánicos. Sin duda ello le da otra connotación a estas entidades históricas, pues cobran existencia propia, independientemente de la conquista española.

yas yucatecas, también a los mayas.

Los documentos de los cuales se sirvió el historiador vizcaíno para proyectar la imagen de estos pueblos indígenas fueron básicamente las obras históricas de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Bernardino de Sahagún, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Juan de Torquemada, Lorenzo Boturini y Alexander Von Humboldt; pero, como ya habíamos apuntado en líneas anteriores, su Historia de México tuvo como fuente tutora a la obra del jesuita Francisco Javier Clavijero. Destaquemos algunas características para demostrarlo.

En primer lugar tenemos que es notable la similitud estructural entre una obra y otra, ya no digamos en cuanto a su orden cronológico, que sería lo obvio, sino en cuanto a la división temática de aquellas condiciones políticas, económicas, sociales, religiosas y educativas que delinearon el proceso histórico mexicana. En segundo lugar, Zamacois se apropia de las comparaciones -- que el ilustrado novohispano hizo entre los pueblos de la antigüedad y los prehispánicos para medir el grado de evolución de estos últimos. Como tercer punto vemos que al igual que Clavijero, se vale de un enfoque detallado de la práctica de los sacrificios humanos para resaltar la trascendencia de la conquista espiritual. En cuarto lugar, encontramos que muchos de los razonamientos y muchas de las reflexiones que hace Zamacois son los mismos que el jesuita hiciera una centuria antes,<sup>3</sup> tal sería el caso cuando nie

---

3 La ausencia en el siglo pasado de una ley de derechos de autor permitió al hispano copiar en diversas ocasiones, casi textualmente a Clavijero, sin siquiera hacer uso de las llamadas de -

ga como verosímil que entre los primeros pobladores de tierras -- del Anáhuac se encontrasen hombres gigantescos<sup>4</sup> o cuando refuta, cuantas veces es necesario, la falta de exactitud en los datos -- que presentaron en sus obras Torquemada y Boturini, por lo que -- sospechamos que muchas de las fuentes citadas no las consultó directamente. Por último, es claro como el vizcaíno se beneficia -- del registro de hechos de Clavijero para demostrar los errores en que incurrió su compatriota Pedro Pruneda.

No obstante el gran apoyo documental que le brindó la -- Historia antigua de México y prevaleciendo el criterio de autoridad, nuestro autor cuestionó, en distintas ocasiones, la información ofrecida por el criollo ilustrado; como ejemplos podemos referirnos a la aclaración sobre 1278 como el año exacto en que -- Tlotzin, tercer rey chichimeca inició su gobierno o a la calificación de "sagaz y penetrante" que otorgó a Tezozomoc, soberano de Azcapotzalco, en discordancia con la de "insensato y necio" expresada por Clavijero, a raíz del conocimiento de las absurdas exigencias tributarias a los mexicas por parte de aquel personaje.<sup>5</sup>

Es además innegable que el momento que vivió Niceto de Zamacois se vio también reflejado en su concepción del mundo indí

---

atención. Sólo lo hizo cuando la fundamentación de un hecho así -- lo exigía. El peso de la autoridad es irrefutable en Zamacois.

4 N. de Zamacois: Historia de Méjico... T. I pp. 37-38. Cfr. --- Francisco Javier Clavijero: Historia antigua de México. México, Ed. Porrúa, 1976. (Colecc. Sépan Cuantos, 29) p. 49

5 N. de Zamacois: Historia de Méjico. T. I pp. 167-168

gena, por lo que en un arranque del rigor científico que flotaba en el ambiente decimonónico, Zamacois erradicó toda conexión bíblica del posible origen de los hombres que poblaron las tierras del Anáhuac. Y así fue como con base en las teorías relativas a los cambios geológicos consideró viable que la población americana proviniese de Asia. Sin embargo, ello no quiere decir que a Don Niceto le caracterizara un espíritu científico, pues la exposición que hizo del México prehispánico se distingue por una pesada carga de imaginación romántica,<sup>6</sup> productora de la invención y del aumento a las narraciones y descripciones de Francisco Javier Clavijero. La comparación de dos pasajes referentes a los enlaces matrimoniales entre las hijas de Xolotl, primer gobernante chichimeca y dos príncipes acolhuas, pueden servirnos como ilustración. Es así, en el primer caso, que mientras Clavijero nos dice que -- "fue tan grande el concurso de gente a la ciudad de Tenayuca, que no cabiendo toda en la población se quedó mucha en el campo",<sup>7</sup> Zamacois le agregó de su cosecha que "... Tenayuca se llenó literalmente de personas de todos sexos y edades, atraídos por la curiosidad y por el cariño que abrigaban hacia las hijas de su sobera-

---

6 Benjamin Keen afirma que la civilización mexicana atrajo particularmente la atención de los románticos. B.K.: La imagen azteca en el pensamiento occidental. México, F.C.E., 1984. p. 320. No sería nada raro, pues, que acompañado al vivo interés por elaborar una Historia integral de México y a la necesidad de recuperar el pasado prehispánico como medio para cimentar los argumentos convincentes de la conquista española, Zamacois se sintiese atraído por la exuberancia del ambiente y la particularidad histórica en que se desenvuelven los indígenas.

7 F. J. Clavijero: op. cit. p. 55

no."<sup>8</sup> En cuanto al otro pasaje, mientras el ilustrado novohispano tan sólo asienta que en las fiestas celebradas después de las bodas se efectuaron "luchas y combates de fieras"<sup>9</sup> nuestro autor las adornó con "luchas, juegos gimnásticos, combates de fieras, - tiro de flecha, saltos, carreras,...".<sup>10</sup>

Muchas más citas como estas podríamos cotejar, empero - nos interesa detenernos en el carácter romántico del hispano que lo llevó a mezclar a sus personajes en toda clase de pasiones. No es sorprendente, por tanto, encontrar relatos en los que la pa---sión amorosa se suma a los hechos de la vida pública de los monar---cas indígenas. La siguiente cita referente al rey tolteca Milt -- puede servirnos como ejemplo:

Un corazón dotado de los elevados sentimientos que animaban el del entusiasta monarca Milt, no podía ser indiferente a las dulces sensaciones del más - natural de los afectos; el amor. Con efecto; no pu---do ver sin sentir en su alma una sensación profunda y grata, la encantadora belleza de una joven, - notable por su talento y su gracia, llamada Xiu---tlaltzin, y cautivado no menos de sus virtudes y - de su capacidad que de su deslumbrante hermosura, la pidió por esposa, y la elevó a la categoría de reina.<sup>11</sup>

En general, la marcada cualidad inventiva del hispano - raptó a los indígenas de su contexto, produciendo representacio---nes que se nos antojan extraídas a veces de la antigüedad clásica,

---

8 N. de Zamacois: Historia de Méjico... T. I p. 89

9 F. J. Clavijero: loc. cit.

10 N. de Zamacois: loc. cit.

11 Ibidem, p. 51

a veces de los tiempos medievales. Una última muestra de tan acicalada y, en ocasiones, fantástica proyección nos la ofrece la -- imagen que exhibe de los jardines del acolhua Nezahualcoyotl. La magnificencia de los mismos agrupaba la más variada vegetación -- con un considerable número de albercas, estanques, fuentes, baños y canales de riego. De entre todo aquello destacaba una elevada -- torre, en la cual yacía reclinado un melencudo (sic) león, de cuatro varas de largo, ostentando alas y plumas. También era pecu--- liar en el jardín "un delicioso sitio en que excavados en la viva roca de macizo pórtido, se encontraban espaciosos baños y pórti-- cos y pabellones de mármol,... que brillaban por su lustre y la -- perfección con que estaban pulimentados, como lípidos y diáfanos espejos". Finalmente, no podía faltar a todo este cuadro un "alcázar de agradable arquitectura, notable por la variedad infinita -- de sus mármoles, con sus numerosas y ventiladas alcobas, sus espa-- ciosos salones y sus anchos patios,..."; al que "se retiraba el -- poeta rey Nezahualcoyotl, para descansar de las fatigosas tareas del gobierno, y entregarse a los goces de la bella literatura, y a la dulce sociedad de sus mujeres favoritas".<sup>12</sup>

La alteración del contenido circunstancial en gran parte del texto alcanzó también la formulación de conceptos para designar a la realidad indígena. En el plano político Zamacois em--

---

12 Ibidem, pp. 347-351. Zamacois obtuvo una parte de la información sobre los jardines de Nezahualcoyotl de la obra de Alva Ixtlilxóchitl, otra la inventó. Cfr. F.A.I.: "Historia de la nación chichimeca", en Obras históricas II. México, UNAM, --- 1985. (Serie de historiadores y cronistas, 4) pp. 114-116.

pleó los términos monarquía y república para distinguir la forma de gobierno de toltecas, acolhuas, tepanecas y mexicas de la de - tlaxcaltecas. A los gobernantes los llamó rey, soberano o monarca indistintamente; sólo cuando estos fueron usurpadores y crueles - se hicieron merecedores al atributo de tirano o se convirtieron - en emperadores cuando los aztecas consolidaron el sometimiento so - bre las provincias. La relación que se estableció entre una na- ción y otra, correspondía a la del sistema feudal, en el cual el rey recibía tributo de sus feudatarios o vasallos a los que a ve - ves denomina señores o régulo en los casos de Cocox de Colhuacan y de Ziraziran Camaro de Michoacán. En cuanto a la organización - social sólo diferenció dos clases: la nobleza y los plebeyos. Por último, es muy curioso ver como en una ocasión en el marco reli- gioso se le escapó la palabra iglesia como equivalente del templo al que asistían los indígenas. Como puede comprobarse a lo largo del texto, a causa de un carente sistema en el manejo de términos y del poco interés en la investigación del México antiguo, Zama- cois no alcanzó a percibir la falta de precisión en el lenguaje - conceptual aplicado a la realidad indígena; problema que indiscu- tiblemente venía arrastrando la literatura histórica desde el des - cubrimiento del Nuevo Mundo.<sup>13</sup>

Otros conceptos sumamente utilizados y que saltan a la vista por no estar acordes con el mundo indígena son: nación y patria. Si bien Clavijero los había empleado, de vez en cuando, en

---

13 Para mayor profundidad sobre este problema véase a José María Murúa: Sociedad prehispánica y pensamiento europeo. México, - SEP, 1973. (SepSetentas, 76).



su Historia antigua de México como componentes del discurso formulado por el incipiente patriotismo criollo, Zamacois les imprimió toda la tinta del nacionalismo romántico de su época, al que por propia cuenta cargó su exagerada capacidad imaginativa. Con la -- aplicación del término nación fue más moderado, pues se servía de él para distinguir a cada uno de los pueblos con diferentes costumbres que llegaron a asentarse en varias etapas en el Valle del Anáhuac. En cambio patria fue explotado al máximo. Del centenar -- de veces en que se invocó, deducimos que para el autor tuvo el -- significado de porción de territorio en donde concurren los integrantes de cada nación, unidos por rasgos culturales afines, los cuales los obligan a comprometerse en común con las vicisitudes -- que afecten a esa porción de tierra en que viven. Así vemos como al caer Acolhuacan en poder de Azcapotzalco "... todos los hombres útiles se prepararon al combate y lucharon con heroico esfuerzo por su patria."<sup>14</sup> Igualmente ilustrativa es la siguiente -- cita que no sólo ejemplifica la actitud patriótica de Cihuacuecuenotzin, sobrino del rey Ixtlilxóchitl, al morir pidiendo ayuda a Otompan<sup>15</sup> durante el asedio a Texcoco, sino también la lealtad hacia su rey; sin duda esto último podemos considerarlo como una -- proyección más del medievalismo de Zamacois:

Digno de imperecedera memoria es el nombre del --- príncipe Cihuacuecuenotzin, víctima de la lealtad del caballero y del esclarecido patriota. Pocos hechos registra la historia, en sus más honrosas pá-

---

14 N. de Zamacois: Historia de México.... p. 215

15 Otumba

ginas, que superen en nobleza y dignidad al que in mortalizará siempre la grandeza del alma del vasallo que supo sacrificarse por su rey en la desgracia; por el bien de su patria en el peligro.<sup>16</sup>

Sobretudo, en cada oportunidad que se le presentó a nuestro autor repitió que casi todas las acciones realizadas por los monarcas - indígenas fueron impulsadas por la búsqueda del bienestar de la patria. El que los dirigentes sean los más implicados en ello se debe a que:

Los reyes, los señores, la nobleza y el clero, --- eran los poseedores de la riqueza pública, de los honores, de las consideraciones y del mando. No de be extrañarse, en consecuencia, que los pensamientos levantados, los rasgos heroicos y el heroismo por la patria, no se encontrasen en la plebe, sino en las clases privilegiadas.<sup>17</sup>

Bajo los efectos de un evidente arranque de prurito aristocrático, Zamacois debió haber expresado tan imperativas palabras.

Un concepto más que no podemos pasar por alto es el de revolución. Para Zamacois, varias de las insubordinaciones o enfrentamientos de un pueblo tributario a las coronas acolhua o mexicana traían la consigna de revolucionario o de guerra civil. No hay lugar a dudas de que, aparte de ser reflejo de su momento, el peso que en el texto tienen términos como patria y revolución recae en el sentido didáctico y moralista que Zamacois le dio a la Historia. En efecto, los mexicanos que leyesen su obra, al par ---

---

16 Ibidem, p. 212

17 Ibidem, p. 264

que adquirirían el verdadero significado que tuvo la conquista, conocerían que el deber para con la patria, se había convertido en un valor desde tiempos indígenas. Asimismo les demostraría, a través de las páginas dedicadas al México antiguo, como los períodos de paz fueron justamente los que hicieron posible el que las naciones del Anáhuac alcanzasen la civilización y su grandiosidad, ya que los movimientos anárquicos impiden el importante florecimiento de las artes, la industria y las leyes.

Es inobjetable que en torno a todo ello giró su enorme afán por alcanzar la reconciliación de la sociedad mexicana, para que así México pudiera convertirse en uno de los países más importantes de América. Cabe insistir, entonces, que no desaprovechó ningún acontecimiento del pasado prehispánico que permitiese enseñar a los mexicanos los beneficios de la concertación. Así por ejemplo destacó como:

Los tlatelolcos que, como hemos visto en otra parte, no eran más que mejicanos segregados de sus compatriotas por rencillas entre algunos jefes, olvidaron sus querellas pasadas, y volvieron a unirse a sus hermanos con sincero y estrecho lazo nacional. La reconciliación de los dos antiguos bandos fue leal y franca; y viviendo desde entonces bajo un mismo gobierno, y formando de ambas ciudades una sola, combatieron siempre unidas por el engrandecimiento y la gloria de la patria común, hasta los últimos tiempos de su existencia política.<sup>18</sup>

Dirigido por una firme convicción monarquista heredada de su circunstancia española y por el prurito aristocrático ya re

---

18 Ibidem, p. 570

velado, don Niceto se valió también de la historia como fin didáctico al insistir que las mejoras en las condiciones de vida y los grandes adelantos alcanzados por los pueblos indígenas se debieron a los emprendedores gobiernos de los monarcas que los rigieron. De esta manera su intención se concentró en divulgar la importancia y trascendencia de una forma de gobierno monárquica para el óptimo desenvolvimiento de las naciones. Nada casuales fueron, entonces, sus aseveraciones respecto a la instauración de la monarquía tolteca "que debía conducir a la nación por la senda de prosperidad"<sup>19</sup> como tampoco lo fueron el conjunto de razones que arguye para explicar la elección de los mexicas por este mismo sistema; por tanto "erigiéndose en monarquía encontrarían en un rey al recto juez, al padre cariñoso y al intrépido general que, en caso necesario, les condujese a la victoria,...".<sup>20</sup>

El destacar siempre en primer plano a los reyes indígenas y los constantes pronunciamientos en su favor, nos permiten confirmar la concepción de Zamacois respecto a que las minorías dirigentes son las hacedoras de la historia. Debido a este sentido, la acometida aleccionadora alcanzó a los gobernantes mexicanos al resaltar, en un discurso muy moralista, ya las virtudes y los aciertos, ya los defectos y los errores de cada monarca. De este modo podrían distinguirse aquellas cualidades y aquellas obligaciones que deben asumir los mandatarios de una nación. Bien podrían cumplir tal gestión instructora las recomendaciones de --

---

19 Ibidem, p. 43

20 Ibidem, p. 160

"buen gobierno, la recta administración de justicia, el respeto a la religión, el cariño paternal hacia los pobres, el engrandecimiento y prosperidad de la patria",<sup>21</sup> que -según Zamacois- el sumo sacerdote dirigía al nuevo soberano mexicana al finalizar la ceremonia de su coronación. Pero, en particular, el autor recurrió a la conducta seguida por Nezahualcoyotl desde el inicio de su gobierno para presentarla como un importante arquetipo. Muy clara es la siguiente afirmación:

Dominado por los levantados sentimientos de su noble corazón, su primer paso en la carrera del poder, fue proclamar una amnistía general que hiciera perder la memoria de los disturbios pasados, y que llevase al seno de la familia el consuelo y la ventura. Su máxima era "que el rey podía castigar, pero que era indigno de él la venganza". Máxima -- digna de imitación y que él practicó lealmente desde el principio de su reinado no solo perdonando a los que le habían combatido, sino confiriendo puestos de honor y de confianza a no pocos de sus antiguos contrarios. Ciertamente es que para obrar de esa manera digna, se necesitaba estar dotado de una alma noble y magnánima como la que abrigaba el generoso Nezahualcoyotl, y que, por desgracia, muy pocos de los hombres políticos poseen....<sup>22</sup>

El mensaje elaborado por Zamacois, a partir del rescate del México antiguo, sin lugar a dudas, iba lo bastante bien dirigido a -- los políticos mexicanos de su momento. En alguna otra parte de su obra, había señalado que la paz nacional se obtendría, "si los in

---

21. Ibidem, p. 324

22. Ibidem, pp. 294-295

dividuos elevados al poder no ven en los hombres para cargarles cargo alguno, el color político a que pertenecen, sino al mérito, la honradez y la capacidad para desempeñar el cargo que se les confía,..."<sup>23</sup> Algo sumamente parecido a lo que había realizado el noble acolhua.

En suma, de acuerdo a las necesidades de su presente, Niceto de Zamacois abordó al México prehispánico. La tonalidad que le imprimió a este período hizo resaltar el alto nivel de evolución alcanzado en vísperas de la conquista. Desde luego, apoyado en la obra de Francisco Javier Clavijero, su labor incluyó la inevitable obsesión por desmentir a autores extranjeros, que en este caso, habían faltado a la verdad sobre el mundo indígena. El turno le tocó a los ilustrados europeos Pauw y Robertson, aún cuando de forma brillante el jesuita ya los había impugnado una centuria antes. Nada más que a la contraposición testimonial presentada por Clavijero, Zamacois añadió la observación de Alexander Von Humboldt como una prueba más que certificara los adelantos de los pobladores de tierras del Anáhuac. La recuperación de las naciones de esta zona no podía ser de otra manera: entre más se subrayara la grandiosidad del mundo indígena, aflorarían las dificultades de la empresa conquistadora y, por ende, la proeza realizada. Además, ratificando la capacidad de los indios, no cabrían dudas de sus posibilidades para la conversión a la religión católica y, en general para recibir todos los elementos culturales de procedencia española. Las comparaciones con las culturas

---

<sup>23</sup> Ibidem, T. XVIII-B p. 1769

de la antigüedad oriental y clásica, en que asoma una secuencia - similar del proceso de ambas con las mexicanas, sirvieron para de mostrar el avance e insertar el devenir mexicano en la historia - universal. Al respecto, en la introducción de la Historia de Méjico, Zamacois asentó lo siguiente:

Pero no es solo privilegio exclusivo de los pue--- blos que dejó consignados, la de haber dado al mun do seres de la inteligencia sublime. También en la pintoresca región de la exuberante América, han -- brillado genios que pueden, con justicia, asociar-- se a las lumbreras del saber de los diversos pue-- blos del globo. Al lado de las ruinas de Palmira y de las pirámides de Egipto, que el Antiguo Conti-- nente ostenta como dignos monumentos de eterno re-- nombre, Méjico abra las páginas del libro de sus - adelantos y en el prólogo de sus primeros tiempos, nos presenta, en la grandeza de las suntuosas rui-- nas de Palenque y de Papantla, en las pirámides no tables de Cholula y de Teotihuacan... así como en los preciosos manuscritos de los aztecas, los elo-- cuentes rasgos de una civilización maravillosa.<sup>24</sup>

Veamos como bajo la influencia de Clavijero, Zamacois concibió el proceso histórico del mundo prehispánico.

Como ya habíamos descrito en líneas anteriores, las sucesivas naciones indígenas que se establecieron a las orillas de los lagos -razón por la cual el valle recibió el nombre de Aná--- huac- se convirtieron en las principales protagonistas en la obra de Zamacois. El que las tribus hubiesen llegado procedentes del -

---

24 Ibidem, T. I p. IX. A los pueblos a los que se refiere en las primeras líneas de la cita son: Grecia, Italia, Egipto, Francia, España y Africa. p. VIII

norte guardó -al pensar de don Niceto- gran semejanza con las incursiones de los bárbaros en Europa. Con la sola diferencia de -- que fue mayormente provechosa la huella que se dejó en América. - La valoración fue expuesta así:

En el Anáhuac, lo mismo que en el siglo V aconteció en Europa, las naciones que raras habían marchado de los países del Norte; pero en aquel bello país de la América, todos los pueblos dejaron a su paso la huella de su civilización y de su cultura, en tanto que los pueblos que inundaron la Europa, no dejaron en su destructor tránsito, más que la señal profunda de su barbarie.<sup>25</sup>

Una vez establecidas en el valle del Anáhuac conocieron la agricultura "semilla del progreso" y fueron civilizándose a -- través de períodos de paz. En general, nuestro historiador estuvo convencido de que cada grupo aportó un grado de cultura superior, y si algunos se quedaron en el estado de salvajismo fue porque no tuvieron acceso a tierras fértiles sino que quedaron reclusos en los montes, y por consiguiente viviendo de la caza.

La escasez de investigaciones arqueológicas y documenta les más profundas sobre los pueblos prehispánicos produjo que, -- desde los tiempos que precedieron al historiador español, la conciencia histórica estimase a la cultura tolteca como la primera -- que se asentó en tierras del Anáhuac. De igual modo fue ratificado por Zamacois cuando se refirió a los toltecas como a los ini-- ciadores del "benéfico germen de la civilización" y como a los -- pioneros en la construcción de "monumentos comparables con los --

---

25 Ibidem, p. 85



del antiguo Egipto y la India",<sup>26</sup> entre los que destacaron Teotihuacan y Cholula. Aunque limitado por la poca información, Zamacois apuntó cuidadosamente la prosperidad que caracterizó a esta cultura. La enorme admiración que don Niceto sintió hacia ella, lo colocó en una posición muy historicista; así vemos, como en una de sus acostumbradas comparaciones entre los dos mundos, es evidente, como de nueva cuenta dio mayor mérito al avance logrado por los toltecas -- y en general por todas las culturas mexicanas -- al no contar con la interrelación que habían tenido los europeos:

Las condiciones de ambos continentes habían sido -- muy distintas. Los pueblos de Europa habían seguido comunicándose progresivamente sus luces y sus adelantos, mientras los habitantes de la América, aislados, privados de toda comunicación con el resto del género humano, debían a sus propios esfuerzos la civilización que mostraban. Pero comparando los adelantos de los toltecas en las circunstancias que en el concurrían con otros del antiguo -- continente, cuando se encontraron en parecidas o -- iguales, preciso es confesar que los resultados de la comparación no resultan desfavorables a los primeros.<sup>27</sup>

Las pinturas jeroglíficas, el trabajo de piedras preciosas, los finos tejidos de algodón y los dibujos de pluma se sumaron a las construcciones arquitectónicas para ser contados entre las huellas más importantes de la adelantada nación tolteca. Nuestro autor no desconoció que, a pesar de su desintegración, el nivel de desarrollo fue tal que perduró e influyó en el proceso de

---

26. Ibidem, p. 68

27. Ibidem, p. 58

las demás naciones indígenas que le sucedieron tiempo después.

A los toltecas siguieron los chichimecas. No obstante ser un pueblo cazador, Zamacois subrayó que sus costumbres se man tuvieron lo bastante distantes de la crueldad que acompaña a este tipo de grupos humanos. Esta condición les facilitó, ya una vez establecidos, tanto el papel de receptores del legado tolteca como adoptar las formas culturales de los acolhuas, tras producirse la fusión con ellos, y por consiguiente, la formación de la na--- ción acolhuacana. Tal apreciación de nuestro autor nos confirma el peso que para él tuvieron las óptimas condiciones que deben -- predominar en un pueblo para poder recibir el influjo cultural de otro. Sin lugar a dudas, la unión chichimeca-acolhua fue aprove-- chada para ir preparando la trascendencia que adquirió la conquta española en la historia de México. Así a los ojos del historigador español:

No puede presentarse un ejemplo más palpitante de la influencia que ejerce la cultura sobre los pueblos. Dos naciones, más fuerte en armas la una que la otra, pero más adelantada en civilización ésta que aquella, se unen, se amalgaman, se funden en una sola, y al operarse esa fusión admirable, se -- sobrepone la luz de la inteligencia; y la parte me nos culta, pero bastante para comprender la belle-- za de la luz, acepta el nombre de la mas. intelligen te como un timbre que le honra.<sup>28</sup>

Una y otra vez, Zamacois hizo hincapié en los fructife-- ros productos obtenidos a raíz de suscitarse este acontecimiento.

---

28 Ibidem, p. 90

Si los elogios a la cultura tolteca estuvieron presentes, los dirigidos a la cultura acolhuacana no se dejaron esperar. Convencido del papel que juegan las elites políticas en el devenir, el historiador vizcaíno admiró a los monarcas chichimecas-acolhuas por las empresas que permitieron mantener el crecimiento de la nación que gobernaban. Al llegar, sobretudo, a los apartados del gobierno de Nezahualcoyotl, asentado en Texcoco, cada una de sus obras fueron expuestas detalladamente como muestra "del desarrollo en la marcha de la cultura social".<sup>29</sup> Habló, por ejemplo, de las preocupaciones del acolhua por un estado digno de la administración de justicia que lo condujeron a la promulgación de un conjunto de leyes. Sin embargo, la creación de academias de historia, astronomía y literatura -y en general todo el impulso que se le dio a las artes- recibieron mayor tratamiento por parte de Don Niceto, ya que:

... los fragmentos que se han conservado de las producciones de los poetas, de los oradores, de los astrónomos y de los historiadores reunidos en Texcoco, son el astro mismo de la civilización asomando en el horizonte, alumbrando directamente a las naciones del Anáhuac.<sup>30</sup>

Por todo ello -al unísono de Clavijero- no existió ningún titubeo de nuestro autor para considerar a Texcoco como foco irradiante de los valores culturales que alcanzaron a todos los pueblos indígenas, entre los que se encontraban los mexicas. Este

---

29 Ibidem, p. 298

30 Loc. cit.

papel tan predominante dio motivo a que se denominase a "Texcoco la Atenas del Anáhuac y a Nezahualcoyotl como el Solón de la América".<sup>31</sup> Aunque en todos estos puntos son claras las coincidencias entre las apreciaciones de Clavijero y Zamacois, este último, bajo el peso de una admiración por la antigüedad europea, prefirió aclarar las equivalencias entre un mundo y otro cuando señaló que Texcoco era como Atenas:

no porque la ciencia de sus hombres pudiese compararse con la que inmortalizaron el nombre de aquella ciudad de Grecia, sino por ser el punto en que se habían reunido los individuos más sobresalientes en saber y en letras que existían en la América.<sup>32</sup>

Salvo esta aclaración respecto del avance de la nación acolhuacana, nuestro autor se apropió de lo dicho por el jesuita sobre ella. Aparte de los aspectos ya presentados, cabría referirnos a la relevancia que se le dio al hecho de que Nezahualcoyotl tuviese una idea de la existencia de un sólo Dios con los mismos atributos que le otorga la religión católica. Además enfatizó que debido a esta concepción monoteísta, a Nezahualcoyotl le resultaron molestos los sacrificios humanos, al grado de haber querido suprimirlos, mas que su fracaso fue inevitable porque "los sacerdotes y el pueblo se rebelaron contra aquella disposición que juzgaron sacrílega, y Nezahualcoyotl se vio precisado a permitirlos viendo cuán difícil es apartar a los pueblos de las ideas an

---

31 Ibidem, pp. 359-360. Gfr. Clavijero: op. cit. p. 115

32 N. de Zamacois: Historia de México T. I p. 298

tiguas en materia de religión".<sup>33</sup>

El que hagamos referencia más adelante a la imagen que se formó Zamacois de las prácticas religiosas celebradas por los indígenas no nos impide apuntar, en este momento, que el monoteísmo de Nezahualcoyotl no podía pasar desapercibido para él, como tampoco le pasó a Clavijero, debido a que fue considerado como un caso aislado en una sociedad regida por el paganismo y la ejecución de sacrificios humanos. Pero, además, al constituirse la naturaleza de la religión prehispánica en piedra angular de todo discurso apologético de la conquista española, es obvio, que doble finalidad tendría acentuar tan notable acontecimiento. Inscrito en la concepción que estima al monoteísmo como una expresión cultural más avanzada en el devenir de los pueblos, el autor presentó, como primer objetivo, los brotes de esta creencia, y en esta forma ratificó que los indígenas no carecían de las facultades para comprenderla y asimilarla, tarde o temprano; nada más que distintos factores los habían imposibilitado para ello. Por lo tanto, como segundo fin, se insinuaría el empuje que la empresa española dio para difundir y extender el conocimiento de la existencia de un único Dios, cuyas exigencias rituales desconocían cualquier tipo de inmolación humana.

Antes de continuar con este punto, es conveniente asentar como Niceto de Zamacois presentó en su obra el desenvolvimiento de los principales inmoladores y protagonistas del impacto conquistador, nos referimos a los mexicas. El proceso que siguieron

---

33 Ibidem, p. 353. La cita que hizo Zamacois es de la Historia en  
tierra de México de Francisco Javier Clavijero.

fue tan importante para el autor que su estudio abarca casi veinte capítulos del primer tomo y un número considerable de páginas en los libros correspondientes a la conquista. Siempre en busca de los antecedentes más remotos en todo proceso histórico, Zamacois refirió, lo más detalladamente que le permitieron sus fuentes de información, las correrías de la tribu nahua tlaca mexicana desde su salida de Aztlán -país que sitúa "al norte del seno de la California"<sup>34</sup> hasta su asentamiento definitivo y la fundación de Tenochtitlán. En particular, fue llamativo para Zamacois el carácter de este pueblo acérrimo que supo acatar y resistir toda clase de privaciones, penalidades y sufrimientos producidos por el ambiente natural, a las que se añadieron las presiones de aquellos pueblos que se les anticiparon en la posesión territorial del Anáhuac. Pero la manifiesta admiración por los mexicanos no terminó con la narración del peregrinaje, sino que se extendió a casi todo lo que les concernía. En muchos de los párrafos marcó las cualidades de industria e ingenio que les permitieron librar las dificultades de su diario acontecer y que les llevaron a elevar a Tenochtitlán a una grandiosidad todavía mayor a la de cualquier otra nación colindante e igualada en todo el Nuevo Mundo. En cuanto a las innumerables muestras de aprecio por parte del autor para esta nación indígena, valgan las siguientes palabras:

El engrandecimiento progresivo y rápido de los mexicanos; la belleza que habían sabido imprimir a una ciudad edificada sobre el agua; el ingenio y valor que desplegaban en todas sus empresas, les

---

34 Ibidem, p. 121

conquistó una alta reputación entre todas las naciones vecinas.<sup>35</sup>

En consecuencia, en su Historia de Méjico, si bien a -- Texcoco había correspondido ser llamada la Atenas del Anáhuac por su dedicación al cultivo intelectual, ahora a Tenochtitlan correspondía ser la Venecia, por su esplendor en un marco geográfico -- acuoso. Además de esta comparación, el crecimiento y expansión territorial a costa del sometimiento de distintos pueblos indígenas exigió a don Niceto hacer uso una vez más, en imitación de Clavijero, como bien sabemos, de los parámetros entre la realidad europea y la americana. En esta forma equiparó el proceso tenochca -- con el romano al aguntar lo siguiente:

Méjico era entonces lo que había sido Roma en sus primeros tiempos. Guerreros y valientes sus hijos, fueron extendiendo su poder, reducido al principio al solo recinto de la ciudad, a los pueblos inmediatos. Vencedores de ellos, les precisaron a ser sus auxiliares; y conquistando nuevas provincias, que a su vez se unían a sus vencedores para marchar contra otras, el imperio mejicano llegó a ser el más poderoso y rico de la América.<sup>36</sup>

Por las citas anteriores, tal pareciera, a primera vista que Zamacois reconoció a todo el pueblo mexicana como el principal propulsor y sostén de la marcha progresiva de su acontecer. Empero la verdad es que, dominado por la idea de que las clases poderosas y poseedoras son las hacedoras de la historia, no descui-

---

35 Ibidem, p. 150

36 Ibidem, p. 422

dó, en absoluto, las obras realizadas por los gobernantes aztecas como factores decisivos en la acometida hacia la prosperidad. Como en el caso de los chichimecas-acolhuas, Zamacois también enumeró uno a uno los logros obtenidos por cada dirigente azteca. -- Así encontramos, por ejemplo, que Huitziluhuitl aumentó el comercio, Chimalpopoca mejoró la ciudad, Itzcoatl puso por una buena administración de justicia, Moctezuma Ilhuicamina atendió la agricultura, las artes y las ciencias y Ahuitzotl concluyó la edificación, iniciada por Tizoc, de un importante teocalli en honor de Huitzilopochtli.<sup>37</sup> Sobretudo las campañas militares con carácter expansionista inauguradas por Itzcoatl, impulsadas por Moctezuma e incrementadas y continuadas por sus sucesores en el trono permitieron la ejecución de las acciones gubernativas que encauzaron al pueblo mexicana por el camino de la abundancia y la gloria. Fuera de ello, las incursiones también permitieron que la grandeza de los propios "reyes mejicanos" fuese "creciendo a proporción --

---

37 Cabe mencionar que en torno a la relevancia de este templo, Zamacois se basó en las observaciones directas de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo con el fin de refutar, en primera instancia, a Clavijero y, en segunda, a otros historiadores a causa de haber establecido que la principal construcción religiosa se encontró en Tenochtitlán y que se debió a los gobiernos de Tizoc y Ahuitzotl. Según nuestro autor esta afirmación los hizo incurrir en grave error porque Matelolco debía adjudicarse la posesión del templo mayor construido desde tiempo atrás. El análisis exhaustivo de los documentos escritos y las exploraciones arqueológicas otorgan la razón a Clavijero y vienen a corroborar la nula utilidad como fuente de consulta al texto redactado por don Niceto acerca del México antiguo.



que ensanchaban más y más los límites de su imperio"<sup>38</sup> y que viviesen "con una pompa y un lujo verdaderamente orientales".<sup>39</sup> Es ta última comparación no significa que nuestro autor hubiese creído que la forma de poder absoluto que detentaban los soberanos de Oriente fuese parecida a la de los tenochcas; por el contrario, - con la misma vara oriental, Zamacois colocó a estos en una mejor posición ante la Historia cuando manifestó que:

Los soberanos de Méjico eran absolutos; pero al - mismo tiempo su absolutismo no era el despotismo ejercido por los soberanos del Oriente, pues el - gobierno de aquellos iba acompañado de muchas cir - cunstancias lenitivas, desconocidas en el de los segundos.<sup>40</sup>

Salvo la crueldad y la soberbia de Ahuitzotl, cabe señalar que en general, Zamacois miró con simpatía la actuación de -- los gobernantes en todos los ámbitos que les competían. Este sentir no bloqueó las constantes insinuaciones de rechazo de la sujeción mexicana sobre otros pueblos, lo que se convirtió para el ---- autor en uno de los principales detonantes que provocaron la caída imperial a la llegada de los españoles. En otras palabras, la recuperación de un pasado indígena cargado de belicosidad y explotación resultaba, por paradójico que parezca, muy adecuada a las exigencias de una teoría apologética de la conquista realizada -- por sus coterráneos tres siglos atrás. Más adelante volveremos a

---

38 Ibidem, p. 367

39 Ibidem, p. 401

40 Ibidem, p. 423

tocar este punto. Debido a este mismo sentido no debió importarle mucho a Don Niceto ni su prurito oligárquico, ni caer en terrible contradicción cuando sostuvo que los reyes y la nobleza oprimieron a la plebe, convirtiéndose en los únicos beneficiarios de la bonanza resultante del sometimiento de distintas poblaciones indígenas.

El distintivo guerrero de la nación mexicana llevó a Zamacois a relatar y describir cuestiones militares como fueron la organización, las insignias empleadas, las órdenes, el armamento rudimentario y las tácticas utilizadas. No por ocuparse de ello dejó de insistir en las producciones materiales y espirituales de los mexicanos, pues no olvidemos que así se les podría calificar como lo bastante adelantados para poder asimilar los valiosos conocimientos que se habían acumulado allende los mares. La presentación de las formas jurídicas, administrativas, educativas, científicas y artísticas que imperaron en el mundo indígena sirvieron como garantía absoluta de tal exigencia. Vale la pena detenernos en algunas de las apreciaciones del autor sobre dichas formas culturales.

Así, a través del texto de Zamacois, se conoce que la distribución del tiempo y el arreglo del calendario fueron bastante exactos. También se sabe que el agudo ingenio de los indígenas les permitió inventar "un sistema sencillo de numeración para su aritmética, y ejecutar sus operaciones con notable facilidad".<sup>41</sup> En cuanto a las manifestaciones artísticas la vocación literaria

---

41 Ibidem, p. 449

del autor debió influir, en gran medida, para puntualizar sobre la importancia y trascendencia de la literatura indígena, a pesar del limitado conocimiento que de ella tuvo. El material traducido por Bernardino de Sahagún le bastó para aducir que las plegarias y los discursos públicos de los mexicanos "dan una idea favorable de la riqueza y dulzura del idioma de éstos, y de la buena forma y elocuencia que daban a sus obras literarias los oradores y los poetas".<sup>42</sup> Más adelante agregó que ellas demostraban que "sabían dar a sus producciones un fondo de raciocinios sólidos, y una forma elegante y bella".<sup>43</sup>

Si su vocación le había llevado a tomar en cuenta a la literatura indígena, es igualmente indudable que su inseparable convicción de que en toda sociedad avanzada prevalece un código moral le influyó al exaltar la enseñanza que se impartía en el núcleo familiar, ya que, por ejemplo, a los jóvenes aztecas "les hacían conocer las bellezas de la virtud y la horrible fealdad del vicio".<sup>44</sup> Fue tan impactante para el historiador esta formación que decidió copiar textualmente de la obra de Clavijero una a una las exhortaciones que los padres dirigían a sus hijos. Empero, cabe aclarar, que al lado de sus juicios favorables es evidente la reprobación a los castigos aplicados a todo aquel que desobedecía la severa disciplina establecida por los progenitores, ya que los considera como extremadamente crueles. El punzar los labios con las espinas del maguey al hijo que mentía lo denunció, entre ----

---

42 Ibidem, p. 447

43 Ibidem, p. 448

44 Ibidem, p. 427

otras cuantas penas, como botón de muestra.

En el listado de las obras y costumbres de los mexicas, garantizadoras de su nivel de desarrollo, tampoco pudieron faltar las referencias a la administración de justicia, porque el autor sostuvo firmemente que ésta debía estimarse como "uno de los rasgos que caracterizan la civilización de un pueblo".<sup>45</sup> Desde luego, para Zamacois las leyes indígenas reflejaron esta condición - al haber cuidado tanto de los derechos de la propiedad como de -- los individuos. Se sumaba, además, la independencia de los jueces superiores respecto de la corona, cuya significancia residía en las garantías que las leyes concedían a la sociedad y en el dique que frenaba a toda tiranía. No todos los fallos resultaron a favor de la legislación tenochca. La calificación aprobatoria otorgada en un principio pronto se vio disminuida cuando Zamacois advirtió que la sociedad mexicana fue "imperfectamente civilizada" al preferir atender a la seguridad del individuo que a la propiedad.<sup>46</sup> Asimismo, la tajante designación aludía a la coexistencia de leyes penales que denotaban humanidad y prudencia con algunas otras "excesivamente rigurosas, que casi degeneraban en crueldad".<sup>47</sup> Citaba para demostrarlo, entre otros casos, el descuartizar a todo aquel que se atrevía a cometer traición a la patria. Este tipo de amonestaciones no impidieron que el autor se colocase en una posi

---

45 Ibidem, p. 404

46 Nos parece advertir en tan notable aseveración del vizcaíno, síntomas del liberalismo de su época que salvaguarda los derechos del individuo en el derecho de propiedad.

47 Ibidem, p. 405

ción historicista, y desde ella exhonera a los mexicas afirmando que:

A las actuales sociedades parecieran demasiado draconianas esos artículos del código penal azteca; - pero aunque es cierto que algunos podríamos calificar de crueles, no debemos olvidar que se daban para un pueblo nuevo y guerrero, ayesado a las penalidades y a los peligros, acostumbrado a mirar con desprecio a la vida, y familiarizado a ver derramar en los altares de sus deidades, no sólo la sangre de centenares de víctimas sacrificadas en honor de su religión, sino de la suya propia.<sup>48</sup>

Nada extraño es que Don Niceto subrayase el lado positivo al par que el negativo de las prácticas educativas y jurídicas. Hacerlo así lo conducía a la demostración del empuje civilizador de la conquista española. En diversas ocasiones anunció la necesidad de dicho impulso, al mismo tiempo que afloraron sus reconocimientos al México prehispánico:

La civilización de los pueblos del Anáhuac, era -- una civilización que empezaba; una civilización -- mezclada con costumbres duras y terribles, la luz envuelta en sombras que lucha por abrirse paso; pero al fin, civilización que solo el genio, la capacidad y la inteligencia, conciben y emprenden.<sup>49</sup>

Las pruebas del avance cultural ya habían sido presentadas; ahora, en otras partes de la obra, la faena histórica consistió en rescatar a un pasado indígena cargado de carencias, cansado del sometimiento de los emperadores mexicas e impregnado de paganismo y su-

---

48 Ibidem, p. 412

49 Ibidem, pp. 716-717

persticiones.

La nueva fase que adquirió esta etapa histórica de México implicó que Zamacois se apoyase y copiase textualmente a Lucas Alamán, sin perder de vista, en el armado del discurso justificatorio, aquellos argumentos más ilustrativos, convenientes y convincentes de Clavijero. Desde el ángulo del siglo XIX en que las exigencias materiales para gozar de una vida más cómoda fueron radicalmente otras, Alamán y Zamacois anotaron como inexistentes en el Nuevo Mundo, antes del contacto con el europeo, a un considerable número de animales domésticos, productos comestibles, utensilios y muebles. En particular, ambos autores enfatizaron la falta de semillas nutritivas y de animales que produjesen carne y leche, ayudasen en el cultivo del fértil campo y transportaran las pesadas cargas. Sin embargo, más sereno y conciliatorio en sus apreciaciones, don Niceto manifestó que en realidad "esos artículos -- por la misma razón de que no eran conocidos, no eran tampoco codiciados".<sup>50</sup> En el mismo sentido creyó que el ingenio de los aztecas suplía a los instrumentos agrícolas apropiados y que sin duda, en el cultivo de las plantas alimenticias conocidas por ellos, -- "marchaban en escala ascendente".

A la larga lista de productos se integraban también la falta de mesas, cubiertos, camas cómodas, velas, candeleros, jabones, espejos, balcones, en fin todo aquello que "constituye el útil ajuar de una casa, por humilde que sea".<sup>51</sup> Por cada una de --

---

50 Ibidem, p. 677

51 Ibidem, T. X-B p. 951. Cfr. Clavijero: op. cit. pp. 266, 269 y 270. El jesuita también habla de la falta de animales, can

estas privaciones concluyó Zamacois "que la condición de los indios era la menos envidiable que puede tener el hombre".<sup>52</sup> Evidentemente la misma situación se extendía por un lado al desconocimiento de los indígenas en el uso del azogue para hacer espejos y para explotar en mayor proporción los ricos minerales que abundaban; y por el otro, a sus casas antihigiénicas y poco atractivas al no tener puertas de madera y ventanas de vidrio. Empero su papel de árbitro se impuso al aseverar que si bien las construcciones no eran comparables a las europeas, tampoco eran inferiores a las africanas y asiáticas, ni parecían ser "el asilo de hombres que acababan de salir del estado salvaje"<sup>53</sup> como había asentado Robertson más de una centuria atrás.

La exposición de Zamacois sobre las carencias que presentó el desarrollo histórico de los indígenas fue lo bastante de tallada para evitar caer en generalidades que afectaran su discurso preparatorio de la conquista española. En este sentido, explicó que las formas de vida entre las clases poseedoras y las desposeídas fueron evidentes. Así nos refiere la marcada diferencia entre los majestuosos palacios, en donde los monarcas y los nobles residían holgadamente y las miserables casas de adobe y chozas de caña, en donde el pueblo moraba rodeado de penalidades, siendo una de ellas la dura tarea de construir aquellos lujosos edifi-

---

deleros y jabones. Es incuestionable que, a pesar de las mínimas palabras al respecto, asoma el reconocimiento a los beneficios obtenidos tras el histórico choque del siglo XVI.

52 N. de Zamacois: loc. cit. Cfr. L. Alamán: Disertaciones sobre la historia de México. México, Ed. Jus, 1985. p. 108

53 N. de Zamacois: op. cit. T. X-B p. 950

cios. A continuación, detalla los variados y abundantes platillos que se servían a los privilegiados en contraste con los alimentos poco suculentos y escasos que consumía la plebe, razón por la que comía las piernas y los brazos de los hombres sacrificados a Huitzilopochtli y de que en tiempos de hambruna se vendiesen como esclavos a otras provincias con tal de recibir algún alimento. Este tipo de hechos hicieron que Zamacois aclarase:

Preciso es convenir en que todo lo que de halagador y espléndida tenía la vida de los reyes, grandes, sacerdotes y nobles, presentaba de amarga y triste la del pueblo. Sensible le es también al -- historiador, en este punto, no encontrar ciertas -- las bellas descripciones de los poetas que presentan al pueblo indio satisfecho de los abundantes -- frutos que da el campo, de las aves que cazaba con sus flechas, y de los peces que con profusión asombrosa le brindaban los ríos y los lagos.<sup>54</sup>

No hay lugar a dudas de que la necesidad de los pobres para convertirse en esclavos a cambio de alimentos fue presentada como uno de los casos más representativos de la extrema explotación sufrida por la clase inferior. Con el propósito de demostrar el menosprecio e indiferencia que sentían los poseedores hacia -- ella, Zamacois habló, insistentemente, por ejemplo, del edicto de Moctezuma que prohibía a los hombres venderse por menos de 500 mazcorcas. Nuestro autor criticó que el monarca azteca aceptase la -- pérdida de libertad de sus gobernados, en lugar de ofrecer otra -- solución al problema. Como ya habíamos anticipado en líneas arriba, Don Niceto al detenerse en las injusticias sociales del pasa-

---

54 Ibidem, T. I p. 726



do indígena tuvo que quebrar con su inseparable preferencia por exaltar las magnánimas acciones de los que detentan el poder y -- permitir el paso a los comentarios adversos a sus actos erróneos y nefastos que los convirtieron en opresores. No está por demás -- insistir que así lo exigía la recuperación de una empresa conquistadora, que a los ojos de Zamacois vino a transformar la realidad. Una manifestación más de la desigualdad de los grupos sociales -- que sirvió a Don Niceto para lograr tal efecto fue el enfoque a -- la creencia religiosa en la reencarnación, debido a que en ella -- se distinguía claramente que los nobles al morir reencarnaban en bellas aves, mientras que los plebeyos lo hacían en los animales más horribles:

Las almas de los plebeyos, oscuras como la existencia de los humildes seres que animaron, iban a habitar los asquerosos cuerpos de los escarabajos, -- de los sapos, de las lagartijas y de los inmundos reptiles. ¡Ni en la otra vida se le concedía a las personas del pueblo, una habitación decente para -- sus almas; La transigración debía ofrecer poco -- atractivo a la plebe.<sup>55</sup>

Las intenciones de exponer este aspecto de la religión pagana se traslucen a simple vista: el historiador haría comprender a sus -- lectores que los indígenas de origen plebeyo salieron beneficiados cuando se efectuó su conversión al catolicismo, pues nadie podía negar la igualdad de condiciones en el más allá que prometía la doctrina cristiana a todos los seres humanos. Vemos pues, como con sus valoraciones, Zamacois obtenía dos pruebas convincentes --

de lo benévolo y benéfico de la conquista: la una mostraba que el carácter sumiso de los indígenas no debía atribuirsele a la dominación española, sino que fue uno de los rasgos de los tiempos -- que le precedieron; la otra confirmaba lo oportuno de la empresa española para cambiar la vida de los indígenas en éste y aún en el otro mundo.

En efecto, uno de los principales objetivos de Zamacois en el recuento del lado negativo del México prehispánico fue enfatizar el reconocimiento a la religión católica no sólo por haber otorgado la igualdad de condiciones a sus pobladores sino también por haber extirpado de raíz las inmolaciones humanas exigidas por las supersticiones y el paganismo que regían a la sociedad de --- aquella época. Recordemos que el mismo argumento apologético de la conquista espiritual ya había sido expuesto y explotado por la historiografía hispanista que precede a la obra de don Niceto. Na da extraño es, entonces, que Lucas Alamán, portavoz más destacado de esta tendencia, hiciera una breve alusión a ello. Más difícil de aceptar es que Francisco Javier Clavijero, más identificado -- con los indigenistas, le dio el mismo sentido a su discurso cuando juzgó severamente como abominables, crueles y pueriles a los sacrificios humanos.<sup>56</sup> Es claro que sus apreciaciones reflejan --

---

56 Sin embargo, no queriendo afectar sus enunciados valorativos de la entidad americana que la rehabilitaban de los juicios -- infundados de los europeos, prefirió aclarar que los sacrificios efectuados por los mexicanos no fueron tan crueles como -- los que llevaban a cabo muchas otras naciones de la antigüedad. F. J. Clavijero: op. cit., p. 525

el sentir de un hombre exiliado que reclama a sus contemporáneos el haber olvidado que los frailes de todas las órdenes, en general, y que los jesuitas expatriados, en particular, habían tenido el papel más importante en la difusión, extensión y sostenimiento de la doctrina cristiana. Esta apelación que se traduce en acción justificatoria debió influir de alguna forma en el considerable número de páginas que dedicó el jesuita a los rituales religiosos de la antigüedad mexicana. Si bien la interpretación de Alamán influyó en la concepción que Zamacois se formó de los sangrientos actos, es innegable que el texto de Clavijero le sirvió en mayor medida. La semejanza en lo minucioso del estudio de la religión, el registro de hechos y varias de las fundamentaciones interpretativas así lo confirman. En suma, dos posturas históricas, en apariencia antagónicas, convergían hacia el mismo punto en la Historia general de México de Niceto de Zamacois.

Dirigido por este carácter, el historiador español atendió en un capítulo todo lo concerniente a la religión, entre lo que se contaba: las deidades y sus atributos, los días dedicados a su consagración, los rituales, las actividades de los sacerdotes, el número de templos y, desde luego, la práctica de los sacrificios humanos. Fue tan enorme su obsesión por impactar el lector a través del conocimiento de la crueldad y degeneración de estos actos que no conforme con el registro de Clavijero, recurrió a su inagotable veta imaginativa. Es evidente que el pasaje dedicado al sacrificio de los niños de cinco años que se inmolaban en honor a Tlaloc fue el más aprovechado de todos los casos, ya que con él explotó el sentimiento de ternura que experimenta cual---

quier persona ante los infantes. El cuadro lo hace realmente conmovedor:

El terror se veía pintado en el rostro de aquellas tiernas criaturas, que veían llevarse a la muerte. Sobrecogidos de espanto y tendiendo hacia todas partes sus bracitos y sus manos, pedían, llorando, piedad; llamaban a sus padres con doloroso acento, buscándoles con la vista entre la multitud, y gritaban desconsoladas, al ver que nadie se compadecía de ellas, que a nadie habían ofendido en el mundo. Aquel era un cuadro desgarrador, una escena dolorosa, que la pluma no puede con el delicado colorido de profundo sentimiento que encerraba.<sup>57</sup>

Cabe aclarar que no obstante sus firmes propósitos, Zamacois intentó asumir una postura imparcial en tres ocasiones. En una de ellas se atrevió a corregir a Clavijero por haber creído que los introductores de los sacrificios en tierras del Anáhuac fueron los mexicanos; Zamacois explicó que ello fue imposible porque tanto los toltecas como los acolhuas ya los practicaban desde varios años atrás. En otra computó con ayuda del ilustrado novohispano la cifra aproximada de 20,000 víctimas sacrificadas anualmente, evitando así caer en las exageraciones tendenciosas de muchos historiadores hispanistas que escribieron antes que él. Por último, don Niceto estableció que el temor hacia los dioses debía considerarse como el verdadero motivo de tanto derramamiento de sangre en todos los actos públicos y en todas las ceremonias religiosas de la sociedad indígena; por lo que en una actitud que se antoja comprensiva, que una vez más lo situaba en una perspecti-

---

57 N. de Zamacois: Historia de México. p. 474

va historicista-, opinó que "aquellos hombres eran más dignos de lástima que de vituperio, toda vez que no obraban por impulso propio sino por el que juzgaban deber patriótico y religioso".<sup>58</sup> Nada casuales fueron sus muestras de imparcialidad: si se recuperaba al pueblo azteca bajo la imagen de haber sido el único ejecutor y propagador de las hecatombes humanas y de haberlas practicado en exceso por una simple naturaleza sanguinaria, se corría el riesgo de restarles valor a sus atributos culturales que los calificaban como capaces de asimilar rápida y fácilmente la creencia en un sólo Dios.

Vale la pena señalar un aspecto más al que se refiere - Zamacois y que distingue en primer plano a las acciones de los españoles, quienes, en este caso, al tiempo que divulgaban la doctrina cristiana, amputaban para siempre el paganismo. Nos referimos a la impugnación que hizo Zamacois a la tesis que consideraba, en una primera instancia, a Quetzalcoatl y a Santo Tomás como la misma persona, y por consiguiente la certera predicación del evangelio en el México prehispánico. El origen de esta suposición es difícil de precisar, pero es bien sabido que el erudito Carlos de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII y que el indomable Fray Servando Teresa de Mier a finales del XVIII la utilizaron como expresión del incipiente y creciente patriotismo criollo novohispano. No cabe duda de que ambos escritores estuvieron convencidos de la función que cumplía la religión católica como símbolo de identificación de los criollos. Sin embargo, cuestionaron que ella fuese

un legado de la cultura española debido al sentir anticolonialista que flotaba en sus respectivos contextos. Prefirieron, por tanto, trasladar la presencia del cristianismo entre los pueblos indígenas para sentirse herederos de ellos y no de los españoles, - lo cual se tradujo a una desmitificación de la heroica labor evangelizadora de España que el discurso histórico hispanista había confeccionado como mecanismo de defensa. Cabe la aclaración de --- que no todos los criollos compartieron la creencia de que los --- evangelios se habían divulgado desde el período prehispánico. Tenemos como ejemplo el caso de Clavijero, principal portavoz del - patriotismo novohispano, quien abordó el asunto de Quetzalcoatl y Santo Tomás con cierta inseguridad y cierto recelo.<sup>59</sup> Aunque no lo niega rotundamente en su Historia antigua de México tampoco lo afirma por no parecerle las pruebas lo bastante convincentes y --- porque, seguramente el hacerlo así hubiese afectado a su objetivo de enaltecer y distinguir la misión tanto de sus colegas predicadores de otras órdenes como la de los miembros de su propia cofradía. La continuidad de este problema fue relegada por la historiografía liberal predominante en la centuria pasada que tendió a rechazar todo lo relacionado con el clero y con el pasado español. Pero sería precisamente el resucitador de polémicas, Niceto de Zamacois, el que volvió a retomar el tema en su Historia de México. Aunque en un tono más decidido, Zamacois se acercó a la línea de Clavijero cuando negó cualquier probable conexión entre el apóstol y el legendario personaje mesoamericano. Sus fundamentos prin

---

59 Clavijero: op. cit. p. 152

cipales se basaron en que "ni una sola palabra referente a Jesu-  
cristo, ni a su religión, se encuentra en las máximas que por tra-  
dición conservaban del sabio Quetzalcoatl los indios", se aunaba  
a esto que "la hechura del vestido con que se le presentaba, esta-  
ba muy lejos del traje que usaban los apóstoles".<sup>60</sup> Esta crítica  
a la veracidad de los hechos le facilitaba a Zamacois enfatizar -  
que los españoles y solamente los españoles debían de ser conside-  
rados como los evangelizadores en el Nuevo Mundo. A su vez, diri-  
gido por la convicción, como la que había guiado a los criollos -  
de antaño, de que la religión católica se había convertido en un  
valor tradicional, y por ende, determinante de la unidad nacional,  
tal afirmación hacia extensivo el conocimiento de que fueron los  
españoles los que liquidaron a una religión pagana que, más que -  
unificar, separaba a las naciones del Anáhuac ya que las exigen-  
cias mexicas de seres humanos destinados a los sacrificios, provo-  
caban distanciamientos. Así es como a la par que Zamacois intenta-  
ba reconciliar a dos tendencias históricas mexicanas, también pre-  
tendía hacerlo con México y España, al mostrarles a los habitan-  
tes del primero que gracias a ella se debía la unidad mexicana.

Con el mismo plan de exaltar las acciones españolas pa-  
ra alcanzar estos fines fue imprescindible que el estudio de la -  
"cruel" religión se combinase con el análisis de las condiciones  
de explotación imperantes no sólo en Tenochtitlán, como ya habí-  
amos visto, sino también propagadas a lo largo y ancho de las pro-  
vincias dominadas por el imperio mexica. Es innegable que la tira

---

60 N. de Zamacois: Historia de Méjico. p. 471

nía y la belicosidad prevalecientes en éste le sirvieron en sus propósitos a Zamacois todavía más que la desigualdad social. Porque ante sus ojos sería precisamente la religión pagana junto con el afán de dominio lo que llevaría a los mexicas a las continuas guerras, al sometimiento de las demás naciones del Anáhuac y finalmente a su derrocamiento al aprovechar éstas, cansadas de la opresión, la presencia de Cortés y sus hombres. Bajo este sentido asestó la pluma cuantas oportunidades se le presentaron para demostrarlo a lo largo de la narración de los sucesos.

En primer lugar, refirió paso a paso la expansión y crecimiento imperial tenochca a costa de otras naciones. De esta situación, don Niceto dedujo que, a pesar de las riquezas obtenidas por las conquistas, las interminables luchas que exige el sostenimiento de un imperio habían limitado el desarrollo cultural de los aztecas. Afloraban en esta apreciación la importancia que para él tenían los períodos de calma y tranquilidad en el proceso progresivo de las civilizaciones. Por otra parte, siendo los tributos el medio que sellaba la sujeción, Zamacois describió las exigencias tributarias de los aztecas que iban desde alimentos, artículos de lujo y materiales para la construcción, pasando por la obligación de trabajar en las propiedades de los señores imperiales, hasta la entrega de indios de ambos sexos para ser sacrificados. Si estas contribuciones no fueron muy del agrado del hispano, mucho menos lo fue la actitud despótica e insolente de los recaudadores. Asimismo no pudo pasar por alto que las enormes cargas, que aumentaban con cada nuevo emperador, fueron acumulando el odio de los oprimidos, para quienes los mexicas no representa-



ban otra cosa que extranjeros usurpadores de la tierra que les -- pertenecía. Según Zamacois, de esta circunstancia se desprendie-- ron las causas de las constantes y crecidas rebeliones impulsadas por un anhelo de recobrar la independencia. Un gran número de su-- blevaciones se mencionaron, pero particularmente destacaron todas las que guardaban una relación directa con las empresas ofensivas y defensivas de los tlaxcaltecas, importantes aliados de los espa-- ñoles, que aunque nunca pudieron ser sojuzgados, sí fueron reprimidos. Al respecto, insistió repetidas veces en la orden girada -- por Tenochtitlan prohibiendo a todas las provincias marítimas el comercio con los de Tlaxcala, lo que ocasionó que no volvieran a utilizar la sal "hasta la llegada de Hernán Cortés a las playas -- mexicanas". Agregó Zamacois que esta clase de detalles encendie-- ron "más y más el odio de los tlaxcaltecas contra los mejicanos"<sup>61</sup>

Según nuestro autor durante el reinado de Moctezuma, la opresión y el descontento manifiesto en insurrecciones se convirtieron en acontecimientos cotidianos. Nada casual es que Zamacois subrayase que la situación se volvió intolerable en este período coincidente con los primeros indicios de la llegada de los españo-- les, pues así insinuaba lo oportuno de los hechos. Con el mismo -- carácter, nuestro autor también expuso que en aquellos momentos -- el sentir de los pueblos dominados se concentraba en el interés --

---

61 Ibidem, p. 720. El mismo hecho es registrado por Clavijero -- con la marcada diferencia que alude a que no volvieron a consumir la sal "hasta muchos años después de la conquista". Op. cit., p. 132. Es obvio que don Niceto procuraba, a como diera lugar, presentar a Hernán Cortés como el principal libertador de los pueblos indígenas.

de "cortar las alas a la imperial águila que sujetaba a unos y -- amenazaba a otros; pero cada cual esperaba que otro fuese el que se lanzase a la lucha para seguir después".<sup>62</sup> Al pensar de Zamacois no hubo ausencia de valentía para cumplir con la operación -- decisiva de emancipación, sino solamente el empuje español.

El panorama presentado por el historiador hispano mostraba, sin lugar a dudas, que los propios mexicanos habían marcado el camino de su derrumbe. Al igual que Clavijero, Zamacois consideró que los medios hostiles y represivos que utilizaron para -- lograr la obediencia de todas las provincias resultaron equivocados, ya que sólo incrementaron el resentimiento y la ira contra -- ellos. Lo idóneo --al parecer de don Niceto-- hubiera sido aplicar "una política de amalgamación que uniese, por intereses mutuos, a todos los países conquistados con la nación conquistadora".<sup>63</sup>

En suma, la recuperación de esta cara de la moneda de -- la sociedad azteca fue aprovechada al máximo por Niceto de Zamacois para cimentar sólidamente sus objetivos interpretativos: al proyectar a los mexicas como una nación conquistadora convertía a los españoles, siempre identificados con los conquistadores, en -- los libertadores que muy a tiempo vinieron en auxilio de los pueblos indígenas, cuya única preocupación era vencer y arrebatar el poder a los opresores y convertirse, a su vez, en amos y señores del Anáhuac. En este sentido llegaba al punto medular de su discurso histórico, en otras palabras, recobraba la teoría inventada

---

62 N. de Zamacois: Historia de México. p. 784

63 Ibidem, p. 769. Cfr. Clavijero: op. cit., p. 142

por Lucas Alamán que pretendía convencer a todos los mexicanos, - escindidos en políticas partidistas, de su linaje conquistador, - resultante de la fusión de indígenas y españoles, que en combinación de fuerzas lograron acabar con el dominio de Tenochtitlan.

### 3.2. El Descubrimiento de América y la Conquista española de México

Los tomos II y III de la Historia de Niceto de Zamacois se ocupan en reseñar los hechos correspondientes al descubrimiento de América y a la conquista española de México. El autor remonta su narración al marco de la España de finales del siglo XV para dar cabida a la gran empresa aventurera del Almirante Cristóbal Colón, la cual es presentada paso por paso. A continuación en dos capítulos refiere las expediciones de reconocimiento de las costas mexicanas. Finalmente, el mayor número de páginas son dedicadas a las incursiones y contrariedades de Hernán Cortés y sus hombres para derrocar al águila imperial mexicana e instaurar una colonia más del imperio español.

La base documental que le sirvió a don Niceto en la reconstrucción de los sucesos del descubrimiento y la conquista fue muy dispar. En cuanto a los hechos relativos al primero sólo hace referencia bibliográfica a las obras de Pedro Martir de Anglería,<sup>64</sup> Washington Irving y sin anotarlo en ninguna parte copia varias -- fundamentaciones de Lucas Alamán. Sin embargo, es notable en la -

---

64 Zamacois lo llama Pedro Martin.

segunda etapa el empleo de más obras historiográficas. Además, en comparación al México prehispánico, sus notas a pie de página se ven recargadas de operaciones críticas al documento para determinar la veracidad del hecho histórico. Es común encontrar como a los textos de Francisco López de Gómara, Antonio Herrera y Antonio Solís antepone las observaciones directas de Hernán Cortés y de Bernal Díaz del Castillo para precisar la exactitud del acontecimiento. Por tal motivo las Cartas de Relación y la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España se convirtieron en sus fuentes informativas más importantes; sin que ello significase el cerrar el paso a la información registrada por Gonzalo Fernández de Oviedo, José de Acosta, Fray Toribio de Benavente, Fray Bernardino de Sahagún, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Camargo, Francisco Javier Clavijero, Alexander Von Humboldt y William Prescott, quien aunque es refutado en bastantes ocasiones por los errores históricos en que incurre, es considerado como un historiador muy imparcial.

Llama la atención que a los autores de los siglos XVI, XVII y XVIII se sumen los historiadores estadounidenses del XIX, no obstante ser originarios de uno de los países protestantes más interesados en difamar y desprestigiar a la España católica por medio de la Leyenda Negra. Definitivamente no es creíble que de repente Zamacois sacrificase la pasión hispana y le naciera el interés por agotar el estado de la cuestión y en esta forma llegar al conocimiento profundo del descubrimiento y la conquista, creemos que más bien le rigió el propósito de hacer más persuasivo su discurso exaltador de España y sus empresas con la ayuda del ma--

por número de historiografos que cumplieran con el mismo requisito, no importando su lugar de procedencia. Salvo en los momentos en que los juicios de éstos fueron desfavorables a los hechos españoles, Zamacois se vio obligado "como buen historiador imparcial" a hacer las rectificaciones necesarias. Cada una de las obras del conjunto de los autores mencionados se utilizaron sobre todo en la confección narrativa de los sucesos, mientras que la elaboración teórica de defensa de la España conquistadora y colonizadora se inspiró y se copió casi en su totalidad de las Disertaciones sobre la Historia de Méjico de Alamán, tal y como lo había hecho en su debido momento con la Historia antigua de México de Clavijero. Cabe insistir que de esta manera, al par que Zamacois conjugaba dos procesos históricos en uno sólo, también fundía dos tesis sobre el ser nacional mexicano, las que siempre se han concebido como difíciles de conciliar e integrar.

Ya desde las primeras líneas dedicadas a la hazaña colombina podemos encontrar semejanzas entre el texto de Alamán y el de Zamacois. De buenas a primeras se distingue porque los dos coinciden en hablar del ambiente europeo y español de finales del medioevo que generó las causas del descubrimiento y la conquista. Ambos se propusieron dotar de un marco contextual a todos los individuos que participaron en estos acontecimientos, y en esta forma poder proyectarlos, no como meros espectros salidos de la nada, -presentación muy acostumbrada de la historiografía tocante a este tema-, sino como productos de una época que, por tanto, explicaba y justificaba cada una de sus acciones. Además al dar cuenta de las circunstancias que predominaban en Europa, insertaron a la

empresa española en tierras americanas en el cauce de la historia universal. A estas finalidades les acompañó una visión romántica e hispanista del pasado. En efecto, es innegable que primero don Lucas<sup>65</sup> en la década de los cuarenta y luego don Niceto, influido por él, en los años setenta, decidieron trasladarse hasta los --- tiempos medievales en la búsqueda de los cimientos históricos en que descansaba la nación mexicana, porque de acuerdo al sentir --- romántico, fue la época en que se formaron las naciones europeas, entre las que se contaba la española, y era ella con la que ambos personajes se sentían identificados, ya por una firme convicción, ya por razones de origen. En consecuencia, por haber incluido en sus obras, aunque fuese de manera muy somera, los hechos acaecidos en España por aquellas fechas, al par que definían al ser mexicano también enlazaban los procesos históricos de México y España sentando las bases de la cultura hispano-mexicana.

Cabe aclarar que de las similitudes entre los dos historiadores se desprenden notorias diferencias, debidas al ya bien conocido derramamiento inventivo de don Niceto. Tenemos, por ejemplo, que el análisis reflexivo y concreto de los hechos en la ---

---

65 A nuestro parecer resulta muy aventurada la designación de romántico que la historiografía le ha otorgado a Lucas Alamán, más bien representaría su obra un enlace de transición entre una sólida formación ilustrada que reflexiona metódicamente sobre los problemas históricos y un influjo romántico que busca en el pasado las raíces nacionales para así poder justificar la acción política de los individuos. Buena falta hace un estudio que resuelva esta interrogante del pensamiento y obra de Lucas Alamán.

obra de Alamán contrasta con la narración florida, detallada, dramática y poco sistemática de la de Zamacois. Bajo estas tonalidades, este autor tras rescatar al pasado indígena como componente de una de las partes del ser mexicano, se abocó a recuperar su parte correspondiente al pasado español. Como ya habíamos apuntado, en éste tendría que encontrar aquellas tradiciones y aquellos valores eternos de la nacionalidad mexicana y que eran los mismos de la nacionalidad española. En una gran proporción, fueron los años del reinado de doña Isabel y don Fernando de donde los extrajo.

De la unión de Castilla y Aragón obtuvo su primer valor histórico, ya que destacó la importancia de la unidad nacional de España, en el sentido de que este factor le había permitido seguir por el camino de la prosperidad.<sup>66</sup> La decisiva actuación de los Reyes católicos en la estabilización y consolidación del Estado español fue utilizada como material didáctico que enseñaba que la forma de gobierno monárquica era la más adecuada para el bien

---

66 Lucas Alamán al referirse a los tiempos de los Reyes católicos también hizo hincapié en los progresos alcanzados por España, condición muy distinta a la que prevalecía en los momentos que vivía este autor, la cual se asemejaba a la de su propio país, por lo que exclamó: "¡Días de gloria y de prosperidad para España, bien diversos de los días de miseria y confusión a que la ha traído en los nuestros el desenfreno de las pasiones y el furor de los partidos; Todo entonces prosperaba para ellos, y aún sus mismos reveses contribuían a aumentar su poder y su gloria". L. Alamán: op. cit. p. 14. No hay duda de que tanto para el guanajuatense como para el vizcaíno la paz y la unidad tenían importancia primordial en el desarrollo de las naciones.

desenvolvimiento de los pueblos que los hacía respetables ante el exterior. La síntesis de los procesos de España y México en su Historia general implicó, por tanto, destacar un valor eterno más en relación a que ambos países tenían por tradición política común el régimen monárquico. Con el fin de exhibir lo positivo de este sistema mencionó varias de las medidas implementadas por los monarcas que repercutieron en el fortalecimiento de la unidad española, ya que a través de ellas se logró debilitar y acabar con la fuerza de los señores feudales que sólo se ocupaban en resguardar sus intereses particulares. Entre las políticas seguidas se contaron las leyes dictadas en Toledo que:

revistieron a los municipios de un poder lisonjero para los pueblos y dándoles una influencia no menos halagadora, despertaron en los españoles libres el espíritu y el entusiasmo, disponiendo el ánimo en favor del trono y preparándolo a acometer las más arriesgadas empresas, dirigido por una nobleza entusiasta y guerrera, que buscaba el peligro como timbre de su gloria, y la cifraba en morir por su Dios, por su patria y por su rey.<sup>67</sup>

Las últimas líneas de la cita ejemplifican como el romanticismo de nuestro autor lo inclinó a idealizar y mitificar los tiempos pasados. Los compromisos que la nobleza adquirió para con su Dios, su patria y su rey en su afán de gloria, aparte de servir como explicaciones justificatorias de los motivos que impulsaron el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, se traducen en el texto como otros valores históricos dignos de ser re-

---

67 Zamacois: op. cit. T. II pp. 8-9



cordados y enaltecidos por Zamacois. Para él, este acervo de ideas que caracterizaron al medioevo y al renacimiento tenían que ser transportados al siglo XIX y conservados como perfil de las nacionalidades española y mexicana.

Por la trascendencia que estos aspectos tienen en la obra de Zamacois es necesario detenernos un poco más en ellos. Sobretudo en el ideal religioso por ser para nuestro autor el valor histórico más importante. Don Niceto, en la medida que conectó la historia de España y México con el acaecer universal, localizó el nacimiento del espíritu religioso en las cruzadas organizadas por los europeos con el objetivo de rescatar el sepulcro de Jesucristo de los mahometanos. El autor explicó que a partir de ese momento se extendió la "obligación sagrada" de propagar el Evangelio y el derecho de "ocupar todo territorio que no reconociese la Ley del Crucificado".<sup>68</sup> Esta obligación había alcanzado a España y había tenido su repercusión más inmediata, antes que en el descubrimiento y la conquista, en la guerra "nacional y santa" que concluyó con la toma de Granada. Muy insistente fue Zamacois cuando hizo referencia a este ideal religioso, porque, bien sabemos, era el argumento más sólido que podía utilizar para librar a la conquista de las críticas en su contra. Pero también se detuvo en él, tal y como lo había hecho Alamán, al considerar, desde una perspectiva que confunde política anticlerical con ataque al dogma, que el programa liberal había provocado la escisión de la sociedad mexicana decimonónica al proclamar, por ejemplo, -

---

68 Ibidem, p. 12

las Leyes de Reforma. Estuvo convencido, en otras palabras, de -- que en torno a un olvido de raíces giraban los problemas de Méxi- co. De ahí su preocupación por dejar perfectamente bien asentado que la religión católica era el símbolo que identificaba a los me- xicanos y que si se le atacaba, se atentaba contra la unidad de - la nación. La prueba más fehaciente de que religión y nacionali- dad van muy relacionadas en las concepciones históricas de Alamán y Zamacois se encuentra en la denominación de "nacional y santa" que otorgaron a la guerra española contra el Islam. Para don Nice- to, sin la dirección de los monarcas no se hubiera concretizado - esta empresa, es así, como de nueva cuenta, destacaba el respeto y la obediencia a la autoridad como valor histórico. En igual for- ma, el ideal patriota, tan de moda y tantas veces invocado en los contextos español y mexicano en que vivió el autor, encontraba -- sus orígenes en los tiempos pasados para confirmarse en el presen- te decimonónico.

A través de la lectura del texto de Zamacois dedicado a la empresa colombina y a la hazaña cortesiana es común encontrar estos modelos. Uno de los casos más ilustrativos se refiere a la cantidad de tiempo que los Reyes católicos hicieron esperar a --- Cristobal Colón para escuchar su proyecto, pues ello se debió a - "que estaban ocupados en los asuntos más apremiantes de la patria". Sin duda, con este tipo de argumentos, don Niceto exculpaba a los monarcas de todo indicio de indiferencia por no haber recibido in- mediatamente al genovés. Un acontecimiento que ejemplifica la -- idealización de lo religioso se ve cuando nuestro autor apunta el carácter de la aventura iniciada por Colón. Al respecto nos dice:

Todo lo que pertenecía y se rozaba con aquella --- atrevida y noble expedición, estaba impregnado de la idea religiosa y llevaba el sello del sentimiento católico.

La idea del descubrimiento de un nuevo mundo había sido concebida en medio de las expediciones marítimas de los portugueses, para extender la doctrina del crucificado, por uno de los hombres más fer---vientes del catolicismo. Un humilde religioso, lleno de santo celo por el crecimiento de la religión, el modesto guardián de la Rábida, influyó poderosamente en que la idea fuese aceptada por los Reyes Católicos: el sentimiento católico de Colón llevado hasta el grado de creer que Dios le había elegido como instrumento de la extensión del catolicismo, lo revistió de aquella admirable constancia,... y una reina católica, sin más ambición que la de llevar el bien a pueblos ignorados, sumisos en el error, empeña las alhajas de su corona para dar cima a la gloriosa empresa.

Pensamiento, plan, elementos, actores, todo era católico.

El descubrimiento de la América es enteramente una gloria que le pertenece al catolicismo.<sup>69</sup>

En verdad para Zamacois el impulso religioso fue determinante en este suceso. Inclusive el miedo que sentían los marinos expedicionarios por tener que enfrentarse a lo desconocido del viaje se -- desvaneció "cuando juzgaban que de sus actos resultaba un servicio a la propagación de la fe",<sup>70</sup> al tiempo que los empujaba su carácter caballeresco español. Además el subrayado de don Niceto de que "el descubrimiento de la América es enteramente una gloria

---

69 Ibidem, pp. 34-35

70 Ibidem, p. 34

que le pertenece al catolicismo" lleva en el fondo la necesidad de reafirmar, a través de la trascendencia universal del hecho -- mismo, la presencia y supremacía del mundo católico hispanoamericano frente al mundo protestante anglosajón.

El énfasis que Zamacois le puso al espíritu que dominaba en aquel momento fue todavía más agudo cuando se refirió a la actitud que asumió la Reina Isabel, quien al ser informada por Colón de la riqueza existente en las tierras recién descubiertas, -- no dio la menor importancia a lo que pudiera explotarse en ellas, sino que sólo se preocupó por el estado en que se encontraban los indígenas y la necesidad de su conversión inmediata al catolicismo:

La piadosa Isabel estaba exenta de ambición inno-- ble y de bastardas pasiones. Su alma era grande y elevados sus pensamientos por la virtud. Aquella -- excelente reina, que ha merecido los elogios de to-- dos los escritores del mundo, no veía en los nue-- vos descubrimientos, la riqueza material que po-- drían producir a la corona, sino la utilidad moral, el bien que podía llevar a los incultos habitantes de los lejanos países situados allende el Océano.<sup>71</sup>

Don Niceto no podía descuidar la imagen de los monarcas dedicados en cuerpo y alma a la ejecución de nobles obras que favorecen a -- sus gobernados. En igual forma, siendo tan fundamental en su texto destacar al descubrimiento y a la conquista como empresas evan-- gelizadoras, tampoco mostró a los religiosos que fueron mandados por los Reyes católicos al nuevo orbe con indicios de desear al--

---

71 Ibidem, p.p. 121-122

canzar glorias terrenales, por el contrario siempre se les presentó ocupados en la enseñanza y protección de los indios.

Sin embargo, en esta proyección del ambiente religioso en que se gestó y desarrolló el descubrimiento, Zamacois cayó en una grave contradicción, debida, sin lugar a dudas, a lo poco sistemático y cuidadoso en el planteamiento de la exposición. La contradicción se encuentra en la imagen de un Cristobal Colón que, - al entrar en contacto con las nuevas tierras y sus habitantes, vive más preocupado por localizar metales preciosos como el oro y - la plata, establecer relaciones comerciales con los nativos y explotar las riquezas naturales, que por la propagación de la fe y la conversión de los indígenas al catolicismo. Son constantes las ocasiones en que el autor expone que "triste quedó Colón al mirar desvanecida otra vez la bella ilusión que le conducía de isla en isla, buscando las auríferas regiones descritas por Marco Polo".<sup>72</sup> El principal interés que guiaba al Almirante en sus exploraciones también se aprecia cuando se siente satisfecho al saber por boca de Guacanagarí, importante cacique de la Española, que en ciertas montañas de la isla puede hallar oro en grandes cantidades. Esta actitud de don Cristobal intentó ser encubierta por Zamacois, arguyendo que aquel tenía que comprobar que los gastos efectuados - por la Corona española para la expedición marítima no habían sido en vano. Pero este tipo de aclaraciones ya no libraban a Colón de una imagen materialista. Tan evidente es ello que no muchas páginas después de la exculpación, Zamacois vuelve a insistir en que

---

72 Ibidem, p. 59

al regreso del genovés a España para anunciar las buenas noticias:

Las espléndidas descripciones de Marco Polo de Venecia se presentaron a la mente de Colón, y entonces llegó casi a persuadirse de que la Isla Española era el verdadero Cipango en que se encontraban las maravillosas riquezas ponderadas.<sup>73</sup>

O cuando nos dice que al presentarse ante los Reyes Católicos lo primero que hizo fue hablar sobre los grandes tesoros que las tierras descubiertas guardaban y hasta el último momento mencionó a los indios y consideró la viabilidad de convertirlos a la fe cristiana.

Igualmente, el preponderante influjo del espíritu religioso en las acciones de los hombres pasa a segundo término al referir nuestro autor que los integrantes de las exploraciones estuvieron motivados por las riquezas maravillosas descritas por Colón. A lo que añadió reiteradamente el carácter caballeresco de muchos hidalgos, quienes al concluir la guerra contra los moros buscaron la aventura y la gloria en las nuevas regiones. Así como Zamacois trató de encubrir la conducta materialista seguida por Colón, sin lograrlo, también, en varias ocasiones, intentó alejar la participación de los expedicionarios de intereses lucrativos, aunque sin ser lo bastante convincente. Uno de los hechos más --- ilustrativos se refiere a la causa de la matanza de los primeros colonos establecidos en el Fuerte de la Navidad, en la isla Española, a manos de los aborígenes, mientras esperaban el retorno del Almirante después de su viaje informativo a la península ibé-

---

73 Ibidem, p. 89

rica. Nuestro autor refutó a Washington Irving porque atribuyó el crimen a la sed de riqueza de los españoles que los había llevado a enfrentarse a los indígenas, exigiéndoles mucho oro. Al parecer de don Niceto la verdadera causa se debió a los celos que los indios sintieron cuando los marineros se llevaron a las mujeres de su pueblo a vivir con ellos. Con tal de lograr su propósito, antes que hacer caer a sus paisanos en actos mezquinos, Zamacois -- prefirió hacerlos caer en tentaciones carnales, con la salvedad -- de que éstas tuvieron, por su parte, una razón explicativa. El -- vizcaíno aseveró que los impulsos de los españoles obedecieron a que se encontraban:

Faltos de ocupación, sin entretenimiento ninguno -- que hablase al entendimiento y sí con muchos objetos que arrastraban a la sensualidad,... aquellos hombres, que no habían recibido más educación que la que es dable recibir a un pobre marinero, se entregaron a los excesos de los goces carnales a que les inclinaba el clima, la desnudez de las mujeres y el cariño que éstas les manifestaban.<sup>74</sup>

A pesar de lo incongruente que es Zamacois en algunas partes de su exposición, prevalece su plan por destacar al descubrimiento como un hecho positivo, heroico y grandioso. Por ello -- le resulta fácil separar los actos de los marineros que se condujeron mal por su falta de preparación de la actuación positiva de las figuras principales. La virtuosidad de Fray Juan Pérez de Marchena, la perseverancia de Cristóbal Colón para alcanzar sus me--

---

74 Ibidem, p. 140

tas y la generosidad de Martín Alonso Pinzón por ayudar a éste -- fueron las cualidades, entre otras más de estos mismos y las de otros personajes, que se exaltaron y se convirtieron en los prototipos a imitar. Y más meritorio se hacían a ello porque en las -- ocasiones que cometieron acciones indignas pronto rectificaron debido a que poseían "notables sentimientos". Este fue el caso de Pinzón, que anhelando la supremacía de la gloria, se adelantó a la carabela de Colón con el propósito de llegar antes a España y ser él el difusor de la noticia sobre las tierras descubiertas.

El único atributo, que compartieron todos los españoles y en el que no vemos ningún asomo de contradicción en la obra de Zamacois, fue el de la heroicidad. Cada uno de los hombres que -- participaron en los arriesgados viajes colombinos tuvieron un "valor extraordinario", lo cual quedó plenamente demostrado cuando -- atravesaron el Océano en "frágiles barquichuelos sin cubierta", -- desafiaron peligros desconocidos como los suscitados en el Fuerte de la Navidad y se avinieron a toda clase de eventualidades. En esta forma, Zamacois afirmó que "la empresa era la más atrevida -- que registra la historia de los descubrimientos".<sup>75</sup>

Además aunado a lo atrevido de la empresa se encontró -- lo colosal. Por supuesto, ello se aprecia en la importancia que -- nuestro autor dio a la propagación del Evangelio, pero también -- cuando asentó que, por la misma grandiosidad del descubrimiento, la noticia corrió como reguero de pólvora por la Península Ibérica y a lo largo del continente europeo. Entre las pruebas que mo

---

75 Ibidem, p. 34



traban el alcance que había tenido el informe del suceso, habló, en una primera instancia, de la manera tan aparatosa en que Colón fue recibido a su regreso a España. Y luego, de cómo se repitieron las fuertes ovaciones por cada pueblo que cruzaba en su camino a Barcelona para entrevistarse con los soberanos. En cuanto a la difusión que tuvo en Europa el hallazgo colombino y que abarcó por igual a "ricos y pobres" nos dice:

El placer que causó el descubrimiento del Nuevo -- Mundo fue universal en el globo civilizado. Los sa bios todos de Europa, tomaron parte en el regocijo de la España, pues consideraban aquel acontecimiento como un bien para la humanidad entera, que brin daba nuevos campos de investigación a la ciencia, extensos límites al comercio, y a los habitantes - de aquellas, hasta entonces ignoradas regiones, la luz vivificadora de la civilización y del saber; - los goces inefables de la inteligencia; el cambio de la vida salvaje, por la vida social.<sup>76</sup>

De esta grandiosidad se despeja la inquietante necesidad por universalizar al hecho, es decir, por incluir al descubrimiento de - América en el cuadro del devenir histórico de la humanidad. Recor

---

76 Ibidem, p. 112. Una vez más podemos corroborar lo incoherente que en muchas ocasiones es Zamacois, porque en unos cuantos renglones después de haber declarado la trascendencia que tuvo tal hecho para la sociedad de aquel momento, nos sale -- con que "todos ignoraban aún la alta importancia de lo descubierto,...". Ibidem, p. 113. Cabe aclarar que la significación que adquirió para él, la transportó al contexto del siglo IV, alterando, en consecuencia, el acaecer histórico. Que remos insistir en lo poco confiable que es Zamacois como fuen te para estudiar no sólo la antigüedad prehispánica sino también el descubrimiento y la conquista.

demos que Zamacois -siguiendo la pauta de la historiografía al -- otro lado del Atlántico- tiende a hacer equivalente lo universal a lo europeo. Empero, el autor, por su estancia en nuestro continente, superó aquel concepto al mencionar, en el mismo párrafo citado, a los habitantes americanos y sobretudo al establecer como una consecuencia más de la empresa colombina que "la familia humana [quedó] unida para siempre",<sup>77</sup> incluyendo, por tanto, a lo americano. La alusión a los indígenas tiene además otro sentido en el discurso de don Niceto. El reconocer a éstos como integrantes de la familia humana conduce a ratificar su racionalidad. Como vimos en el subcapítulo anterior, hacerlo de este modo le era fundamental para que se pudiese comprender que las posibilidades intelectuales de estos indígenas les permitirían alcanzar, a través de España, el nivel de progreso en que vivía Europa.

Al hablar Zamacois del momento en que el genovés y los españoles que le acompañaban establecieron contacto con el Nuevo Mundo, inmediatamente sacó de nuevo su balanza para pesar el bagaje cultural de sus pobladores. En comparación con el estudio de las naciones del Anáhuac, hizo breve referencia a los nativos de las islas del Caribe, designándolos simplemente como "pueblos", y no puso mucho hincapie en lo que a su parecer eran los signos positivos que distinguen tanto a los individuos como a las sociedades civilizadas. Respecto a las cualidades personales de los pueblos antillanos destacó la sencillez y la bondad, y en relación a su cultura expuso que tenían una idea que se aproximaba a la ----

---

77 Ibidem, p. 44

creencia en un Ser Supremo y que no practicaban sacrificios humanos, pero que por desgracia estaban rodeados de supersticiones e imperaba el culto a otras divinidades. Como pudimos ver en una cita anterior don Niceto estimó que el estado de tales pueblos era el salvaje, aclarando, sin embargo, en otro momento de su larga -narración, que los indios de Cuba aventajaban culturalmente a los de otras islas. Es indiscutible que nuestro autor jamás calificó de salvajes a las culturas mexicanas, lo cual hubiera sido el colmo de su incongruencia; la nominación más altisonante que recibieron fue la de "imperfectamente civilizadas". Muy lógico resulta -que nuestro autor se abocase someramente a estos pueblos isleños, ya que no eran el centro de su interés. Sólo se utilizaron para -los fines discursivos del autor, enfocados en resaltar las acciones españolas. También, es probable, que sirvieran para enaltecer más aún a las naciones indígenas de México, lo que se traducía en una edificación más grandiosa de la empresa conquistadora de un -Hernán Cortés que de la descubridora de un Cristóbal Colón.

Todo ello dio cabida a una mayor inclinación de la balanza hacia las restringidas y nefastas condiciones de los pobladores de las Antillas. No es demasiado extenso en el recuento de las limitaciones del proceso histórico indígena, aunque sí decisivo en el uso de la palabra salvaje. El que anduviesen desnudos y habitasen en miserables chozas, el que desconociesen la agricultura y despreciasen el oro, -de ahí que aceptaran cuentas de vidrio y otras bagatelas a cambio del preciado metal para el "civilizado europeo"-, <sup>78</sup> fueron, entre algunas otras, las pruebas contundentes

---

78 Ibidem, p. 49. Mucha argucia tuvo don Niceto en este punto, -

tes. Zamacois procurando cimentar bien sus argumentos añadió a esta cadena una refutación dirigida a Irving y aquellos escritores que idealizaron a las islas antillanas como un paraíso. Particularmente citó al historiador norteamericano, quien juzgó que si bien los indios se privaban de muchos beneficios de la civilización, a su vez, estaban exentos de las miserias que ésta trae consigo. A lo que nuestro autor contestó, con un alarde de polemista profundo, que las deslumbradoras descripciones de Irving hacían lamentar, a primera vista, los progresos de la civilización, pero que analizando la situación con más detenimiento, afloraba la "severa realidad", en la que los indígenas tenían que trabajar arduamente para procurarse sus alimentos y poder sobrevivir.<sup>79</sup> Por él

---

lo que era un acto ambicioso lo transformó en una expresión cultural. ¿O es que su pasión hispana le impidió ver la relatividad de los valores? A nuestro parecer bastante importancia debieron tener el oro y la plata, puesto que los pueblos autóctonos lo empleaban como medio de cambio para obtener lo traído por los españoles, y en otras ocasiones lo obsequiaban a éstos mismos, creyéndolos "dioses".

79 Ibidem, pp. 78-79. Por lo visto la tesis sostenida por Zamacois, emanada en el siglo XVI, que consideraba como salvajes a los indígenas y cantaba a España como su benefactora, no perdió vigencia durante el siglo de las emancipaciones coloniales; por el contrario, el mismo contexto produjo una amplia resonancia. Recordamos, por ejemplo, el caso de un co-responsal de La América, periódico liberal español, que reprochó a los países hispanoamericanos por dejar de agradecer a España "el no ser todos [los americanos] de color cobrizo y el andar con un traje de civilización en vez de ir corriendo los bosques con la hoja de Parra del Paraíso". p. 41 Cit. pos. Antonia Pi-Suñer: "La "cuestión mexicana" vista por un periódico liberal español" en Estudios 16. México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, primavera 1989. pp. 35-51. Apud: La América, 8 de octubre de 1859.

timo concluyó que si eran felices, su felicidad era negativa, por que era "la felicidad de la ignorancia que todo lo desconoce".<sup>80</sup>

No podemos pasar por alto un aspecto más que apuntó Zamacois como muestra del estancamiento de los indígenas antillanos, se refirió a sus armas, evaluándolas como muy rudimentarias, pues se reducían a un palo largo, cuya punta endurecían al fuego o le pegaban espinas de pescado y pedernales. Esta simpleza técnica, - la atribuyó al nulo conocimiento que tenían del hierro, el acero y el cobre. Por esta apreciación que podemos interpretar como el aceptar a la belicosidad como factor positivo del progreso humano, el abanderado del pacifismo decimonónico estuvo a punto de acumular otra de sus tantas contradicciones. Sin embargo, logró salvar la posición al reconocer, en el mismo sentido que hemos visto en Irving líneas atrás y que el propio Zamacois criticó, que por desgracia desconocieron la utilidad que aquellos metales brindaban - al mundo civilizado, pero que al mismo tiempo fueron afortunados porque no pudieron emplearlos como "instrumentos de destrucción - de la especie humana y en armas cortantes fraticidas".<sup>81</sup> No por esta observación, don Niceto dejó de enfatizar que en estas regiones del mundo también se suscitaban guerras provocadas, la mayoría de las veces, por los temibles Caribes con el objetivo de proveerse de esclavos para su servicio y de carne humana para complementar su dieta alimenticia. Los conflictos armados entre los indios antillanos llevaron al autor a exclamar: "la guerra, el mal,

---

80 N. de Zamacois: op. cit. T. II p. 79

81 Ibidem, p. 50

la ambición, en todas partes".<sup>82</sup> En verdad, las guerras inquietaban al vizcaíno. El universalizar su existencia cuando todo parecía indicar en su obra que Europa marchaba por el camino de la prosperidad y la perfección es la mejor demostración de su inquietud.

Quizá la aceptación de los altercados militares en la "civilizada europa" sirvió como base del argumento que defendía la trascendencia de la Bula Alejandrina. Veamos el por qué. En contraposición a los autores que cuestionaban satíricamente las concesiones territoriales a los españoles y portugueses por parte del Papa Alejandro VI, Zamacois estuvo convencido, como lo había estado Alamán unos años atrás, que el documento pontificio no sólo había garantizado la obligación de España en su labor evangelizadora y protectora de los indios sino que también había evitado las calamidades de una guerra. En efecto, para ambos historiadores, la ausencia de un título que declarase propietarios a los descubridores de las nuevas tierras hubiera suscitado que otras naciones europeas, después de lanzarse igualmente a las expediciones marítimas, se disputaran el derecho de posesión sobre cada punto en que desembarcaran, aunque ya se les hubieran anticipado, y que tarde o temprano se habrían producido "funestas guerras que hubieran ensangrentado el suelo descubierto, y en las cuales cada partido hubiera obligado a tomar parte a los naturales",<sup>83</sup> buen ejemplo de este caso-se había dado en la Península Ibérica, en --

---

82 Ibidem, p. 52

83 Ibidem, p. 119

épocas remotas, cuando los cartagineses y romanos habían combatido por establecerse en ella. Gracias a este ejemplo, lo que aparentan ser meras deducciones especulativas se nutren de la experiencia histórica.

Vemos, pues, que las intenciones de Niceto de Zamacois eran mostrar que los pobladores del Nuevo Mundo habían salido beneficiados desde todos los ángulos de que se mirase el descubrimiento de América. Aunado a lo ya expuesto, faltaría incluir su insistencia en que fueron los españoles los que salvaron de la esclavitud y la muerte a los indios secuestrados por los Caribes. De igual forma, presentó una lista que contenía cada uno de los animales, semillas, instrumentos de labranza y alimentos que la reina Isabel ordenó que se embarcasen en las carabelas de Colón, durante su segundo viaje con destino a las Indias y en provecho de sus habitantes. En el inventario contabilizó a los herreros, carpinteros, sastres, mineros, ebanistas, labradores, zapateros, etcétera, a los que se mandó partir para que se ocupasen de enseñar sus oficios a los indígenas. Con esto el hispano debió creer que estaba demostrado que los fines de la magnánima soberana española, en la heroica y grandiosa empresa, no habían sido exclusivamente la labor espiritual sino que también un esfuerzo por mejorar la vida material y social de los indios, procurando con ello el tan llevado y traído "progreso". Con este mismo sentido, Zamacois remarcó, una y otra vez, las preocupaciones de doña Isabel por la forma en que se debería tratar a los habitantes del Nuevo Mundo. Entre otras cosas nos dice que la reina:

recomendó muy encarecidamente, que los indios fue-

sen tratados con la mayor benignidad; que fuesen atraídos a las creencias cristianas con afabilidad, dulzura y buena doctrina, y encargó a Colón que, si alguno de los españoles que formaban la expedición, les trataba mal, o era injusto con ellos, -- descargase sobre él un castigo severo y ejemplar, a fin de que nadie osase ofenderles en lo más mínimo.

Estas demostraciones de magnanimidad quedaban inconclusas sin una narración histórica que hablase sobre la actitud de los pobladores americanos frente a sus benefactores. Si bien el vizcaíno presentó la resistencia agresiva de algunos de los pueblos contactados durante el reconocimiento y sometimiento de las islas, fueron más sus alusiones a la alegría expresada por los indios cuando se aproximaban las naves y hombres españoles y a su interés y rápida aceptación de la cultura que estos mismos portaban.

La primera parte de la apología de la España conquistadora estaba confeccionada. Para terminar de edificarla vendría la exposición de la tesis destructiva de la Leyenda Negra a costa de la desmitificación de los fines y modos que siguió la Inglaterra protestante en la colonización de los territorios americanos. Más adelante volveremos a tocar este punto. Antes debemos adentrarnos en la manera en que Zamacois rescató a la conquista de México.

Respecto al descubrimiento, por el momento sólo nos resta apuntar: aunque Zamacois estuvo consciente de la ignorancia -- del Almirante Cristóbal Colón respecto a que nunca se enteró de --



que las tierras encontradas no guardaban ninguna conexión con --- Asia y de que había chocado con un nuevo continente, siempre le - cargó a su cuenta todo el hallazgo, confirmando la tradición en - torno a tan polémico acontecimiento.

El tratamiento detallado que recibió la narración de la empresa colombina no se compara con la minuciosidad que caracteriza el relato de la conquista. Este tema abarcó más del noventa -- por ciento del espacio de los tomos dedicados a ambas empresas. - En realidad, los capítulos del descubrimiento de América fungie-- ron como el prelude de las alabanzas a España y como el punto de arranque de la reconciliación de la sociedad mexicana, por medio de la revelación de sus raíces. Al pasar las páginas en que se -- vierten los actos conquistadores, resaltan con más brillo las --- idealizaciones y mitificaciones del sentir romántico. A ellas se suma con nuevos datos, la teoría que sostiene el orgullo de los - mexicanos por su linaje conquistador.

Conviene advertir que a diferencia de la historia del - descubrimiento en que Isabel la Católica y Cristobal Colón se al-- ternaron los papeles principales, en el caso de la exposición de la conquista la figura del rey Carlos I pasó a segundo plano, con virtiéndose Hernán Cortés en el personaje central de los sucesos. Al grado que hay momentos en que creemos estar leyendo una biografía más que una historia. Característica, por lo demás, muy común de la literatura histórica abocada a este acontecimiento. Nada casual resulta entonces que don Niceto iniciara su recuento del mismo con un esbozo de la vida de Hernán Cortés desde que nació hasta que fue designado Capitán General de la Armada por el Goberna-

dor de la Isla de Cuba, Diego Velázquez. Los datos que nos ofrece nuestro autor -sin consignar la fuente- fueron en su mayoría - sacados de la quinta disertación de Lucas Alamán,<sup>84</sup> y con base en ellos delineó las distintas facetas de don Hernando. Consideró importante detallar todo aquello que se supiese acerca del héroe, - tan vital había sido su empresa:

Todo es interesante en él: su estatura, su fisonomía, su carácter, sus modales, su conversación, -- sus gustos y hasta los más ligeros detalles de su vida doméstica. No nos basta conocerle como guerrero, como hombre político, sino que anhelamos conocerle en su trato particular, en la vida llana del amigo, del esposo, del padre de familia, y hacer, por decirlo así, conocimiento personal con él.<sup>85</sup>

Evidentemente se traslucen los intentos del autor por presentar - un retrato físico y psicológico del biografiado que haga comprensible el proceder de sus acciones, en las cuales aflora el espíritu aventurero en el campo de las armas y en las lides del amor. - Por los aspectos de la vida de Cortés que se describieron, el retrato pareciera, a simple vista, darle al legendario personaje su real dimensión humana, empero cuando se mira con más detenimiento se revela lo contrario, pues realmente la finalidad fue confirmar su heroicidad. Debido a esto, bien vale para Zamacois la observación que Agustín Yáñez hizo en la introducción a Méjico y sus revoluciones de José María Luis Mora relativa a que la teoría del -

---

84 L. Alamán: op. cit. T. II pp. 7-17.

85 N. de Zamacois: op. cit. T. II p. 258.

héroe es reconocida por historiadores relacionados con el romanticismo.<sup>86</sup> Bajo este rubro, don Niceto hizo confluír hacia Cortés -- casi todas las cualidades corporales, intelectuales y éticas que sólo "un hombre extraordinario" -- como lo llamó -- podía poseer. Entre otros, los atributos otorgados fueron: mucha agilidad, un --- gran vigor y una inteligencia clara; le acompañaron además: las --- virtudes de hablar bien de todos, de comprender y perdonar a --- quien se le oponía, un genio franco, una conversación discreta y un valor extremado. Zamacois no dejó de detenerse en aquellos pasajes que ilustraran sus cualidades.

Tenemos como ejemplos las diversas ocasiones en que Cortés visitó a los soldados heridos en las batallas, alentándolos -- con su reconocimiento, cuando asistió al entierro de los que habían perecido o cuando en la famosa "noche triste" derramó lágrimas por los amigos y compañeros desaparecidos durante la huida de Tenochtitlán. Muy elocuente es el comentario de Zamacois respecto a este último hecho, pues nos dice que "aquellas lágrimas le honraban, porque descubrían el noble corazón de un hombre que despreciaba los peligros, pero que era sensible al santo sentimiento de la amistad".<sup>87</sup> Siendo el meollo del discurso de don Niceto una -- apología de la empresa española en México, los actos magnánimos -- del conquistador también alcanzaron a los indígenas en muchísimas partes del texto; entre otras cosas, destacó el trato cariñoso, --

---

86 Agustín Yañez: "Edición y prólogo" a José María Luis Mora: México y sus revoluciones. México, Ed. Porrúa, 1977. T. I p. --- XIII. (Colección de escritores mexicanos, 59).

87 N. de Zamacois: op. cit. T. III p. 426.

que a veces raya en una imagen paternalista, de Cortés hacia aquellos.

Gabe aclarar que Zamacois no se refirió únicamente a -- las facetas de benévolo, amistoso y comprensivo de don Hernando, sino que también mostró su lado irascible y de extrema severidad, lo que no fue visto por nuestro autor como un defecto del personaje sino como una prueba de rigurosa disciplina que siempre impuso, en igualdad de condiciones, tanto a los españoles como a los indígenas, pues con la misma determinación castigaba a sus correligionarios por robar alimentos y comportarse despóticamente con los indios que a éstos por servir como espías o por violar los pactos de vasallaje establecidos con la corona española.

En general, el conjunto de hechos relacionados con ambas facetas de la personalidad de Cortés le permitió a nuestro autor explicar por qué fue muy estimado y respetado por sus subordinados militares; por qué, tarde o temprano, los adeptos a Diego Velázquez terminaron siguiéndolo a él o por qué los indios le admiraban y obedecían, facilitándose con ello su vasallaje al Rey - Carlos I. Pero más que servir tales ejemplos al historiador hispano como explicación de diversos sucesos de la campaña conquistadora, le ayudaron para hacer explícito como "Cortés era el hombre único [sic] que reunía las elevadas dotes que eran indispensables para llevar a cabo la ardua empresa que se iba a acometer".<sup>88</sup> Muy firme se mantuvo Zamacois en torno a esta idea, nunca asomó la menor duda; por el contrario siempre hizo ver que ni Diego Veláz---

---

88 Ibidem, T. II p. 271.

quez, ni Juan Velázquez de León, ni Pánfilo de Narvaez, ni algún otro fueron dignos competidores del extremeño y que por tanto sin su dirección la expedición realizada en suelo mexicano difícilmente hubiese alcanzado el éxito. Como instrumento para realzar más aún la trascendencia de don Hernando, el autor recordó, en las páginas dedicadas a la conquista, que los pueblos mesoamericanos -- eran muy superiores a los habitantes antillanos y en consecuencia su sometimiento implicaba un mayor número de dificultades:

Hernán Cortés iba a combatir contra naciones guerreras y valerosas, acaudilladas por jefes de acreditado valor; resueltas a defenderse hasta el último trance; a sostener sitios heroicos; a oponer la fuerza a la fuerza; la estrategia a la estrategia; la constancia a la constancia; la astucia a la astucia: contra naciones que contaban con grandes y populosas ciudades, con una historia de gloriosos hechos.... Para vencer a la indómita república de Tlaxcala, rival poderosa del imperio mejicano, a la notable nación acolhua, y sojuzgar a la guerrera potencia mejicana, conquistadora de todos los señorios y tribus a donde había llevado sus armas, no era suficiente la fuerza y el valor del caudillo, -- para triunfar de ellas, era preciso reunir al poder de las espadas, todos los artificios de la política, toda la intrepidez del guerrero, y todos los recursos del diplomático.<sup>89</sup>

Tan grande era la preocupación por dejar bien asentado el importante papel del caudillo en la historia que si bien Zamacois reconoció algunos de sus errores, la mayoría de las ocasiones buscó argumentos que lo exoneraran de muchas de sus acciones,

---

89 Ibidem, T. II pp. 271-272.

generalmente criticadas por la posteridad. Citaremos tres casos. Uno de ellos se refiere a la actitud de desobediencia de Hernán - Cortés cuando tras ser destituido por Diego Velázquez de la dirección de la empresa conquistadora, salió rápidamente de La Habana hacia tierras mexicanas, sin hacer el menor caso a la orden de detención del Gobernador. Don Niceto, en su rol de defensor, alegó que Cortés no era subalterno de Velázquez, sino su socio, debido a que había invertido su fortuna en la empresa:

No trato de justificar por esto, el acto de desobediencia, siempre censurable, sino de manifestar -- que era disculpable por los intereses de gloria, - honra, vida y hacienda que tenía comprometidos en aquella empresa el hombre a quien se le despojaba, sin razón ninguna justificable, del cargo que se le había confiado.<sup>90</sup>

El segundo hecho seleccionado tiene relación con el castigo de amputación de las manos impuesto a los espías tlaxcaltecas, quienes fueron descubiertos examinando las condiciones en que se encontraba el campamento español con el fin de informar a Xicotencatl y - así poder atacarlo. Ante críticas como las de Robertson que consideraron a la sentencia de Cortés como un acto de crueldad, Zamacois desenfundó la pluma en su defensa y lanzó su argumento. Señaló que "en las naciones más civilizadas" la pena correspondiente era la muerte, como dando a entender que en el caso de los indígenas no había sido tan drástica. Para restarle todavía más dureza al asunto, asumió una postura historicista al decir que en aque--

---

90 Ibidem, T. II p. 297.

llos tiempos "la amputación era una sentencia común", a lo que -- agregó: "como lo es actualmente en los Estados Unidos, o al menos hasta 1847 los azotes y el marcar con un hierro ardiendo, y en el anterior anputar las orejas".<sup>91</sup> No cabe duda que don Niceto con -- el fin de dejar bien justificada la condena, al par que se colocó en las condiciones del contexto estudiado, también comparó el --- acto con las costumbres cercanas a su circunstancia, y que mejor haber utilizado como ejemplo a uno de los países que, desde aquel momento, descollaba entre los más avanzados.

Finalmente, el último caso que mencionaremos en torno -- al interés de Niceto de Zamacois por disculparle a Hernán Cortés sus defectos fue cuando ya en Tenochtitlán llamó "perro" a Moctezuma, lo cual se debió a que el emperador mexica se retrasó en -- proveerle de los víveres indispensables para el ejército español. Al contrario de Antonio de Solís que negó la actitud de Cortés, -- Zamacois reconoció que el hombre dominado por la ira puede incu--- rrir en esta clase de insultos. Pero este reconocimiento del he--- cho por parte de nuestro autor, estuvo acompañado de una exculpa--- ción, ésta lo obligó a imprimirle al héroe pasiones de la natura--- leza humana después de que hizo innumerables anotaciones sobre -- sus hazañas que rayan en la perfección cuasi-divina. De este modo,

---

91 Ibidem, T. II p. 218. Cabe observar que Francisco Javier Clavijero en su Historia antigua de México, sólo menciona la san--- ción aplicada a los espías tlaxcaltecas sin hacer la menor --- crítica. Cfr. op. cit. p. 318. Esto es una prueba más de la -- poca carga antihispánica que se le atribuye al autor, porque si a su discurso le fuera característico este tono, hubiese -- aprovechado un acontecimiento tan polémico para mostrar que -- la conquista española había sido cruel.

con tal de que Cortés saliese lo mejor librado de las críticas de la posteridad, en ocasiones le era más conveniente a don Niceto - referirse a él como a cualquier hombre:

Hernán Cortés, por grande que fuese, como realmente fue, y yo soy el primero en admirar sus extraordinarias dotes, era al fin hombre, y no podía estar exento de toda debilidad como pretende el elocuente cronista real de América.<sup>92</sup>

Apesar de que en la obra de Zamacois, Hernán Cortés es el protagonista principal de la trama conquistadora de nuestro país, ello no significó que omitiese y dejase de alabar las proezas de los lugartenientes o las de otros soldados españoles. Además, tal y como lo había hecho en la exposición del descubrimiento, hizo confluír hacia todos ellos el afán de gloria, el espíritu caballeresco, el amor a la patria, la lealtad al rey y sobre todo el interés por difundir la religión como factores impulsores de la conquista y también, recordemos, como valores que definían a los mexicanos; nada más que a diferencia de aquel acontecimiento, en este caso los enfocó con más detenimiento y por tanto su insistencia fue mayor al referirlos.

Igualmente, en contraposición al estudio sobre el descubrimiento en que Niceto de Zamacois negó el móvil de enriquecimiento como determinante de la empresa -no obstante de que en el texto, como ya vimos, se hace manifiesto tarde o temprano- en el caso de la conquista lo aceptó abiertamente, con la salvedad de que sus referencias fueron muy esporádicas al par que a sus compa

---

92 N. de Zamacois: op. cit. T. III p. 316.



triotas los presentó, casi siempre, como poco codiciosos. Al respecto uno de los ejemplos más ilustrativos es en el momento en que los españoles descubrieron el grandioso tesoro de Axayacatl en el palacio de Moctezuma, pues:

Aunque los españoles se regocijaron con el encuentro inesperado de aquellas riquezas, un sentimiento de noble delicadeza y el deber prescrito por el honor y la conciencia, les hizo mirar como sagrado aquel tesoro que no les pertenecía. Nadie se creyó con derecho para apoderarse ni del más insignificante objeto. Nadie llegó ni aún a coger en sus manos la joya de menor valía.<sup>93</sup>

Cabe aclarar que sólo una vez don Niceto reconoció que varios conquistadores se comportaron de manera ambiciosa. El pasaje se centra en la Noche Triste, en la que al huir de Tenochtitlán "la mayor parte de los soldados que desoyendo los consejos de Cortés, cargaron más oro del conveniente para poderse defender, murieron oprimidos por el peso del codiciado metal, bajo las aguas de los ensangrentados fosos".<sup>94</sup>

Siendo las riquezas extraídas durante la conquista uno de los tópicos más explotados por los detractores de España, resulta muy paradójico que uno de sus apologistas como lo era Zamacois, reconociera el interés material de los expedicionarios, aun cuando lo hiciera con cautela y midiendo sus palabras. Es probable que el autor creyera que la aceptación de esta clase de hechos de un cariz tan polémico, lo acreditaban como historiador ve

---

93 Ibidem, T. III pp. 51-52.

94 Ibidem, T. III p. 422.

raz y objetivo y por tanto como convincente a su discurso. Si bien es palpable esta inquietud, también es cierto que para borrarle el título de saqueadora que tenía España, don Niceto se propuso demostrar, a través de una larga explicación, que las ganancias recibidas por los españoles habían sido mínimas, al grado de desilusionarlos. Así pues, empezó señalando que en Tenochtitlán la cantidad de metales, principalmente la plata, era insignificante "a causa de los insuficientes medios que empleaban los nativos para sacarla".<sup>95</sup> Después recurrió a una comparación diciendo que a pesar de que era considerable el número de joyas reunidas en el palacio del soberano mexicana en relación a los hallazgos realizados con anterioridad, realmente "era muy inferior a la enorme riqueza que, más tarde, encontraron los conquistadores de Perú...".<sup>96</sup> Finalmente hizo una enorme lista de todas las personas que participaron en el reparto del tesoro de Moctezuma como prueba contundente de la poca riqueza obtenida.

Como hemos venido insistiendo, en particular sus alusiones a la religión como motor principal de la conquista fueron el

---

95 Ibidem, T. III p. 145.

96 Ibidem, T. III p. 147. No cabe duda que Niceto de Zamacois quería dejar muy clara la imagen de la conquista de México y por eso cuidó muy bien sus argumentos, aun a costa de cuestionar otras empresas realizadas en otros puntos de América. Un caso más que nos sirve de ejemplo es el relacionado con el descubrimiento de América, estudiado líneas atrás. Recordemos, que don Niceto no puso cuidado al manejar la posición de Colón, para quien, según el autor, sólo le interesaba la extensión de la religión, pero que de acuerdo a algunas otras partes de la exposición se nos muestra más ansioso por localizar los yacimientos de metales.

eje de su discurso, ya que era la fórmula más idónea en la absolución del proceso dominador protagonizado por España. En este sentido, mostró el fervor religioso de los españoles describiendo -- tanto las misas que se oficiaron durante toda la expedición como cualquier otra manifestación religiosa. Además, apoyándose en Bernal Díaz del Castillo, el autor vizcaíno explicó cómo el ejército hispano atribuía a la Providencia todos sus logros militares frente a las valerosas naciones indígenas, por lo que la fe les imprimía fuerza para continuar en la campaña y así poder propagar la -- religión. Este espíritu de religiosidad del que tanto nos habla -- don Niceto le sirvió de marco introductorio a su objetivo esencial: demostrar que Cortés y sus hombres estuvieron interesados -- en propagar la doctrina cristiana y así erradicar los cultos idólatras, exigentes de inmolaciones humanas. Muy elocuente es la siguiente cita:

Cortés y sus compañeros se juzgaban, aunque pecadores, como instrumentos de que se valía el cielo para extender las máximas del Crucificado; como soldados de una cruzada santa que combatían por el -- bien de la humanidad, que no podía existir sin el cristianismo. Esta creencia les daba esfuerzo para sufrir las fatigas, soportar el hambre, despreciar los peligros, acometer casi lo imposible y marchar a la muerte con serenidad y sin orgullo.<sup>97</sup>

Así, guiado por tal objetivo, presentó, en varias ocasiones, a -- Hernán Cortés en su papel de predicador. Según el autor, las prácticas religiosas del extremeño siempre estaban dirigidas a los --

---

97 Ibidem, T. II pp. 585-586.

principales señores indígenas que encontraba en su camino a Tenochtitlan, procurando convencerlos de que abandonaran sus sagrados rituales. Tanta fue su angustia por comprobar el afán evangelizador de don Hernando que después de haber insistido tanto en sus cualidades de excelente e inigualable diplomático conciliador, casi lo convirtió en un fanático, que derribaba los ídolos de los templos sin medir las consecuencias; tal como aconteció en Cempoala, en donde estuvo a punto de provocar una guerra, ya que Cortés "creyó que ante el deber cristiano, debía enmudecer la conveniencia política...".<sup>98</sup>

Debemos insistir que así como Zamacois destacó siempre a Hernán Cortés al referir los sucesos militares de la conquista, también lo hizo en lo referente a la difusión del cristianismo. De esta manera, el autor ratifica su convicción respecto a que los que hacen la historia son los dirigentes y los caudillos. Aunque esta perspectiva prevalece en una que otra parte del texto, llegó a mencionar la participación de algún soldado en tareas evangelizadoras, con lo que pretendió confirmar que no toda la expedición se centró en las prácticas militares, aun cuando el ideal caballeresco ejercía tanta influencia. Es así que calificó el papel de predicador a cargo de cualquier soldado como de "abnegación heroica, digna de elogio, pero que generalmente pasa desapercibida, porque no brilla con el colorido descubridor de las hazañas militares".<sup>99</sup> Si bien exaltó el espíritu religioso de Cor-

---

98 Ibidem, T. II p. 460.

99 Ibidem, T. II p. 467.

tés y los hombres que lo acompañaron, más creció su admiración -- cuando mencionó a los sacerdotes, entre los que hizo sobresalir -- al Padre Olmedo. La relevancia de su labor fue tan inmensa que a los ojos de Zamacois fue este personaje quien logró aplacar los -- impulsos fanáticos del Capitán de la Armada, pues aquel no preten-- dió catequizar por la fuerza, sino que "buscaba la conquista de -- las almas por medio de la convicción que hace amable la doctri-- na,...".<sup>100</sup>

Con la gran cantidad de anotaciones en torno a la propa-- gación de la religión católica entre las naciones indígenas, pode-- mos corroborar la importancia que tuvo en el pensamiento del his-- toriador hispano como valor de unificación de los pueblos. Prueba incesante de ello es lo que nos dice, por ejemplo, sobre los cem-- poaltecas:

La conversión de los cempoaltecas al catolicismo, -- aunque no estuviese asentada sobre sólidas bases, -- pues no había habido tiempo para darles a conocer -- profundamente la nueva doctrina, fue de todas mane-- ras un fuerte lazo que estrechaba mas y mas la ---- unión de los totonacos con los españoles.<sup>101</sup>

Además con palabras como "Cortés, al emprender la marcha, abrazó a los caciques totonacos, hermanos ya en armas y religión, reci-- biendo de ellos las protestas más expresivas de cariño y de leal-- tad",<sup>102</sup> Zamacois insinuaba a sus contemporáneos mexicanos que la religión había traído la fraternidad y la solidaridad.

---

100 Ibidem, T. II p. 520.

101 Ibidem, T. II p. 466.

102 Ibidem, T. II p. 467.

La relevancia de la religión católica como argumento medular de la reconciliación de la sociedad mexicana no resta importancia a otros recursos discursivos. Si la historiografía que precede a la Historia de Méjico de Niceto de Zamacois se escindió entre aquella que sólo se ocupó en alabar las acciones españolas y aquella que exaltó la resistencia indígena, a él, en su afán conciliador, debió corresponder la nivelación de los actos de los dos grupos contendientes. Por lo expuesto anteriormente, bien sabemos que la balanza se inclinó más hacia la actuación de los españoles; sin embargo, encontramos, en muchos momentos, largas referencias y sinceros reconocimientos a la forma en que procedieron las naciones del Anáhuac, en general, y los mexicas, en particular. Así como habló emocionado tanto de la valentía de Hernán Cortés y sus hombres como de su entrega a la patria española, así también encontró y glorificó estos valores en aquellos. Y del mismo modo en que situó al extremeño en primer cuadro al considerarlo el actor más sobresaliente de la aventura hispana, así también distinguió a Moctezuma, Cuauhtémoc y Marina de entre todos los pobladores de estas tierras americanas, aunque se debe aclarar que la tonalidad de los juicios emitidos en torno a ellos fue distinta. A larga distancia es claro advertir que el primero de ellos no gozó mucho de las simpatías de don Niceto, pues casi siempre lo llamó cobarde y traicionero. En cambio, admiró a Marina por el auxilio que brindó y en el caso de Cuauhtémoc nunca le rebajó la estima de joven "de elevadas ideas, de sentimientos patrióticos y de nobles sentimientos",<sup>103</sup> al par que lo calificaba como atrevi

---

103 Ibidem, T. III p. 345.

do, valiente e infatigable guerrero, cualidades que afloraron, en mayor dimensión, al producirse el sitio que las huestes españolas y sus aliados indígenas impusieron a Tenochtitlán:

El esforzado Guatemotzin, manifestaba con su heroica resistencia, que si sucumbía, sería correspondiendo con sus hechos al significado de su nombre. Significando Águila que cae o que se precipita, [sic] quería caer como la emperatriz de las aves, luchando con gloria, y alcanzando en esa lucha desgracia da, pero honrosa, la gloria de los héroes.<sup>104</sup>

Inclusive en algún momento el reconocimiento de Zamacois llegó al grado de igualar la trascendencia del gobernante indígena con la del capitán español:

Si Hernán Cortés había tomado la determinación --- irrefragable de no levantar el sitio, resuelto a morir en él o rendir la ciudad, el joven Guatemotzin, no con menos inquebrantable propósito, había tomado la heroica resolución de vencer a sus enemigos, o de perecer entre los escombros y ruinas de la capital azteca.<sup>105</sup>

No sólo las acciones de los dos personajes fueron colocadas en el mismo plano de importancia, sino que también lo hizo al comparar la heroicidad que venía caracterizando a los mexicanos en los enfrentamientos militares y que se mostró más latente en la defensa de Tenochtitlán con la de los españoles que estuvo presente desde los tiempos remotos. Así, pues, nos dice que "los mexicanos habían llevado al grado más heroico la defensa de la ciudad, como llevaron los españoles la de Sagunto, Numancia y Zaragoza

---

104 Ibidem, T. III. p. 919

105 Ibidem, T. III. p. 831.

za".<sup>106</sup> Sin lugar a dudas este paralelismo le servía a Zamacois como un instrumento de acercamiento entre México y España, pues — les hacía ver a ambas naciones que compartían una experiencia conquistadora muy parecida. Además al enfocar con el mismo ángulo — las actuaciones de los dos contendientes en los momentos más drásticos y decisivos del enfrentamiento, conjugaba la tesis indigenista con la hispanista. En este sentido, otro de los intentos — por nivelar acciones lo encontramos en su patética descripción sobre los funestos resultados que arrojó el asedio a la capital del imperio mexica:

No había más que miserables casuchas, situadas entre el agua, convertida cada una en un hospital — donde estaban aglomerados los enfermos y los moribundos. Afligidas madres, estenuadas [sic] de hambre y sin fuerzas para continuar buscando algunas yerbas o raíces que difícilmente se encontraban ya en la orilla de los canales, morían estrechando en sus brazos al tierno niño que llevaban en ellos y que espiraba [sic] a poco al lado de la desventurada que le dio el ser. La peste, consecuencia funesta de la miseria de un prolongado sitio en que faltan el agua y el sustento, se cebaba en aquella muchedumbre hacinada en un corto espacio,<sup>107</sup> rivalizando con el hambre en hacer víctimas.

Salta a la vista que Zamacois no ocultó nada sobre este cuadro de solador. En su papel de apologista de España bien lo pudo hacer, aun a sabiendas de lo sucedido por la información que registra — Cortés. Seguramente pensó que reconocer los hechos tal y como fueron le daba mayor aceptación a su texto frente a los sostenedores

---

106 Ibidem, T. III p. 973.

107 Ibidem, T. III pp. 928-929.



del indigenismo histórico. Debió de costarle algo de trabajo asumir esta postura y debido a ello, poco le faltó para estimar al suceso como un pago justo por los medios agresivos y duros que los mexicas utilizaban en la conquista de las poblaciones. La siguiente cita sintetiza lo antes expuesto:

Riqueza, tranquilidad, familia, amigos, todo había perecido para los heroicos defensores de la capital azteca: hasta la esperanza había muerto para ellos. Solamente una cosa querida vivía, que conservaba todos sus encantos, que nunca llegarían a perder, el amor a la patria. Entonces debieron comprender, sin duda, todo lo que debieron sufrir los pueblos a quienes habían privado de la libertad al engrandecerse ellos con sus conquistas. Siendo conquistadores, habían incendiado las ciudades de los que luchaban por su independencia, destinando al sacrificio a millares de individuos que lucharon por conservar su independencia. Ahora veían reducidos a cenizas y escombros sus palacios, pasados a cuchillo a sus amigos, a sus deudos, a sus hijos, a sus mujeres, por los mismos pueblos a quienes habían oprimido en su sed de engrandecimiento. ¡Terribles cambios de la fortuna, que hoy da agravios a los que ayer favoreció con dichas y felicidades.<sup>108</sup>

Con esta exposición impregnada de moralismo iba consolidando las bases de una teoría de la conquista que, estaba seguro, reconciliaría a la sociedad mexicana. Esta concepción ya se había perfilado en las Disertaciones de Lucas Alamán, pero Niceto de Zamacois la explotó al máximo al reiterar, cuantas oportunidades se le presentaron, tanto las quejas que las naciones indígenas sojuzgadas por los mexicas transmitieron a Cortés por el trato tiráni-

---

108 Ibidem, T. III. pp. 954-955.

co y las excesivas cargas tributarias de que eran objeto como la facilidad de éste en captar el problema y saberlo aprovechar en beneficio del incremento de su contingente militar. Así, pues, -- sin titubeos expuso su teoría de la conquista española:

Ninguno de los habitantes de los pueblos que forman la actual república mejicana, puede, por lo mismo, sin faltar a la verdad histórica, aun cuando la pura sangre india circule por sus venas sin mezcla ninguna castellana, incluirse entre los descendientes de los antiguos mejicanos conquistados, sino entre los de sus conquistadores. Las diversas naciones de Anáhuac, reconociendo por soberano al monarca de Castilla, se unieron a la España, formando una parte integrante de ella, para conquistar a la nación azteca, que entonces se reducía, propiamente, a la capital de Méjico. Puede asegurarse que ninguno de los habitantes de la actual nación mejicana, desciende de los antiguos mejicanos conquistados, sino de las demás naciones conquistadoras de ellos. Los españoles hicieron cabeza de esa conquista, pero los reinos todos del Anáhuac, unidos a ellos, fueron los conquistadores de Méjico.<sup>109</sup>

Sin lugar a dudas, tanto la exaltación de la religión católica como este concepto de la conquista eran los medios más convincentes que don Niceto podía ofrecer en la búsqueda de la concertación entre los mexicanos, sin olvidar que a través de ellos también pretendía acercar a estos con los españoles, ya que le era imposible aceptar que estuvieran distanciados dos pueblos que compartían lazos familiares, costumbres y religión. Además motivado por estos mismos propósitos le fue imprescindible clausu--

rar todo discurso tendiente a reavivar la Leyenda Negra contra España. Es lógico, por tanto, que los escritos que refutó fueron -- los realizados por el fraile Bartolomé de las Casas y los de todos aquellos que le habían copiado. En particular, la conclusión emitida en torno a la falta de credibilidad del dominico fue sumamente tajante al criticar que "llevado de su noble celo Evangélico y de su amor a los indios, exageró hasta el grado de lo imposible los hechos que relata, y da por cosas sucedidas, muchas que nunca llegaron a verificarse".<sup>110</sup> Y para terminar de desacreditar lo como historiador digno de fe se apoyó en los juicios que autores de la talla de Bernal Díaz del Castillo y Francisco Javier -- Clavijero habían pronunciado en su contra. La rehabilitación de -- la imagen de España no concluyó con este veredicto descalificador a la principal fuente detractora sino que en la mayor parte del -- tomo X-B se ocupó en demostrar que la conquista española había sido realizada de la manera más humanitaria y que las condiciones -- del sometimiento habían sido muy favorables. Zamacois en su papel de abogado del mundo católico-hispano frente a los embates del -- mundo protestante anglosajón, era obvio que retomara todas aquellas acusaciones que Inglaterra dirigiera a España e ilustrara -- los procedimientos seguidos por ambas en sus respectivas empresas conquistadoras, para luego revelar a sus lectores que a la primera le había caracterizado la crueldad y el lucro mientras que a -- la segunda la benevolencia y el altruismo.

Fueron varios los argumentos que utilizó para comprobar la enorme diferencia. Resulta interesante detenernos en algunos --

---

110 Ibidem, Tomo X-B p. 1031.

de ellos. Primeramente tenemos la advertencia que hizo don Niceto al derecho de fuerza que los ingleses emplearon, mismo que consideró muy distante a la actitud de Hernán Cortés y sus hombres, -- quienes prefirieron entablar el diálogo con las naciones que encontraban a su paso, antes que recurrir a las armas, y aclaró que si lo hicieron fue porque no les quedó otro camino. Aparte de mencionar el uso de la violencia como una de las formas de adueñarse de terrenos americanos, nuestro autor distinguió otros medios como la compra y la entrega de "bebidas espirituosas, terribles para la salud de los indios, de algunos objetos de poco valor y deslumbrantes, y más tarde con unas cuantas monedas, telas de vivos colores y armas para hacer la guerra a otras tribus enemigas".<sup>111</sup> Para el autor en cuestión este sistema no había otorgado a Inglaterra legalidad sobre la posesión de tierras de América, mientras que los títulos de España sí habían sido legítimos, ya que se habían basado en la unión espontánea de las naciones del Anáhuac a los españoles. Como manera de probarlo, no en balde había gastado tanta tinta en describir la terrible sujeción mexicana y la desespección de los indígenas oprimidos por liberarse de aquel yugo. -- Otro de los planteamientos comparativos le llevó a esclarecer que la cifra de indígenas victimados por los españoles había sido --- adulterada al tiempo que adjudicó a los ingleses un número excesivo de atroces matanzas. Creyó que ello se confirmaba al mostrar -- que en la Nueva España había aumentado la población indígena --- mientras que en la colonia del Norte había disminuido casi hasta su extinción. Además concluyó que el exterminio se había dado por

---

111 Ibidem, T. X-B p. 959.

que los colonizadores británicos no estaban interesados ni en mejorar las condiciones de los pueblos aborígenes ni en adoctrinarlos en la fe cristiana, tal y como España lo había hecho. Es evidente que al censurar el proceder de aquellos enfatizaba el papel de los españoles como impulsores de la civilización, lo que los elevaba al sitio de los pueblos más adelantados. Con este juicio otorgó a España una enorme trascendencia en un siglo que admiraba a cualquier nación relacionada con la promoción del progreso.

Entre las instituciones estimadas como vehículos de este ideal contó a los repartimientos y a las encomiendas, pues nos dice que permitían el incremento de la productividad de la tierra. Recordemos que esta apreciación de Zamacois se basa en la creencia de que la explotación agrícola era la semilla de todo avance y que, por tanto, integraba a la vida social a comunidades como la de los indios. Debido a que el tema de los repartimientos y encomiendas se encontraba entre los más controvertidos de la historiografía, don Niceto dedicó varias páginas a hablar de los beneficios que los indígenas obtuvieron con ellas. Admitió que hubo españoles afectos a maltratar a sus encomendados, pero más tarde en reconocer el hecho que en aclarar que fueron castigados severamente a partir de la promulgación de leyes centradas en la protección de los indios y en la salvaguarda de su libertad. Apoyado en este conocimiento, rechazó a la palabra repartimiento como sinónimo de esclavitud. Siendo la libertad otro de los ideales decimonónicos más valiosos tuvo que subrayar que los monarcas españoles, principalmente doña Isabel y don Fernando la respetaron y que esta postura fue diferente al tratamiento de esclavos que Inglaterra dio a los aborígenes de los territorios colonizados.

Aún más, como prueba contundente de que efectivamente se llegó a la prosperidad en los dominios españoles de ultramar, Zamacois enumeró cada uno de los logros alcanzados no sólo en materia económica sino también los correspondientes a otros órdenes de la vida novohispana. Así, pues, se refirió a la profunda y --- constante preocupación de los virreyes por construir obras públicas, crear instituciones y promover la cultura. Igualmente describió el desarrollo de las ciencias y las artes, distinguiendo entre estas últimas una pléyade de escritores, sobre todo de origen indígena y mestizo, que produjeron importantes obras literarias e historiográficas. Cabe destacar que si bien a la voluminosa Historia de Méjico de Niceto de Zamacois le caracterizó el registro de acontecimientos políticos, encontramos que en la segunda parte -- del tomo X se rompió la regla, ya que puso mayor hincapié en hechos de naturaleza económica, culturales y científicos. Sin lugar a dudas un discurso apologético de España así lo exigió.

Si el ideal de progreso fue necesario rastrearlo en los tiempos coloniales al ser estimado como un buen justificante de la colonización hispana, en mayor medida lo fue la anulación de cualquier signo de crueldad en la difusión y conservación de la religión católica, por ser el factor de unificación nacional más sólido. No es casual, por tanto, el número de líneas que nuestro autor ocupó en confrontar las características de la Inquisición española con las de la inglesa y librar, de esta forma, a la primera de los incisivos ataques en su contra. Empezó por considerar al Santo Oficio como una institución necesaria en la salvaguarda de los dogmas cristianos. Sin embargo su interés radicó en revelar que la persecución y ejecución de los disidentes religiosos -

en las posesiones inglesas excedió en número y exageró sus sanciones en comparación a lo acontecido en dominios españoles, y agregó que así lo demostraban penas como los tormentos, la quema en la hoguera, el destierro, el desorejamiento y la horadación de la lengua con un hierro candente.<sup>112</sup> Además con el plan de dar mayor firmeza a sus acusaciones en contra de los procedimientos inquisitoriales de los anglosajones, presentó el dato relativo a que en la Nueva España, entre los años de 1574 a 1820, tan sólo nueve individuos fueron quemados en vida. A su parecer la causa de una mayor cantidad de procesados por cuestiones de dogma de fe en Inglaterra obedeció a una intransigencia religiosa sustentada por cada una de las sectas existentes. La descripción de este contexto le ayudó a desmentir la idea de que los ingleses "llevaron la tolerancia religiosa a la parte del Nuevo-Mundo que ocuparon, que hoy lleva el nombre de Estados Unidos".<sup>113</sup> Así en su inseparable inquietud por colocar en el punto más alto el nombre de España, añadió que "los españoles no tenían necesidad de establecer la tolerancia de cultos, porque todos profesaban unas mismas ideas, y se hallaban unidos por una sola religión".<sup>114</sup> A este mismo factor lo consideró como la razón del bajo número de individuos sometidos a juicio por la Santa Inquisición. Finalmente concluyó que la unión había permitido que los indios abandonaran las prácticas de los sacrificios humanos al conocer la verdadera religión, pues de lo contrario se hubieran confundido al oír hablar de la existencia de varias profesiones de fe. Es innegable la constancia de Nice-

---

112 Ibidem, T. X-B p. 1201

113 Ibidem, T. X-B p.p. 1200- 1201

114 Ibidem, T. X-B p. 1205.

to de Zamacois en su afán conciliador. Aún en pleno duelo con el mundo protestante anglosajón no olvidó mostrarle a la sociedad mexicana escindida en irreconciliables posturas partidistas, el valor eterno que la identificaba como una sola nación.

### 3.3. La trascendencia de Hidalgo e Iturbide en la visión conciliadora de Niceto de Zamacois.

Al revisar los tomos correspondientes al México prehispánico, al descubrimiento de América, a la conquista española y al movimiento emancipador, es evidente que cada uno de estos temas se enlaza con los otros para dar solución a un error interpretativo sobre el devenir mexicano y que era considerado como el foco de las incontables y agudas crisis que enfrentaba el México de cimonónico. Tal problemática consistía, a los ojos de Zamacois, en fundar el derecho de independencia en la conquista y no en la emancipación. Hay que recordar que de esta visualización emergió su teoría de la conquista. Si al proyectarla se propuso la reconciliación de la sociedad mexicana, este esfuerzo no disminuyó al momento de enfocar los acontecimientos ocurridos durante la gesta libertaria de México. Inclusive en las líneas tocantes a este tema, se acentúa en mayor medida, por la naturaleza del hecho, la ansiedad por provocar un reencuentro entre México y España. Estuvo consciente de que el divorcio entre ambas naciones se debía a un mutuo resentimiento, centrado en el caso de los mexicanos en la imborrable imagen de una España saqueadora y explotadora que había mancillado la libertad de sus antepasados, mientras que los españoles ni aceptaban la pérdida de tan importante colonia, ni -



paraban de repetirse que aquellos eran unos desagradecidos y faltos de memoria al olvidar que gracias a la colonización, México - podía contarse entre los pueblos del mundo civilizado.

En definitiva, a Zamacois ya no le afectó la pérdida de la antigua posesión novohispana; por el contrario, fueron constantes las muestras de simpatía hacia el movimiento emancipador e inclusive vio sentimientos de patriotismo entre los motivos que la impulsaron. Así en la siguiente cita, subrayando su procedencia - española, nos dice:

Parecera extraño que yo, siendo español, no censurase el movimiento de Hidalgo que tendía a despojar a la España de una de sus mas ricas joyas de la -- América; pero por lo mismo que soy español y amante de la independencia de mi patria, soy justo con todos los que abrigan igual noble sentimiento respecto del país en que han nacido.<sup>115</sup>

Aunado a los propósitos conciliadores, en este texto también aflora el ideal de libertad como una manifestación más de su espíritu decimonónico. Al sumar ambos objetivos, Niceto de Zamacois retomaba del ideario conservador una forma distinta de concebir a la -- emancipación. Su concepción estaba cargada de preceptos moralistas que hacían ver al hecho como natural, justo y, en consecuencia, totalmente adverso a la imagen de un rompimiento drástico como proyectaban otras interpretaciones:

Los hijos de la Nueva España habían acariciado la halagadora idea de emanciparse de la antigua, formando una nación independiente. Eran los descendientes de los españoles, que habiendo llegado a -- un estado de civilización notable, considerandose

---

115 Ibidem, T. VI pp. 233-234.

con los elementos necesarios para gobernarse por sí mismos, querían poner en planta su deseo. Los hijos habían llegado a la edad de tomar estado y anhelaban separarse de sus padres para formar otra gran familia. El deseo era natural y noble, y nadie que aliente sentimientos de amor patrio, podrá condenar la idea.<sup>116</sup>

Siguiendo con la misma concepción y ante la imposibilidad de quebrar con su hispanismo, nuestro historiador además recordó los beneficios que España había otorgado a su antigua colonia; mas no lo hizo con el afán de reproche sino afablemente:

La España había sido una excelente madre para sus hijos de la Nueva España, les había dado sus mejores maestros en ciencias, letras y artes; había en<sup>u</sup>viado a su suelo todos los frutos y ganados del suyo; pero la gratitud a los bienes recibidos de los padres, no pugna ni contradice en nada con el pensamiento de establecer una familia separada, gobernada con independencia de sus padres.<sup>117</sup>

Aunque matizada con el peculiar estilo de Zamacois es irrefutable que la tutoría de esta tesis pertenecía a don Lucas Alamán, quien afirmaba que la Nueva España, una vez alcanzada su mayoría de edad, adquiriría el derecho de independizarse de la metrópoli española. No podemos negar que don Niceto al incorporar esta teoría a su discurso retomaba, a su vez, la añeja polémica decimonónica entre Alamán y los indigenistas Mier y Bustamante, pues era precisamente este último, influido por Fray Servando, quien había justificado "la independencia con la base en la presuposición de la existencia de una nación mexicana que existía antes de la conquis

---

116 Ibidem, T. VI pp. 138-139

117 Ibidem, T. VI p. 139.

ta, ahora liberada después de trescientos años de despotismo español".<sup>118</sup> A simple vista podría parecer que don Niceto se situaba en una posición distante de cualquier fin conciliatorio. Empero, cuando se adentra en la narración del movimiento insurgente nos damos cuenta que superó la limitante equiparando la trascendencia redentora de Miguel Hidalgo y Costilla con la de Agustín de Iturbide.

En efecto, las dos visiones históricas a que nos hemos referido, fincaron su admiración en uno de los dos personajes de acuerdo al carácter y al significado que tuvieron sus campañas independentistas, pues con base en ello definían su concepto de nación. En el caso particular de Carlos Ma. de Bustamante encontramos que exaltó las acciones del cura de Dolores sin omitir las -- alabanzas a la movilización revolucionaria y popular del contingente que éste comandaba. Para don Carlos, este suceso había significado que "los insurgentes, herederos de Cuauhtémoc, luchaban para liberar a la nación mexicana de las cadenas que la conquista le había impuesto".<sup>119</sup> Lucas Alamán, en contraposición, honró a Iturbide por haber consumado la emancipación sin atentar en contra de los valores hispanos que definían a los mexicanos, al tiempo que impugnaba el desorden y la anarquía imperantes durante las correrías de los insurrectos de 1810. Su discurso expresaba la -- preocupación de la elite criolla por erigirse como la clase rectora del cauce que debía seguir el país. Aún más, cuando repudió el carácter revolucionario de la lucha independentista estaba asegu-

---

118 D. Brading: op. cit. 119

119 Ibidem, p. 77.

rando la permanencia en el poder de los criollos, debido a que --  
clausuraba la posibilidad de cualquier pronunciamiento en su con-  
tra. Si bien Bustamante y Alamán fueron los mejores exponentes de  
sus propias interpretaciones, cabe añadir que estas rebasaron el  
plano historiográfico y alcanzaron las páginas de la prensa perió-  
dica, pero sobre todo afloraron en las oraciones cívicas pronun-  
ciadas cada año en conmemoración a veces del 16 de septiembre, a  
veces del 27 del mismo mes; recordemos que la elección de la fe-  
cha dependía del color del partido político en el poder.

Como testigo de este contexto tan voluble, Niceto de Za-  
macois, en su plan conciliador, se propuso equiparar los actos de  
Hidalgo con los de Iturbide. Uno de sus principales recursos con-  
sistió en presentar cuadros biográficos que registraran las acti-  
vidades más relevantes de cada uno de ellos. En cuanto al levanta-  
miento inicial del largo proceso independentista, nuestro autor --  
no sólo otorgó reconocimientos a don Miguel por su labor sino que  
los extendió a Allende, Aldama y Abasolo. Todavía fue más allá al  
situar a Hidalgo y a Allende en el mismo peldaño de grandeza; lo  
hizo así porque no creyó justo que Hidalgo recibiera todas las --  
ovaciones cuando en realidad Allende había trabajado arduamente --  
en los preparativos de la conspiración:

Hidalgo y Allende son en la historia de los prime-  
ros acontecimientos que dieron al fin por resulta-  
do la independencia de Méjico, las dos figuras pro-  
minentes, los dos protagonistas igualmente intere-  
santes, en el importante drama que transformó de co-  
lonia en potencia soberana el vasto y rico territo-  
rio de la Nueva España. Allende fue el primer ini-  
ciador. Hidalgo el primer ejecutor. Ambos tienen --  
la misma gloria y el mismo derecho a la gratitud --

de sus compatriotas, y a ninguno de los dos le hace falta la gloria del otro, porque le basta la suya propia.<sup>120</sup>

Don Niceto agregó que si al cura de Dolores se le atribuían todos los méritos de la empresa era porque así había convenido a los propios insurgentes, puesto que su carácter sacerdotal legitimaba la causa para que "no se juzgase que era antireligiosa ni se oponía al juramento de fidelidad al monarca, ...".<sup>121</sup>

Fue común que el autor en cuestión comprendiera el proceder de los principales caudillos de la guerra de independencia. Su justificación llegó a tal grado que sorprenden comentarios como el que gira en torno a la aprehensión de los españoles que residían en Dolores al momento de estallar la insurrección: "la prisión de los españoles era pues una necesidad para los caudillos de la revolución, motivada no por el placer de causar daño, sino para salvarse de ser ellos los aprehendidos".<sup>122</sup> Este juicio nos sirve para reiterar dos cosas. Sentimos, en primer lugar, que de todas las pruebas presentadas con el propósito de demostrar el anhelo de Zamacois para reconciliar a España con México ésta es la más contundente. En segundo lugar diremos que si bien Zamacois nunca aprobó los desmanes de la "plebe" durante los años de insurgencia, no por ello reprobó ni restó valor a las actuaciones de los principales protagonistas. Recordemos que al descalificar aquel suceso se afiliaba con los seguidores de la tesis alamanista, pero al mismo tiempo contactaba con los postulados de Busta--

---

120 N. de Zamacois: op. cit. T. VI p. 157

121 Loc. cit.

122 Ibidem, T. VI p. 230.

mante que glorificaban las acciones de los insurgentes. Por consiguiente se apuró en aclararle a Alamán que a los caudillos les -- era imposible predecir el rumbo que tomarían los sucesos. En este sentido expuso:

Los excesos del populacho fueron, pues, posteriores al grito, ajenos [sic] al pensamiento que motivó la voz de independencia, que es el suceso que se celebra el 16 de setiembre.<sup>123</sup>

Sin embargo, con sus benevolentes juicios no dejó de advertir "una mal entendida condescendencia" como la falla en que incurrieron los líderes al permitir el desborde popular. En consecuencia apunta que:

Los caudillos del movimiento empezado en el pueblo de Dolores en 1810, por mas que no acertaran en -- los medios de la ejecución de la idea, tienen el -- mérito de haber iniciado el pensamiento y de haber preparado el ánimo de todos los hijos del país a -- desear la independencia. Si el sistema adoptado de dejar demasiada libertad a las masas para atraer a la multitud, creyendo así que no podría el gobierno virreinal oponer resistencia, dio resultados -- opuestos, porque los abusos de la multitud indisciplinada alarmó a los hacendados y clase acomodada, la idea había sido acogida con placer, y tenía que producir los efectos que al fin vinieron a realizarse.<sup>124</sup>

Las observaciones a la tesis de don Lucas no pararon aquí, sino -- que nuestro autor demostró lo inverosímil de algunas afirmaciones pronunciadas por aquel en torno a la actuación de Hidalgo. La ci-

---

123 Ibidem, T. VI p. 268.

124 Ibidem, T. X-B p. 891.

ta que presentamos como ejemplo hace alusión a la toma de San Miguel el Grande. Aunque es bastante extenso el párrafo, hemos creído conveniente copiarlo en su totalidad porque es un buen ejemplo de lo expresado y por el estilo irónico que empleó su autor para reprobar al teórico del conservadurismo mexicano:

El párroco de Dolores se hallaba en aquellos instantes ocupado en la aprehensión de los españoles .... Vencer a la única fuerza que se oponía a que se apoderase de la población, era urgentísimo, de suma importancia. .... era pues imposible que el cura Hidalgo que se hallaba interesado, por su propia existencia, en obligar a los españoles a deponer su actitud hostil, hubiera desatendido el asunto más importante que para él existía, para ocuparse de asaltar casas que se habían cerrado fuertemente, apoderándose del dinero que en ellas había, y salir al balcón para arrojarlo al pueblo en medio de la oscuridad de la noche, no a puñados, 'sino en talegas de duros' que ni el cura, en su avanzada edad hubiera tenido fuerza para levantarlas y arrojarlas, ni cabeza que hubiese resistido el golpe de tres arrobas, que es lo que pesa cada talega de mil duros. - Si el objeto de Hidalgo hubiera sido que la plebe se apoderase de los bienes de los españoles, mas sencillito le hubiera sido decirle las mismas palabras que se le han atribuido, añadiendo que le daba libertad para saquear sus casas. La inverosimilitud se hace más notable, cuando se considera que el jefe del movimiento necesitaba de grandes sumas para pagar a la gente que le seguía, y que en vez de arrojarlas al pueblo, las hubiera repartido entre sus oficiales y soldados.<sup>125</sup>

Para complementar el cuadro de los héroes de la independencia sólo restaba a don Niceto hablar de d. Agustín de Iturbide.

---

125 Ibidem, T. VI p. 261.

De entre todas sus actuaciones, don Niceto subrayó la proclamación del Plan de Iguala, porque del mismo modo que Alamán, creyó que con este documento quedaban garantizados los valores esenciales de los mexicanos, los cuales los identificaban como una nación unida. Es evidente, por tanto, que Zamacois admiró a Iturbide al ver en él a un hombre conciliador. La mayoría de sus actos fue observada desde este punto de vista. El ejemplo más representativo es la explicación de la negativa de Iturbide a enlazar su campaña con el movimiento de los insurgentes:

En el interés de Iturbide estaba no hacer mención de ella y considerarla como un movimiento anárquico y sin plan, para justificar así la tenaz persecución que había desplegado contra los insurrectos. Su silencio, pues, fue efecto de buena política -- que, a la vez que le hacía aparecer como el hombre a quien era deudora la nación del supremo bien que disfrutaba, no hería a los que pertenecían a la revolución de 1810, que formaban, en aquellos momentos, una parte considerable de su ejército triunfante.<sup>126</sup>

En cinco voluminosos tomos y apoyado en documentos epistolares, actas, despachos, periódicos y los textos historiográficos de Bustamante y Alamán, entre otros, Niceto de Zamacois recorrió las distintas fases del movimiento de independencia de México:

Para la nación que llegó a verse independiente y soberana, los caudillos de la primera época y de la segunda son acreedores a su eterna gratitud. -- Los nombres de Hidalgo de Allende que iniciaron la idea, combatiendo hasta morir por ella; de Morelos

---

126 Ibidem, T. X-B p. 892.



que la sostuvo con heróico valor; de Guerrero que mantuvo el fuego de la independéncia, y de Iturbide que tuvo la dicha de realizarla, deben ser igualmente enaltecidos por la nación entera, a la cual colocaron en el catálogo de las naciones que se rigen por sí solas.<sup>127</sup>

Tras equiparar acciones y exaltar participaciones, Niceto de Zamacois propuso a los mexicanos conmemorar tanto el 16 como el 27 de septiembre porque esas fechas representaban la unidad de una nación independiente.

3.4. La trascendencia de republicanos y monarquistas en la visión conciliadora de Niceto de Zamacois.

Para una mejor comprensión de este subcapítulo, nos gustaría partir de la consideración de que así como una historia general de México tenía que concebir al ser nacional como resultado del México prehispánico y el colonial en un sólo proceso, así también tenía que unificar acciones de liberales y conservadores; de mostrando además, que ambos grupos tuvieron entre sus intereses vitales la consolidación del México independiente. En este sentido, ni unos serían los traidores ni otros los salvadores y, por ende, no habría razón de los enfrentamientos partidistas.

Como ya habíamos señalado líneas atrás, la historiografía decimonónica dio cuenta muy parcialmente de los múltiples intentos por implementar ya el proyecto liberal, ya el proyecto conservador. En esta ocasión, por falta de tiempo y espacio, nos hemos limitado a la visión que se tuvo respecto al Imperio de Maxi-

---

127 Ibidem, T. X-B p. 893.

miliano. Como apuntamos en la introducción de este trabajo la selección obedeció a que creemos que tal acontecimiento ejemplifica un momento de nuestra historia en que de manera extrema trato de imponerse uno de los dos proyectos nacionales; proyectos, por --- cierto, cuyos epítetos eran por un lado republicano y por otro mo nárquico. El propio carácter de los hechos suscitados durante esta etapa y el número de actores involucrados en ellos produjo un vasto número de textos en el campo historiográfico que desde distintos enfoques abordaron tan impactante suceder. La preocupación por justificar acciones o reafirmar posiciones impidió que la hig toriografía se sacudiera de visiones partidistas, y por lógica -- que no se intentase integrar los acontecimientos en forma imparcial, o lo que es lo mismo, que no se lograra concebir a libera-- les y conservadores comprometidos en un mismo proceso.

En una simple y rápida ojeada veamos las distintas posturas que se asumieron, principalmente durante los primeros quince años transcurridos después del triunfo de la República, en tor no al Imperio de Maximiliano, las cuales podemos ordenar de acuerdo al marco espacial en que se producen, su tendencia ideológica y el fin que persiguen. En primer lugar encontramos la visión de los derrotados intervencionistas extranjeros, cuya tonalidad discursiva se centra en el desprecio a nuestro país y a sus habitantes, desacreditando a México ante el mundo europeo, destacan His- toire Mexique. Juárez et Maximilien. Correspondences inédites des presidents. (1868) de Emmanuel Domenech y L'elevation et la chute de l'empereur Maximilien. Intervention française au Mexique 1861- 1867 (1867) de Emile de Keratry. En un segundo lugar, integrado también por extranjeros, se concentran los trabajos de españoles

que por su afiliación republicana aplauden primero a la resistencia juarista, que por todo el norte del país llevó a cuestas a la República, y finalmente su triunfo. La Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867 (1867) de Pedro Pruneda es una prueba indiscutible de la preocupación por enarbolar la bandera del republicanismo. En tercer lugar vendrían los documentos de los monarquistas mexicanos en el exilio que claramente manifiestan su frustración por el fracaso del proyecto de monarquía en México, a la par intentan justificar su participación en la instauración de esta forma de gobierno. Asimismo es característica en sus relaciones historiográficas que la actuación del enemigo republicano y su producción historiográfica son ignoradas casi por completo. Los exponentes de este tercer lugar son: José Manuel Hidalgo con sus Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del emperador Maximiliano (1868) y Francisco de Paula de Arrangoiz también con sus Apuntes para la historia del segundo Imperio Mejicano. Los textos mexicanos que por el contrario exaltaron el largo y penoso camino hacia el triunfo de la República, la participación de sus próceres en el campo de batalla y que por lo tanto reproducen el discurso del partido republicano triunfante, ocupan un cuarto lugar en nuestra enumeración. Son representados por las Revistas históricas sobre la intervención francesa en México (1867) de José María Iglesias y la Reseña histórica de la formación y operaciones del Ejército Norte durante la intervención francesa. Sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte. (1867) de Juan de Dios Arias. Como es obvio la producción historiográfica -

de este matiz ideológico fue bastante copiosa y se mantuvo ya --- bien entrado el porfiriato. Todo este conjunto de obras se distinguen por ser historias particulares. Quedarían, entonces, en un quinto lugar aquellas historias generales de México, en que a pesar de que el Imperio de Maximiliano no es tema central si destaca en el conjunto de la obra. Es precisamente en esta relación en donde se inserta la Historia general de Méjico de Niceto de Zamacois.

Para comprender su visión sobre esta etapa es necesario recapitular sobre los tres factores que circundaron su vida. En efecto, el arraigado tradicionalismo, el ser oriundo de una España de corte monárquico, y las experiencias, en ésta y en México, en torno a las innumerables guerras civiles, lo convirtieron en un portavoz del ideario conservador-monarquista, mismo que consideraba a la proclamación imperial de Maximiliano como la posible solución de los males que aquejaban a México. En igual medida bajo la -ya tantas veces mencionada- búsqueda de reconciliación de la sociedad mexicana, expresó, en términos justificatorios, que - así como los republicanos estaban comprometidos con el país, así también lo estaban los conservadores, -a los que designa, en el tema que nos ocupa, como imperialistas-, pues ambos, antes que defensores de un partido, eran mexicanos dotados de la virtud del amor a la patria. Escuchemos a Zamacois:

Ya he dicho varias veces que los mejicanos, sin excepción de partido, poseen la noble virtud del amor a la patria en un grado muy alto que les honra, y nadie transigiría en aquel país con nada que amenazase su independenciam... es mi deber manifestar que las acusaciones de traición a la patria --

que mutuamente se han dirigido en México los dos - partidos, que se han disputado el poder, no ha reconocido mas origen que el anhelo de triunfar cada uno de su contrario, tratando de desprestigiarse - en la opinión del pueblo. Sin embargo este ha tenido siempre el buen juicio para comprender que uno y otro eran igualmente amantes de su patria, y que si la exaltación de las pasiones políticas los tenía separados, cuando se tratase de defender la independencia, se unirían para combatir juntos contra el enemigo extranjero que intentase arrebatarles aquella.<sup>128</sup>

Más adelante recordaba que así había sucedido en la guerra en contra de los Estados Unidos.

Según Zamacois, si ya quedaba aclarado que la intervencción extranjera y la implantación del imperio no habían significado ningún atentado a la nación, y que en consecuencia los conservadores no eran ningunos traidores, vendría ahora el presentar en su Historia, en un tono también muy justificatorio, que la adhesión y colaboración en el gobierno monárquico por parte liberales moderados y hasta de republicanos, obedeció a la imperante necesidad de estabilizar al país, y que por ello tampoco se les debería de considerar traidores. En esta forma José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, José María Lacunza, y el propio Almonte fueron exonerados por Zamacois ante la historia. Refiriéndose a la actitud de estos personajes y a la de otros más, nos dice:

no se trataba ya de defender la independencia, sino de ver que sistema de gobierno convenia mas al pueblo, si el republicano, con las leyes de reforma de 1857, o el monárquico con otra constitución.<sup>129</sup>

---

128 Ibidem, T. XVII p. 99

129 Loc. cit.

Con el propósito de que sus lectores comprobaran que efectivamente la gran mayoría de mexicanos, incluyendo a los indígenas, había preferido ser gobernada por una monarquía, refirió, con todo lujo de detalle, como aquella se había volcado en las calles para recibir a los emperadores. A su parecer esta manifestación respondió más que nada al anhelo de paz, encarnado en la figura de Maximiliano. Una y otra vez insistió sobre la aceptación que había tenido, mas reconoció que esa misma población, tarde o temprano, había perdido el entusiasmo al ver que el ejército imperial no podía sofocar el fuego del republicano, y además porque la política de Maximiliano no fue la acertada.

Muy afectó Zamacois a destacar en la historia la actuación de los hombres principales, retrató a Maximiliano como hombre de carácter conciliador, pero que en su excesivo afán por atraerse a los republicanos, hizo a un lado a los conservadores, menospreciando sus acciones. Según criticó don Niceto con tono magisterial, Maximiliano llegó hasta el atrevimiento de llamarlos los cangrejitos. Este y otros errores son expuestos por nuestro autor con suma minuciosidad. Aunque Zamacois no expresa abiertamente su preferencia hacia el conservadurismo, ésta se encuentra implícita en su discurso. Ello nos explica las duras, mas no muy profundas críticas hacia la política liberal de Maximiliano. De tal modo que tras censurar severamente al periódico francés L'Estafette por llamar al partido conservador "clerical y de sacristía",<sup>130</sup> la arremete en contra de Maximiliano por asumir una actitud de indiferencia ante estas agresiones. Zamacois no concibe co

---

130 Ibidem, T. XVII p. 491

mo "un modelo de religiosidad" pudo haber actuado así. El desprecio que el emperador tuvo hacia los conservadores y la política negligente que se siguió en la cuestión de los bienes eclesiásticos fueron considerados por nuestro autor entre los errores más graves que produjeron la falta de consolidación y finalmente la caída del imperio.

Zamacois repitió constantemente que todo se debió a que Maximiliano lo único que esperaba era congraciarse con los liberales. Es lógico que para el vizcaíno, las políticas anticlericales fueran las causantes del trastorno que sufría nuestro país, pues no olvidemos que consideraba a la religión como fuente de unión entre los mexicanos, ya que en ella radicaba su esencia. Para nuestro autor no resulta raro, entonces, que fuera fatal al imperio no haberse puesto de acuerdo con el Nuncio Apostólico. El único culpable de esta situación había sido Maximiliano, a pesar de que Zamacois no lo expresa categóricamente, varios fueron los documentos que empleó para insinuarlo. Desde nuestra perspectiva, no hay duda que Niceto de Zamacois cayó en la misma equivocación que los conservadores de su tiempo, es decir, confundir política liberal anticlerical con agresión al dogma religioso.

A mi parecer, una falta de apreciación histórica fue otro de los enormes desatinos que cometió Maximiliano. Esta se manifestó en septiembre de 1864 cuando en plena celebración de las fiestas de la independencia, el emperador sólo se concretó a enaltecer "el paso innegablemente heroico del primer caudillo de la independencia",<sup>131</sup> olvidando que Iturbide había sido el consuma--

---

131 Ibidem, T. XVII p. 527.

dor de ella. Cabe en este punto reiterar lo siguiente: es realmente digno de reconocerle a Niceto de Zamacois como pudo captar que la unificación de los mexicanos en torno a una sola conciencia de nación, no se lograría integrando exclusivamente en un sólo proceso al México prehispánico y al colonial, sino que también se tenía que conjugar el movimiento de los insurgentes con el de la consumación de la independencia, realizada por Iturbide. Como ya vimos en el subcapítulo anterior, el historiador hispano lo hizo así, superando, por tanto, a una gran parte de la historiografía que le antecede. Debido a ello, cuando en su monumental obra aborda el tema del gobierno imperial, juzgó a Maximiliano por no haber comprendido que una mayor inclinación hacia cualquiera de los dos héroes, ya Hidalgo, ya Iturbide, alejaba la posibilidad de adhesión hacia el imperio por parte de alguna de las facciones políticas, pues cada una de ellas se identificaba con uno de estos dos personajes.

Muchos otros fueron los desaciertos cometidos durante esta etapa y a los cuales don Niceto hizo referencia. Destacan entre otros: declarar libres a los indígenas cuando ya los primeros gobiernos mexicanos lo habían estipulado; una absurda política de colonización cuando el país aún no se pacificaba y el no haber constituido un ejército nacional. De acuerdo al análisis histórico gráfico de Martín Quirarte sobre la obra del monarquista Arrangoiz, titulada: México desde 1808 hasta 1867,<sup>132</sup> salta a nuestra

---

132 Martín Quirarte: "Prólogo" a Francisco de Paula de Arrangoiz: México desde 1808 hasta 1867. México, Ed. Porrúa, 1974. ---- (Colecc. Segan Cuantos, 82). pp. XI-XIII.



vista que varios de los cargos que Arrangoiz imputó a Maximiliano, y que señaló como causa de su derrocamiento, fueron los mismos -- que Zamacois maneja. Sin embargo, creemos que la obra de este último supera en cuanto a análisis crítico de los hechos a la de -- áquel; ejemplo de ello es que nuestro autor consideró que fueron varios los factores externos que ocasionaron el resquebrajamiento imperial. Asimismo creemos que debido a la preocupación del hispa no por mostrarse imparcial, con el propósito de que su obra fuese aceptada tanto por liberales como por conservadores, rebasó, por un lado, a Arrangoiz, quien sólo miraba en los hechos la cara de la moneda monárquica, y, por otro, a su propio tradicionalismo. -- Son pruebas indiscutibles de esta superación las constantes muestras de simpatía hacia la resistencia republicana. Así, pues, estuvo convencido de que si los defensores de esta forma de gobierno "luchaban por las instituciones republicanas era, porque juzga ban que éstas eran las mas a propósito para lograr al fin... la prosperidad de la nación".<sup>133</sup> Es por ello que ni Maximiliano ni la prensa imperial tuvieron fundamentos para decir que los republicanos eran unos bandidos.

Apoyado en fuentes surgidas de la pluma de autores de esta tendencia, don Niceto recuperó las acciones en el campo de batalla del ejército del Norte, sin que en el recuento olvidara subrayar que éste fue comandado por una pléyade de valientes militares con sólidos principios morales. Habló, por ejemplo, de las dotes como estratega de un Porfirio Díaz y describió a Vicente Riva Palacio como "hombre de humanitarios sentimientos y de distin-

---

133 N. de Zamacois: op. cit. T. XVII p. 334.

guidas maneras".<sup>134</sup> Intercalando entre la serie de acontecimientos suscitados en la ciudad de México, sede del gobierno imperial, dedicando capítulos enteros, Zamacois narró paso a paso, con un tono casi emotivo, las vicisitudes por las que atravesaron el Presidente Benito Juárez y los hombres que lo apoyaban. Reconoció, - además, que Juárez nunca estuvo fuera de la legalidad. En este -- sentido explicó que en grave error, -para añadir uno más-, había caído Maximiliano al creer que Juárez por el hecho de abandonar - el territorio nacional ya le otorgaba legitimidad al gobierno imperial. La siguiente cita nos muestra porque estaba equivocado Maximiliano, ya que si Juárez hubiera salido de territorio mexicano "a ocupar su puesto hubiera sido llamado el presidente de la Su-prema Corte, a quien la constitución designaba". A lo que añadió que no podía ser legítimo su gobierno mientras "el gobierno republicano hubiera continuado siendo reconocido como estaba, por los Estados Unidos y por todas las Repúblicas hispanoamericanas".<sup>135</sup> Destaca con esta cita la importancia que la legalidad tuvo para Niceto de Zamacois, pues consideró a la Constitución como salvaguarda de la estabilidad y del progreso.

Si bien nuestro autor dedicó a la gesta republicana un considerable número de páginas correspondientes a los tres tomos sobre el Segundo Imperio Mexicano, en la última parte, Maximiliano se convirtió en el único centro de su interés. Expuso detalladamente su actuación defendiendo el imperio, el proceso judicial que lo llevó al patíbulo y su fusilamiento en el Cerro de las Cam

---

134 Ibidem, T. XVII p. 509.

135 Ibidem, T. XVIII-A p. 178.

panas. En particular, al momento de referir este último suceso, - el estilo romántico de Zamacois se desbordó en exagerado dramatis mo como deseando impactar al republicano más convencido. Para él, tal hecho fue un acto injusto, pues se le debió haber perdonado - la vida. En consecuencia, las duras críticas hacia Juárez no se - hicieron esperar.

Debemos insistir que salvo estas inclinaciones de la ba lanza hacia el lado monarquista, -imposibles de erradicar en una concepción conservadora-, en general son notables los esfuerzos - de Zamacois por dar igual tratamiento a las acciones de republica nos y monarquistas apoyado en fuentes tanto de una tendencia como de la otra. Este mismo proceder ya en el rescate tanto del México indígena como el de la conquista española, ya en la equitativa va loración de las campañas emancipadoras de Miguel Hidalgo y Costilla y de Agustín de Iturbide, nos confirma que Niceto de Zamacois Urrutia estuvo convencido de que al sintetizar la suma del proceso histórico de nuestro país había encontrado el camino que lo -- conduciría hacia la reconciliación de la sociedad mexicana.

## CONCLUSIONES

La Historia general de Méjico de Niceto de Zamacois se gesta y emana en un período en que el acontecer político de nuestro país parecía haber tomado un cauce más tranquilo. Lejos quedaban en el tiempo las luchas fratricidas y todo anunciaba que los debates cotidianos en torno a la definición del ser mexicano iban aminorando su tono al par que se hacían más distantes. Así, en un ambiente más apacible nuestro personaje rescató, influenciado por su hispanidad romántica, la suma del pasado histórico de México. Su propósito fue crear una conciencia nacional que garantizara la reconciliación de la escindida sociedad mexicana. Guiado por este objetivo intentó presentar una visión conciliadora frente a las polémicas centradas en dilucidar si las raíces de los mexicanos se encontraban en la antigüedad indígena o en los siglos de la colonización española; si se debía considerar el nacimiento de la nación mexicana a partir de la insurrección popular de independencia encabezada por Hidalgo o de su consumación con la proclama de Iturbide y de la elite criolla; si el proyecto que realmente respondía a las circunstancias y necesidades que exigía el país era el liberal o el conservador. En síntesis, desde su particular perspectiva, Zamacois pretendió conjugar estas visiones polarizadas.

En un primer capítulo pudimos detectar que las circunstancias española y mexicana, en que transcurrió su vida, nutrieron su posición historiográfica. Con los pocos datos que obtuvimos, suponemos que durante los primeros años de su existencia tendió hacia un liberalismo de corte moderado; pero en la medida que

las experiencias de las guerras civiles se fueron acumulando, don Niceto fue acrecentando una afán por conservar. Hay que insistir que el interés por el estudio de la historia, como sustento del ideario conservador, no hubiera tenido tanta trascendencia para nuestro personaje, si no hubieran sido decisivos el influjo de un núcleo familiar amante de las artes y los contactos con la elite intelectual mexicana, que le contagió la preocupación por indagar, identificar y difundir los orígenes y rasgos culturales de la nación mexicana a través de las producciones literarias y periodísticas. Por su parte, al referirnos a los dos contextos en que vivió, comprobamos la similitud de los procesos históricos que siguieron México y España, como consecuencia de una tradición que nunca dejó de estar latente. La semejanza consistió en que vivieron entre la fluctuación de dos proyectos nacionales propuestos por un par de grupos políticos en aparente oposición, el liberal y el conservador. Sin embargo, al cabo de sangrientos enfrentamientos intestinos y de un largo desfile de fallidos experimentos ya realizados por una tendencia, ya por la otra, el proceso de estos dos países derivó en la síntesis de los dos idearios y por ende en la implementación de políticas reformistas más que revolucionarias. Tarde o temprano, los gobiernos porfirista en México y el de la Restauración Borbónica en España, que en un principio habían sostenido la moderación para erigirse, vinieron a convertirse en regímenes dictatoriales, apoyados en el lema: "paz, orden y progreso".

Después de haber practicado, en el segundo apartado de nuestra tesis, un análisis a la Historia de México de Niceto de Zamacois nos dimos cuenta de su valor bibliográfico debido al cui

dado de la presentación y la riqueza litográfica que incluye; de su importancia como fuente de consulta, sobre todo en lo concerniente al período del México independiente, porque en su estudio se combinan las observaciones directas del propio escritor, las descripciones detalladas y un cúmulo de documentos primarios y secundarios que denotan un interés en agotar el estado de la cuestión y así poder aproximarse al conocimiento real de los sucesos. En el caso de la exposición relacionada con las etapas precedentes a las luchas insurgentes y al proceso de consolidación como país independiente, encontramos que si bien no presenta información novedosa es salvada la carencia con las interpretaciones formuladas por don Niceto, las cuales obligan a un examen concienzudo. De este modo, los tomos correspondientes al México indígena, al descubrimiento, a la conquista y a la colonia adquieren también una enorme trascendencia en la historia de la historiografía mexicana. Igualmente el análisis nos permitió determinar que no obstante haber confluído hacia Zamacois casi todas las corrientes historiográficas predominantes durante el siglo pasado, tales como la ilustración y la erudición, fueron, en definitiva, el conservadurismo y el romanticismo, las dos tendencias que lo guiaron en su oficio de historiar. Siguiendo fielmente los lineamientos que ambas sostenían, nuestro personaje creyó necesario el rescate de aquellos valores latentes durante gran parte del medioevo y una parte del renacimiento, para luego transportarlos a su momento, pues, según él, el patriotismo, el respeto al rey, lo que se traduce en obediencia a la autoridad, y la religión católica eran los valores que definían y, por tanto, unían a los mexicanos. Estaba convencido que al concretarse este acontecimiento, la nación

marcharía por el sendero del progreso, ideal que nos demostró que no todos los conservadores pugaban por el retroceso.

Finalmente en un tercer capítulo conocimos la exploración que realizó don Niceto en busca de estos valores, a los que estimaba como ingredientes sustanciales en la reconciliación no sólo de la sociedad mexicana sino también entre México y España. Pero no conforme con este rastreo, es evidente, que alcanzó a visualizar que el recurso, para conseguir con mayor éxito el fin -- propuesto, consistía en conjugar como una sola los tres pares de visiones históricas en aparente oposición. Así es como al ocuparse del acaecer de los pueblos indígenas y de los sucesos que conformaron el descubrimiento de América y la conquista española, Niceto de Zamacois fusionó la tesis indigenista del criollo ilustrado Francisco Javier Clavijero con la tesis hispanista de Lucas -- Alamán. De este modo, apoyado en ambas, presentó una teoría de la conquista que creyó no sería rechazada ni por indigenistas ni por liberales. Por medio de ella pretendió convencer a los mexicanos de su linaje conquistador, resultante de la unión de indígenas y españoles, quienes en combinación de fuerzas acabaron conquistando a los mexicas, sus otrora conquistadores. En suma, al sentir -- de don Niceto las acciones españolas debían ser consideradas más como una alianza que como una conquista. A su vez esta teoría le sirvió como fundamento para erradicar la equivocación con que, a su parecer, vivía un gran porcentaje de la población mexicana al fundar el derecho de independencia en la dominación española y no en la convicción de que la colonia había llegado a su mayoría de edad y que, por lo tanto, había sido necesaria y justificable su emancipación de la metrópoli. Es innegable que al sostener esta --

idea, reproducía preceptos del discurso conservador y, por consiguiente, restaba validez al argumento opositor, inventado por --- Fray Servando Teresa de Mier y repetido por Carlos Ma. de Bustamante. Ello no significó que olvidara su faena conciliadora. La fusión, en este caso, radicó en aceptar y defender, por un lado, la tesis del controvertido Bustamante, quien había enaltecido las campañas militares de la insurgencia popular dirigida por Hidalgo, y por otro, la tesis de Alamán, quien había erigido a Agustín de Iturbide como único héroe nacional por haber salvaguardado, al momento de decretar la emancipación, las instituciones y los valores hispanos. Por último, en la narración que Zamacois hizo sobre los hechos acaecidos durante la etapa conocida como "el imperio de Maximiliano", tenemos que rechazó la inclinación de la historiografía tanto liberal como conservadora que únicamente buscó la condena del adversario y la glorificación de sus hazañas. Don Niceto, en contraposición, reunió y equiparó las acciones de republicanos y monarquistas, apoyándose en el argumento de que cada grupo luchó en un afán por materializar su ideal de nación, lo que demostraba que ambos habían estado comprometidos con el bienestar de la patria.

De este modo creemos que queda comprobado nuestro --- planteamiento hipotético. No obstante, cabe aún enfatizar que la Historia general de México de Niceto de Zamacois, desde su diseño hasta su publicación, estuvo impregnada del hispanismo y romanticismo que caracterizaron a su autor, lo que ejemplifica que al hombre le resulta bastante difícil escapar a su realidad y a sus condicionamientos sociales. Esta situación impidió que la integración de dos visiones adversas fuera completa, pues como vimos en



el caso de la independencia, Zamacois tan sólo aceptó, de las interpretaciones de Mier y Bustamante, aquello que no contravenía a sus propios postulados. Esto explica, además, su rechazo al carácter popular y anárquico que distinguió a la primera fase del movimiento insurgente. Aún más, su arraigado hispanismo lo inclinó a seleccionar la tesis de Clavijero, más tibia en sus ataques a la conquista militar de los españoles, en lugar de retomar las exposiciones de don Servando y don Carlos; fervorosos indigenistas -- que no escatimaron tinta en exaltar la cultura indígena y sentirse sus herederos al tiempo que repudiaron a la España conquistadora y colonizadora.

Sentimos que estas particularidades no restan valor a los propósitos de don Niceto. Hay que insistir que por más empeño que pusiera, era poco probable que un español proclamara como vigente y trascendente al indigenismo histórico. Sería interesante revisar en la historiografía que sucede a este autor, si realmente pudo conjugar una tesis indigenista como la que defendían Mier y Bustamante con una hispanista como la sustentada por Alamán. No lo creemos tan simple, porque una historia integral de México era más factible que procediera de plumas conservadoras o moderadas -- en su liberalismo, las cuales fincaban la autenticidad de sus principios políticos en el pasado hispano. En este sentido, por más que les rigiera un espíritu conciliador, tarde o temprano se proyectaría su verdadera posición histórica. Además, como estas magnas obras fueron realizadas en tiempos en que los objetivos se centraban en consolidar la paz nacional, era imposible aceptar -- concepciones que invitaran nuevamente a la revolución y por ende a la anarquía, tal y como anunciaba el mensaje de aquel dueto.

Poco conocemos de la trascendencia que tuvo la producción historiográfica de Niceto de Zamacois en el ámbito del México porfirista. El controvertido Francisco Bulnes la consideró una fuente importante de consulta, pero nunca bajo a su autor de monarquista. Por su parte, en 1884, el filósofo Agustín Rivera y -- Sanromán, en un arranque neoazteca muy al estilo de Bustamante y que dejó plasmado en sus Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de independencia, -- arremetió en contra del discurso apologético de la dominación española inventado por Alamán y, por supuesto, las incisivas críticas alcanzaron a Zamacois al haberlo hecho suyo. Sin embargo, el asunto ni inauguró un nuevo rosario de polémicas, ni Rivera encontró eco en una sociedad tendiente más a la reconciliación y, por ende, a asumir actitudes más moderadas. En cuanto a la importancia de la obra en tiempos de la revolución mexicana, sabemos que Francisco Villa aprendió a leer con ella y que Venustiano Carranza la estimó entre sus clásicos historiográficos. En nuestros --- días, la mayoría de las veces, los investigadores se apoyan en -- tan voluminosa obra, sobre todo en los tomos correspondientes al Imperio de Maximiliano, para elaborar sus trabajos.

Debido a la cercanía de los actos conmemorativos al --- quinto centenario del descubrimiento de América, algunos pensarán que este trabajo se elaboró con la pretensión de sumarse a las -- múltiples investigaciones que giran y girarán en torno a este e--- evento. Cabe insistir que su elección nada tuvo que ver con la -- proximidad de la fecha. Empero, a dos años de los festejos cobra justificación la tesis. En realidad, nuestro propósito inicial -- fue superar el maniqueísmo tan acentuado en algunas interpretacio

nes historiográficas y que tanto daño nos han hecho a los mexicanos. Es un humilde llamado a emprender el camino hacia el mejor conocimiento de nosotros mismos, porque ellos nos permitirá, por una lado, estrechar más los lazos de fraternidad con la comunidad iberoamericana y, por otro, afrontar y resolver, con mayor seguridad, los embates tanto internos como los procedentes del exterior.

APENDICE I  
FOTOGRAFIAS DE NICETO DE ZAMACOIS Y DE SU TUMBA  
LOCALIZADA EN EL PANTEON ESPAÑOL



NICETO DE ZAMACOIS EN SU JUVENTUD



*Niceto de Zamacois*

---

NICETO DE ZAMACOIS EN LOS ULTIMOS ANOS  
DE SU VIDA.



FOTOGRAFIA DE LA TUMBA DE NICETO DE ZAMACOIS  
LOCALIZADA EN EL PANTEON ESPANOL  
DE LA CIUDAD DE MEXICO



FOTOGRAFIA DE LA TUMBA DE NICETO DE ZAMACOIS  
LOCALIZADA EN EL PANTEON ESPANOL  
DE LA CIUDAD DE MEXICO



APENDICE II

ARTICULOS DE NICETO DE ZAMACOIS EN  
EL MUSEO UNIVERSAL DE MADRID

(julio, agosto y septiembre de 1857)

+ Los textos se han copiado respetando la ortografía original.

## MEJICO (1)

### A MI AMIGO Y DISTINGUIDO POETA D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Italia tiene una Venecia; esa bellisima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores; acariciada por auroras embalsamadas; cobijada por un pabellon de lucentes nubes que oscilan en un cielo purisimo y risueño; bañada por las transparentes linfas del Adriático: Inglaterra tiene a Londres envuelta en las espesas brumas del anchuroso Támesis: Francia tiene a la bellisima París Ciudad de la Ilustración y de la galantería situada a las orillas del Sena, que la divide en dos partes; reina del mundo engalanada con las joyas conquistadas a la Europa entera; la petimetra del orbe que extiende su dominio en letras y modas de un polo al otro de la tierra: España tiene a Madrid, embellecida con su magnífico Retiro, su incomparable y magestuoso Prado donde se eleva el admirable museo de pinturas que no reconoce igual en el mundo, y ostentando por todas partes la riqueza y el gusto de una nación que fue la dominadora de los dos mundos. Pero si Italia tiene su Venecia, Inglaterra su Londres, Francia su París y España su Madrid, Méjico tiene a la capital que lleva su nombre, a la antigua Tenochtitlan, rico florón de la joven América; hermosa hurf coronada de fragantes flores; muellemente

- 
- (1) Actualmente, cuando la desagradable diferencia entre España y Méjico llama la atención pública hacia aquel hermoso país, conquistado y colonizado un día por nuestros mayores, hoy constituido en republica independiente; conocido en lo antiguo por las obras de nuestros buenos escritores, pero hoy desconocido casi completamente entre nosotros por la sensible incomunicación en que las vicisitudes de los tiempos nos han tenido largos años; actualmente, decimos, cuando el progreso de la época ha cambiado la faz de las naciones, creemos que agradará a nuestros lectores la serie de artículos y grabados que hoy comenzamos a insertar acerca de la moderna Méjico, sus grandes monumentos, bellas producciones, usos y costumbres de sus habitantes. Estos artículos, debidos a la pluma de un español, tienen sin embargo todo el sabor mejicano. Su autor, don Niceto de Zamacois, que hace solo seis meses llegó de aquel país, ha residido en él largo tiempo y ha tenido ocasión de ver y admirar todo lo que describe con bien cortada pluma. El nombre del señor Zamacois como escritor es ventajosamente conocido en Méjico donde ha publicado varias obras justamente apreciadas de los mejicanos inteligentes. (Nota de la redacción).

reclinada en un delicioso valle de figura oval que cuenta dieciocho leguas de largo y doce y media de ancho, cubierto de flotantes jardines o chinampas, pintorescas aldeas escondidas entre la espesa enramada de los frondosos árboles que jamás se despojan de sus verdes hojas; de floríferas praderas y de magestuosos bosques: valle delicioso y encantador -- donde se ostentan, como otros tantos espejos del cielo, los grandes y pintorescos lagos de Chalco, Zumpango, San Cristóbal, Tescuco, y Xochimilco; y donde los pueblos de San Angel, San Agustín de las Cuevas, Tacubaya, Mixcoac, la Piedad, Santa Fe y otros ciento que, cual lisonjeros, ricos y serviciales cortesanos rodean a la hermosa emperatriz de la risueña América, manifiestan en su exuberante fertilidad, la predilección con que la Providencia miró este rico suelo donde -- reina una eterna primavera.

Situada Méjico, que en lengua mejicana significa --- fuente o manantial, aunque algunos creen que tal nombre se deriva de uno de los ídolos que trajeron sus fundadores llamado Mexitly, dios de la guerra, situada, repito, en ese extenso valle de vigorosa y variada vegetación, notable por -- sus deliciosos jardines, sus feraces haciendas y su hermosa campiña, siempre matizada de variadas flores, presenta una vista la mas pintoresca, la mas sorprendente, la más risueña que jamás ciudad alguna presentara al viajero. Colocada en -- la zona tórrida a dos mil doscientos setenta y siete metros sobre el nivel del mar, elevación que la liberta del excesivo calor, haciendo que ninguna de las estaciones sea sensible ni penosa, reúne la incomparable ventaja de presentar -- constantemente una temperatura templada, un clima saludable y dulce que está en completa armonía con el hermoso panorama que le rodea, y con el limpio, transparente y claro cielo, -- cual luciente pabellon de gasa azul le sirve de lucifera techumbre. Méjico, la antigua Tenochtitlan de los valientes aztecas, con su siete espaciosas calzadas enlosadas y orilladas de frondosos olmos y álamos que forman otros tantos soberbios caminos que conducen a la grandiosa ciudad; con sus ciento quince magníficos templos elevados al Señor, cuyas gi

gantescas torres descuellan por encima de los espaciosos edificios que la encañanan; con el variado paisaje que la circunda; con los numerosos pueblecillos que a cortas distancias se ostentan; con sus canales y su magestuoso lago de Tescuco cubierto de una nube flotante de densos vapores que levantándose de su superficie como una gran velo acariciado por las auras oculta la base de los nevados y altivos volcanes de Popocatepetl y de Iztaccihuatl es la capital mas hermosa y pintoresca del mundo, cuya vista sorprende agradablemente al europeo que descubre en todolo que a ver alcanza, un carácter nuevo, desconocido, que lleva el sello de la originalidad que forma la fisonomía de ese país virgen, exuberante y encantador, donde la tierra vigorosa produce ciento por uno el trigo, ciento cincuenta el maíz, y doscientos por uno el arroz. Cuando el asombrado viajero al acercarse a esa gran ciudad, tiende los ojos desde alguna eminencia, por los objetos que le rodean, no puede formar una idea exacta de la extensión de Méjico; pero la brillante blancura del conjunto, la regularidad y solidez de sus espaciosos edificios, las multiplacadas torres de sus numerosos templos en que reflejan los rayos del sol, el considerable número de frondosos árboles que por todas las calzadas extienden su tupido follaje y la admirable arquería de los sólidos acueductos que de considerables distancias llevan el agua a la población, le dan un aspecto y un tono que no se descubre en la perspectiva de ninguna otra capital del viejo ni del nuevo mundo, y que puede desde luego declararse única en su género.

Esa magnífica ciudad, esa gran capital de la república mejicana, esa incomparable Méjico de quien todos hablan y a quien pocos conocen, y que está situada a los 19° 25' 30" de longitud O. de París, es una honrosa página de la historia monumental de ese país que está manifestando en indelebles caracteres y a todas horas, la inagotable riqueza de su predilecto suelo: un libro de eternos recuerdos donde cada edificio, cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el mas elocuente panegírico de su ilustración, y que da un solemne mentís a los detractores de esa par

te la mas bella de cuantas se conocen en el mapa: libro, a la vez que honroso para los mejicanos, glorioso para los españoles que en esas mismas obras monumentales levantadas en su mayor parte por ellos, dan una contestación elocuente y sin réplica a los implacables enemigos de nuestras glorias nacionales, cuando se empeñan en acusarnos de egoistas, tiranos y rapaces, olvidándose que los ingleses en sus posesiones de la India, nada han hecho por el país conquistado, nada por los desgraciados hijos de aquellas regiones a quienes miran mil veces peor que a esclavos, y a los cuales tienen sumidos en la mas crasa ignorancia y en la mas completa y vergonzosa abyección.

La temperatura dentro de la ciudad, es por término medio, 17<sup>o</sup> Reaumur, y la que generalmente reina, sin que en el invierno se conozca la dura impresión del frío, ni en el verano ese excesivo calor propio de los países donde las estaciones son estremosas; resultando de aquí esa dulce suavidad de clima que debe considerarse como la eterna primavera ensalzada por los antiguos poetas.

La Providencia que parece se propuso derramar a manos llenas sus dones sobre esta hermosa capital del Nuevo-Mundo, dispuso que para neutralizar los fuertes calores propios del país en los meses de julio y agosto, cayeran todos los días, y generalmente a una misma hora, dos o tres aguaceros que sirven para refrescar la atmósfera. En esos meses que los mejicanos llaman tiempo de aguas, se presenta el cielo limpio y claro por la mañana; pero a eso de las dos de la tarde, las nubes se condensan, dejando caer de las tres a las cuatro un torrente de agua, volviendo a quedar otra vez azul, limpio y sereno el cielo. A estos favores de la naturaleza, agrega Méjico otra cualidad digna de tenerse en cuenta. Libre la ciudad por la elevación a que está situada, de la molesta temperatura de los países de la zona tórrida, tiene a pocas leguas, el Estado de Guerrero, llamado vulgarmente Tierra caliente, donde se da con abundancia la caña de azúcar, y todas las producciones propias de los trópicos. Así es, que es común ver reunidas en las mesas de Méjico, aun en

las mas humildes, las frutas de todas las zonas: allí la dulce y exquisita piña luce su amarillo color al lado de la encarnada manzana; el mamey, el zapote y el plátano, junto a la ciruela, la pera y el higo: el coco, la anana, el delicado -- mango y la reina de las frutas, la dulce chirimoya, al lado de la uva, del albaricoque y de la roja cereza.

Ninguna ciudad del mundo puede competir con Méjico en la regularidad de su forma. Sus calles que llegan a cuatrocientas noventa, son todas de catorce varas de ancho, rectas todas atrádas a cordel de manera que de cualquier punto en que se sitúe el observador, ve los extremos de la ciudad, bien empedradas en su generalidad y con espaciosas aceras en que pueden marchar con comodidad tres personas de frente. Sus casas todas de piedra sillar, ó de tezonle (amigdalóide porosa) pueden considerarse como otros tantos palacios, tanto por su solidez como por su capacidad. Son generalmente de dos y tres pisos, pero de una misma altura, con balcones de hierro labrado, y de un aspecto sencillo, pero magestuoso. En vez de los tejados que tan triste aspecto dan a las ciudades de Europa, tienen los edificios elegantes y cómodas azoteas que se convierten en otros tantos risueños jardines, colocando en ellas dentro de pintadas macetas y grandes tiestos, naranjos, arbutos y toda clase de flores que perfuman el ambiente, proporcionan un desahogo á las familias, y ofrecen una vista agradable y pintoresca a los transeuntes. A estas espaciosas casas se entra por una puerta de cuatro goznes que no baja de treinta y seis pies de elevación, y cuya anchura es proporcionada á su altura. Al pasar la puerta, lo primero que se encuentra es un espacioso patio cuadrilátero descubierto en medio para dar claridad y ventilación al edificio que se levanta alrededor. A los cuatro lados de este patio cubierto por el techo de los corredores ó galerías que todas las casas cuentan en el piso principal, se levantan en pintapos barriles, pequeñas y olorosas limas cargadas de fruta y exhalando una deliciosa fragancia.

Frente de la puerta y á distancia de quince pasos, se ve

una ancha y cómoda escalera de piedra que conduce á los espaciosos corredores o galerías puestas al abrigo de la lluvia - cubiertos de tiestos de esquisitas flores que los transforman en otros tantos deliciosos pensiles, alrededor de los cuales están colocadas las piezas de la habitación con grandes puertas de hermosos cristales que permiten disfrutar de aquella interesante y pintoresca vista. Por lo regular todos los edificios cuentan con cochera y caballerizas, pues los mejicanos que son sin duda, los mejores ginetes que se conocen, no pueden pasar sin tener un buen caballo que montar, ni las familias de una fortuna regular, sin concurrir á los hermosos paseos de Bucareli y la Viga en elegantes carruajes.

Entre las plazas públicas, la mas notable por su inmensa capacidad, es la de la Constitución, conocida vulgarmente por Plaza de armas, en cuyo punto están la magestuosa catedral, toda de piedra sillar, cuyo coste ascendió á dos millones de duros, el palacio que es tan espacioso, que tiene todas las oficinas pertenecientes al gobierno, la elegante cámara de diputados y la no menos hermosa de los senadores, cuatro magníficos cuarteles, y las lujosas habitaciones destinadas al presidente de la República: las hermosas portalerías de elevados arcos llamados Portal de las Flores, y Portal de mercaderes - la otra, ambas de piedra sillar con excelentes edificios y lujosas tiendas parte del Empedradillo cuyas casas pertenecian á Hernan Cortés, la grandiosa diputación, y uno de los ángulos de la bien provista plaza de Mercado llamada del Volador, en cuyo centro se ve la alta pirámide en que hasta la administración del actual presidente Sr. Comonfort, descansaba la colosal estatua de bronce del general Santa Anna.

La planta ó área de esta populosa ciudad, mide de N. a S. dentro de sus puertas 4,340 varas; y de E. á O. 3,640, teniendo una circunferencia de cerca de seis leguas. El número de habitantes pasa de 220,000, entre los que se encuentran 12,000 - españoles, 3,000 franceses y alemanes y algunos centenares de ingleses, italianos y norte-americanos.

Pero si Méjico no tiene competidora en regularidad y hermosura, mucho menos conoce rivalidad en la suntuosa arquitectura y en la riqueza de los numerosos templos consagrados al Señor Santo Domingo, la Merced, San Agustín, la Profesa, San --- Francisco, San Fernando, la Catedral, el Sagrario, y otros -- cientos que deben colocarse en primera línea en su género, son monumentos de indisputable mérito, que, dan un testimonio, el más fuerte, el más poderoso, de la magnificencia de esa elegante capital del Nuevo-Mundo y de los ricos minerales de oro y plata que en su seno cuenta la nación mejicana.

Ciento quince iglesias, como antes dije, levantan sus gigantescas torres por entre las espaciosas y sólidas casas, como otros tantos centinelas que vigilan constantemente por la conservación de la doctrina del Crucificado. Las procesiones y las funciones de Iglesia se hacen con la mayor pompa, con la mayor grandeza, con la más régia solemnidad y con un lujo que excede á cuantas en Europa, sin exceptuar á Roma, se celebran. En los maitines que cada templo suele tener cuando le corresponde, la calle se cubre de luces y vendedoras de todas frutas, buñuelos y refrescos; y al concluirse aquellos, jamás faltan los fuegos artificiales que se verifican frente á la iglesia y en los extremos de la calle, y que consisten en varios castillos de entretenidos y vistosos juegos que se queman entre los



acentos de la música colocada sobre un lujoso tablado, el ruido de los concurrentes y los aplausos de la multitud.

Los paseos principales son la Vega, bañada por el canal en que vogan continuamente las ligeras canoas de los indios - que bajan á la ciudad con las producciones de los pueblecillos de Santanita, Mejicalcingo y de la ciudad de Chalco; la Alameda de que hablaré en otro artículo, la Piedad, las cadenas por la noche, y el de Bucareli en que está colocada la colossal estátua ecuestre de Carlos IV, obra del inmortal andaluz Tolsa. Esta estátua que representa al rey á caballo, tiene el sobresaliente mérito de ser de una sola pieza: el metal que se fundió para hacerla pesaba seiscientos quintales, y en el vientre del caballo cupieron holgadamente veinte y cinco -- hombres que entraron por una puerta que de propósito se dejó en la parte superior del anca: para trasladarla de la Universidad en que se colocó por los años de 24 á 25, - esto es, poco despues de haberse Méjico hecho independiente - de España, al sitio que hoy ocupa, se gastaron cerca de veinte mil duros; lo que prueba la magnitud de tan admirable obra.

Entre otros muchos colegios que honran á esta ciudad, merecen particular mención el Seminario, digno de los mayores elogios por el buen órden que en él reina, San Ildefonso, San Juan de Letrán, el de la Minería y el Colegio militar, de todos los cuales han salido hombres eminentes en ciencias y letras.

No menos digna de elogio es la grandiosa Academia de pintura, llamada de San Carlos, edificio capaz, claro, ventilado y magnífico, planteado bajo un pié brillantísimo, de donde están saliendo jóvenes muy aprovechados en la pintura y la escul

tura, y que pasan á perfeccionarse á Italia pensionados por la espresada academia que, para ayuda de gastos, cuento con doce loterías al año; una de cincuenta mil duros, y las restantes - de veinte mil cada una. Los dignos directores de tan recomendable establecimiento son, de pintura, don Pelegrin Clavé, excelente pintor español de reputación europea; y de escultura el no menos célebre escultor, también español, el señor Vilar, cada uno de los cuales disfruta de un sueldo de 3,000 duros, sin contar con lo mucho que particularmente al primero, le producen los retratos que para las familias principales trabaja. Ri valizando con los colegios antes referidos, está la Escuela de Medicina situada en el soberbio edificio llamado la Inquisición, que es uno de los mas notables por su hermosa arquitectura, su elegancia, su capacidad y solidez.

Los cementerios que cuenta son nueve, casi todos de lujo, bien ventilados, con excelentes urnas y deliciosos jardines, - cuyos nombres son, Santa María, San Fernando, San Diego, San Francisco, el de San Cosme destinado á los protestantes, Santa Veracruz, los Angeles, Campo Florido y San Pablo, sin contar - otros muchos de inferior órden como San Sebastián, la Candelaria etc. Tres teatros de primer órden, denominados Santa - Anna ó Nacional, Itúrbide, y el Principal, con otros de segundo órden llamados de Oriente, de Nuevo Méjico; y varios de inferior clase conocidos por el del Reloj, Puente quebrado, la Esmeralda, del Progreso etc.: tres bibliotecas públicas: una casa de moneda la mejor establecida de cuantas se conocen en Europa: - dos plazas de toros de considerable valor: diez hospitales, en tre ellos el de Jesús, fundado por el conquistador Hernan Cortés y en donde existe el sepulcro de este gran político y gue-

rrero; y varios colegios de niñas entre los que merecen particular mención el de las Vizcainas, costeado por particulares vizcaínos, y cuya arquitectura interior es el asombro de todos los viajeros que lo visitan. Méjico ademas, cuenta con magníficas fábricas de papel; una de paños y casimires que compiten con los franceses: varias de tejidos de algodón; muchas de cristal y loza, y un número considerable de las destinadas á sombreros. Las casas de beneficencia que la adornan son espaciosas y bien ventiladas, siendo notables el Hospicio la Inclusa, la casa de correccion donde hay talleres de todas artes y oficios, y la Penitenciaria que actualmente está en obra.

En el arte tipográfico y litográfico se han hecho también adelantos muy notables, pudiendo servir de prueba el magnífico album que el señor Decaen acaba de publicar en Méjico con las principales vistas de los alrededores y edificios de la capital, y en el cual tuve la honra de escribir algunos artículos descriptivos y de costumbres. Los objetos de plata y de cera se trabajan con una perfección asombrosa; y continuamente traen á Europa los viajeros muchísimas figuras hechas de la segunda.

Respecto a la literatura los mejicanos pueden tener el noble orgullo de contar, entre los antiguos, al célebre poeta Alarcon, y á Sor Juana Inés de la Cruz, llamada por los literatos españoles la décima Musa: mas tarde al célebre poeta Navarro, el gran literato clavijero: al historiador don Lucas Alaman: al poeta Calderón, aunque no el de la Barca: al acreditado Gorostza: Sanchez de Tagle, Rodríguez Galvan; y en nuestros días al correcto don Joaquin Pesado, Carpio, Guillermo Prieto, Escalante. Anievas, al Sr. Conde de la Cortina, al señor La--

fragua, Sariñana, Arroniz, Roa Bárcena, Cuellar, Lacunza, González Bocanegra, Paino, Zarco, Tovar, Sebastian Segura Argüelles, y Vicente Segura Argüelles, Quintana Roo, al castizo Ortega, Rivera, Granados Maldonado, Miron Esteva y otros muchos que seria prolijo enumerar.

Entre los bien escritos periódicos literarios que se han publicado, y que dan un testimonio claro del talento, saber y gusto de los escritores mejicanos, deben figurar, el Museo, el X Recreo de las Familias, el Liceo, el Semanario de las señoritas, el Mosáico, la Cruz, el Album, la Ilustracion y el Ateneo. Este último periódico en que escribieron personas del mas alto mérito, fue planteado en el año de 1840, por el primer ministro español que ha ido, en aquella república, don Angel Calderon de la Barca, el ilustrado señor conde de la Cortina. En relación con el número de periódicos literarios ha estado y está el de políticos, pues son innumerables los que se publican en la capital, en donde además de los nacionales, ven la luz pública dos diarios franceses escritos en su lengua y uno en inglés. Esta inclinacion á las bellas letras, y el número de escritores que produce aquel pais, se esplica facilmente diciendo, que para solo la capital de Méjico, salen mas libros de Francia, que para el resto de todas las Américas juntas.

En armonía con la grandiosidad de los edificios, están -- los mercados, que se hallan perfectamente provistos de todo género de comestibles, pescados, caza, aves de todas especies, - frutas de todas las zonas y vistosas flores á que son escesivamente aficionados los habitantes, tanto, que no hay mesa de -- fonda o de casa particular, que no esté adornada con limpias - jarras ó dorados vasos de esquisitos ramilletes.

El arte de la música está tan adelantado en Méjico, que es difícil encontrar una señorita que no toque el piano con bastante perfección, y que no cante con gusto y delicadeza - las piezas mas selectas de las óperas italianas.

El trato de los mejicanos, es sumamente afable; y en -- los bailes, los convites, y en todas las diversiones, mani-- fistan una moderación que cautiva. Las mujeres tienen un --- atractivo irresistible: á unos ojos negros velados por lar-- guísimas pestañas, reúnen una faz blanca rosada que contras-- ta con el abundante, negro y lustroso cabello peinado con su ma gracia; las manos son finas, pequeñas y torneadas; el --- cuerpo esbelto, y los pies muy pequeños, bien formados y de-- elevado empeine: su conversacion amena, dulce y franca, y -- sus ademanes todos llenos de señorío y de noble naturalidad.

Tal es la ciudad moderna, la capital de la república me jicana: veamos ahora lo que fue en tiempo de los emperadores aztecas.

Méjico fue fundada por los aztecas, el 18 de julio de - 1327. Estos indios que anduvieron errantes y sin domicilio - fijo por mas de cincuenta años, porque el oráculo les habia-- ordenado que no formaran ciudad ninguna hasta que no halla-- ran una águila parada sobre una roca, al verse perseguidos - por los acolhuas, se dirigieron hácia la laguna que ocupaba-- una gran estension del valle. Dirigidos los aztecas por los - sacerdotes, al llegar a la orilla de la laguna, vieron en un punto seco el Tenochtli, esto es, la realización de la pro-- mesa del oráculo, y convencidos de que aquel lugar era la -- tierra prometida, empezaron a edificar la ciudad, la cual -- brotó, por decirlo así, de enmedio de las aguas, tomando el-- nombre de Tenochtitlan, que significa tunal sobre piedra, en

cuya planta se había detenido el águila, La población india - en tiempo de la conquista, tenía mas de ciento veinte mil ca- sas, y los habitantes pasaban de trescientos mil. Las plazas eran muchas y grandes, y en la principal que estaba rodeada de portalería, asegura Hernán Cortés, que se reunían mas de sesenta mil personas todos los días.

Cuando los españoles la descubrieron, era opulenta, flo- reciente, y centro del gobierno y de la religión: estaba di- vidida en calles rectas, espaciosas y bien esplanadas, por - algunas de las cuales pasaban profundos canales cubiertos de canoas llenas de provisiones para el mercado, pero toda su - grandeza, todos sus monumentos desaparecieron cuando los con- quistadores se apoderaron de ella. Resuelto Hernán Cortés á apoderarse á todo trance de la ciudad, la combatió con ahin- co, y despues de un sitio de setenta y cinco días, y de una- resistencia vigorosa y desesperada en que perecieron doscien- tos mil hombres de los sitiados, y que honrará siempre á sus defensores, la tomó el 13 de agosto de 1525. Los sitiadores- arrasaban las casas á medida que se apoderaban de ellas, no- dejando piedra sobre piedra que recordara su pasada opulen- cia.

Despues de la toma de la ciudad, los españoles se reti- raron a Coyoacan, desde donde dispusieron la reedificación - de Méjico sobre las ruinas de la capital azteca.

Para evitar el peligro de las inundaciones, por la poca elevación de la ciudad sobre el nivel de los lagos, trataron de reedificar a Méjico en Coyoacan ó Tacuba, pero Cortés in- sistió en que fuese en el lugar de la antigua Tenochtitlan, y - prevaleciendo su voto, se empezó á levantar la nueva pobla---

ción sobre los escombros de la antigua, á fines del año de -- 1521.

Sin embargo, los temores de los de contraria opinión al célebre conquistador, se realizaron, y las notables inundaciones que acaecieron en los años de 1553, 1580, 1604, 1607 y -- 1629, en que el agua en ciertas calles llegó a cuatro pies de altura, no pudiendo transitar por ellas sino en canoas, obligaron al gobierno español a tomar las precauciones necesarias para que escenas tan desagradables no se repitieran. Al efecto se construyeron varios diques de piedra que impiden que -- las aguas del lago de Zumpango se viertan en el lago de San Cristóval, y que las de este último entren en el lago de Tesucuco. Tales son los diques y esclusas de Tlahuac y de Mejicalcingo que se oponen a los desbordamientos de los lagos de --- Chalco y de Xochimilco, el canal llamado de desagüe de Huehuetoca construida en el siglo XVII por el ingeniero español, Enrique Martínez, y por medio del cual, el río de Cuautitlan -- atraviesa las montañas para dirigirse al valle de Tula, y finalmente, dos canales establecidos por Mier en el siglo XVIII para el desagüe de los lagos de Zumpango y de San Cristóval, siempre que se considere conveniente.

Dada a conocer en globo y someramente la rica perla del hemisferio setentrional, la ciudad de las ciudades del Nuevo-Mundo, seguiré describiendo en los demas artículos aquellos edificios que por su extraordinario mérito merecen ser considerados separadamente, sin olvidarme de los magnificos paseos que hermocean la población, ni de las originales costumbres, dichos y trajes de los habitantes del país en general, y sin separarme un ápice de los límites trazados por la verdad, Único termómetro ilustrador que deben consultar los que anhelan tener una idea exacta de aquella bella porción del mundo [...]

donde los españoles, con el estandarte de la cruz, llevaron la ilustración y las cruces: ilustración y luces que allí han fructificado de una manera prodigiosa.

Niceto de Zamacois.



## UN PASEO A SANTA-ANITA Y A LAS CHINAMPAS.

Después de haber descrito en globo la gran capital de México, nada más útil y conveniente para el lector que conocer los diferentes tipos de los habitantes de aquel país, en todo nuevo, en todo original. Las capitales de las naciones son el receptáculo á donde van á parar con sus trajes peculiares los hombres de sus distintas provincias, y el punto por lo mismo, en que el escritor puede de un solo golpe de vista descubrir los diferentes matices que marcan al país en general, y á cada provincia en particular. Esta es en mi humilde juicio, la manera mas propia de empezar la historia de las costumbres de un país para darlo á conocer enteramente. Es el boceto de un gran cuadro, que da á conocer el paisaje, aunque después sea necesario retocar figura por figura, para llevarle á la perfección. ¿Y qué lienzo mejor preparado para delinear todas las figuras de un gran pueblo, que uno de esos paseos populares en que se presentan todas las clases de la sociedad para ser examinadas por el ojo escudriñador del observador?

¡ La Viga...! Venid conmigo á conocer en este punto de recreo y de animación, en ese delicioso paseo de la populosa capital de los antiguos-aztecas, al pueblo mejicano. Yo, fiel narrador de todo lo que pertenece á ese privilegiado suelo, donde tantas pruebas de deferencia me han dispensado sus hijos, voy á pintar sus originales costumbres, sus agudos y picantes dichos, sus pendencias, sus amores, sus bailes, sus canciones, sus trages y sus inclinaciones. Venid pues, y recorred conmigo en uno de los domingos del mes de abril, ese risueño y animado paseo, á donde acuden en tropel las distintas clases de la sociedad, en elegantes carruajes la alta, á caballo parte de los jóvenes de la misma, y á pie la media y baja, para formar un conjunto heterogéneo pero agradable, donde todo se -

mezcla y se confunde, como van á mezclarse y confundirse en el espumoso mar los diferentes rios mas o menos caudalosos, mas o menos puros que de distintos puntos han partido

¡Tended la vista por todas partes! ¡Qué alegría se advierte en el rostro de esa concurrencia sin número, que ocupa los diversos puntos de ese lugar destinado al placer y al olvido de todos los pesares! Mirad a la izquierda esa multitud de hombre y de mujeres del bajo pueblo que se agolpan al embarcadero, para marchar á Santa-Anita, pequeña población de indios, y que se afanan por entrar en aquella gran canoa que acaba de atracar. De ella sale la ronca voz del indio remero que, vestido con un ancho calzon blanco de algodón, sostenido por un ceñidor azul del mismo género, en mangas de camisa, descalzo, y cubierta su despeinada cabeza con un sombrero de paja ordinaria, ó de petate como ellos le llaman, y de inmensas alas, grita con toda la fuerza de sus pulmones: A dos por medio á Santa-Anita; á dos por medio. ¿Quién se embarca? Que se larga la Primorosa.

Escuchad el jarabe escitador que en el arpa y la jaranita (tiple) tocan en este instante los músicos que están sentados al borde de cada canoa respectiva, pagados por sus dueños, para que los que se embarcan puedan hacer su viaje bailando ó viendo bailar, y ved cómo en un momento se llenan todas de gente leperocrática (1) para quien el pasado y el porvenir son cosas que no merecen tenerse en consideración, que se entrega con toda el alma al presente, que es el mundo, la existencia, el todo de esa gente del bajo pueblo, y que no tiene exigencias que puedan atormentarla en lo mas mínimo, ni turbar la constante alegría que entre ella reina. Pero dejemos á los embarcados que desaparecen en el pintoresco canal, y

(1) Lépero, palabra aplicada á la gente de la hez del pueblo que no tiene oficio ni beneficio, cuyo modo de vivir se ignora, y cuyo valor personal es indisputable sobre todo manejando el puñal.

detengámonos á examinar esas millares de personas, que esperan agrupadas á la orilla á que atraquen nuevas canoas para elegir aquella que mas en armonía juzgan con su educación. Observemos sus trages, oigamos sus dichos, traslademos al papel sus palabras sin alterarlas en lo mas mínimo para que así el lector tenga una idea exacta, un retrato fiel y verdadero de lo que realmente es el pueblo mejicano.

Contemplad ese grupo donde se encuentran unos vendiendo y otros comprando fruta, en tanto que la canoa atraca. Ahí tienen ustedes, junto á esa robusta frutera, al charro (2) mejicano con sus calzoneras de paño azul celeste, abiertas por los lados, para que la pierna esté libre al montar, con rica botonadura de plata para cerrarla cuando le parezca, dejando ver debajo un ancho calzon blanco; ved su bota campanera (3), - bordada de colores, que cae hasta cubrir el pié, y asegurada por una hermosa liga, entre la cual y la bota lleva un cuchillo de vaina de acero, - tanto para uso propio del campo, como para defensa propia: examinad su - airosa cotona, especie de chaqueta que participa del jubon y de la chaquetilla que usan los andaluces, de suave cuero café, y sobre cuyos hombros y espalda cuelgan porción de alamares de plata: fijad la vista en su faja de seda encarnada, bordada con borlas de oro en los extremos que cuelgan por detrás; analizad su redondo sombrero llamado jarano, de anchas - alas galoneadas con cinta de oro, sobre las cuales descansa una gruesa - toquilla (4) con amarres (5) de plata, sostenida por dos enormes chape - tas (6) del mismo codiciado metal, y decidme luego si puede haber trage-

(2) Gente de campo, cuyo trage de montar á caballo es enteramente nacional.

(3) Semejante á la polaina de montar de los andaluces.

(4) Grueso cordon de oro, plata, fina piel, ó de chaquirá, en forma de culebra enroscada, colocado alrededor del sombrero.

(5) Los extremos en que se une la toquilla

(6) Adorno figurando águila ó otra cosa, que se coloca á ambos lados del sombrero para que al quitárselo no se salga la toquilla por la copa.

mas propio para montar á caballo. Solo le falta para completar el vestido de charro, la rica manga (7) azul ó morada, galoneada con cinta de oro alrededor; su gran espada y sus enormes espuelas distintas en todo de las que se usan en Europa. A su lado está la graciosa china (8)- de desnuda pierna y diminuto pié de elevado empeine, calzado por un zapato de raso azul bien cortado; de enaguas cortas, anchas y de vistosa tela, sostenidas por un ceñidor de seda encarnado que oprime su delgada cintura; embozada en un rebozo (9) de seda matizado de amarillo y negro, pero no tanto que no deje ver su graciosa boca, sobre cuyo labio superior se percibe apenas un fino y delicado bozo; de ojos grandes y negros; velados por largas y sedosas pestañas que comunican una sombra espresiva á sus delicados párpados; de rosado color y delicada tez, que contrasta notablemente con la brillantez de su lustroso pelo, negro como el azabache, que en dos largas trenzas, unidas sus puntas por una ancha cinta de raso azul, lleva caídas hácia atrás. Mirad no muy lejos de ellos al arrogante lépero que, embozado en su vistoso lorongo (10) habla de sus pendencias y sus amores con otros que en el manejo del puñal no reconocen superiores en el mundo: al vendedor de cacahuates (11) que gritando sin cesar "al buen tostado de horno, aparen, aparen", atrae á su derredor á los compradores: á la limpia-críada de la alta sociedad, vestida con aliño, y á otro número infinito de personas de ambos sexos que sería prolijo describir.

- (7) Dan el nombre de manga á una pieza de paño de tres varas y media de largo, y dos y media de ancho, abierta en medio para meter la cabeza ó embozarse cuando llueve.
- (8) China, lo que llamamos en España manola.
- (9) Especie de chal, hecho en el país, de cerca de una vara de ancho y tres y media de largo, matizado de agradables colores.
- (10) Manta de lana de diversos colores, semejante á las que usan los contrabandistas; pero mucho mas fina; pues hay algunas hechas en el Saltillo que valen 200 duros.
- (11) Lo que se conoce en Madrid con el nombre de alcahues.

- Entre, valedor,

Grita desde una canoa que se acaba de llenar de gente, uno de ce-  
trino rostro á quien atraviesa una cicatriz el carrillo izquierdo, á otro-  
que, embozado en su gorongo y queriendo cubrir un enorme chirlo que desde-  
la ceja derecha hasta la oreja izquierda le llega, se encuentra en la ori-  
lla contemplando á una simpática china de ojos árabes y provocativo seno,-  
que en compañía de una ánciana espera á que atraque otra canoa, en la cual,  
como en todas las destinadas al populacho, se encuentran dos músicos que -  
sin cesar tocan en la jarana y el arpa, las bulliciosas, alegres y animado  
ras sonatas populares.

- Venga, valedor.

Le vuelve a decir el de la canoa, al que contempla á la jóven.

- Ayá nos veremos.

Le contesta el que está en tierra:

- Yo soy pico largo (12) valedor: estás pelando el jalisco (13) á -  
esa chula (14) que se te está mostrando polinaria: (15) págala el viaje, y  
entra con ella para que baile aquí un jarabe conmigo.

- ¿Y no quieres bailar con la que le acompaña?

- Ya es noche, (16) valedor, y no estoy por la vijilia (17): déjala  
en tierra, y ven con la jóven que es la mas bonifacia (18) de todititas -  
las mujeres.

---

(12) Hombre de experiencia: que huele lejos.

(13) Mirando de hito en hito.

(14) Graciosa.

(15) Ingrata.

(16) Anciana.

(17) Viejas.

(18) Bonita.

Entonces el que estaba en tierra acercándose disimuladamente á la que tan pensativo le tenía, la dijo: -¿Vá ud. en esa canoa, mi alma?- ¿Es ud. mi confesor para que le dé razón de mis aiciones? yo me iré donde me nazna (19)-¿Se ha enojado ud.? -No soy tamal (20) para enhojarme.- ¿Quere ud. que la acompañe?- No necesito vejigas para nadar.- Mire, aquí hay tlacos (21) añadió el lépero sonando con la mano el dinero que llevaba en el bolsillo.- No soy gayina para que me suene el maíz.- ¿Que te dice ese hombre?

La preguntó la anciana:

- La digo, contestó el lépero, que si quere que la acompañe á -- Santa-Anita.- ¿Y de qué taconeá tan recio? (22) replicó la vieja. Sepa - que no necesita ella de emplastos mal pegados.

Y sin decir mas, se metieron en una de tantas canoas que iban á emprender su marcha, desapareciendo á poco la embarcación, dejando percibir apenas, el acento de una conocida canción que los músicos entonaban-acompañándola con los acordes del arpa y la jaranita. Pero dejemos á esta canoa y á otras ciento que se llenan de gente, y entremos nosotros en una de aquellas pequeñas que, por no tener músicos, solo son ocupadas - por personas de mejor educación. La tomaremos por entero para ir con toda libertad: yo les pagaré á ustedes el viaje que en esto, los escritores somos gente franca y servicial . ¡Bien! ya estamos dentro de ella: ya se desliza por el estrecho canal con dirección á Santa-Anita. ¡Mirad, mirad qué vista tan sorprendente presenta desde aquí el paseo de la Viga! Ved en toda esa línea que forma la orilla derecha del canal, y que se es-

---

(19) Donde tenga voluntad.

(20) Masa hecha de maíz y muy sabrosa, que se envuelve en hojas del mismo.

(21) Dinero

(22) ¿Y de dónde le viene esa confianza?

tiende desde el embarcadero hasta el puente en que está la puerta de la ciudad, un considerable número de sólidos bancos de ladrillo cubiertos de gente de todas clases, sexos y edades, que bajo una hilera de frondosos árboles que guarda el mismo orden, se encuentran; mirad esa otra multitud que colocada en la verde alfombra que cubre el borde del canal, y sombreada por los espesos fresnos que á la orilla de todo el lago se elevan, contempla á los que van y vienen del pueblecillo tantas veces mentado: fijad la vista en ese número considerable de vendedoras de tamales, naranjas y caña dulce: en la jóven que sobre una mesa cercada de verdes ramas vende la chicha (23) fresca en un barril pintado con listas blancas y encarnadas; á las que despachan esa espuma hecha de la cáscara del cacao que aun recuerda la bebida de los antiguos aztecas y que dió origen al chocolate en Europa; y en esa proci6n de dulceros, neveros y rosquilleros, cuyos gritos penetran en los oídos de los muchachos con tanta dulzura como en un rendido amante las palabras de amor de la hechicera que le tiene cautivado.

Proseguid mirando en tanto que navegamos, y notareis, pasada esa barrera de gente que ocupa la orilla del canal y los bancos de ladrillo, notareis repito, otra calle paralela, orillada por ambos lados de copudos árboles, donde ruedan, tirados por arrogantes caballos, los lujosos y dorados coches en que ostentan su riqueza y hermosura, esas lindas jóvenes de la alta sociedad, bellas como las flores de su privilegiado suelo, cuya sonrisa tratan de merecer esos elegantes jóvenes que en briosos corceles cruzan el paseo, manifestando en su apostura la indisputable maestría en el manejo del obediente cuanto fogoso y ligero animal. Llevad mas allá la vista, y despues de otras dos hileras de árboles que se estienden

(23) Bebida hecha con piña, cebada, agua azucarada, limón y otras cosas.

paralelamente á lo largo del paseo, ved entre esas pintorescas y humildes casuchas en que habitan los indios, ved repito, ese número considerable de columpios y voladores, todos ocupados por esa clase artesana y sirviente que no piensa en esos felices momentos mas que en gozar y divertirse.

Pero ya hemos pasado el puente de la puerta de la ciudad hasta el cual llega el paseo de los coches que tiene 1,267 varas de largo, y solo nos faltan para llegar al pueblecillo de la fiesta, 650.- Dirijamos la vista por la última vez y antes de saltar á tierra, por el prolongado canal, sobre cuyas inalterables aguas navegamos, para abarcar en globo cuanto nos rodea. Allí, á la derecha, dominando ese inmenso campo cubierto de árboles y flores, se descubre Chapultepec, ese colegio militar situado en la eminencia del antediluviano bosque que lleva el mismo nombre y que fue pertenencia de los antiguos emperadores aztecas. A regular distancia de este vigilante centineia que parece estar cuidando los venerandos sitios de los héroes que precedieron al desgraciado Moctezuma, se descubren, al través de espesas y abundantes enramadas, porción de bonitos pueblecillos, unos al pié y otros sobre la eminencia de los pintorescos cerros iluminados por los dorados rayos del sol, aunque todos ventajosamente situados sobre una rica y matizada alfombra de verde grama. A nuestra izquierda, y por entre los claros de los copudos fresnos que al pié de las montañas estienden su tupido follaje, déjanse ver repartidas algunas cabañas llamadas jacales, y pacíficas aldeas ó ranchos de indios como las llaman en el país; pero lo que tiene enajenado el espíritu de todo el que concurre á este popular paseo, son esas ciento cincuenta canoas de todos tamaños, cubiertas de gente que no cesan de conducir pasajeros del embarcadero al pueblo de la fiesta, y de -



este al embarcadero. ¡Cuántas veces al recorrer venturoso por este ameno verjel, he recordado los pintorescos caseríos de Albia, Deusto, y Lúchana que se extienden á la orilla del Nervion que riega la grata villa de Bilbao en que rodó mi cuna! Ahí vuelve de Santa-Anita "El Clavelito" conducido por dos indios remeros: compitiendo en ligereza con él, se ve á "La hermosa Rebeca" á "La Sierpe". y á "La Dichosa" en cuyo costado se leen estas palabras, sírvo pero no de balde, llenas todas de personas de todos sexos y edades, sobre cuyas cabezas se ostentan coronas de flores hechas por los indios de Santa-Anita, y sin las cuales ninguna mujer ó niño acostumbra volver de la bulliociosa fiesta.

Ocupando el centro de otras muchas canoas, vuelve el honrado artesano rodeado de su numerosa prole, llevando su esposa é hijos ceñida - la frente con olorosas coronas de flores, y divirtiéndose con las otras embarcaciones en que suena la música, y donde los pasajeros cantan y bailan sin descansar un momento.

-Eche ud. un versito del Caray, don Regino

Dijo á los músicos uno que iba en una canoa que pasaba junto á la nuestra.

-Allá van don Genovevo (24)

Y el tañedor de arpa, sin hacerse esperar, cantó el siguiente verso colocando á la conclusión de cada pié el estrivillo caray.

(24) Entre la gente del bajo pueblo hay una afición decidida á poner á los hombres nombres de mujeres: así es que con frecuencia se llaman don Dolores, don Pilar, don Margarito, don Candelario, etc.

Cuando á una mujer del dia  
Muestra a un hombre duro en plata,  
Suele hacer mas reverencias  
Que un maromero (25) en la reata.

-¡Bien, valedor! otro versito por ese chisgo (26) exclamó uno de los que bailaban; y los músicos prosiguieron con éste:

La mujer es como un mueble  
Que rematándolo están,  
Que después que ofrecen todos  
Se va con el que da mas.

-Ese me cuadra mas que el otro, dijo el apasionado á las canciones alargando un jarro lleno de pulque (27) á una graciosa china de enaguas cortas y cubiertas de lentejuelas; rebozo de seda amarillo que, al desembosarse, lo cual lo hacia con frecuencia, dejaba ver una camisa escotada, bordada de sedas de colores, que mal cubria su elevado y provocativo seno: su faz graciosa y de un color moreno suave, ó apiñonado, como dicen en el país, recobraba mas atractivos por las ondas que sobre su despejada frente, cercada de una corona de flores, formaba su negro, crespó, pero suave pelo que, en dos gruesas trenzas, unidas en sus puntas por una cinta de raso amarillo, venian á quedar sujetas en un ceñidor encarnado de seda que oprimia su estrecha y flexible cintura: su pie, pequeño como el de toda mexicana, de elevado empeine, y sin media, como lo lleva toda la gente baja del país, iba calzado con un zapato de raso verde de cuatro puntos, en cuya punta y talón se ostentaba una flor de oro bordada primorosamente.

Pero ya hemos llegado á Santa-Anita, á ese pueblo de indios - - -

(25) Por volatín

(26) Por ese estilo

(27) Licor blanco extraído de la planta del maguey, pita en España.

que al través de los árboles y abundantes enramadas deja ver sus humildes chozas, como otros tantos nidos en medio de las fragantes flores de una deliciosa floresta; y tal es el gentío, que dudo podamos desembarcar. Ya estamos en tierra, y lo primero que las indias nos ofrecen son coronas de rojas amapolas. Obsérvase por todas partes un número incalculable de personas no hay un solo punto que no esté cubierto de columpios donde se mecen hombres y mujeres, adornadas estas con coronas de flores. Aquí se baila: allá se merienda: acullá se riñe: en otro jacal (28) se canta, y en todas partes se grita. No parece sino que en esta pequeña población edificada por los indios al borde de las apacibles ondas de un pintoresco lago, meciéndose en las aguas como un blanco cisne sobre la límpida superficie de una anchurosa laguna, se han propuesto resucitar los modernos, alegres y festivos mejicanos, el perdido Eden de nuestros primeros padres. Cada choza de indio, hecha de ligeras cañas entrelazadas con enramada, separada á considerable distancia de las demás, cercada de varios árboles y provista á pocos pasos de solicitados columpios, se convierte en un oasis, donde los hombres olvidan el desierto de la vida que atraviesan.

-¿Quieren sus mercedes ir á las chinampas? (29). Nos pregunta Con respeto y cariño un indio que sale de su choza dejando en la hamaca, objeto que no falta en ninguna habitación de indio, á su hijo pequeñuelo.

- Si; atraca tu canoa, José (30).

(28) Nombre que dan a las chozas.

(29) Palabra que viene de las voces mejicanas tlah ompaatl, que significa tierra en el agua.

(30) Este nombre dan los de las ciudades al indio, y por él entiende aunque así no se llame, lo mismo que las indias por el de María.

-Está muy bien señor amito: (31) entren sus mercedes.

Y nuestra canoa se desliza por entre el laberinto de calles de agua que cruzan por entre mas de trescientas chinampas ó jardines flotantes que engalanan á Santa-Anita, y que he tenido el gusto de contar iQue vista tan deliciosa forma este risueño y pintoresco punto...!

Cada jardín flotante es una encantada isla, cuyas floríferas orillas acarician sin cesar las trasparentes linfas de los multiplicados y estrechos canales que se cruzan y se juntan formando bellas y graciosas calles, sobre cuyo límpido cristal se deslizan rápidamente las ligeras y poéticas embarcaciones. Si; cada chinampa es un eden de flores; una isla que se mece mansamente en el azulado cristal, y cuya siembra constituye la principal riqueza del sencillo indio. Esas chinampas que cual otros tantos ramilletes colocados en un inmenso estanque, flotan sobre las leves ondas que riza el perfumado céfiro, forman la mas sublime página del grado de perfección á que habia llegado la agricultura de esos pueblos antes del descubrimiento de la América, causando singular asombro esa poética invención de los jardines flotantes, digna de los países mas adelantados en civilización. Esas risueñas islas o nadantes pensiles, que solo de flores producen al año doce mil duros, vienen á ser otros tantos cultivados huertos de cien varas de largo y seis de ancho cada uno, de donde ademas de la pintadas rosas y de la delicada verdura que forman la principal riqueza del indio, abundan en larga y jugosa yerba que, hecha manojos de á veinticinco libras, la venden los indios á seis reales fuertes el ciento á los vaqueros de los alrededores de Méjico para alimentar en parte el ganado.

Ved esa multitud de chalupas (32) en que las indias cruzan los

(31) Por respeto llama amo el indio á toda gente decente.

(32) Así llaman á unas canoas sumamente estrechas y pequeñas que se vuelcan con todos, excepto con los indios que las manejan asombrosamente.

multiplicados y estrechos canales que, cual otras tantas sierpes de plata, pasan por entre chinampa y chinampa: chalupas cargadas de flores que conducen para hacer vistosas coronas y venderlas á las personas que concurren á la fiesta.

-¿Les hago á sus mercedes unos ramitos?

Nos pregunta el indio, deteniendo la canoa á la orilla de una chinampa cubierta de claveles, rosas y encendidas amapolas.

-Sí, José.

Y mientras el humilde, útil y servicial indio, hace los ramilletes, yo me pongo á meditar en el inocente placer que disfrutar debemas de treinta mil almas que concurren á ese paseo: en lo fácil que sería hacer feliz á esa nación, cuyos hijos son de una índole dulce, declarado y despejado talento, y donde el valor personal resalta de una manera muy marcada. Pero á sacarme de mis meditaciones viene la voz del indio que me dice:

- Aquí están ya las flores, señor amo: téngalas su merced.

- Bien, José.

-¿No quieren sus mercedes dar otra vuelta por las chinampas?

-No, José; porque quiero recorrer con estos amigos que acaban de llegar de Europa, los demás pueblecillos que quedan á la orilla del canal. Y despues de pagarle sus flores, volvemos á entrar en la canoa en que hemos venido de la Viga, y emprendemos nuestro viaje absortos - siempre con el hermoso y siempre nuevo panorama que se descorre á nuestra vista.

Aun no acabo de mostrar á mis compañeros de viaje el risueño y variado paisaje que nos rodea, cuando se presenta á nuestros ojos un pintoresco pueblecillo lleno de vida y frondoso, cubierto de árboles y

y flores, descansando sobre el apacible lago, como una sirena de irresistible atractivo en medio de las azules ondas de un mar en calma. Este pueblo es Ixtacalco, que viene de las voces mejicanas Ixtla calli, que significa casa blanca: pueblo que no ha perdido el tinte original de sus primitivos tiempos; pueblo que conserva en todo su vigor aquella agricultura sencilla, pero adelantada, que llenó de asombro á los erreros españoles, que no cabiendo sus hazanas en el viejo mundo, buscaron otro nuevo, virgen y espacioso donde eternizarlas. Examinémosle detenidamente. Ningun cambio se nota en él que haya alterado sustancialmente su indigena fisonomía: chozas, embarcaciones, modo de vivir, todo es igual al que encontraron los soldados de Hernan Cortés. ¡Cuántos recuerdos despiertan en el observador esas chinampas que en número de cuatro mil embellecen ese delicioso verjel, agradable morada de sus sencillos habitantes! Al verlas vestidas de variadas flores, verdura y esquisitas legumbres, y regadas por estrechos y multiplicados canales, sobre cuya trasparente superficie se deslizan rápidamente las ligeras chalupas que obedecen al remo del inofensivo indio, se cree el viajero transportado á los siglos en que aun la huella del europeo no habia quedado señalada en aquellas apartadas regiones. Aquí, lo mismo que en Santa-Anita, reina la animación y la alegría: la gente de Méjico desembarca; recorre los jardines flotantes en ligeras chalupas, baila, merienda, se entretiene en hacer columpios, y toma á la capital coronada de flores y cantando el Butaquito, el Artillero, el Palomo, y otra porción de canciones populares. Pero volvamos tambien nosotros; y en tanto que los que navegan por el largo canal se entregan al regocijo y al placer, me ocuparé yo en dar á conocer las poblaciones que se estienden á lo largo del pintoresco lago, que cual una cinta de oro y plata, brilla herida por los refulgen-

tes rayos del sol. Poco mas allá de Ixtacalco, y siguiendo siempre la orilla del canal, se encuentra San Joanico, San Andrés, Mejicalcingo, Ixtapalapan, célebre en tiempo de la conquista por sus admirables jardines, por su numerosa población que pasaba de cincuenta mil almas, y por haber sido la residencia del principe Cuitlahua, hermano del emperador Moctezuma. A esta población de históricos recuerdos, sigue Xochimilco, que significa campo de las flores, que bien merece llevar este nombre por estar cercado por todas partes de floríferas chinampas cubiertas de perfumadas rosas y delicadas flores, en cuyos lucientes cálices, liban, agitando sus pintadas alas inquietos y diminutos colibris, o chupa-mirtos, como vulgarmente los llaman, que remedan -- otras tantas flores, que se elevan y descienden de uno en otro aumentando los encantos del paisaje.

Pero ya hemos llegado al embarcadero de la Viga de donde la multitud que ha asistido a pie al paseo, se retira a sus casas entre las nubes de polvo que levantan briosos caballos y los numerosos carruajes, a la vez el magestuoso sol, cediendo el trono a la redonda luna que platea el trasparente lago, desciende por detrás de las montañas, bañando con sus últimos fulgores la tranquila naturaleza.

- ¿Qué le ha parecido a usted el paseo de la Viga a Santa-Anita? le pregunto, en cuanto desembarcamos, a los que me han acompañado.

- Muy hermoso, muy pintoresco, susceptible de grandes mejoras, y superior a muchos que en Europa son justamente celebrados. Pero he visto con sorpresa que la gente de su posición se queda en el punto de los coches, entretenida en ver a un lado a los que navegan, y al otro a los que pasean a pie, a caballo y en lujosos carruajes, y que solamente embarca la gente del bajo pueblo, y alguna parte de la sirviente y la artesana.

- Eso consiste, en que las personas de la alta sociedad, temen que haya desordenes entre la multitud que concurre a Santa-Anita; y - solo asisten a este pueblecillo los días de trabajo, en que la clase pobre ésta entregada al trabajo. Si alguna vez viene usted entre semana, - verá usted a las familias bien educadas concurrir a Santa-Anita para hacer días de campo, y notará usted que los concurrentes llevan de Méjico, en grandes canastas, las provisiones de boca que deben consumirse. Ya una familia, cuyos individuos quieren separarse de lo que se llama comer al estilo del país, va provista de fiambres, carnes prensadas, salchichas, sardinas en lata, vino de Burdeos, Champaña, cerveza, etc., á la vez que en otra canoa navegan otras personas que gustan comer al uso de Méjico, llevando en inmensas cazuelas, el mole de guajolote (pavo en salsa colorada de pimienta), los frijoles gordos - (judías), las picantes enchiladas (33); en grandes pellejos el pulque natural, y el compuesto de piña ó de naranja; sin olvidar á los músicos que no cesan de tocar en toda la navegación graciosos y sentimentales walses que sirven para aumentar la natural alegría que en el co razon de los viajeros reina.

Con frecuencia verá usted tambien que algunas familias prefieren el ir á Santa-Anita por la tarde; y entonces, en vez de la comida de que hemos hablado, suelen llevar, para merendar en medio del campo, delicados tamales y atole (34) de leche, que es sin duda una de las cosas mas nacionales y sabrosas que se pueden apetecer á esa hora.

En semejantes días todo es animación y dicha. Por un lado -- las agradables y pintorescas chinampas cubiertas de lucientes flores-

---

(33) Masa de maíz redonda como una ancha oblea, encima de la cual echan una salsa de pimienta que llaman chile, y que guisan cuidadosamente.

(34) Atole es el maíz molido á mano sobre una piedra, á que dan el nombre de metate, y pasado por el tamiz por medio, no del agua, sino de leche endulzada.



cuyos penachos oscilan suavemente al suave halago de una -  
aura húmeda y embalsamada: por otro los pintados pájaros -  
de brillante plumaje, cuyos colores encantan la vista: mas,  
allá las rápidas chalupas en que los indios conducen las -  
flores que de cortar acaban, para hacer coronas á las seño-  
ras: en otro punto las multiplicadas y rústicas chozas de-  
los indios ocultas en el espeso ramaje de las verdes enra-  
madas como otras tantas ciervas que descansan tranquilas -  
en medio de los bosques: y por último, los dulces acordes-  
de la música cuyas notas van á espirar en el inmenso espa-  
cio, y el suave movimiento de las hermosas jóvenes que baj-  
lan ó se columpian adornadas todas con coronas de olorosas  
flores: todo esto, repito, forma un conjunto encantador, -  
que hace del paseo de la Viga y Santa-Anita, un sitio deli-  
cioso, un deleitoso paseo, un pintoresco panorama, cuya al-  
ta belleza no le es dado á mi tosca pluma encarecer debida-  
mente.

NICETO DE ZAMACOIS.

## ESTADO DEL SUR

Puede asegurarse que una de las provincias en donde no ha penetra  
do aun el exámen analítico del estudioso observador, es el Sur, rico Esta  
do del fértil suelo mejicano, donde la Providencia, á la par que derramó  
exuberantemente los ricos dones de una vegetación vigorosa, pródiga en -  
producciones de toda especie, vertió también, en compensación, males sin-  
número, que solo pueden calcularse por el que recorriendo sus fértiles -  
montañas cortadas de torrentes, ríos y cascadas que cruzan en todas direc  
ciones, contempla el poco provecho que de tesoros tan inapreciables han -  
sacado los habitantes de esa provincia, conocida por todos con el nombre  
de Tierra caliente, y de algunos con el de Estado de Guerrero. Estos ma  
les que de enunciar acabo, y cuya fuerza se hace mas sensible y marcada -  
cuanto mayor es la suma superabundante de los bienes, contra cuya benéfi  
ca influencia combaten, son el clima mortífero, cuyos estragos han senti  
do muy de cerca los españoles, cuando aun adornaba aquel rico diamante la  
esplendente corona de los reyes de Castilla, los innumerables reptiles -  
ponzoñosos que por todas partes brotó la tierra, y la temible fiebre ama  
rilla que se ceba sangrientamente en los que no han nacido bajo aquel cli  
ma abrasador.

La Tierra caliente, provincia del Sur, ó Estado de Guerrero, pues  
con los tres nombres se designa el punto que nos ocupa, es un oasis y un-  
desierto, pues participa de la atractiva belleza del primero, y de la tris  
te soledad que marca el aspecto del segundo: es el molde en que la Provi  
dencia vació las felicidades y las desdichas de la tierra que, fundidas y  
amalgamadas, cuanto mas parece pugnan entre sí, como cuerpos contrarios pa  
ra separarse, mas se unen y se identifican, arrastradas por una fuerza su  
perior que las dirige; de esta suerte, proporcionando al hombre todos los-

bienes materiales que codicia, le recuerdan, en sus padecimientos, que no le es dado volver á encontrar en la tierra, el Eden perdido.

Allí se ostenta abundante la cochinilla ó grana, ese insecto colorante que se cria adherido á la planta llamada nopal, de la cual vive, y que con tanta profusión han enviado á Europa: allí el vistoso y cándido algodón, la rica vainilla, las abundantes minas de oro y plata: los rios- que en sus transparentes linfas arrastran metales tan ricos como los que - han engrandecido la California: las esquisitas frutas de delicado gusto - que no encuentran competidoras en el mundo; y sobre todo, la caña de azú- car que hermosea los inmensos terrenos de las haciendas, y que rinde al - año, solo en aquella provincia, cerca de cuatro millones de arrobas de - azúcar, que se consume en los demás Estados de la nación: allí los espe- sos bosques regados por caudalosos rios, y las feraces y virgenes monta- ñas brindando al hombre los inagotables tesoros de la naturaleza. Pero - allí también la venenosa tarántula, el ponzoñoso aiacran que invade hasta las sábanas de la cama; el repugnante cientopiés y la imperceptible nigua que se halla estendida en toda la superficie del Estado, penetra en los - piés, del forastero, é introduciéndose entre el pellejo y la carne, pone - en ella sus huevos, y se reproduce de una manera, desgraciadamente prodi- giosa, que deja sin acción al incauto que no ha tomado todas las precau- ciones necesarias para conjurar el mal.

Esta parte que encierra en su seno con igual fuerza lo bueno y - lo malo, lo agradable y tormentoso, la vida y la muerte, es una provincia excepcional, de las muchas que forman aquel hermoso país conquistado por Hernan Cortés en una época en que el leon de España se ostentaba como do- minador y rey del orbe entero. El Sur es la región inaccesible á todo go- bierno; región á donde se refugian los descontentos, donde se reconcen -

tran los elementos sediciosos que, agitados por las intolerantes pasiones de partidos, causan una conflagración general que abraza por sus cimien - tos el edificio aun vacilante levantado por los gobernantes. De aquí la condescendencia forzosa de todos los gobiernos con esa provincia defendida por la naturaleza mortífera de su clima, que diezma los ejércitos, - - siendo sus habitantes la pesadilla de los que están encargados de regir - los destinos de la patria.

La Tierra caliente comienza en Cuernavaca; ciudad hermosa y pinto resca situada á 15 leguas de la capital de la nación. Este pueblo que - fue en tiempo de la conquista la capital de un país habitado por los Tlani tas, es hoy uno de los mas comerciales y ricos que se conocen; debido en gran parte, á las numerosas fábricas de aguardiente de caña que cuenta, y que esporta para todos los puntos de la República. Colocada la ciudad en un terreno feraz agradable, y disfrutando de una temperatura templada y - apacible, como que es la puerta entre la tierra fria y la caliente, los - europeos la visitan y se establecen en ella, influyendo, de esta suerte, en los adelantos de la ilustración y la industria que han llegado allí a un grado de perfección que no se conoce en el resto de la Tierra Caliente.

Puede decirse que Cuernavaca es el hasta aqui de los europeos: el antemural levantado á las letras y á la civilización que allí se estancan sin que encuentren un cauce para regar con su benéfico influjo el país - abrasador que se encuentra al otro lado. Aquello mismo que ha servido á dar al Estado de Guerrero un poder independiente, ha sido á la vez, la po derosa remora que se ha opuesto á que se llevara el gérmen de la cultura - y de la civilización que tan óptimos frutos de ventura hubiera producido. El clima, sepulcro de todos los que han osado invadir la Tierra Caliente, ha sido también la tumba de los adelantamientos científicos y literarios,

que solo viven en el gabinete de algun hombre estudioso, como las flores de un país cálido en los invernáculos de los botánicos de Inglaterra.

Los gobernantes españoles, á cuya vigilancia estaba sometida esta parte de la Nueva-España en el gobierno vireinal, solicitaron de los vireyes, que se crease en esta provincia el obispado de Chiapa, para - - que los dignos sacerdotes estendieran la doctrina del Crucificado, con - vencidos de que, la base fundamental de toda civilizacion, está comprendida en el divino Evangelio. Pero el clima insalubre por una parte, y - por la otra, las penosas distancias que era preciso atravesar para pasar de un pueblo á otro, impidieron el que la semilla civilizadora fructificara con la fuerza y fecundidad que hubiera sido de desear. Estos mis - mos inconvenientes, capaces de arredrar por sí solos al hombre menos ce - loso de su salud y de su vida, agregados á los innumerables reptiles pon - zoñosos que ennegrecen la tierra, han influido en que los europeos no ha - yan penetrado en ese Estado que, aislado de toda comunicación con los ha - bitantes del viejo mundo, que se establecen en puntos mas sanos de la Re - pública, ha permanecido casi en el estado en que se encontró en la época de la conquista.

Y si en tiempos pacíficos y normales como eran los que corrieron por espacio de 300 años; si durante una paz no interrumpida por tres si - glos; si en la época de un gobierno respetado y poderoso, abundante en - recursos, lleno de fuerza moral y física, no se consiguieron ventajas en punto á su civilización, no obstante los generosos esfuerzos de sus go - bernantes ¿qué extraño es que hoy, bajo el mando de gobiernos constitui - dos en medio de las revoluciones, como todos los que ha habido en Méjico desde su independecia, combatidos por una tormenta no bien han conjura - do otra; obligados á mirar por su propia conservación siempre amenazada,

luchando á brazo partido contra la marejada levantada por el sopló de las revoluciones, desconfiando de todos, faltos de los recursos indispensables para acallar la grito de los descontentos y encarrilar á la naci3n por la senda de la tranquilidad y el progreso, no hayan hecho ninguna conquista en el Sur las letras y la civilizaci3n?

La gente que habita el Sur, trae su origen de la mezcla de la raza india primitiva y de la negra; su color, generalmente hablando, es prieto, toscas sus facciones y el cabello muy áspero; abundan los de cutis cetrino, y es muy considerable el número de pintos, llamados así porque en su rostro, lo mismo que en el resto del cuerpo, están pintados de manchas amarillas, negras, rojas, azules, blancas y verdes, que les dan un aspecto raro y repugnante. El pinto, cuyo color puede compararse al mosaico, no forma por esto raza diferente de la del resto del Sur: los variados matices que sobre su piel se marcan de una manera pronunciada, provienen de una enfermedad cutánea que se trasmite de padres á hijos, y cuyos efectos no ha encontrado la medicina medio de evitar. Los surianos, como todos los hijos de país cálido y montuoso, son, sino de complexi3n muy robusta, si ágiles y sueltos, agudos en el decir, pendencieros, de valor personal, nada ambiciosos, pero indolentes en sumo grado, sin duda por efecto del clima y de la abundancia con que su fértil suelo les brinda todas las producciones que sobran á satisfacer sus limitadas exigencias. Libres por la ardiente temperatura, de la necesidad de construir sólidas casas, viven, esceptuando la gente principal que habita en buenos pueblos, en cuadrilla; esto es, reunidos en un lugar en que levantan diez ó doce chozas, y que abandonan para habitar en otro cuando lo juzgan conveniente, llevándose consigo las barracas.

El alimento de estos hombres, que desconocen esas necesidades que la ilustración ha hecho indispensable en los países cultos, y cuya sola exigencia es la de gozar de una independencia completa, se reduce á tasa jo, chile, que es el nombre que dan al pimiento, ricas frutas en que abunda el país, totopo y pinole. El totopo no es otra cosa que la masa del maiz molido en una piedra llamada metate, masa que aplastándola entre las palmas de las manos hasta darle la forma de una ancha oblea, la tuestan en una especie de plato poroso de ordinario barro que llaman comal, y el pinole se reduce á maiz tostado, molido en polvo y mezclado con azúcar.

En relación con esta frugalidad que distingue á los habitantes de región tan abrasadora, está la sencillez de sus vestidos. Los hombres llevan un ancho calzon blanco de tela de algodón sujeto á la cintura por una faja; camisa de lo mismo, suelta, y que cae encima de los calzones; sombrero de petate de inmensas alas, y sandalias sumamente ordinarias. El arma favorita, y á la cual acuden para resolver sus mas ligeras cuestiones, es el machete; sable ancho y tosco que jamás apartan de la cintura, que parece forma una parte de su ser, y que constantemente lo están afilando. El traje de las mujeres, que en general son aun mas feas que los hombres, no es el mas á propósito para hacer disimulables los defectos con que las marcó la naturaleza. Llevan enaguas cortas de tela ordinaria de algodón; por camisa un lienzo cerrado por pecho y espalda, y abierto por los lados para sacar los brazos; medias no las usan; y su calzado es en todo igual al que gastan los hombres. Sus hijos pequeñuelos, que se entretienen en correr y divertirse enfrente á la choza en que sus padres descansan tendidos sobre un petate ó meciéndose en una hamaca, sin que les desvele el cuidado del porvenir, ostentan en todo su rigor el mismo traje que usaron Adán y Eva en el paraíso, antes de haber gustado del árbol prohibido.

Connaturalizados los hijos del Sur, con las enfermedades del clima, y familiarizados con la vista de los reptiles ponzoñosos que á los de otras provincias tanto espanto causan, lejos de huir de los venenosos insectos, los buscan como bocado delicioso; y agarrando á los alacranes por la cola, se los comen vivos, arrojando aquella, que es donde guardan el veneno activísimo.

Ya he dicho que uno de los rasgos característicos de los surianos es la indolencia, debida á sus reducidas exigencias y á la abundancia de su rico suelo. Sin embargo, para dar á conocer el grado extremo hasta donde aquella llega, creo conveniente detenerme á referir una de esas costumbres que marcan de una manera indeleble la indole de sus habitantes. Acostumbrados, casi desde que nacen á montar á caballo, la exigencia apremiante de todo hijo del Sur, es tener un buen jaco. El alimento, el vestido, el amor, los bailes y el juego á que tan aficionados son, todo lo dejan por un cuaco como ellos llaman al caballo. De aquí aquel versito que ellos cantan, y dice:

Si Adan hubiera tenido  
En el Eden un caballo  
No hubiera servido á Eva,  
Ni de la fruta probado

Dueños, pues, de este noble animal indispensable, al suriano, hay pueblos cuyos habitantes cuando tienen necesidad de llevar agua á sus barracas, colocan sobre el caballo cuatro cántaros vacíos, dos delante y dos á la grupa, y montando en seguida ellos, penetran descansadamente en las barrancas abundantes de agua, y entrando por una orilla y saliendo por la otra, consiguen que los cántaros se llenen por si solos, volviéndose á sus casas, sin haberse tomado la molestia de descargar y cargar.



Los bailes de estos habitantes, felices negativamente, son sumamente estrepitosos, y la música melancólica y rara: son excelentes ginetes, - como todos los mejicanos; y su diversion favorita, es correr á caballo tras un toro, lo cual se llama colear. Esta diversion consiste en agarrar al toro por la cola con la mano derecha y alzando inmediatamente la pierna para sujetar con ella el brazo, á lo cual llaman meter arcion, derribar á la - fiera, siguiendo el alazan su carrera, regido por el hábil ginete, que se - ostenta encima lleno de satisfacción y noble porte. Otras veces, colocan - una vara tendida en el suelo y retirándose á regular distancia, vienen con la velocidad del viento sobre el caballo, y sin que este detenga su carrera, se inclinan de una manera firme y admirable al llegar al punto en que está - la vara, y alzándola con una facilidad asombrosa, continúan corriendo con - la misma velocidad. Estas diversiones de que ya hablaré en otro artículo, son comunes á todas las provincias de Méjico.

La organizacion de lo que se llama ejército del Sur, y que en nada se parece al resto del ejército mejicano que está vestido con tanto lujo como el francés, es digna de tenerse en cuenta. Las tropas que están en esa - provincia, han de ser formadas precisamente de hijos nacidos en ella. Sin - dar servicio activo sino en Acapulco y dos ó tres poblaciones importantes - del mismo Estado, para lo cual basta una fuerza insignificante, el resto se ocupa en los trabajos del campo, sin diferenciarse del resto de la poblacion, sino en el fusil que cada uno tiene en su casa. Esta tropa no recibe paga - ninguna del gobierno en tiempo de paz; pero cuando hay guerra extranjera, ó movimiento político, el gefe, que es hijo del país, convoca á los pueblos, y todos los soldados acuden inmediatamente con sus armas á defender la patria ó á sostener el partido que estiman conveniente. Este ejército no está unificado; su traje es en todos tiempos el mismo que usa toda la gente del país.

El grabado que acompaña á este artículo, representa con todo exactitud á estos mismos hijos del Sur, que entraron en la capital de Mejico - en 1855, despues de la caída del general Santa-Anna. Yo los ví entrar en esa suntuosa poblacion, y puedo asegurar que la pintura está en un todo de acuerdo con el original. El lugar que ocupan es el cuartel formado en el convento de San Francisco, y el traje que visten, el mismo conque hicieron su entrada triunfal, llevando á la cabeza á su predilecto general don -- Juan Alvarez, siendo ministro de la guerra su leal amigo don Ignacio Comonfort, actual presidente de la República.

Como verá el lector, el uniforme que llevan los soldados no es otro que el que descrito queda al hablar del traje en general, sin otra diferencia que la de llevar encima de la camisa las fornituras, el fusil al hombro, algun capote cogido á los contrarios, y en el sombrero el letrero - que dice, soldados del Sur.

Preciso es pues, no confundir á este ejército que no da servicio ninguno sino en su provincia, con el ejército mejicano, bien equipado, escelentemente armado, y que en lujo en el vestir puede competir con cual -- quiera de Europa, aunque no en instrucción.

Las provisiones que el soldado del Sur lleva en campaña, se reducen á un pedazo de tasajo, totopo y pinole, de que ya tengo hablado al principio de este artículo. Esta frugalidad, comun á todos los mejicanos, es una ventaja para los gobiernos, pues fácilmente atienden á la subsistencia del soldado, que tiene en Méjico la cualidad de ser callado, sufrido, obediente, incansable en sus marchas, y de valor personal.

Dado á conocer lo que se llama Tierra caliente, no quiero terminar este artículo sin referir dos hechos históricos, dignos de ser tenidos en cuenta, siquiera sea porque en ambos anda mezclado el nombre espa-

ñol, tan alarmante entre la gente baja del Estado de Guerrero.

Estaba consumada, ya hacia diez años, la independencia de Méjico. Corrian los primeros días del mes de enero de 1831, y el vice-presidente - don Anastasio Bustamante, trató de dar el último golpe á la revolucion que había tratado de derrocarle y cuya última chispa la sostenia en el Sur, el general Guerrero, hijo de la misma provincia. Hallábase este militar de la independencia en Acapulco. En el puerto de este mismo punto, se encontraba un buque sardo, del que era capitan un tal Picaluga, cuyo nombre ha quedado entre los mejicanos para designar á algun traidor. El malvado capitan ambicionando oro, concibió el proyecto mas infame que caber puede en corazon humano. Se presentó á Facio, ministro de la guerra, ofreciéndole en - entregar al general Guerrero, si en premio de su servicio, le daba la cantidad de 50,000 duros; y habiendo el ministro consultado con el gobierno, - convinieron en entregarle la espresada suma, que se le pagó en oro. Picaluga volvió á Acapulco sin que nadie sospechase su inicuo plan: y como pasaba por íntimo amigo de Guerrero, convidó á este á que pasara á su buque, donde le tenia preparado un magnifico almuerzo. El confiado general aceptó el convite de su infame amigo, y á la hora convenida pasó al buque, - acompañado de tres ayudantes suyos. Sentáronse todos á la mesa; y cuando Picaluga los consideró mas entretenidos, dejó su asiento fingiendo una ocupación, subió á cubierta, cerró la escotilla de la cámara, y levandó anclas, se hizo á la vela al puerto de Huatulco, donde ya estaba esperando al engañado prisionero, tropa del gobierno. A los pocos días, y despues de haber sido juzgado ante un consejo de guerra ordinario, á pesar de ser general y legítimo presidente de la República, fué fusilado. Los enemigos del gobierno, levantaron entonces el grito poderoso para medrar, cual era el de suponer que los españoles eran los que habian influido en aquel fusilamiento.

Los surianos, á quienes hacia crédulos su misma ignorancia, no dudaron en dar crédito á aquella acusación que comprometia á los peninsulares establecidos en Tierra caliente, y á los cuales han visto y ven con desconfianza.

Preciso es advertir que esta desconfianza, o mejor dicho mala voluntad, solo existe entre la gente menos pensadora del Sur, pues en los de esmerada educación son tratados los españoles con la más alta deferencia; y rasgos hubo, aun en la guerra de 1810, y que forman el otro hecho-histórico de que hice mencion, en que algunos de sus hijos se hicieron, por su generosidad con los españoles, dignos del aprecio universal. Tal fue el señor don Nicolás Bravo, que habiendo empuñado las armas para labrar la independencia del país, combatió tenaz y gloriosamente por ella. Este caudillo tenia prisioneros en su poder trescientos españoles, cuando recibió la noticia de que el gobierno español acababa de fusilar a su padre, que también combatía por la causa de la independencia. El señor Bravo en aquel instante de acervo dolor, mandó que le llevasen a su presencia los trescientos prisioneros españoles, y después de hacerles saber la noticia que acababa de recibir, lejos de tomar la venganza que ellos temían, les dijo que desde aquel instante estaban en libertad, y que podían irse donde gustasen.

Este rasgo de abnegación y de generosidad, asombró al virrey; y los españoles miraron desde entonces en Bravo, un verdadero héroe.

No he querido pasar en silencio estos dos hechos, porque ellos prueban que, los habitantes del Sur, se dejan guiar fácilmente por el bien o por el mal; y que la mala voluntad hacia los españoles, entre la clase baja, desaparecería, si lo insalubre del clima no fuese la puerta

que cierra a los europeos y a los hijos de otras provincias de Méjico, -  
la entrada a ese Estado más sano que vive aislado en medio de los pueblos-  
ilustrados que cuenta la República mejicana.

NICETO DE ZAMACOIS

\* El Museo Universal, Madrid, 15 de agosto de 1857.

## M E J I C O

### CHAPULTEPEC Y LOS ALREDEDORES DE MEJICO.

Qué sorprendente perspectiva desenvuelve a los ojos del viajero, el grandioso valle que se extiende alrededor de la antigua Tenochtitlan!

Nada mas pintoresco, nada mas interesante, nada mas poético y delicioso como los risueños alrededores que engalanan a la bella capital de Méjico que semejante á una de las diosas de la fábula, yace, servida por sus bellísimas ninfas, - muellemente reclinada en un lecho de dólcidas, matizadas y - fragantes flores.

Sin rival en hermosura, gentil como la palmera del desierto, y pura como una vestal de la antigua Roma, y descuellá á tres cuartos de legua, la reina de las florestas y de las selvas, la sagrada mansión de los poderosos emperadores-aztecas, el delicioso y frondoso bosque de Chapultepec lleno de tradiciones y recuerdos, ostentando en medio de sus corpulentos y antidiluvianos ahuehuetes, su magnífico palacio que se levanta imponente como el eterno centinela del valle que custodia las manos de sus antiguos señores.

Besando ese monton de peñas vestidas de arbustos y alfombradas de verde grama, sobre las cuales se ostenta ese magnífico palacio, y rodeado de corpulentas sabinas, presenta una inmensa superficie plateada, la profunda y maravillosa alberca que por encima de un sólido y grandioso acueducto,

envía sus límpidas aguas a la magnífica ciudad, que ávida -- las recoge en sus mil adornadas fuentes.

¡Cuántas veces á la risueña orilla de ese transparente espejo en que se retratan las verdes ramas de los corpulentos árboles, y bajo la misteriosa sombra de los respetables ahuehjetes, reposaron los emperadores aztecas al lado de sus lindísimas concubinas, custodiados de sus intrépidos guerreros tan arrogantes con el enemigo como sumisos y obedientes con su señor!

Mas ¡ah! cuando con el silbido de las flechas arrojadas del arco del valeroso indio, cruzó el estruendo del arcabuz europeo, el irresoluto terrífico Moctezuma tembló por primera vez en tu recinto, y tú sorprendiste tu pavor y su amargura. Cayeron bajo la planta del conquistador los dioses de tus reyes, los templos, los palacios y las ciudades, y desaparecieron casi de repente, los hermosos verjeles, los impenetrables bosques, las deliciosas florestas, que fueron el orgullo de los reyes de Tenochtitlan y de Tescoco, y el asombro de los soldados del intrépido Hernán Cortés.

Nada queda de los deliciosos sitios consagrados a los emperadores aztecas, nada mas que tú, incomparable bosque, que has sobrevivido á la ruina de las magnificas selvas que embellecían el Anáhuac, y que sobrenadas á la destrucción -- del antiguo imperio, para revelar al mundo la sublime página que en tí escribieron tus primeros habitantes, el gusto y la magnificencia de los poderosos reyes de aquella gran nacion que no reconocia igual en el gran continente descubierto por el sabio genovés Colon.

Bajo esas copudas sabinas, cuyo robusto tronco solo es-

dable abrazar entre doce personas, bajo esos soberbios y majestuosos ahuehuetes, de cuyas estendidas ramas cuelga el encanecido heno, revelando las centurias de años que de existencia cuentan, ¡cuántas veces habrá descansado de las fatigas de la guerra y de los negocios políticos, el valiente capitán Hernán Cortés, junto a su hechicera y seductora Malitzin! Aun se cuenta, al menos, que en la deliciosa alberca, y bajo la bóveda que forman los arrogantes árboles, aparece al toque de las doce, en esa hora, en que el sol descende por entre las ramas como una gaza de oro y plata, aparece, repito, encima de las transparentes linfas, rizadas por las leves auras, la tierna y encantadora india, ---suelta su negra, lustrosa, abundante y luenga cabellera, --pronunciando el nombre de aquel guerrero español a quien --tanto ayudó en la grande y arriesgada empresa que con un puñado de valientes había emprendido.

¡En este bosque todo es bello, todo grande, todo majestuoso! Cada árbol, cada vereda, cada arbusto, cada arroyo de los muchos que cruzan su sombreado recinto, es una epopeya dulcísima de aquellos tiempos que precedieron a la conquista. En esas mismas espaciosas glorietas circundadas de árboles y de asientos de piedra, donde hoy celebran sus ---días de campo los modernos mejicanos, se entregaron al regocijo y al placer, poco antes de la desaparición del antiguo imperio, Moctezuma y Hernán Cortés, Guatimoc y Alvarado, la Malitzin y las beldades indias que embellecían la corte del primero.

Para el filósofo que penetra en esta deliciosa mansión ¡cuántos encantos reúne cada uno de los objetos que le ro--



dean! Este es, piensa, el sagrado recinto, propiedad de la familia real, á donde á nadie le era permitido entrar sino á los grandes del reino, despojándose primero del rico calzado que llevaban.

Estas pintorescas sendas que atraviesa, son aquellas - por donde los emperadores aztecas, seguidos de sus principales guerreros, cruzaban con el formidable arco en la mano izquierda, y la veloz flecha en la derecha, en pos de esos canoros pájaros de brillante plumaje, que agitando sus pintadas alas, se despiden del astro principal, cuyos tibios rayos tiñen el occidente de púrpura y de grana, que al través de la enramada, semeja un transparente velo salpicado de cintilantes chispas de rosicler y nácar. Estos que á mis plantas pasan murmurantes arroyos, son los mismos en que bañaban sus diminutos y delicados piés las seductoras indias, de rosada tez y turgente seno, que tan llenas de atractivos se presentaron mas tarde á los ojos de los españoles. Esta espaciosa calzada que conduce al grandioso colegio militar, es la misma por donde subian los antiguos mejicanos al palacio del emperador, que se elevaba grandioso ó imponente en el mismo dominante lugar en que aquel se ostenta. Desde aquí miraban arrobados de placer aquellos reyes, de la misma manera que yo miro en este instante, á un lado los pintorescos pueblos de Mixcoac, San Angel y Tacubaya, cuyas casas, escondidas entre el ramaje de los árboles, aparecen -- cual otros tantos nidos de palomas que blanquean á lo lejos; enfrente, la estensa línea de suntuosos edificios de la emperatriz ciudad; con sus gigantescas torres, sus pintorescas calzadas orilladas de frondosos álamos, y sus deliciosas azoteas, convertidas en otros tantos odoríferos jardi--

nes: á la izquierda los transparentes lagos, cubiertos de ligeras canoas de indios; y al S.E. los dos gigantes magestuosos del pintoresco valle, el Popocatepetl, y el Iztlazihuatl, cuyas elevadas cimas, cubiertas constantemente de nieve, semejan los blancos penachos de dos invencibles guerreros, cuyas blancas plumas van á perderse en la transparente bóveda del cielo. Si, desde aquí se descubren esas dos montañas colosales, llamadas la una Popocatepetl, que significa monte que arroja humo, que tiene de altura 5,400 metros sobre el nivel del mar, al cual subió en 1519 el intrépido capitán español Don Diego Ordaz, y la otra denominada Iztlazihuatl, que quiere decir mujer blanca, teñidas ambas por los raudales de luz de un sol abrasador, que al reflejar sus rayos sobre la inmensa capa de nieve, parece brotar de la superficie una nube de llameantes colores que incendia la creación.

Pero dejemos a Chapultepec con sus magestuosos y soberbios ahuehetes ostentando al encanecido heno que revela su larga existencia, con sus risueñas glorietas entoldadas con las ramas de las corpulentas sabinas, con sus mil límpidos arroyos que serpentean por entre la verde gama, con su magnífica alberca, digna de ser visitada por todo viajero, y con su pintoresco colegio militar, para trasladarnos á Tacubaya, pueblo próximo al delicioso bosque, apaciblemente reclinado en sus pintorescas lomas, engalanado de primorosos jardines, bien cultivadas huertas, primorosas casas, y de su árbol bendito.

Tacubaya, es el Aranjuez y la Granja de Méjico. Las principales familias de la capital tienen en esta pintoresca población, escelentes casas donde van á pasar una tempo-

rada del año; y con frecuencia se convierte en mansion del presidente de la nacion, á quien suele servir de morada el palacio arzobispal, que es un edificio elegante, bien situado, sólido y espacioso.

La calle principal que sirve de entrada a Tacubaya, - está orillada por ambos lados de tupidos chopos y fresnos, y casi todos sus edificios son elegantes casas de campo, - construidas al estilo moderno, con magníficos jardines que le dan un aspecto el mas risueño y agradable.

Pero las mas notables de todas, las que particularmente llaman la atencion del viajero, son la del señor conde de la Cortina, la de Carranza, la de Jamison, la de Bardet, la de Iturbide, Algara, Laforgue, Escandon y la del señor Herrera. Todos estos edificios, donde han gastado sus dueños sumas considerables, presentan fachadas las mas elegantes y graciosas; todos tienen deliciosos y grandes jardines de naranjos y limoneros, donde se ostentan á la vez árboles frutales mas esquisitos, primorosos estanques y las flores mas delicadas. El jardin del señor Bardet, es sin embargo, uno de los que mas encantos presentan á la vista: en él existen agradables bosques, rústicas grutas y montecillos construidos por el arte, que no se cansan los ojos de admirar. En él abundan las graciosas palmeras, los odoríferos naranjos, los árboles mas raros, fuentes adornadas de graciosos surtidores y delicadas flores de todos los países.

Rivalizando con esta mansion de delicias, se levanta la casa del señor Escandon, magnífica y airosa como uno de esos palacios de hadas que parecen desprenderse de la tie-

rra. Sirvele de entrada una espaciosa portada con elegante puerta y enverjado de fierro, primorosamente labrado. A la izquierda se descubre una casita pintoresca, pintada de encarnado, revelando de esporfeso, el aire rústico que debe distinguirla; y en seguida se presenta una preciosa cazada, sombreada por los fresnos y chopos que á uno y otro lado levantan su tupido follaje, que conduce á un espacioso terrado circular, donde se destaca el elegante edificio. Sostiene el segundo cuerpo de esta deliciosa casa, un porristillo corintio, con su elosado de mármol de Génova; y al lado izquierdo y derecho, que dan entrada al edificio, se descubren dos magníficos pórticos, tambien corintios, de un gusto y de un trabajo esquisitos. A la espalda de este que bien merece ser llamado palacio, están las habitaciones de los criados, las cocheras y las espaciosas caballerizas, unidas al edificio por un gracioso pasadizo. El patio, que es de lo mas hermoso que imaginarse pueda, está cercado por una bóveda de cristal, y las espaciosas galerías ó corredores que dentro de él se encuentran, están sostenidas por elegantes columnas de cantería, en que el arte supo dejar satisfechas las exigencias del pensamiento. En él llama la atención un costoso candelabro de bronce dorado, que sostiene tres figuras del tamaño natural, que se enciende por las noches. Para que todo correspondiera á tan brillante exterior, hay una primorosa pieza destinada al billar, deliciosos baños, magnífico corredor, graciosas antesalas, régios salones, y cuanto puede contribuir á la comodidad y regalo del mas grande personaje.

Las paredes, tanto del patio, como del billar y demás

piezas, están cubiertas con pinturas de gran mérito, que pertenecieron al Sr. Conde de la Cortina.

En la huerta, que es bellísima, hay baño, estanque, juego de bolos, tiro de pistola, gran pajarera con faisanes dorados y esquisitas aves; otro estanque á flor de tierra, donde se bañan los cálidos ánsares, los patos y unos cisnes blancos de Inglaterra, que forman contraste con otros todo negros del mismo país. El jardín es de los mas hermosos y bien cultivados; y el bosque y parque que rodean la casa, dan á esta un aspecto tan magestuoso, risueño y encantador á la vez, que no le es dado á mi mal cortada pluma describir con acierto.

Tacubaya es un nombre adulterado que viene de Atlacoyan, que en su lengua india significa lugar donde tuerce un arroyo. Esta población existió antes de que los Chichimecas pisaran el país de Anáhuac. Su clima es uno de los mejores del mundo, como lo prueba el que muchos enfermos curan con solo trasladarse a él y lo pronto que los convalecientes recobran su salud.

Despues de Tacubaya, el pueblo mas digno de ser visitado es San Agustin de las Cuevas que aun conserva el nombre primitivo de Tlalpam que tuvo antes de la conquista, y que en mejicano quiere decir tierra arriba. Su situacion es de las mas pintorescas. Hermosas haciendas donde se da en abundancia el trigo, el maiz y la cebada, se estienden á sus piés: riquísimas huertas cubiertas de árboles frutales la engalanan, espaciosas calzadas, orilladas de frondosos álamos, la ponen en comunicacion con la grandiosa capital de la república, y cristalinos manantiales de agua, co

mo el llamado Ojo del Niño, la fertilizan. Pero no es de su frondosidad ni de su deliciosa posición de la que voy a -- ocupar en este instante, sino del aspecto que presenta en la Pascua del Espíritu Santo, en que se celebra una feria -- por espacio de tres días, y en los cuales se traslada la -- población entera de Méjico á las rústicas casas de S. Agustin.

La feria de Tlalpam es acaso la única en su especie -- en el mundo. En ningún país, al menos que yo lo sepa, tiene lugar un espectáculo tan sorprendente y que despierte -- la codicia del menos afecto á los tesoros terrenos. No es una feria como las que se celebran en las grandes naciones europeas á donde concurren los comerciantes, los campesi-- nos y los fabricantes, unos con sus géneros y con sus ganados los otros, á vender sus mercancías. Aquí es una feria -- donde solo es menester que le sople á uno la fortuna por -- un instante, para enriquecerse. Son tres días dedicados al juego, y en que el libro de cuarenta hojas es el árbitro -- del porvenir de muchas familias. Desde los gobiernos vi--- reinales le fue concedida á S. Agustín de las Cuevas, la feria que se celebra los tres días de la Pascua del Espíritu Santo, y que ha seguido disfrutando hasta la época presente. En ella estaba permitido el juego, y las personas -- que en la ciudad no son capaces de poner á una carta el valor de una judía, aquí arriesgan unas onzas por vía de pasatiempo y distracción.

No hay un solo carruaje que esté ocioso en Méjico desde el primer día de Pascua: todos van á Tlalpam cargados -- de gentes de ambos sexos sin distinción de clases, dispuesta

tas a perder algo. Los dependientes, los amos, los propietarios, los artesanos, todo el mundo, en fin, se dirige -- con la esperanza en el corazón, a ese punto que halaga con el brillo del oro que en sus mesas está dispuesto para el que sea favorecido de la suerte.

La población se llena de repente de fondas á las que ante todas las cosas, concurren los que asisten á la fiesta; y en seguida se dirigen á las casas de juego que, como he dicho, constituyen la parte preferente de la feria.

El juego principal es el monte que noche y día continúa sin cesar en toda la Pascua. Los salones están llenos de gente que no aparta la vista de las cartas que van cayendo sobre la mesa: ni una queja, ni una palabra de disgusto sale de los labios de los jugadores; y solo interrumpe el sepulcral silencio que reina, el ruido de las onzas que pasan del poder del banquero al del que ha apostado, ó del de éste al depósaito de aquel. Yo he contado muchos -- años, veinte casas de monte, sobre cuyas mesas habia mas de dos mil onzas en cada una, con otras tantas de reserva, haciendo, entre todas, un total de ochenta mil onzas, ó lo que es lo mismo, un millon doscientos ochenta mil duros, -- sin contar las gruesas cantidades que para apostar llevan los concurrentes.

Otro de los juegos en que se cruzan gruesas sumas, -- son los gallos, cuyas peleas tienen lugar en una plaza --- construida al efecto, y á la que suelen concurrir muchísimas señoras, aficionadas a ésta diversion, acompañadas de sus esposos, de sus hermanos o de sus papás.

Todo es animación: en la plaza se han improvisado ca-

fés y neverías que venden sus efectos á subido precio. Por la tarde un gran número de personas, particularmente señoras, se dirigen al Calvario, que es una pequeña colina, -- con su ermita, cubierta de césped y rodeada de árboles, -- donde tiene lugar por la noche el baile.

Es tal la abundancia de fruta que en tales días se encuentra por todas partes, que personas hay que no hacen otra comida. Allí se encuentra cuanto puede desear el paladar mas delicado; y desde el rancharo, nombre que se da a la gente criada en el campo y que está fielmente presentada en el grabado que acompaña á este artículo, hasta el -- mas fino señorito de bien cortado frac, se detienen á comprar el sabroso plátano, el coco, y la delicada chirimoya, ante la robusta frutera que bajo un ancho sombrero, está llamando con su hermosura la atención de los concurrentes.

Está S. Agustin de las Cuevas á tres y media leguas de la capital, tiene 4,000 habitantes y es uno de los puntos á que muchas familias marchan en cierta época del año.

Después de Tlalpam, debemos hacer mención de San Angel, notable por las deliciosas campiñas y fértiles huertas que ostenta por todas partes. Dista tres leguas de la capital, y está situado ventajosamente sobre unas colinas en anfiteatro.

San Angel es el punto privilegiado de las familias -- que habitan la capital y que van á vivir al campo en señalados meses del año. Tiene un lugar llamado el Cabrío á -- donde las señoras que han ido á cambiar aires, acostumbran ir por las mañanas á tomar leche, montadas en burros, con solo el objeto de divertirse. Por las noches se reúnen en



una casa donde celebran con frecuencia bailes, y por el día se entretienen en días de campo y danzas campestres, en que reina la mayor franqueza señorío y armonía. Los sábados, al caer el sol, los comerciantes, los empleados y todos aquellos que por sus ocupaciones no pueden dejar la capital, salen en los omnibus á visitar a sus familias, y se quedan en San Angel hasta el lunes por la mañana en que los carruajes les conducen otra vez al punto en que tienen sus negocios.

En la noche del sábado, con la llegada de los hermanos padres, parientes y conocidos, se reunen algunas familias, y se entretienen los jóvenes de ambos sexos, en cantar al piano las piezas más selectas de Bellini, Donizetti y Verdi. La noche del domingo está destinada exclusivamente al baile, que tiene lugar en un gran salón, y al cual concurren todas las familias sin escepcion. Aqui se ve á la fina sociedad mejicana, instruida, amable y deferente: aquí á las bellas hijas de ese suelo de amena conversación, de claro talento, lucir en el baile su diminuto pié y sus esbeltos cuerpos flexibles como las palmeras que sombrean las fértiles llanuras del Anahuac; aquí a los elegantes jóvenes de cortesés modales, de cuyos labios, ni aun entre ellos mismos, sale una palabra ordinaria, obsequiosos con el sexo encantador, pero sin faltar jamás á ese respeto -- que indica idea que tenemos de la mujer á quien nos dirigimos y del verdadero aprecio que la consagramos, y que allí se observa religiosamente en todas las clases de la sociedad, excepto la baja.

No cabe en un mejicano la grosería, y desde el media-

namente acomodado hasta el presidente de la nación, reciben á cualquiera con una amabilidad que cautiva, y que yo he tenido la grata precision de admirar muchas veces.

Seria yo un ingrato si no confesase estas bellas cualidades que adornan á los hijos de aquel delicioso país, - cuando tan de cerca he tocado sus agradables efectos. No - cabe en mí carácter vizcaino, y sobre todo español, tamaña ingratitud, y debo hacer justicia á aquella sociedad, en - cuyo seno los españoles son vistos como hijos del mismo -- país, y tal vez, y sin tal vez, mucho mas obsequiados que - estos. Hablo de la sociead media y alta, pues de la baja - nunca se deben esperar mejores resultados que los mismos - que brotan de ella en todos los paises del mundo.

En estos conciertos y en estos bailes, lo mismo que - en los que se verifican todos los dias en la capital, se - sirven con frecuencia y en abundancia en dorados azafates, los mas esquisitos helados generosos vinos en brillantes - copas, delicados pasteles, magnífico queso y riquísimos -- dulces.

Si la música y el baile son dos cosas que revelan la - dulzura que han adquirido las costumbres de un país, puede decirse que Méjico ocupa, en este punto, uno de los princi - pales lugares, pues en el delicioso arte de Euterpe y de - Tersicore, la juventud mejicana manifiesta un talento y -- una gracia difíciles de superarse.

A San Angel siguen Mixcoac, Tacuba y otros cientos - pueblecillos cercados de risueñas campiñas y espesas arbo - ledas que dan al espacioso valle en que se levantan, una - vista deliciosa, que no reconoce rival en ninguna parte --

del globo. Parece que Dios, al formar esta parte del mundo, quiso derramar en ella toda la plenitud de sus favores. Lagos, bosques, montañas, volcanes y vergeles se descubren á la vez por todas partes.

Descúbrese en medio de tantos prodigios, á la antigua Tenochtitlan, á la moderna Méjico, hija mimada de Hernán - Cortés, hermosa y respetable matrona, á cuyo alrededor sonrien los pintorescos pueblecillos que la envian de sus multiplicados jardines, embalsamadas auras la inundan de una superabundante felicidad.

"Méjico, dice el respetable baron de Humboldt, debe - contarse sin duda alguna, entre las más hermosas ciudades - que los europeos han fundado en ambos hemisferios", y asegura, que habiendo recorrido Washington, Lima, París, Róma, Napo les y las principales ciudades de Alemania, ninguna de --- ellas dejó en su alma tanta, dulce y grandiosa impresion - como Méjico.

La opinion de tan ilustre viajero, no es mas que franca expresion de la verdad, que la reconoce todo el que haya visitado aquel encantador pais, tenga corazón para sentir y admirar las bellezas que derramó en él la pródiga naturaleza, y no haya cerrado los ojos ante el bellissimo panorama que se descorre á la vista con todos los encantos - con que se presentó la creacion á los ojos del primer hombre colocado en el paraiso.

Méjico es la Flora de la fábula, reclinada en medio - de una matizada alfombra de dólcidas flores, rodeada de -- pintorescos jardines, y acariciada por las embalsamadas auras. que despues de haber rizado la límpida superficie de-

los iagos de Chalco y de Tescuco, mecen las ramas de los --  
odoríferos naranjos que le prestan su deliciosa sombra.  
¡Qué hermoso es el conjunto que presenta el valle, cuando --  
la luz del sol, cayendo sobre las ramas de los arboles que  
dudan cubrir los pueblecillos que en lontananza se presen-  
tan como otros tantos nidos de palomas, remeda una lluvia --  
de oro y plata, cuyas brillantes gotas cintilan entre las --  
verdes hojas que se mueven al dulce halago de una brisa le-  
da y embalsamada! ¡Qué delicioso efecto producen ese admira  
contraste de sombras y de luz de que se visten todos los --  
objetos! ¡Qué venerables se presentan esas gigantescos ahue  
huetes de Chapultepec, plantados por los antiguos aztecas,  
en que se encierra la historia de tantos siglos que han ido  
pasando, sin que las tempestades los huracanes, ni la mano  
destructora del hombre los haya despojado del heno imponen-  
te que cuelga de sus ramas como las respetables canas que --  
ostentan sobre la megestuosa cabeza de los grandes hombres  
á quienes respeta el mundo!

Descansa feliz, hermosísima patrona, en medio de esos  
millares de pueblecillos que te rodean: conserva los encan-  
tos con que Dios, en la plenitud de su bondad, tuvo á bien  
adornarte: no vuelvas á ver ensangrentada la bella alfom--  
bra de matizadas flores que te sirven de lecho, y recibe --  
entre las embalsamadas auras que te envían tus deliciosos-

bosques, el tierno adios de un corazón español, y por lo mismo agradecido, que desde su querida patria te consagra dulcísimos recuerdos.

NICETO DE ZAMACOIS.

M E J I C O  
L O S    I N D I O S

Es innegable que aquella raza indómita y guerrera que tan obstinadamente luchó contra las fuerzas aliadas del intrépido cuanto gran político Hernán Cortés: aquella raza -- que contaba entre sus emperadores con hombres del temple de Guatimoc, que sufriendo con heroicidad el tormento del fuego y sintiendo abrasar las plantas de sus piés sin exhalar un gemido, solo despegó sus labios para decir á uno de sus guerreros que se quejaba; ¿estoy yo acaso sobre una alfombra de rosas? Es innegable, repito, que aquella valerosa y arrogante raza, ha degenerado completamente. A la intrepidez, arrojo y patriotismo que entonces desplegaron los hijos de aquella encantadora region, han sucedido la humildad, la timidez y la desconfianza. Al tornarse de conquistadores en conquistados, debieron sentir sin duda tanto el dolor que experimenta el valiente de verse vencido, que el -- desaliento y la tristeza forman sin duda los poderosos agentes que operaron ese cambio repentino que se notó en ellos desde los primeros años de la conquista. Se creyeron superiores á todos los pueblos, y al perder su libertad, desapareció el encanto que les prestaba aliento y brio, se desvaneció la dulce ilusión que los alimentaba, y viendo que hasta sus dioses eran inferiores al Dios de los que luchaban -- contra ellos, se entregaron á esa desesperada indiferencia--

en que cae el hombre cuando llega á convencerse de la incurabilidad de sus males. Mientras creyeron en sus tradiciones, mientras tuvieron á su lado valientes emperadores que los condujeron al combate, mientras creyeron en el poder de sus dioses y en la influencia que con ellos ejercian los sacerdotes, lucharon con una constancia que asombró al mismo Hernán Cortés. Pero cuando viéndose vencidos llegaron á persuadirse de que sus tradiciones descansaban sobre una base falsa, cuando vieron aherrojados á sus emperadores casi divinizados por ellos hasta entonces, cuando se persuadieron de que sus deidades eran impotentes, y que sus sacerdotes carecian del influjo divino de que los creian revestidos, cayeron en ese abatimiento que cambia la naturaleza del hombre, y que es el virus mortífero que inocular á las generaciones que van á sucederle.

He aquí, á mi juicio, la causa de ese cambio que se nota entre la raza primitiva y la presente. Podré muy bien equivocarme, pero, en mi concepto, no reconoce otro origen esa transición violenta que se operó en el antiguo imperio azteca.

Comparemos hoy el carácter de los indios de esas tribus salvajes que caen como un torrente sobre las provincias de Durango y Zacatecas, arruinándolas y devastándolas, con el carácter del indio que admitió el influjo de los conquistadores, y veremos que los primeros son arrogantes, valientes, robustos, sufridos, astutos y altaneros, á la vez que el segundo es sumiso, débil, apocado y falto de energía.

La independencia es á las naciones, lo que el sol á las plantas; necesitan de su fuego vivificador para que no-

se hiele la raíz que las nutre y fortalece. Verdad es que -- los indios han recobrado su independencia desde que Méjico se emancipó de su metrópoli, pero á las sociedades que perdieron una vez su libertad, les acontece lo que á las flores arrancadas del pencil en que crecian libremente, y que se colocan en brillantes bombas de cristal dentro del retrete de alguna hermosa, estrañan las brisas puras de la campiña y crecen débiles, y cuando vuelven á ser colocadas en el lugar de que fueron arrancadas, se encuentran ya tan lánguidas que nada puede prestarles su pasada galanura.

Los reyes españoles vigilaron con un amor verdaderamente paternal desde los primeros años de la conquista, por la conservación y bienestar de los indios, y las leyes de indias son un monumento que honrará siempre á nuestros monarcas. Empero estos cuidados, dignos por cierto de elogio, podian considerarse como los que prodigan los botánicos en la helada Rusia á las plantas de paises cálidos que crecen sin fuerza en los invernáculos en que las han colocado.

Los indios habian cambiado, no por grados, sino de repente, de religión, de creencias, de costumbres, de trages, de Dios y de ceremonias: vieron naufragar su impero entre la sangre vertida por los intrépidos guerreros que lo defendieron, y levantarse otro sobre la roja espuma como se levanta un bajel sobre las mismas olas que acaban de sepultar en su seno otra velera embarcación que poco antes de deslizaba serena sobre el húmero elemento, vieron suceder á sus teocallis, templos católicos majestuosos, á sus queridos penates, las imágenes de los santos, á sus arraigadas costum-



res, otras nuevas que habian importado de Europa sus dominadores, al cambiar de posición social, cambiaron tambien de carácter y esta de fisonomía, que á tanto se extiende el influjo que ejerce a parte moral sobre la física.

Hecha esta ligera indicacion para aducir de un hecho -- lerto, consecuencias exactas que revelen las causas de ese cambio notable que todos advierten en la raza de los antiguos aztecas, pasemos á ocuparnos de lo que hoy son los descendientes de -- otezuma y Guatimoc.

De los siete millones de habitantes que cuenta la nación mejicana, cuatro y medio millones son indios; gente docil y acífica que nunca toma participio en las convulsiones políticas que agitan aquélla sociedad, y que sin cuidarse de los cambios de gobierno que suceden unos á otros con tan lamentable frecuencia, o hacen mas que obedecer á las autoridades constituidas por el -- artido que triunfa. Los indios son el mueble de traspaso que mudan de señor sin quejarse, sin oposición, con ese indiferentísimo riginado de su ninguna ambicion y de sus limitadas exigencias sociales. Acostumbrado el indio á la raza europea como á superior -- n todos los ramos que abraza el saber humano, y hasta en dotes -- físicas, no se ha creído con derecho para intentar nivelarse con los descendientes de los españoles que han sido los que, desde -- ue se consumó la independendia hasta el presente, han regido los estinos de la patria.

Constituidos los indios por sí mismos mas bien que en -- ibres ciudadanos, en voluntarios siervos de la sociedad, no han aspirado jamás á salir del círculo en que se colocaron despues de la conquista, y ven sin envidia repartirse el mando, los empleos, los destinos, entre los descendientes de los antiguos dominadores, que son, ademas, los que tienen en sus manos todos los ramos -- el comercio, de las ciencias, de la enseñanza, de la industria,

### de las artes y la propiedad.

El indio tiene formado tan bajo concepto de sí mismo, - que se juzga destituido de razón, pues solo cree dotadas de tan alta facultad a las personas que no pertenecen á la esfera en que ellos se han colocado.

Esta estremada humildad nunca desmentida, y esa ciega - obediencia hácia todas las determinaciones tomadas por los gobernantes, han sido dos virtudes que se han convertido en sus mas poderosos contrarios; virtudes que han llevado sobre él males sin número, virtudes que han acumulado sobre los pueblos indios miseria y lágrimas, y que han dejado --- ciales los campos. Veamos como.

No bien suben los hombres de cualquier color politico- al mando, cuando ruge por todas partes la tempestad producida por el amalgama de todas las fracciones vencidas que, impulsadas por el viento de la ambición, amenazan sumergir en un abismo insodable á los que coducen la nave del Estado. - Los gobiernos semejantes al naufrago que anhela salvarse, - dirige la vista a su derredor, y no hallando gente sumisa - y fiel sino en los indios, decreta una leva que se extiende á ellos, y les arranca del campo, de sus hogares, de sus haciendas y del lado de sus familias, convirtiéndoles en soldados que le defiendan. Ved aquí, como antes dije, convertidas su estremada humildad y su ciega obediencia en sus -- mas contrarios enemigos.

En Méjico no está establecido el sorteo, y nadie sirve en el ejército mas que los indios; sin que para vestirles - el uniforme medie otra formalidad que la de sacarles de su casa, ponerles una cuerda al brazo. Y traerles á la capital

donde se inscribe su nombre. Y ved aqui otra vez, cómo su -  
estremada humildad y su ciega obediencia, son virtudes que-  
los hacen inferiores a las demás ciudadanos que están esen-  
tos del servicio militar.

Los indios tienen la tez cobriza, largo, negro y lacio  
cabello que muchas veces lo llevan trenzado con cinta de -  
colores, junta y poblada la ceja; nada de patilla, y escaso  
el bigote y la perilla, los pocos que cuentan con tal adorno;  
son bien formados, sueltos y ligeros; tienen ojos grandes  
y negros; gruesos labios y encendidos, nariz chata y --  
dientes blancos como el marfil. El traje que usan es: panta-  
lon poco largo de gamuza, abierto por los lados que llaman-  
calzoneras, sostenido por un ceñidor ordinario, sombrero de  
petate de anchas alas, sandalias, ó guaraches, como dicen -  
los indios, sujetas al pié, que lo llevan sin media, por me-  
dio de ligeras correas de cuero; camisa de algodón que hace  
á la vez los usos de chaqueta, una frazada de poco valor, -  
hecha por ellos que desempeña los oficios de capa. La mayor  
parte son labradores que sirven de peones en el campo, ó --  
que se dedican al cultivo de algunas tierras propias, de po-  
ca estension, en que siembran primeramente el maiz, que es-  
su principal alimento, crían gallinas, marranos, y pavos --  
llamados guajolotes que conducen a las grandes poblaciones-  
para su venta. Nadie es capaz de calcular los bienes sin -  
cuento que á la sociedad mejicana resultan de que los efec-  
tos de primera necesidad esten al cuidado y en poder del in-  
dio. Si los que han empuñado las riendas del gobierno, en -  
todos los partidos, hubieran meditado sobre las ventajas --  
á la nacion en general resultan de esta circunstancia, le-

jos de cogerlos por la fuerza para el servicio de las armas, hubieran dictado providencias benévolas que sirvieran para dar mayor impulso al aumento de esa raza, digna de todas las consideraciones que le dispense el emperador Carlos V, y el amor con que la miró siempre el inmortal Fr. Bartolomé de las Casas, conocido por el Padre de los indios.

Sin exigencias y sin ninguna de esas necesidades creadas por el lujo y el regalo; haciendo una comida frugal que se reduce á frigoles (judías), chile (pimiento) y á un poco de maíz molido de que hacen tortillas, que es el pan que consumen; reducidos a vivir en humildes cabañas construidas por ellos sin criados a quienes pagar, ni asémilas que mantener, porque ellos mismos llevan a costas sus mercancías a las ciudades, los indios, por todas estas circunstancias, llegan a vender sus producciones con una utilidad tan corta que ni aún el nombre de ganancia debiera conserdersele. Y -- ved aquí cómo los efectos de la primera necesidad, causa de las revoluciones de otros pueblos cuando encarecen, se mantienen allí á un precio sumamente bajo; que ahorran á los gobiernos cuidados de alta trascendencia, y á la sociedad -- miseria y lágrimas.

El indio que vive á catorce o diez y seis leguas de la capital, emprende su viaje á esta desde su puebleciollo, sin más objeto que el de vender algunos efectos, cuyo valor no ascenderá tal vez a media docena de duros. Quesos, huevos, gallinas, chorizos, longanizas, he aquí lo que él mismo, sobre sus espaldas va cargando y que como nada gasta en su -- viaje, ni aprecia en nada su trabajo personal, pero que le-

bastan para atender á sus redusídisimas necesidades. En el grabado que acompaña al presente artículo, se ve al indio -- cargando su guacal (especie de cajón hecho de palos atravesados) por entre cuyos espacios asoman la cabeza los pavos- ó guajolotes como los llaman en Méjico: á su lado está descansando su compañero, cuya mercancía se reduce á unas cuantas bateas de palo que le producirán una cantidad insignificante, y a la izquierda la india, todos esactamente dibujados.

Como nadie, sino esta pasiva clase de la sociedad se ocupa en el corte de leña y en hacer carbon, estos artículos, lo mismo que todos los que pertenecen al indio, se adquieren a menos de la cuarta parte á que pudiera vender -- cualquiera que tuviese las esigencias del labrador europeo. Pero no es solo esto, sino que aun resulte otra utilidad de que el indio que no conoce las necesidades de ninguna especie, esten los efectos de primera necesidad. Con él sucede lo contrario que con el labrador europeo. Este sube sus efectos cuando todo está claro en el comercio; y el indio, -- vice-versa vende mucho más barato cuando todo le cuesta á -- subido precio. La esplicación es sencilla. el europeo tiene necesidad de una regular casa de buen vino, de excelente cama, de decentes vestidos. Al indio todo eso le sobra: vive en una humilde choza, en un clima primaveral donde no necesita ropa de abrigo, ni codicia más alimento que maíz. Asi es que, cuando este está barato, puede mantener sus cerdos y gallinas con poco gasto, no se afana por venderlos; pero cuando está caro, vende sus animales a bajo precio para no verse en la necesidad de mantenerlos.

Estraño el indio á la política y sin cuidados ningunos

en el porvenir, vive tranquilo, sin refle ionar en el pasado ni pensar en el futuro: jamás habla de asuntos políticos ni de la marcha que sigue el gobierno; ignora quién es el que manda y si está constituida en república ó monarquía su nación. Libre, pues, de ese trabajo mental que destruye al hombre, el indigena mejicano jamás encalvece ni encanece. De aquí un adagio del país que dice:

Cuando ya el indio encanece,

El español desaparece.

Los indios, por efecto de su ninguna educación, son altamente supertisciosos; creen en brujas, y evitan el que -- ciertas personas que están designadas como poseidas de espíritus malignos, los miren, porque dicen que hacen ojo, esto es, que con solo fijar la vista en cualquier objeto, lo rompen si es inanimado, y lo enferman para siempre si animado.

Los indios son fanáticos por las funciones religiosas. Nada hay para ellos que tantos atractivos encierre, como el día destinado á festejar el santo del pueblo. Todas sus -- economías de un año, que tal vez han tenido ocultas debajo de la tierra, se destinan entonces á la compra de velas de cera, cintas de colores, banderolas y gallardetes, conque - adornan el interior y el exterior de la iglesia. Los puntos por donde ha de pasar la procesión, lo embellecen con arcos de frescas ramas, alternados con otros de olorosas flores; y enfrente á la puerta del templo, colocan un castillo artificial que quemar despues de la función, no sinque le hallan precedido millares de cohetes voladores, varias ruedas de - fuegos artificiales, al elevar la hostia, y algún torito --

hecho de tronadores cohetes, que lo quema uno corriendo con él á cuestas, al son del tambor y que tanto que reir da á los espectadores. Pero entre sus fiestas religiosas, las que más llaman la atención son las que tienen lugar en la Semana Santa en ciertos pueblecillos de los alrededores de la capital, y á las que he concurrido muchísimas veces. Hé aquí -- minuciosa y esactamente descritas esas fiestas.

Antes de que llegue esa semana memorable en los anales de la cristiandad, los indios acuden á Méjico á proveerse de todos los objetos que juzgan indispensables para dar á la función aquel brillo que á días tan remarcables corresponde. Lama de oro y plata de las mas esquisitas labores; albas finisimas; caretas de carton figurando las cabezas de los animales más espantosos; castillos artificiales; instrumentos de viento; estandartes de mil colores; penachos de vistosas plumas, todo lo compran y llevan de Méjico, con un placer que no lo cambiarían por ninguna otra felicidad del mundo. Por fin brilla la deseada aurora del memorable Jueves Santo; y el rajado esquilon de la iglesia que toca á vuelo, los cohetes voladores que se cruzan por la azulada esfera, la destemplada música de los indios que recorren las calles, la bulla de los indias que se asoman á las puertas de sus chozas; los gritos de los muchachos que tremolando cada cual en la punta de una caña, una bandera ó un pañuelo forman el vitor indispensable en tales fiestas, y el gran número de canoas que cargadas de gente cortesana van llegando al pueblo anuncian que la hora de dar principio á la función de iglesia esta próxima.

En este día el templo está adornado con millares de gallardetes de vistosos colores que cuelgan de la bovéda, mu

chos de los cuales sostienen en sus puntas, pintadas jaulas con lindísimos pájaros de brillantes plumajes, que no cesan de trinar un solo instante. Mil velas de blanca cera, - en que están clavadas de trecho en trecho por ambos lados y á distancia como de dos pulgadas, pequeñas pajas de balágon con banderitas de hojas de pan de plata y oro, ocupan todo el altar, guardando simetría con millares de naranjas adornados de la misma manera. El efecto que esto produce á la - vista, es admirable. Los raudales de luz que vierten las -- adornadas velas, sobre las temblantes banderas, de oro y -- plata; el brillante color que adquieren con los matizados - reflejos de aquella las fragantes naranjas; el continuo --- oscilar de los gallardetes y de las banderolas, halagados - por el ténue viento que por la ancha puerta del templo pene- tra, y el continuo gorgojo de los pintados pájaros que agi- tan sus brillantes alas en las doradas jaulas forman un to- do tan agradable, y que no le es dado á mi humilde pluma en carecer suficientemente.

Pero apartemos la vista del adornado altar mayor que- brilla como un gran río de oro y plata, bañado por los luci- feros rayos del naciente sol, para dirigirla por el resto - del templo.

Allí tienen ustedes un número considerable de naranjos- colocados en pintados barriles, frondosas ramas y vistosas- flores figurando el huerto en que oró el Salvador del mundo. En medio de ese fingido huerto, se descubre de rodillas al- inocente Jesús en actitud humilde y suplicante. Frente al -- púlpito se ostenta una mesa en que están sentados los jue- ces romanos representados por verdaderos indios vestidos -- con largas túnicas, entre los cuales, y ocupando un lugar -



principal, se ve a Pilato, con grandes anteojos, personaje que generalmente lo desempeña la persona que entre ellos pasa por dotada de más talento: ahí están todos ocupados en revisar con el mayor afán, y haciendo ridículas gesticulaciones, el libro de las leyes para juzgar y prender al Salvador: junto a ellos se descubre á Judas, desempeñado por otro indio, que no cesa de sonar el bolsillo lleno de dinero en que había vendido al Divino Maestro; y dispuesto a ejecutar las órdenes que se les dicten se ve á varios fariseos, personificados también por indios, disfrazados todos con caretas imitando la cabeza de una serpiente de un demonio, de un león ó de un oso y éstos fariseos llevan en la cabeza cascos de cartón, unos de hojalata y otros, y algunos de latón viejo, adornados con largas colas de gatos o de perros, en las manos llevan gruesas cadenas que --arrastran por el suelo para hacer mucho ruido y destinadas para ponérselas al Redentor en cuanto les den la orden de prenderle. Mientras los jueces y Pilato se ocupan en hojear el libro de las leyes, y dar sendos puñetasos sobre la mesa como quien discute un asunto de los más serios. Lucas que se le apareció al señor para confortarle, y que regularmente suele esta con un alba vieja del cura puesta sobre unos calzones anchos, se dirige con una gran copa dorada de madera al huerto en que está orando el hijo de Dios, y se la --coloca en los labios para que beba. en tanto que dura esta original pantomima el cura sigue predicando un sermón análogo á la circunstancias, más viendo que se pasa el tiempo y que los fariseos no van á prender a Jesús interrumpe su discurso, y sonando las manos exclama: \*¿Hasta qué hora esperan para prender a Jesucristo? ¿No ven ustedes que ya hemos

llegado al punto del prendimiento? ¡Van tres veces que les digo que lo prendan y nadie se mueve! Entonces los fariseos a una seña de Pilatos, haciendo gran ruido con las cadenas, corren al huerto, guidados por Judás, el cual acercándose al Salvador, le da un beso que sueña como un cañonazo, más no bien le ha dado el falso ósculo cuando los fariseos se arrojan sobre Jesús, le cargan de cadenas, le conducen á la prisión, y por la tarde le azotan sin compasión en el átrio, como si realmente fueran judíos.

A las ceremonias del Jueves siguen las del Viernes Santo, no menos originales y curiosas. En este día colocan los indios, en medio del atrio de la Iglesia, el púlpito en que ha de predicar el cura, al aire libre, el sermón de las tres caídas. Desde mucho antes de que llegue la hora de dar principio á este, se llena de aquel punto de multitud de gente de ambos sexos que se rebulle como las majestuosas olas de un mar bonancible en un día sereno en que el lánguido viento apenas osa halagar la blanca lona de las veleras naves. Allí reunido todo el pueblo llora y gime no bien el predicador empieza su sentimental discurso, en tanto que los fariseos cubiertos sus rostros con horrendas caretas, llevando sus cabezas cubiertas con cascos de hojalata, y en las manos pesadas y largas lanzas, se pasean con arrogante insolencia y haciendo mil visajes ridículos, por en medio de las gentes, profiriendo horrendas blasfemias para imitar á los verdaderos judíos. En tanto que tienen lugar estas escenas aparece por la puerta de la iglesia, la procesión que va á recorrer las calles. En unas andas sacan á Nuestro Señor con la cruz a cuestras, ayudado de Simón Cirineo, que lo hace un indio que va en mangas de camisa, calzón corto verde-

que se le queda más arriba de la rodilla, desnuda la pierna y descalzo, pero tan serio como si efectivamente fuera una-escultura, Detrás van amarrados codo con codo el bueno y el mal ladrón, representados también por dos indios que marchan con la misma prosopopeya que el primero, y que se sienten tan poseídos del papel que desempeñan que subirán al -- Calvario a recibir la muerte antes que hacer traición al carácter de los personajes que imitan. Al salir de la puerta de la Iglesia, da el señor que es de goznes, la primer caída, y la gente llora al verle caer y al escuchar las tier--nas palabras que desde el púlpito pronuncia el predicador. La segunda caída tiene lugar al pasar el dintel del atrio - acompañadas de nuevas exclamaciones del cura y del copioso-llanto acompañado de gritos de los indios, cuando se acerca el momento de la tercer caída, y advierte el predicador que la Santísima Virgen aún no parec (sic) para el encuentro, exclama interrumpiendo su sermón "¿A qué hora traen á la madre de Dios?" Que anden aprisa esos que conducen á la Santísima Virgen, que ya es hora de que se encuentre con su divino hijo. Al oír estas palabras, los que por otra calle conducen á la reina de los cielos, apresuran el paso, y al encontrarse con Jesucristo, los que cargan las andas hacen -- que los rostros de ambos caigan sobre el techo en señal de tristeza, siguiendo después cada cual su camino, no sin que les acompañe el llanto y los gemidos de todos, esepito los fariseos que se pasean con altanería. Inmediatamente, y --- cuando aun no acaban de enjugar las lagrimas, se presenta - en un caballo blanco, vestido de romano el pregoner, como - dicen los indios, llevando en la mano un papel con la sentencia dada por Pilato, acercándose al púlpito, se la entre

ga al cura, el cual después de leerla, dice al auditorio, - que Jesucristo va a morir entre dos ladrones por todos los pecadores. Aquí también lo mismo que antes hay acompañamiento de suspiros, llantos y sollozos. Enseguida el sacerdote devuelve el papel al Romano, quien abriéndole, lee en alta voz "Esta es la sentencia en que Pilato manda que a Jesús Nazareno se le dé la muerte de cruz", á cuya lectura siguen los sollozos y los allos más lastimosos. Después de ésto, y cuando Jesús aparece crucificado sobre el altar mayor, los soldados romanos cubiertos siempre con sus espantosas caretas, están allí mismo en la iglesia, jugando á la baraja y á los dados la túnica del Salvador, y con varias botellas y vasos fingiendo que beben imitando en todo á los que crucificaron á nuestro Señor.

No quiero pasar en silencio, puesto que he tocado la descripción del viernes santo y trato de dar a conocer en todas sus fases el carácter y costumbres del indio mejicano, una anécdota que pasa en aquel país por cierta y que la he oído contar a persona muy respetables para mi, aunque el lector está en libertad de admitirla por cierta ó por un -- cuento, que viene de todas maneras, en apoyo de cuanto dicho llevo con respeto á la sencillez que reina en esa raza que á perdido aquel vigor y despejo natural que la distinguieron de los demás pueblos del América.

Queriendo el cura de un pueblo de indios, nacido en el mismo lugar, conmovier á sus paisanos en un sermón que habia dispuesto para el Viernes Santo, encargo a dos indigenas de su confianza, vistieran a nuestro Señor que era de goznes, de una manera que conmoviese, para que, cuando en medio del discurso mandase descorder la cortina que ocultaba al Salva

dor, se conmovieran los oyentes. Los indios encargados de misión tan delicada, queriendo corresponder dignamente á la distinción con que los había honrado el cura, discurrieron largo rato sobre la manera con que debían presentar a Jesús, y después de acalorados debates, resolvieron vestirle de -- campesino ó ranchero, como dicen en Méjico, pantalón con cuchillos con botonadura de plata, abierto á los lados para montar con libertad á caballo y sombrero de inmensas alas, bordada faja encarnada en la cintura, grandes espuelas largo látigo en la mano, gran espada al cinto y colocado sobre un corcel blanco en actitud de galopar. Empezando el sermón, y cuando el cura juzgo al auditorio más conmovido, exclamó con el mayor calor: "Vosotros pusisteis á nuestro redentor hecho un mar de sangre... ¿No consideráis cuan desfigurado debe estar su delicado cuerpo por causa de los azotes que - vuestras culpas han llevado sobre él... ¡Oh dolor!... ¡Dá -- compasión mirarlo!... ¡Ah!... pero es preciso que le contempléis para que aborrescais vuestros pecados!... ¡Corred esa cortina que le oculta á nuestros ojos!...

Los encargados corrieron la cortina, pero el predicador que seguía de espaldas al altar y se dirigía al auditorio, - continuo lleno de religioso entusiasmo: ¡Vedle! ¿Quién había de decir que ese conjunto de perfecciones quedase tan - desfigurado que le costase dificultad a su escelsa madre reconocedle?

Y entonces, volviendose hacia donde estaba el Salvador, y sorprendido él más que nadie del disfraz con que le habían desfigurado exclamo asombrado "Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su santísima madre, pues tal le ha beis puesto, que no digo, la afligida señora, pero ni yo, -

que soy vuestro cura, le conozco ya".

Este pasaje, (que repito, no presencie), así como los que le han precedido que han pasado mil veces á mi vista -- porque he tenido afán en estudiar las costumbres, dichos y tipos de aquel hermoso cuanto desgraciado país, no son otra cosa que el resultado de la sencillez sin ejemplo de los indigenas mejicanos del ningún desarrollo que les han dado á sus facultades intelectuales por medio de la instrucción, y de su índole pacífica, dispuesta siempre á no alterar en nada los usos introducidos por sus predecesores. Separados -- completamente de la clase pensadora é instruida, porque los hombres de saber no pueden acomodarse á vegetar en pueblecillos de miserables chozas en que el oro y la plata son los objetos que menos abundan, la instrucción de los indios se reduce, á no saber leer ni escribir, ni contar, y ya se deja entender que respecto á religión no han de estar mucho más adelantados.

Pero no solo son estas causas las que se oponen al desarrollo de las facultades intelectuales del indio, sino que viene a servirles de poderosa palanca, la preocupación en que algunos de los que deberían instruirles están, de -- que los indígenas son incapaces de adquirir cultura. Acuerdome que habiendo asistido a un pueblecillo de indios cercano a Méjico, convidado por el cura del mismo, que era un hombre anciano, virtuoso y sabio escuché en medio del sermón más original quedarse puede, estas palabras testuales, dirigidas á los indios: ya os he dicho que no seáis flojos y sinvergüenzas: que no os emborracheis enamoreis, ni andeis en chismes".

No pudiendo reconciliarme con estas voces que habian-

herido mis oídos de una manera desagradable, y habiéndose -  
acabado el sermón, manifieste al cura lo estrañas y disonan-  
tes que me habían parecido aquellas espresiones, y me con--  
testo: "A los indios es preciso hablarles así para que le -  
entiendan á uno".

Sin embargo, yo estoy muy lejos de participar de la --  
idea de creer que el indio sea incapaz de ilustración y de --  
cultura, porque cosas he visto que rebelan que al indigena-  
mejicano le sobran disposición y talento natural. He visto-  
retratos de barro hechos por los indios de tonalac, pueble-  
cillo que dista tres leguas de Guadalajara que nada dejan -  
de desear, parecido color, ropaje, todo en una palabra, sa-  
can esactamente igual á la persona que retratan, sin que -  
para esto hayan ni aún recibido nociones de dibujo. Tam--  
bien para la música tiene el indio una disposición asombro-  
sa y un oído finísimo asi como para todas las artes mecañi-  
cas.

Varios escritores han dicho; y me consta de la mejor-  
buena fé, que la culpa de la ignorancia en que se encuentra  
la clase indigena reconoce por único origen, el empeño que-  
el gobierno español tenía en no instruirla para que no tra-  
tase de independerse; pero este, en mi concepto es un error.  
El gobierno español planteo colegios magníficos en todas --  
las ciudades de aquel estenso país, de donde salieron nom--  
bres que figuraron entonces y muchos de los que al presente  
llaman la atención por su saber. Ahí esta el Colegio de San  
Gregorio levantado por el Gobierno Español exclusivamente pa-  
ra la instrucción de los indios; no muy lejos de él se en--  
cuentra el llamado de las indias abandonado al presente, pe-  
ro fabricado entonces para educar a las indias: ahí el de -

San Juan de Letrán, para las jóvenes de la capital, el de San Idelfonso seminario, las niñas y otro ciento que prueban que el gobierno español estaba muy distante de abrigar las innobles miras que se les quiere suponer. Lo que en mi concepto se ha opuesto y se opondrá siempre a la cultura del indio, es el cuarto número de población blanca que aún cuenta Méjico y de cuyo seno no pueden salir el número considerable de maestros que son necesarios para educar acerca de, cinco millones de indios que viven lejos de las poblaciones, cuyos insignificantes pueblecillos se encuentran entre sí á considerables distancias, y cuyas vías de comunicación son malísimas. De esos colegios planteados por el gobierno español, y que son los mismos en que hoy se educa a la juventud salieron Alarcón, el gran Clavijero, Sor Juana Inés de la Cruz, Quintana Roo, Gorostiza, Navarrete, Alaman, Pesado, Tagle, Carpio, El Emperador Iturbide y otros mil, honra de las letras y las armas de Méjico, que son la incontestable prueba que destruye el error de los que acusan á los reyes españoles de injustos con sus colonias.

El indio reúne a su esesiva humildad, un respeto profundo hacia la raza blanca y muy particularmente a las personas que en su fisonomía revelan un fondo de alma compasivo. No una, sino mil veces, he visto á los indios ancianos de ambos sexos, acercarse a personas que juzgan virtuosas, y poniéndose de rodillas, pedir que le echen la bendición; y no retirarse hasta no haberla alcanzado, conseguido lo cual, besan la mano del que les ha bendecido alejándose llenos de regocijo.

El modo de saludarse cuando dos indios se encuentran -



es enteramente original. Se quitan el sombrero; inclinan la cabeza casi hasta el suelo; pronuncian ambas a la vez, por largo rato y sin mirarse uno a otro porción de palabras indias en un tono igual y humilde: terminan haciendo mil reverencias y se cubren despues que se separan pues en tanto el saludo duro, permanecen con el sombrero en la mano, Cuando al indio se le detiene para preguntarle algo, lo primero--- que hace es descubrirse y permanece con el sombrero en la mano hasta separarse del que le detuvo.

Esta humildad y este respeto hacia la gente blanca, hacen del indio un buen criado; un ciudadano pacifico y un -- excelente soldado que sabe morir donde sus jefes le mandan.

Aunque todos los indios comprenden el español, apenas pueden hablar y eso muy mal, aquellas cosas indispensables para vender sus efectos y comprar lo que necesitan. El --- idioma que entre ellos usan es el mismo que hablaban antes de la conquista, y que se divide en Tarasco, Otomí, Mejicano ó Azteca, según la provincia á que pertenecieran los diversos pueblos que formaban el gran imperio de Moctezuma.

En Méjico la mayor parte de los sirvientes de uno y -- otro sexo, son indios, incluso las nodrizas.

Cuando aquellas ricas posesiones eran pertenencia de la Corona de España, los indios estaban exceptuados del servicio de las armas, estaban declarados menores de edad, para evitar que en los contratos abusasen los europeos de su ignorancia y sencillez, podían introducir todos sus efectos en los mercados sin pagar derechos ningunos, y solo esibían al año cada indio el insignificante impuesto de un real que se destinaba á hospitales para ellos: en sus juicios no se les cobraba derechos ningunos; no les comprendía la inqui-

sición: los fiscales del rey eran sus protectores natos, y en lo eclesiástico gozaban privilegios no menos notables. Estas consideraciones dispensadas en favor de esa clase tan útil al país, hablan más alto en pro del paternal cariño -- con que los monarcas españoles miraron a los descendientes de Moctezuma, que todos los esagerados cuadros en que ciertos escritores extranjeros han tratado de presentarnos con el colorido más negro. Si algunos españoles pudo haber --- crueles la nación fué magnánima: si algun español pudo haber rapaz y avaro, mil otros hubo que supieron gastar abundantemente el oro, levantando gigantescos acueductos que eternizarán sus nombres, como el colosal que embellece a -- Querétaro, costado por un solo español que quiso prestar - aquel beneficio, á un país que amaba casi como á su patria y como lo amamos todos los que hemos vivido en él y abrigamos un corazón verdaderamente español, esto es magnánimo y agradecido.

Cuando esos que tan injustamente nos critican, nos --- muestran que en sus colonias han levantado monumentos mucho más grandiosos que los de la patria de Hernan Cortés ha elevado por todo el continente Americano: cuando nos hagan ver que las leyes dictadas en pro de sus pueblos sometidos, --- eran mucho más filantropicas que en nuestra sabias leyes de indias, y cuando, en fin, nos prueben que sus conquistas no están manchadas con actos inhumanos que horrorizan, la España les respetará y callará, pero en tanto que esto no puedan, en tanto que nada encuentran que poner de lo que ha hecho, al frente de lo que hemos hecho nosotros, callen y en-

mudezcan, porque cuanto mas alcen la voz para hacerse oir, tanto mas pigneos aparecerán al lado de la magnánima España.

NICETO DE ZAMACOIS

+ EL MUSEO UNIVERSAL, 30 de septiembre de 1857.

APENDICE III

POEMA DE LA GOLONDRINA

LA GOLONDRINA

A donde ira veloz y fatigada  
La golondrina que de aquí se va  
Quizá en el tiempo se hallará extraviada  
Buscando abrigo y no lo encontrará.

Junto a mi lecho yo le pondré su nido  
En donde pueda la estación pasar  
También yo estoy en la región perdida  
¡Oh; cielo santo y sin poder volar.

Dejé también mi patria idolatrada  
Esa nación que me miró nacer  
Mi vida es hoy errante y angustiada  
Y ya no puedo a mi nación volver.

Ave querida, amada y peregrina  
Mi corazón al tuyo estrecharé  
Oiré tus cantos tierna golondrina  
Recordaré mi patria y lloraré.

NICETO DE ZAMACOIS

## BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA

Hemerografía de Niceto de Zamacois.

La Espada de don Simplicio, periódico escrito por el pueblo y para el pueblo. Niceto de Zamacois fue editor y redactor de este diario durante el año de 1856.

El Cronista de Méjico. En este órgano de difusión, Zamacois escribió crónicas sobre la sociedad del México imperial.

La Sociedad Mercantil. Apareció durante el Segundo Imperio Mexicano. (No localizamos este periódico).

El Monitor Republicano. (1869).

Obras literarias, historiográficas y traducciones de Niceto de Zamacois.

Los ecos de mi lira. México, Tomás Orozco y Nicanor Cano, 1849.

Los misterios de Méjico; poema escrito en variedad de metros. México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1850. 2 tomos en 1 vol.

El buscador de oro en California, novela. Traducción del francés para La Verdad, por Niceto de Zamacois. Méjico, Tomás S. Garrida, 1855.

"La casera" y "El criado" en AAVV: Los mexicanos pintados por sí mismos. Querétaro, Ediciones del estado, 1986. (La primera edición es de 1855). 2 Vols.

Un ángel desterrado del cielo; leyenda religiosa. México, Vicente Segura, 1855.

Almanaque cómico, crítico, satírico y burlesco para todas las épocas, hombres y países, para el año de 1857. México, Imprenta de Vicente Segura, 1856.

El Jarabe, obra de costumbres mejicanas, jocosa, simpática, burlesca, satírica y de carcajadas, escrita para desterrar el mal humor, herencia que nos legó nuestro padre Adán por un necio antojo que quiso satisfacer. 2a. ed. aumentada y adornada con amenas litografías. Méjico, Imprenta de Luis Inclan, 1861.

El Capitán Rossi; novela histórica. 2a ed. México, Imprenta Literaria, 1864. 3 vols.

El Capitán Rossi; novela histórica de costumbres mexicanas. Orizaba, [Veracruz], Juan C. Aguilar, 1877-78. 2 tomos en 1 vol.

El mendigo, novela histórica original. México, Imprenta Literaria, 1865. 5 vols.

El mendigo, novela histórica original. México, El Imparcial, 1907.

La destrucción de Pompeya. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1871. (Esta obra es de carácter historiográfico).

Origen del plajio [sic] en México: polémica sostenida por el periódico La Colonia Española con varios órganos de la prensa mexicana. México, La Colonia Española, 1877.

La herencia de un barbero, juguete cómico en una acto, arreglado de la Zarzuela que lleva el mismo nombre. México, Aguilar e Hijos, 1879.

Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a la luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las Bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país. For d. Niceto de Zamacois. La obra va ilustrada con profusión de láminas que representan los personajes principales antiguos y modernos copiados fielmente de los retratos que se hallan en los edificios del gobierno: batallas, costumbres, monumentos, paisajes, vistas de ciudades, etc., etc., por reputados artistas. Barcelona-Méjico. J.F. Parrés y Cía., editores, 1876-1882. 18 tomos en 20 volúmenes.

Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta el gobierno de D. Benito Juárez, escrita en vista de todo lo que irrecusable han dado a la luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las Bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país. -- Por d. Niceto de Zamacois. Continuada por historiador competente e imparcial hasta nuestros días..... Barcelona-Méjico, Juan de la Fuente Parrés, 1888. Tomos II-III, V-XI y el volumen XVIII.

Otras obras de Niceto de Zamacois de las que no se tienen los datos bibliográficos completos son:

El sitio de Monterrey. Juguete cómico en un acto y en verso. Es--  
trenado en el Teatro Santa Anna en julio de 1846.

"La plaza de San Juan" en Méjico y sus alrededores, 1855.

El libro de la educación religiosa y moral.

Entretimientos poéticos.

La guerra de los carlistas.

Lós últimos días de Pompeya. Aproximadamente en los años cincuenta, Niceto de Zamacois tradujo del inglés al español esta novela histórica de Edward Bulwer Lytton. Su obra historiográfica La destrucción de Pompeya está inspirada en esta famosa novela.

Máximas a los escritores.

Paralelo de lo que hizo España en sus colonias y lo que hicieron las demás naciones en las suyas. Seguramente el contenido de este texto corresponde al que se encuentra inserto en el tomo X-B de su Historia de Méjico.

Salud del alma.



Obras consultadas

ADAME Goddard, Jorge: El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1867-1914). México, UNAM, 1981.

ALAMAN, Lucas: Disertaciones sobre la historia de la nación mexicana. México, Ed. Jus, 1983. 3 vols.

: Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente. México, F.C.E., 1986. 5 vols.

ALVA Ixtlilxóchitl, Fernando de: "Historia de la nación chichimeca" en Obras históricas II. México, UNAM, 1985. (Serie de -- historiadores y cronistas, 4).

ALVAREZ, Ignacio: Estudios sobre la historia general de México. -- Zacatecas, Imp. Económica de Mariano Ruiz de Esparza, 1875-1877. 6 vols.

Apuntes sobre la Convención española formados en 1859 y 1868. Imprenta de I. Escalante y Cía., 1869.

BOSCH-Gimpera, Carlos: El problema de las Españas. México, UNAM, 1981.

BRADING, David: Los orígenes del nacionalismo mexicano. México, -- Ed. Era, 1980 (Colecc. Problemas de México).

Cancionero de la intervención francesa. Disco editado por la SEP-INAH, México, 1977.

Cancionero mexicano, programa radiofónico de la Ciudad de México, Radio UNAM, febrero de 1986.

CARBAJAL Espinoza, Francisco: Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del siglo XIX. México, Tipografía de Juan Abadiano, 1862. 2 tomos.

- CARDENAS de la Peña, Enrique: Mil personajes en el México del siglo XIX (1840-1870). Tomo III. México, Banco Mexicano Somex, 1979.
- CARRETERO y Jiménez, Anselmo: Los pueblos de España. (Introducción al estudio de la nación española). México, ENEP-Acatlán UNAM, 1980.
- CARO Baroja, Julio: Los vascos. 2a. ed. Madrid, Ediciones Minotauro, 1958.
- CASSANI, J.L. y A.J. Pérez Amuchastegui: Del epos a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método. Buenos Aires, Ed. Nova, 1961.
- CLAVIJERO, Francisco Javier: Historia antigua de México. México, Ed. Porrúa, 1976. (Colecc. Sepan Cuantos, 29).
- CHEVALIER, François: "Conservadores y liberales en México" en Secuencia. Revista americana de ciencias sociales. No. 1. México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, marzo de 1985.
- Diccionario biográfico de México. Monterrey, Ed. Revesa, 1968-1970. 3 vols.
- Diccionario de escritores mexicanos. México, UNAM-Centro de Estudios Literarios, 1967.
- Enciclopedia de México. México, Instituto de la Enciclopedia de México, 1966.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana. Bilbao, Espasa-Calpe, 1930.
- FERNANDEZ de Pinedo, Emiliano: Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco 1100/1850. Madrid, Siglo Veintiuno editores, 1974.
- FLORESCANO, Enrique: Memoria mexicana. México, Editorial Era, --- 1987.

- FONTANA, Josep: La crisis del Antiguo Régimen. (1808-1833). Barcelona, Crítica Grijalbo, 1979.
- FROST, Elsa C.: Las categorías de la cultura mexicana. México, -- UNAM, 1972.
- GAOS, José: "Notas sobre la historiografía" en Alvaro Matute: La teoría de la historia en México. México, SEP-Diana, 1981. -- (Septentanas Diana, 126).
- GARCIA Cantu, Gastón: El pensamiento de la reacción mexicana, historia documental, 1810-1962. México, Empresas Editoriales, - 1965.
- GARCIA de Cortazar, Fernando y Manuel Montero: Historia de Vizcaya II. San Sebastián, Ed. Txertoa, 1980.
- GARCIA Cubas, Antonio: Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos. México, Antigua Imprenta de Murguía, 1888-1891.
- GOOCH, George: Historia e historiadores en el siglo XIX. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- GRAJALES, Gloria: Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. México, UNAM, 1961.
- HALE, Charles A.: El liberalismo mexicano en la época de Mora --- (1821-1853). México, UNAM, 1961.
- IZCURIAGA, Carmen: "Españoles de Veracruz y vascos del Distrito Federal: su ubicación en la estructura económica de México" en AAVV: Inmigrantes y refugiados españoles en México. Siglo XX. México, Ediciones de la Casa Unata, 1979. pp. 165-223.
- JOVER Zamora, José María: "Edad Contemporánea" en Introducción a la historia de España. Barcelona, Ed. Teide, 1966.
- KEBN, Benjamín: La imagen azteca en el pensamiento occidental. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

- KENNY, Michael: "Emigración, inmigración, remigración; el ciclo migratorio de los españoles en México" en AAVV: Inmigrantes y refugiados españoles en México. Siglo XX. México, Ediciones de la Casa Chata, 1979. pp. 15-89.
- LARRAINZAR, Manuel: "Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, -- desde la declaración de independencia en 1821 hasta nuestros días", en Juan Ortega y Medina: Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia. México, UNAM-IIH, 1970.
- LEDUC, A. et. al.: Diccionario de geografía, historia y biografías mexicanas. París-México, Ediciones de la Librería de la Viuda de C. Bouret, 1910.
- LE TRAIT D'UNION, 13 de octubre de 1856.
- LOPEZ Cordón, Ma. Victoria: El pensamiento político-internacional del federalismo español. Barcelona, Ed. Planeta, 1975. (Ensayo, Planeta/Historia y Humanidades, 14).
- LOPEZ de Escalera, Juan: Diccionario biográfico y de historia de México III. México, Magisterio, 1964.
- LOZANO, Segundo et. al.: Nuestra raza, Estudios biográficos de -- contemporáneos hispano-americanos. Madrid, Imprenta de Felipe Marques, 1906.
- LORENS Castillo, Vicente: Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra. (1823-1834). México, El Colegio de México, 1954.
- MARCHETTI, Giovanni: Cultura indígena e integración nacional. Alberto Guaraldo (prol.) Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1986.
- MARTINEZ, José Luis: "México en busca de su expresión. Concordia nacionalista (1867-1889)", en Daniel Cósío Villegas (coordinador): Historia general de México III. México, El Colegio de México, 1981.

MENENDEZ Pidal, Ramón: España y su historia I. Los españoles en la historia. Madrid, Ediciones Minotauro, 1957.

EL MONITOR REPUBLICANO, 16 de febrero de 1809.

MUNOZ y Pérez, Daniel: "Datos biográficos para nomenclatura, Don Niceto de Zamacois" en El Universal, 14 de junio de 1956.

MURIA, José Ma.: Sociedad prehispánica y pensamiento europeo. México, SEP, 1973. (Sepsetentas, 76).

NORIEGA, Alfonso: El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano. México, Institutos de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 1972. 2 tomos. (Serie estudios históricos, 3).

O'GORMAN, Edmundo: "La historia nacional y el arte" en Cuarenta siglos de arte mexicano. Arte moderno y contemporáneo I. México, Ed. Herrero-Promexa, 1981.

\_\_\_\_\_ : México el trauma de su historia. México, UNAM, 1977.

\_\_\_\_\_ : La supervivencia política novohispana (monarquía o república). México, Universidad Iberoamericana, 1986.

ORTEGA y Medina, Juan: Estudios de tema mexicano. México, SEP, -- 1973. (Septetentas, 84).

\_\_\_\_\_ : Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

PARCERO, Ma. de la Luz: Introducción bibliográfica a la historiografía política de México, siglos XIX y XX. México, UNAM, -- 1982.

PERAL, Miguel Angel: Diccionario biográfico mexicano. México, Ed. P.A.C., [s.f.].

PEREZ-Garzón, Juan: "Crisis del feudalismo y revolución burguesa" en Historia de España 9. Madrid, Historia 16, 1976.

TORRE Villar, Ernesto de la: "Prólogo", José Fernando Ramírez: Relatos históricos. México, UNAM, 1987. (Biblioteca del Estudiante universitario, 107).

TUNON de Lara, Manuel: La España del siglo XIX. París, Librería - Española, 1968.

\_\_\_\_\_ : El hecho religioso en España. París, Editione de la Librairie du Globe, 1968.

UNATE y Guzmán, Zacarías: El testamento de don Año de 1852. Escribo por d. Cualquiera de la verdad. Albeitar y sangrador de - SS.MM., el Rey de Trampaviva y bolsallena, desfacedor de sin razones y enderazador de jorobados. México, Imprenta de Juan R. Navarro, 1853. Localizado en 160 LAF, Colección Lafragua, Biblioteca Nacional de México.

URIBE, Susana: Bibliografía histórica mexicana I. México, El Colegio de México, 1967.

\_\_\_\_\_ : Bibliografía histórica mexicana VIII. México, El Colegio de México, 1974.

VICENS Vives, J.: Aproximación a la historia de España. Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1983. (Vicens Bolsillo, 6).

VILLEGAS Revueltas, Silvestre: Ignacio Comonfort y su tiempo, un relevo de generaciones. México, Tesis profesional de Licenciatura/Facultad de Filosofía y Letras, 1986.

ZAMACOIS, Eduardo: Confesiones de un niño decente. Autobiografía. Madrid, Renacimiento, [s.f.]. (Obras completas, X).

ZAMACOIS, Eduardo: Un hombre que se va: Memorias. Buenos Aires, - Rueda, 1969.